

**ACADEMIA NACIONAL DE INGENIERÍA
HACIA EL BICENTENARIO
2010—2016**

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA
AL RÍO DE LA PLATA**

1806

Síntesis de la novela histórica

“EL AMANTE DE ROJO”

de

Alejo Brignole

**Síntesis, ordenamiento cronológico,
incorporación de Prólogo, Índice, Apéndices, láminas,
notas aclaratorias y textos adicionales**

por

Arístides Bryan Domínguez
Académico de Número

**Buenos Aires
República Argentina**

Nota sobre el libro y sobre el autor

El Amante de Rojo (*) es una novela singular, centrada en la entonces colonial y profundamente religiosa Santa María de los Buenos Aires a pocos días de iniciarse lo que sería recordado por la historia argentina como la Primera Invasión Inglesa.

El autor consigna de manera determinante el heroísmo de los habitantes de la ciudad y del ejército invasor, la fidelidad, el patriotismo, el amor, la traición a los valores, el odio desenfrenado y la peor de las renunciaciones. Todo gira alrededor de la ocupación transitoria británica y posterior reconquista de la ciudad capital del Virreinato del Río de la Plata.

Los componentes descriptos transforman a la novela en uno de los grandes dramas épicos de la literatura argentina.

Alejo Brignole es un periodista argentino que se ha especializado en los medios radiales y escritos, en los cuales ha estado trabajando desde los veinte años. Novelista e historiador con varias obras en su haber. A los veintiocho años publicó la novela *La aventura singular*. Es también autor de una novela naval sobre el tráfico de esclavos durante la Guerra de los Siete Años y titulada *La Epopeya de Warwick*, de inminente aparición. Su segundo trabajo publicado fue *El Amante de Rojo* que ha servido, además, para inspirar una ópera en cinco actos, "*Sophie*", del compositor, pianista y director argentino Gabriel Bergogna.

Alejo Brignole reside actualmente en la ciudad de Madrid (España), donde está realizando investigaciones para lo que sería su tercera novela histórica, en esta oportunidad ambientada en los sangrientos sucesos de las guerras.

(*) Editorial Sudamericana.

PRÓLOGO

Trafalgar

En el contexto de las guerras napoleónicas, la alianza que España selló con Francia en 1795 le costó a España la pérdida de lo que le quedaba de su poder naval en la batalla de Trafalgar (1805) y una subordinación creciente al poder del Emperador Napoleón Bonaparte. En ese contexto, que condujo a un permanente embate inglés contra las posesiones coloniales de Francia, era probable un ataque británico a las colonias españolas en América.

Después de Trafalgar, España fue invadida por Napoleón Bonaparte, quien puso a cargo del gobierno a uno de sus hermanos, José Bonaparte.

El Río de la Plata

La gloria

En los años 1806 y 1807 se produjeron las dos invasiones inglesas a las colonias españolas del Río de la Plata. En ambas oportunidades, tras cruentos combates, las fuerzas invasoras inglesas fueron derrotadas por las fuerzas locales al mando del capitán de navío Santiago de Liniers y Bremond.

En 1806, luego de la huida del virrey Sobremonte a Luján, Liniers fue nombrado virrey del Río de La Plata.

En 1809 fue nombrado virrey del Río de La Plata el Almirante Baltasar Hidalgo de Cisneros y la Torre Ceijas y Jofré, caballero de la orden del rey Carlos III de España. Cisneros había sido comandante del *Santísima Trinidad*, nave insignia de la escuadra española en Trafalgar.

Mayo de 1810

Como consecuencia de la invasión Napoleónica el poder de España disminuyó notablemente y comenzaron los movimientos independentistas en América del Sur.

Al producirse la Revolución de Mayo (1810) el virrey Cisneros fue destituido, siendo así el último virrey del Río de la Plata. Se estableció entonces en Buenos Aires la Primera Junta de Gobierno.

La contra revolución

El ex virrey del Río de La Plata, capitán de navío Santiago de Liniers y Bremond, héroe indiscutido de la defensa de Buenos Aires en las dos invasiones inglesas, organizó la contra revolución a favor de la corona de España.

La Primera Junta de Gobierno ordenó la captura y el fusilamiento de Liniers y sus seguidores en el lugar donde fuesen apresados (en rigor de verdad la orden decía que debían ser “arcabuceados”).

La tragedia

Liniers y sus más allegados seguidores fueron apresados en Los Surgentes, un pueblo próximo a Cruz Alta, Provincia de Córdoba. Antonio Balcarce fue el jefe de la partida que los capturó.

Liniers y seguidores, entre ellos Gutiérrez de la Concha, fueron fusilados en un monte próximo. Los soldados estaban armados con fusiles *Tower* capturados a los ingleses en 1806. El pelotón de fusilamiento estaba al mando del teniente coronel de húsares Juan Ramón Balcarce, hermano de Antonio Balcarce; los soldados de este pelotón habían sido derrotados por Liniers en los combates librados durante la defensa de Buenos Aires.

En el fusilamiento Liniers quedó gravemente herido; recibió entonces el tiro de gracia en la sien que le disparó con una pistola el coronel French, antiguo soldado de la Reconquista que había servido a sus órdenes.

La ejecución fue realizada en presencia del Doctor Castelli, quien llevaba la orden firmada por los miembros de la Primera Junta de Gobierno.

En 1806, existía en Cruz Alta un cementerio en el cual, durante 51 años, estuvieron enterrados los restos del Capitán de Navío de la Real Armada Española, don Santiago de Liniers y Bremond, y los de los otros contra revolucionarios.

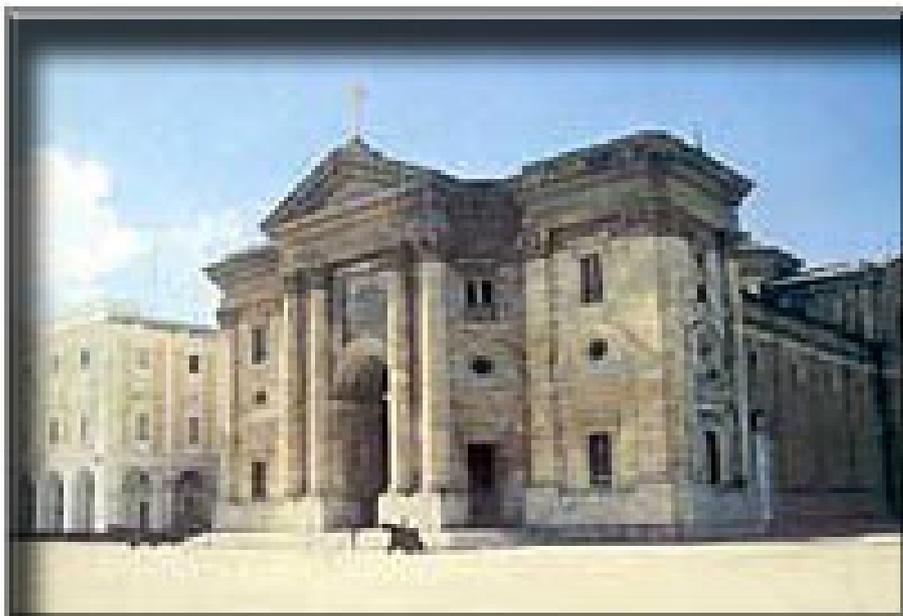
Años después de su muerte, los restos de Liniers fueron trasladados a Cádiz (España), donde descansan en el Mausoleo del Panteón de los Marinos Ilustres de San Fernando.



Monolito que indica el lugar del fusilamiento



Cenotafio recordatorio del antiguo cementerio en Cruz Alta, provincia de Córdoba



Panteón de los Marinos Ilustres
Cádiz, España



Mausoleo del Panteón de los Marinos Ilustres de San Fernando
Cádiz, España

Aquí yacen los restos de Liniers y de Gutiérrez de la Concha
Gutiérrez de la Concha fue Gobernador Intendente del Córdoba del Tucumán

INTRODUCCIÓN

El 25 de junio del año 1806, en las costas de la Reducción de los indios Quilmes, una escuadra británica al mando del comodoro Sir Home Riggs Popham, desembarcó tropas al comando del prestigioso y novel general irlandés William Carr Beresford. En pocos días Santa María de los Buenos Aires fue totalmente ocupada por los efectivos británicos.

Por casi cincuenta días, en el mástil del Fuerte de la ciudad ondeó la bandera británica. Durante ese breve intervalo de tiempo, la capital del Virreinato del Río de la Plata fue una colonia más de Su Majestad Jorge III de Inglaterra.

Hacia el final de esos intensos días, fuerzas hispano-criollas, guiadas por el Capitán de Marina Don Santiago de Liniers y Bremond, salieron de Montevideo, desembarcaron en las costas de Tigre y avanzaron hacia Buenos Aires. Después de sangrientos combates lograron derrotar al invasor. De aquí en más, esta naciente urbe no sería la misma: el Virrey Sobre Monte depuesto, el despertar de un pueblo del largo letargo hispánico, y la tensa espera por el retorno del invasor ofendido.

A fines del mes de junio del año 1807, un temible ejército británico muchísimo mayor en tamaño al de 1806, desembarcaba en la Ensenada de Barragán. En pocos días intenta asaltar la ciudad por todos sus puntos estratégicos. La lucha se torna cruel y confusa. Las fuerzas hispano-criollas rechazan y emboscan cada ataque del león británico. Varios objetivos han caído en manos del General John Whitelocke, pero al cabo de largas horas de combate decide capitular, misterio que aún la historia no ha podido dilucidar ni justificar.

En el año 1808 estaba preparada y embarcada una tercera y muy poderosa fuerza británica destinada a invadir por tercera vez las colonias españolas del Río de la Plata. Su comandante era el general Arthur Wellesley, luego duque de Wellington. Esta tercera invasión no llegó a concretarse ya que debió ser desviada a España, invadida por Napoleón Bonaparte.

De esta manera, el 5 de julio de 1807, nacía un nuevo país, con una nueva conciencia ciudadana, consciente de lo que había logrado.

ÍNDICE

	Pág.
Primera parte – Alarma en Buenos Aires.	
• Buenos Aires, martes 24 de junio de 1806 – La flota británica a la vista.	1
• Los planes británicos de invasión a las colonias españolas del Río de la Plata.	3
• Buenos Aires, martes 24 de junio de 1806 – La flota británica a la vista (continuación).	9
Segunda parte – La toma de la capital del Virreinato del Río de la Plata.	
• Buenos Aires, miércoles 25 de junio de 1806 – El desembarco británico en las playas de Quilmes.	11
• Buenos Aires, jueves 26 de junio de 1806 – El combate en la barranca de Quilmes.	16
• Buenos Aires, viernes 27 de junio de 1806 – El combate en las orillas del Riachuelo, la huida de Sobre Monte y la rendición de la capital del Virreinato.	22
Tercera parte – El gobierno de Beresford.	
• Buenos Aires, sábado 28 de junio de 1806 – Las primeras medidas.	39
• Buenos Aires, domingo 29 de junio de 1806 – El primer bando de Beresford, el castigo público a un soldado británico y ... otras novedades.	44
• Buenos Aires, lunes 30 de junio de 1806 – Quietud en la rada del Riachuelo, una cena de negocios y dos soldados británicos asesinados en la calle durante una ronda de vigilancia.	48
• Buenos Aires, martes 1 de julio de 1806 – La vigilancia mutua entre criollos e invasores y la fiesta en casa de Sarraatea.	52
• Buenos Aires, miércoles 2 de julio de 1806 – Beresford pide refuerzos a Baird, castigo a dos desertores británicos y recelos justificados de Beresford hacia Popham.	54
• Buenos Aires, viernes 4 de julio de 1806 – El convento de La Merced, los conspiradores, el santo y seña de los espías que colaboraban con ellos. La exigencia de Beresford del juramento de fidelidad de los funcionarios civiles a la corona británica.	59
• Buenos Aires, mediados de julio de 1806 – El juramento de lealtad al monarca británico ante el capitán Alexander Gillespie.	64
• Buenos Aires, fines de julio de 1806 – La inquietud de Beresford ante la congregación de milicias hispano-criollas en la quinta de Perdriel y en Colonia del Sacramento.	67
Cuarta parte – La reconquista de Buenos Aires.	
• Buenos Aires, 1 de agosto de 1806 – El combate de Perdriel.	72
• Buenos Aires, 4 de agosto de 1806 – Llegada de Liniers con fuerzas provenientes de Montevideo.	81
• Buenos Aires, 8 de agosto de 1806 – Beresford convoca a sus oficiales a una Junta de Guerra.	85
• Buenos Aires, domingo 10 de agosto de 1806 – Liniers marcha con sus fuerzas hacia los corrales de Miserere, el ultimátum a Beresford y la toma de la guarnición británica en el Retiro.	90
• Buenos Aires, lunes 11 de agosto de 1806 – El fallido ataque naval de Popham a las fuerzas de Liniers en el Retiro.	107
• Buenos Aires, martes 12 de agosto de 1806 – La sangrienta batalla final y la rendición de Beresford.	116
• Buenos Aires, miércoles 13 de agosto de 1806 - El día siguiente a la reconquista.	152
BITÁCORA DE VIAJE.	155
EPÍLOGO.	157
APÉNDICE I La historia de Dana Gabina.	
APÉNDICE II Láminas y textos adicionales.	
APÉNDICE III El combate de Perdriel.	
APÉNDICE IV La batalla de Trafalgar, el virrey Cisneros y el <i>Santísima Trinidad</i>.	
APÉNDICE V 1769-1816 . . .	

Primera parte

Alarma en Buenos Aires

Buenos Aires, martes 24 de junio de 1806 – La flota británica a la vista.

Una atmósfera desapacible, casi un miedo latente se podía advertir en Buenos Aires, aunque allí, en la Casa de Comedias (ver Apéndice I), al virrey Rafael Sobre Monte, Marqués de Sobremonte, no parecía afectarle. Inmerso en la función teatral, por momentos se permitía deslizar comentarios cuando alguna escena lo merecía. Prestaba atención a la obra *El sí de las niñas*, pero también a los acompañantes del virrey. El teatro estaba colmado en sus quinientas ubicaciones. Algunos invitados tenían previsto concurrir al banquete que Sobre Monte ofrecería en la residencia virreinal para celebrar los esponsales de su hija.

El clima de cautela en ambas márgenes del Río de la Plata se debía a que desde el 9 de junio de ese 1806 se avistó desde Maldonado – en el estuario de la Banda Oriental – a la flota de guerra británica.

A pesar de la insolvente actitud del virrey – convencido de que el objetivo de la escuadra inglesa era Montevideo y no la capital del virreinato – los vecinos de Buenos Aires no sosegaron su intranquilidad ante tamaño despliegue de naves frente a sus costas, tan importante como inesperado. El entorno y los consejeros del virrey evaluaron que si un hombre avezado en las armas como don Rafael hubiese intuido algún peligro, no estaría sentado allí, regocijándose en el teatro. Pero para no dejar cabos sueltos, aunque con poco entusiasmo, Sobre Monte dispuso, preventivamente, un tibio acuartelamiento de los Batallones de Voluntarios de Infantería y de la Compañía de Pardos y Morenos.

En la Casa de Comedias no había finalizado el segundo acto, cuando don Rafael comenzó a regodearse mentalmente con el banquete que iba a ofrecer a sus invitados en la sede del gobierno. Se sentía con hambre y la trama comenzaba a distraerlo menos que su estómago. Inesperadamente, con una discreción fantasmal, se acercó un asistente del virrey. El lacayo procuró no interrumpir su disfrute y le estiró un papel con membrete oficial, despachado por Santiago de Liniers, un marino francés residente en la ciudad y colaborador de Sobre Monte. El virrey lo había despachado el día anterior, el 23 de junio, para asistir al Coronel Manuel Gutiérrez, apostado en la costa, como una medida de precaución contra la flota inglesa.

Santiago de Liniers y Bremond había nacido en Niort, Francia, y huyó de su país por la revolución. Se hablaba de él como un cultor de la poesía y un buen dramaturgo; aunque a partir de 1790, desde su residencia en el virreinato, se dedicaba al tráfico de negros y al contrabando.

Un incidente ocurrido con el virrey Arredondo en 1795, en el cual se vieron implicados varios ciudadanos franceses acusados de conspiración, había enturbiado la fama de Liniers. Ésas y otras conjeturas pendían sobre él, sospechado también de ofertar en 1803 un plan a Napoleón Bonaparte para que se apoderara de la Banda Oriental y desde allí lanzar sus fuerzas contra el Brasil, bajo dominio portugués (*). Pero también se hablaba de sus aceitadas relaciones con la corte de Lisboa, en donde contaba con la amistad del ministro Rodrigo Souza Coutinho, con quien había realizado intercambios comerciales de negros, en Río de Janeiro.

El brillo dudoso que rondaba la figura de Liniers no fue impedimento para que el Marqués de Sobre Monte lo contase entre sus ayudantes de campo. Y las últimas órdenes impartidas fueron vigilar la costa de navíos extranjeros. Allí, en el teatro, la esquila con la firma del francés le informaba, precisamente, la presencia de naves inglesas, aparentemente cargadas con tropas, frente a la llamada Reducción de los Quilmes, hacia el sur de la ciudad.

El virrey apretó el papel con las malas nuevas, hasta reducirlo a un bollo, y lo lanzó al piso, fastidiado, en un corto pero violento ademán. *No puede ser Es imposible* – murmuró frenético.

Sobre Monte se llevó el puño a los labios y pensó por un segundo qué actitud debía tomar. Pensó, blasfemó mentalmente y optó por la única estrategia posible: se disculpó de sus acompañantes con una sonrisa forzada, antes de escabullirse hacia la salida.

La partida del virrey resquebrajó el clima del teatro y alguien del elenco no pudo contener el impulso de seguirlo con la mirada por un breve instante. Lo mismo hicieron casi todos allí. Evidentemente algo estaba sucediendo. El último acto de la obra se caracterizó por tener un público inquieto y murmurante, con ganas de abandonar el recinto.

Al salir de la Casa de Comedias, el virrey Sobre Monte abrazó con los ojos el atrio de La Merced, frente al teatro, y se encomendó a la Virgen. Un temor incierto lo hizo persignarse.

Una oscuridad tétrica había ganado las calles, pero a pesar de las brumas y el frío, don Rafael caminó con paso resuelto las dos calles que lo separaban del Fuerte, seguido de su escolta militar y de sus asistentes. En su cabeza comenzaron a bullir las diligencias que iba a ordenar para enfrentar esa encrucijada. Trató de explicarse las intrincadas razones de la política que ubicaban ahora a su virreinato en la mira de la ambición británica.

(*) Los manejos de Liniers con el Marqués de Sassenay, enviado de Napoleón para sondear las posibilidades de incorporar el Río de la Plata a la corona francesa, no fueron muy bien vistos por españoles y criollos.

Sobre Monte juzgaba a los ingleses como enemigos temibles, aunque en ese momento no supiera que esa flota enemiga anclada frente a sus costas era parte de una todavía mayor que había participado en el ataque y la conquista del Cabo de Buena Esperanza, el 18 de enero de ese mismo año – apenas cuatro meses atrás – Mucho más lejos estaba aún de suponer que ambos objetivos eran parte de un mismo plan.

---oooOooo---

Los planes británicos de invasión a las colonias españolas del Río de la Plata.

El Cabo de Buena Esperanza era una colonia holandesa en el sur de África, y al ser Holanda aliada de Francia, por lo tanto enemiga de Inglaterra, el golpe asestado sobre cualquiera de sus dominios servía para aumentar el predominio británico sobre los mares. Una hegemonía, por otra parte, definitivamente consolidada después que Gran Bretaña derrotara a la flota hispano-francesa en la batalla de Trafalgar, el 21 de octubre del pasado año 1805.

Con un sentido perspicaz, los ingleses calcularon la importancia estratégica de la Ciudad del Cabo como un camino intermedio hacia las posesiones de España en América del Sur. *Sin embargo fue un hombre americano, Francisco de Miranda, quien propició las circunstancias para que, finalmente, tomara forma el ansiado proyecto, tantas veces postergado por Inglaterra, de incursionar militarmente en las colonias españolas.*

Francisco de Miranda era un hombre de armas venezolano que ostentaba sólidos y lubricados contactos con diversas monarquías europeas, incluida la casa Hannover de Inglaterra, en donde se movía con una fluidez formidable. Diecisiete años atrás, desde 1789, frecuentaba Londres con el obsesivo propósito de independizar a América del yugo español, para lo cual necesitaba del poder militar inglés. En su quimérica búsqueda, no desprovista de intereses personales, logró acercarse a Sir William Pitt *El Joven*, por aquel tiempo Primer Ministro británico y Ministro de Finanzas del gabinete de Saint-James, a cargo del partido *Tory*.

En 1790 Miranda y Pitt mantuvieron exhaustivas y confidenciales reuniones acerca de las Indias españolas, en las cuales Miranda desplegó toda la vasta información estratégica y geopolítica que poseía. Su vehemencia cautivó a Pitt y logró convencerlo de los beneficios de usurpar las posesiones americanas bajo la égida hispana. Pitt coincidía con Miranda en muchos aspectos, pero las constantes turbulencias del escenario político europeo fueron aplazando los proyectos expoliadores de Miranda, una y otra vez. No obstante, el venezolano continuó por más de una década viviendo en Londres y alternando las más altas esferas de gobierno de Inglaterra, y aún de Francia y la misma Rusia. Tan versátil era.

Fue durante los años de su estadía en Londres, casi sobre 1800, que Miranda, *el Precursor*, reclutó simpatizantes y acaudalados hombres de negocios – todos influyentes – para encolumnarlos detrás de distintas estructuras masónicas, la causa de toda su vida y razón última de sus trabajos. Miranda estaba convencido de que él debía ser el arquitecto de toda la emancipación americana y para ello eligió como escudo la escuadra y el compás.

Durante ese lustro surgieron, en la decrepitud de las tardes grises de Londres y en las mansiones blasonadas de los aristócratas británicos, las logias masónicas que vieron la luz gracias a él, y que luego actuaron en América. *La Logia de los Caballeros Racionales* y *la Gran Reunión Americana*, destinada a la celebridad en Buenos Aires con el nombre de *Logia Lautaro*, nacieron allí, todas de un mismo padre, mitad visionario y mitad cipayo. Entre los ritos esotéricos de sus Maestres y las propuestas políticas de los integrantes de la Fraternidad, los libres y aceptados masones les fueron dando un perfil a los proyectos de emancipación y ocupación armada de los dominios americanos, entre ellos, ***la toma de Buenos Aires***.

La aventura militar contra el virreinato del Río de la Plata fue decidida en 1805, aunque concebida mucho antes. Para cuando el plan comenzó a ejecutarse en 1806, fue necesario orquestarlo de manera confidencial e incluso en secreto, a despecho de los grandes círculos de decisión de la corona de Inglaterra. Los políticos ingleses se sentían demasiado ocupados en los acontecimientos europeos y desdeñaban cualquier consideración de abrir un nuevo frente de conflicto en un lugar tan distante como América del Sud. Oficialmente y en caso de realizarse, la invasión a Buenos Aires no iba a estar autorizada y no se sabría de ella hasta una vez consumada.

Los planes definitivos comenzaron cuando Sir Home Riggs Popham (un alto oficial de la armada inglesa, amigo y mentor incondicional de Miranda) le hizo llegar a William Pitt un informe sobre la situación estratégica de la colonia holandesa de Ciudad del Cabo de Buena Esperanza, en África. El texto hablaba sobre la factibilidad tomar la plaza con pocos riesgos para las tropas británicas.

En 1805 Pitt se encontraba otra vez en el seno del gobierno, luego de haber estado retirado de los grandes cargos ejecutivos durante los últimos años. Su retorno se debió a un pedido del rey George III, que lo convocó para el cargo de primer ministro. Eso allanó las cosas para Popham y Miranda, a esa altura, absolutamente obsesionados con el proyecto.

La razón que también añadió Popham a su intención de invadir fue alimentada por informes del venezolano. *El Cabo de Buena Esperanza era un bastión militar cercano a las posesiones españolas en el Río de la Plata. Tan sólo los separa un poco de océano, apenas un mes de navegación. Y una vez ocupada la colonia holandesa, Buenos Aires dejaría de ser un punto de referencia en los mapas estratégicos, una*

meta lejana, aplazada una y mil veces por los vaivenes de la gran política, para convertirse en una fruta madura a la espera de ser tomada.

El valor geopolítico y comercial de tal operación fue evaluado por Pitt y considerado factible, por lo que dispuso todo lo necesario para ejecutar una expedición a la colonia sudafricana. Decidió también poner una escuadra de guerra a las órdenes del comodoro Popham, lo que constituía todo un hecho en sí mismo, que revelaba la impostergable decisión de concretar el sueño tan acariciado por Miranda. Lord Pitt ordenó además, que las fuerzas de tierra fuesen comandadas por Sir David Baird, un veterano militar que había servido meritoriamente en la India, Egipto y Córcega.

Al poco tiempo de tomadas estas disposiciones, el 25 de julio de 1805, el secretario de Guerra y Colonias del gabinete inglés, Lord Castlereagh, instruyó a David Baird órdenes secretas para la operación. La plana mayor del almirantazgo, en cambio, y a pedido de William Pitt, fue instruida por el comodoro Home Popham, para coordinar las acciones. El anhelado camino, recorrido durante más de quince años por Miranda y sus simpatizantes, se abrió por fin, libre de inconvenientes.

En ese momento, el brigadier general William Carr Beresford, que prestaba servicios en las guarniciones de Irlanda, fue llamado por su viejo amigo David Baird para que lo acompañase en esta nueva cruzada militar. Beresford y Baird habían coincidido ya en muchos destinos y habían forjado una sólida amistad, fundada en la camaradería. Los unía un afecto nutrido de peligros y apremios resueltos conjuntamente.

Las instrucciones impartidas por Lord Castlereagh a Baird detallaban la magnitud y las características de la fuerza expedicionaria. La fuerza de choque para capturar la colonia del Cabo se conformaría de seis mil seiscientos cincuenta y cuatro hombres, los cuales deberían prestar colaboración en la toma de la plaza, y luego ser remitidos a las colonias inglesas de la India para engrosar las fuerzas británicas allí acantonadas, inmersas en un conflicto. Por su parte, Popham recibió instrucciones de mantener encuentros de estricta reserva con Baird, a efectos de combinar eficientemente la operación a Sudáfrica. El mismo Pitt no temía ninguna filtración hacia fuera. Su temor estaba dirigido hacia el mismo gabinete *Tory*, al cual no le fue revelada la intención última de la operación al Cabo. ***La invasión a Buenos Aires iba a ser, de alguna manera, clandestina, técnicamente ilícita.***

Cuando llegó el día señalado para la partida del comodoro Popham desde Londres hacia el puerto militar de Portsmouth, el 29 de julio, éste se despidió de su amigo Pitt, luego de mantener una reunión en la cual el primer ministro condicionó la ejecución de la invasión, de acuerdo con la evolución de algunos sucesos en Europa. Tal vez fuese necesario esperar un poco más.

“Confío, amigo mío, que sabréis cumplir con honor la fe puesta en vos y en tan elevada encomienda” – se despidió Pitt de Popham.

“Si Dios dispone que flamee nuestra Union Jack en la América hispana, nuestra sangre será la herramienta” – contestó el comodoro.

Lamentablemente, Home Popham demostraría más tarde, con la inapelabilidad de los hechos, que aquellas palabras sonaban grandes, desmesuradas en su boca.

En esa reunión William Pitt le pidió a Popham un compás de espera antes de atacar el Río de la Plata, pues se estaba formando contra Francia una compleja coalición de naciones encabezada por el reino Unido, para poner fin al avance de Napoleón. Además de subvencionar los ejércitos de Rusia y Austria con ese propósito, Inglaterra procuraba desligar a España de Francia, por medios amistosos. Y en función de ello se negociaba de manera paralela en el gabinete de Saint-James en Londres, y en la corte de Madrid, para abordar un acuerdo satisfactorio para ambas naciones, y así dejar atrás los incidentes que encendieron el conflicto en diciembre de 1804.

Gran Bretaña y España se encontraban en guerra debido a un informe que el embajador británico en Madrid elevó al gabinete inglés, en el cual brindaba detalles de una jugada secreta que España llevaba a cabo. Al parecer, los españoles estaban pertrechando a su flota para aliarse con Francia y combinar su poderío naval. El ministro Pitt, anoticiado y sin darse lugar para cavilaciones muy contenciosas, ordenó a uno de sus jefes navales, el almirante Thomas Cochrane, que bloqueara el puerto hispano de El Ferrol. Allí se encontraban estacionadas cuatro fragatas con un cargamento de oro proveniente del Río de la Plata, con destino a la ciudad de Cadiz. Casi un mes después, el 5 de octubre, las cuatro embarcaciones fueron interceptadas por otros cuatro navíos ingleses, que abrieron fuego sin advertencia alguna. El intenso intercambio de fuego de artillería culminó con el hundimiento de una de las naves españolas, que fue alcanzada en la Santabárbara y explotó. El resto de las fragatas se rindieron de inmediato y fueron abordadas y conducidas al puerto británico de Plymouth con los tesoros, valuados en dos millones de libras esterlinas. El gobierno inglés consideró la presa como “botín de guerra”, aún sin estar formalmente enfrentado con España. Por esa razón, la monarquía hispana pasó a formalizar una declaración bélica el día 12 de diciembre de 1804. A partir de entonces, los dos países se inflingieron mutuamente toda clase de agresiones y capturas violentas, fundamentalmente concretadas en las rutas de ultramar a través de sus respectivos corsarios y filibusteros.

Sólo un año después, desde el gabinete *Tory*, Inglaterra trataba de desandar el camino y hallar, en secreto, una estrategia de acercamiento con la península.

Popham fue impuesto de esa circunstancia antes de hacerse a la mar, con la directiva de no tomar ninguna posesión española mientras no supiera

fehacientemente el resultado de las gestiones. Cualquier intento de agresión contra España podría echar por tierra las negociaciones diplomáticas tejidas desde el Foreign Office. Si bien la toma de Ciudad del Cabo se iba a llevar adelante, la invasión a Buenos Aires debía esperar la marcha de los acontecimientos. Quedó así de manifiesto que la operación al Cabo de Buena Esperanza no era sino una etapa intermedia, casi una excusa y un escalón hacia el objetivo final: *el Virreinato del Río de la Plata*.

Una vez en el puerto militar de Portsmouth, el comodoro Popham se embarcó rumbo al puerto de Cork, en Irlanda, donde lo esperaba la flota que actuaría bajo sus órdenes. Para su sorpresa, a la altura de la ciudad de Weymouth, en las orillas del Canal de la Mancha, salió a su encuentro un pequeño navío que lo interceptó en plena mar. *Era nada menos que el mismo rey George III, quien solicitó abordar su barco para despedirlo y darle sus buenos augurios en esa misión.* Sir Home Popham sintió en aquellos momentos que estaba escribiendo la Historia. No sólo iba a cumplir el viejo anhelo de su amigo Miranda y el suyo propio, sino que, además, veía reposar sobre sí la oportunidad de llevar una nueva gloria al Imperio. La realidad no era menos que lo que Popham sentía. Finalmente la corona estaba depositando grandes expectativas en la expedición y los objetivos antes desdeñados se convertirían ahora en un escenario seguido de cerca. Si bien la situación en el frente europeo era mucho más apremiante y acaparaba la atención del momento, esa jugada podría abrir en el futuro grandes posibilidades para el comercio inglés, urgido de nuevos compradores para sus productos. Gran Bretaña no deseaba ver menguar sus precios ante el exceso de oferta de sus manufacturas, pero la imposibilidad de colocarlas debido a los bloqueos dispuestos por Napoleón Bonaparte, estaba logrando precisamente eso. Ciudad del Cabo y – en particular – Buenos Aires eran las llaves de las puertas de promisorios mercados que debían ser conquistados.

La despedida definitiva del comodoro Popham se produjo dos días después de tomar posesión de su flota. El 31 de agosto se izó en el buque insignia, el *HMS Diadem*, el gallardete con su escudo: *el emblema de armas de Sir Home Riggs Popham*.

En verdad el comodoro había sido favorecido en la conformación de su escuadra. De las ocho unidades de su flota, tres eran navíos de línea de tercera clase – con 64 cañones cada uno –: El *Diadem*, el *Bellinqueux* y el *Raissonable*. Barcos de gran porte preparados para enfrentar a otras flotas en formación alineada – de allí su denominación táctica como “barcos de línea” –. Popham también llevaba al *HMS Diomede*, otro barco de línea, pero de cuarta clase, con no más de 50 bocas de fuego.

Home Popham fue despedido como un héroe y se hizo a la vela por el Atlántico Norte, rumbo a la isla de Madeira. Allí, en Funchal, su capital y puerto, concentró días después todo su poder naval y terrestre, destinado a doblar a la colonia

holandesa. Igual que una lanza arrojada sobre los mares, el comodoro soñó con sus victorias y con las nuevas comarcas que extenderían, aún más, la gloria británica sobre la faz de la tierra.

El 6 de enero de 1806 se inició la invasión al Cabo de Buena Esperanza. Fue rápida, eficaz, con un despliegue impecable y poco cruento que encontró escasa resistencia. La toma concluyó el día 18 del mismo mes, cuando el brigadier Beresford suscribió la rendición del teniente general Janssens, gobernador de la colonia vencida, quien tras algunos días de lucha estéril admitió la superioridad inglesa. Sin más opción entregó todas sus dependencias, las que pasaron a ser una colonia británica más.

Sir David Baird, de acuerdo con lo previsto, asumió como gobernador civil y militar para dedicarse a administrar, según las órdenes que le habían sido encomendadas. Su amigo Beresford y Sir Popham, mientras tanto, siguieron con especial interés las alternativas del escenario bélico que se desarrollaba en Europa, tratando de recibir noticias de los barcos que llegaban desde los puertos continentales. Sus futuras acciones iban a depender de lo que aconteciera en España.

Si embargo, apenas cuatro días después de invadir el Cabo, ocurrió un suceso que estaba destinado a cambiar el curso político de las cosas y del cual Baird, Popham y Beresford no se enterarían sino muchos meses después: *el ministro Pitt, sostén político de toda la misión, acababa de morir*. Producto de las tensiones palaciegas, una pésima alimentación, la gota que padecía desde siempre y la mala salud que arrastraba de años, el 22 de enero de 1806 su desaparición fracturó el seno del gabinete y cambió su ecuación política. A partir de allí, un reacomodamiento fundamental alteró la composición del gobierno en Londres. Los *torys*, partidarios de aumentar el expansionismo colonial, dejaron de ser mayoría y los *whigs*, más moderados, se alzaron con la toma de decisiones. La sucesión de Pitt recayó en un primo suyo, William Wyndham, Lord de Grenville, quien retuvo los cargos de primer ministro y Lord del Tesoro. El resto de los cargos claves fueron puestos en manos de sobresalientes *wighs*, incluido el ministerio de Guerra y Colonias.

Ni David Baird, ni el comodoro Popham o William Beresford imaginaron que el final de Pitt se hallaba tan cercano; *ignorantes de su deceso continuaron llevando adelante la estrategia planificada*. Las relaciones con España continuaron deteriorándose y estaban seguros de que muy pronto le tocaría el turno a una ciudad portuaria, en el sur del mundo, al otro lado del Atlántico. Sólo les restaba echarse a volar sobre la presa.

---oooOooo---

Buenos Aires, martes 24 de junio de 1806 – La flota británica a la vista (continuación).

Cuando el Marqués de Sobremonte llegó a la plaza del Fuerte, definitivamente evaporados los ecos de la comedia, miró hacia los arcos de la Recova y contempló algunos gauchos alrededor de un fuego que trataban de burlar el frío; tomaban mate y se jugaban unas tabas. Todo parecía normal.

Los rumores sobre la presencia de barcos ingleses en la costa oriental corrieron por todo Buenos Aires durante los días anteriores, pero al parecer no despertaron suspicacias sobre un posible desembarco en la capital. Sobre Monte hubiese apostado su vida a que era Montevideo la que se hallaba en problemas y no Buenos Aires. Aunque no estaba tan seguro. Si la cuestión encerraba algún peligro, iba a hacer algo para impedirlo.

–*¡Franquear el puente, es Su Excelencia el virrey!* – gritó su asistente a los guardias apostados en la explanada de la Fortaleza.

En su residencia, don Rafael convocó a junta con sus lugartenientes y oficiales de guarnición, hombres con más títulos y rangos que trabajo. Los Ejércitos Reales de Buenos Aires eran unas pocas compañías mal armadas y peor disciplinadas, aletargadas por la falta de acción.

Reunió a todos con urgencia para impartirles las órdenes necesarias y evitar así un desastre que nadie tenía el valor de mencionar. El Marqués caminaba de una punta a otra de su escritorio como un felino aprisionado. El clima nervioso que Sobre Monte imponía en esos momentos se palpaba sin sutilezas, sólidamente. Las circunstancias que él mismo había subestimado días antes, ahora lo superaban.

–*¡Mañana al alba quiero aquí a todos los milicianos de los batallones de Infantería y Caballería, de uniforme y pertrechados!* – subrayó.

Los oficiales reales lo miraron aprensivos, pues no habían sido informados aún de las novedades remitidas por Liniers desde la ensenada del Quilmes. Percibieron la inquietud del virrey a través de las gotas de sudor que perlaban sus sienes: el síntoma inequívoco que acompañaba sus accesos de ira.

–*Excelencia...* – dijo cautelosamente un oficial – *¿Ha sucedido algo esta noche?*

La pregunta flotó en el ambiente como un ave perdida, inoportuna, y los tres lugartenientes presenciaron la transfiguración de don Rafael. Su boca lanzó babas cuando comenzó a gritar.

–*¡Señores...¡Me c... en todos sus muertos! ¡Los ingleses! ¡A ver si espabilan, que nos pasan a degüello!* – se desbocó. Y repentinamente calló, como si hubiera advertido lo desmedido de su exabrupto, tal vez su propia ira lo dejó huérfano de palabras. La tensión se dibujó en las caras de los oficiales. Alguno miró hacia el piso.

Logró que los blanquísimos rostros de sus hombres se ruborizaran. Esa humillación era un carozo asfixiante para aquellos militares, quizá un poco

reblandecidos por la inactividad, pero soldados al fin. Hicieron una reverencia casi imperceptible y de a uno transpusieron la puerta rumbo a la plaza de armas, en el interior del Fuerte.

–¡Y me disponen de tres patrullas de la guardia para que recorran la costa esta misma noche! – gritó desde el interior de la vivienda.

Una vez que el imaginaria, apostado en el umbral de la casa, cerró la puerta detrás de los oficiales, el Marqués se aplastó sobre su sillón de trabajo. Miró el retrato del rey Carlos IV colgado de una pared, y un gesto involuntario de fastidio le hizo torcer la boca. En sus brazos sintió que las fuerzas lo abandonaban y, con desidia, abrió un gabinete del inmenso escritorio para sacar su botella de jerez. Necesitaba un poco de vino.

Había transcurrido un largo rato, cuando uno de sus oficiales golpeó la puerta e ingresó al recinto. Encontró al Marqués con una expresión serena y su pistolón de chispa con todo su estuche y accesorios sobre la mesa. Aparentemente había estado limpiando el arma. Se adelantó hacia su encuentro y don Rafael tomó el pistolón. Miró al oficial con fijeza y con un sentido macabro de humor, le apuntó al pecho. Era el mismo al que una hora antes había insultado por su pregunta.

–Vamos a resistir... – dijo el virrey. Hubo más obcecación que valor en la respuesta; más apariencia que sustancia.

–Ya lo creo, Excelencia – respondió el militar – Marqués... Debe autorizarme a tocar generala. Vamos a necesitar más hombres y pertrechos que los ya asignados.

–No todavía – lo detuvo –. Aún no sabemos si van a desembarcar; no quiero alarmar a toda la ciudad sin necesidad.

–Como ordene... – el oficial disimuló su desconcierto. Luego lo saludó, dio media vuelta y desapareció. En la entrada se enfrentó de nuevo al frío de la noche. Su mano acarició la empuñadura del sable y con voz inaudible, lo maldijo.

–Si nuestro rey está tranquilo en su trono con éstos administrando sus colonias... ¡Que nos lleve el diablo! – murmuró.

---oooOooo---

Segunda parte

La toma de la capital del Virreinato del Río de la Plata

Buenos Aires, miércoles 25 de junio de 1806 – El desembarco británico en las playas de Quilmes.

Esa mañana llovía torrencialmente en Buenos Aires. El cielo inhóspito y el frío hacían de Buenos Aires, a esa hora temprana, un laberinto tétrico de calles solitarias y fangosas. A pesar de la cortina de agua tan consistente, el cielo no tronaba ni fulguraban destellos. Eran tan sólo el frío y ese diluvio inacabable. De pronto una explosión estremecedora retumbó en el aire y sacudió la tierra. A la tercera explosión no quedaron dudas: *Era el estruendo de los cañones del Fuerte. ¡Estaban tocando generala!*

Frente a la Real Fortaleza estaba congregada una muchedumbre carente de información. El ceno de la plaza agravaba el caos, y los soldados de la Guarnición Real salieron a tratar, vanamente, de encauzar a los voluntarios.

A las nueve de la mañana la lluvia comenzaba a menguar. El virrey, encaramado en las azoteas de la Fortaleza, seguía con su catalejo a los barcos enemigos anclados frente a las costas de Buenos Aires, a unos diez kilómetros en línea recta hacia el este. Eran una fragata de treinta y dos cañones, secundada por seis corbetas de transporte y dos bergantines. En ninguno flameaba todavía el pabellón británico.

A pesar de la distancia y el mal tiempo, desde esa altura Sobre Monte logró visualizar los movimientos que se realizaban hacia el sur, en la ensenada de Quilmes, en donde había más navíos británicos.

–Tienen una fuerza de por lo menos dos o tres mil hombres – maldijo el virrey. *¡Icen la bandera del rey y preparen las baterías!* – gritó hacia abajo, en dirección a la plaza de armas.

Su experiencia le indicaba que las naves estacionadas frente a la costa no se pondrían a tiro de sus cañones; pero estaba dispuesto a hacer descargas intimidatorias si el panorama se complicaba aún más.

Ojeroso por la tensión y el poco descanso de las últimas horas, aterido de frío, don Rafael bajó de la explanada superior y entró en una de las dependencias en donde lo esperaba el coronel Pedro de Arze, a cargo de los Batallones de Infantería. El virrey presentaba un aspecto descompuesto, carcomido por una desesperación mal llevada, y De Arze permaneció quieto.

–Tenga usted listos a sus hombres para hoy al mediodía – le lanzó en el rostro con sequedad, como si De Arze fuese también un enemigo.

–Excelencia... ¿Vamos a reforzar la plaza o les saldremos al encuentro? –

Sobre Monte hurgó con su mano derecha en el chaleco, extrajo un reloj de oro y, sin mirar al oficial, lo sostuvo abierto: *–Tenéis todavía tres horas y media para organizar la salida de los nuestros. Las calles de Buenos Aires no deben ser pisadas por una sola sucia bota británica. Id y cumplid con el rey –* le espetó de la manera más antipática de que era capaz.

El coronel De Arze se retiró como una sombra hacia la salida. Desde adentro, don Rafael lo pudo escuchar, impartiendo órdenes a destajo. En la soledad de su recinto, Sobre Monte analizó la situación en que se encontraba, tentado de organizar una resistencia y edificar un muro humano que detuviera el desembarco extranjero; pero una voz interior, más mezquina, también lo seducía para que ordenase proyectar la huida. Sin llegar a un acuerdo consigo mismo, buscó la transparencia ambarina de su mejor jerez y escanció un poco en una copa. Lo bebió de un solo trago, con la intención de desmoronar tantas presiones. Repitió la dosis otras dos veces, hasta que su cuerpo ascendió a un podio de tranquilidad, de cierta calma.

La ventana de su despacho dejaba filtrar un clamor inquietante, una intermitencia de vítores al rey Carlos y a él mismo. Imantado por su propia vanidad se acercó al exterior y desde allí pudo apreciar una multitud reunida alrededor del edificio. Casi toda la ciudad se hallaba convocada en la Plaza Mayor. Obedeciendo a un raptó de fatuidad, decidió salir a una de las almenas, en la fachada de la sede; pero antes de hacerlo llamó a su asistente para que lo acompañase.

La plaza estalló en una sola aclamación unísona, y mil bocas exhalaban juntas el nombre del virrey, como un conjuro contra los británicos. Durante un prolongado minuto de extática admiración, Sobre Monte contempló al pueblo de Buenos Aires debajo de él, y con un goce intrínseco – secreto e inconfesable – se sintió poderoso, infalible.

Su asistente le susurró al oído: *–Diga algo, Excelencia. Algunas palabras–.*

Sobre Monte lo miró y se adelantó un paso, entre indeciso y fascinado. Carraspeó, se estiró la levita y expuso su cuerpo a la vista de todos, sumergiéndose en esa sublime desnudez que provocan las masas observantes. Alzó la diestra, en un gesto que se le ocurrió magnánimo, y logró aquietar a la muchedumbre, deseosa de escuchar alguna palabra oficial que aclarase la situación.

–Súbditos de Su Majestad Carlos IV... – comenzó con grandilocuencia – *los eternos enemigos de la Madre Patria nos convocan nuevamente a la defensa de nuestra religión y nuestro suelo. Vosotros no seréis menos que los hijos de España de otros confines, pues confío en que sabréis hacer gala del valor y el desinterés que estas jornadas nos imponen. Vamos a resistir al usurpador inglés, que nada conoce de medidas en su ambición pirata –* arengó.

La multitud rompió en clamores, ensalzó al monarca y al virrey. Las pupilas de Sobre Monte recorrieron la plaza y vieron los arcos y las terrazas de la Recova con racimos de gente batiendo los trapos azul celeste de la casa Borbón.

–*Se acercan horas de decisión para la ciudad...* – Sobre Monte continuó su filípica – *y os aseguro que serán escritas en las hojas de la Historia con pluma de oro. El nombre de Buenos Aires soplará sobre los mares como sinónimo de libertad* – se inflamó por su propia diatriba –. *Los británicos han venido hasta aquí para usurpar a nuestro rey y a sus posesiones, y estoy seguro de que no se irán sin querer intentar su deleznable arrebato. Pues que vengan si quieren venir... Iremos a por ellos y les presentaremos batalla... ¡Que viva el rey!* – concluyó.

La gente permaneció allí toda la mañana, en una suerte de vigilia. Las campanas de Santo Domingo y de San Ignacio al sur, junto con las del Pilar y las de San Nicolás al norte, prestaron sus repiqueteos agoreros al aire. Los campanarios distantes parecían contestarse entre sí y cargaban la atmósfera.

Durante el resto del día y por orden del virrey, los tambores de los Batallones de Blandengues recorrieron las calles con paso marcial, tocando a guerra. Los parches vibraban con un redoble lento y espaciado, anunciando, quizás, horas de sangre por delante. Los ánimos estaban encrespados, y el germen del miedo anidó en madres y esposas.

A las once de la mañana de ese miércoles, todos vieron cómo la totalidad de las naves inglesas levaron anclas y pusieron proa hacia las playas del Quilmes, aprovechando la brisa norte que soplaba. Ese mismo viento que, por momentos, hizo cesar las lluvias e impuso una tregua a la tormenta. Una hora después, a las doce en punto, las tropas de Beresford marcaban con sus huellas el suelo rioplatense tan codiciado. ***Comenzaba el desembarco.***

Bajo un cielo ceniciento, decenas de chalupas erizadas de bayonetas se acercaron lentamente por el río picado, batiendo remos y embistiendo las olas. El rojo furioso de las chaquetas británicas coloreaba los lanchones bamboleantes y producían un contraste salvaje con el agua. La opacidad milenaria del río y la precámbrica quietud de su curso habían sido perturbadas por el despliegue militar.

La cabecera de playa, llevada a cabo de manera lenta y fatigosa, era vigilada por el bergantín *Encounter*, armado con doce bocas de fuego; la única nave que por su escaso calado era capaz de acercarse hasta la costa como ningún otro barco. Su misión consistía en cubrir a las tropas con el fuego de sus cañones, en su mayoría piezas de 8 y 12 libras, contra un eventual ataque español.

Los movimientos invasores eran observados desde lo alto de una barranca, distante a tres kilómetros del lugar. Desde esa ubicación privilegiada, gauchos de a caballo y soldados de infantería, seguían los desplazamientos. Pero los ingleses,

absortos por completo en la ardua tarea de acarrear a sí mismos y sus pertrechos, apenas repararon en ellos.

Uno de los primeros en arribar a tierra fue William Beresford, con la intención de dirigir personalmente la marcha del operativo. En la zona baja, en donde ordenó el desembarco, sus hombres esculpieron una larga serpiente, una franja extensa salpicada de caballos, provisiones y piezas de artillería. Las intensas lluvias habían deteriorado el terreno elegido por el general británico y convertido la ribera en un andurrial cenagoso, en un fangal aterrador.

Buenos Aires se encontraba a doce millas, pero Beresford, con la tranquilidad que le imprimían su experiencia militar y su natural aplomo para las circunstancias adversas, confiaba en el plan. La maniobra concluyó de la mano del día y el último hombre descendió a tierra un poco antes de que el sol se ocultase. El viento frío y una persistente llovizna hicieron aún más penosa la jornada y profetizaron una noche insoportable.

De a caballo y envuelto en su capa militar, William Beresford recorría de punta a punta la larga hilera de tropas ubicadas a lo largo de la costa. Lanzaba órdenes como si su misma vida dependiera de ello, e insistía con mantener secos los barriles de pólvora. Al alzar la vista hacia la barranca distante, en donde montaban guardia los defensores cada vez más numerosos, observó que en las posiciones enemigas habían comenzado a encenderse fogatas aquí y allá. Había alguna belleza en aquel escenario que se anunciaba violento. Y esa visión, por capricho de su memoria, se le ocurrió conocida, dolorosamente familiar. Regresaron a su mente las hogueras de Curraghmore House, los dominios que su padre poseía en Irlanda, en Waterford, cerca del puerto de Cork. Y como una aguafuerte inesperada, Beresford volvió a las noches que pasaba allí, cerca de su prima Louise Beresford.

William Beresford arrastraba treinta y siete años de existencia y dejaba tras de sí, en Inglaterra, un amor trunco, tan intenso como malogrado. La mano de Louise le había sido negada por su tío, el arzobispo de Tuam, William De la Poe Beresford, padre de la joven, quien no consintió en el matrimonio de su hija por ser ambos de la misma sangre. No admitió que un Beresford se casase con una Beresford. Aunque todos ocultaron la verdad, fingiendo y disfrazando las oscuras razones de la negativa. El parentesco fue sólo un pretexto para velar el auténtico motivo de la oposición a la unión amorosa: él, William Carr Beresford, era tal vez un hijo incierto e ilegítimo, un bastardo. Esa sola razón lo transformaba en un consorte indigno para Louise.

Beresford, el soldado, arrancó de su mente a Louise. Apartó el agrídulce pensamiento y regresó allí, a su guerra americana, menos lacerante y quizá no tan cruel.

Su oficial lugarteniente, el teniente coronel Dennis Pack, se acercó preocupado por la repentina concentración de fuerzas españolas sobre la barranca. El coronel Pedro De Arze había llegado con tropas regulares desde Buenos Aires.

¿Qué piensas William? ¿Crees que quieren atacarnos? – preguntó Pack inquieto.

Tranquilo... Están acampando. Van a esperar que hagamos nosotros el primer movimiento – lo calmó –. Ordena, de todos modos, una avanzada que haga un piquete de guardia al frente. Llévate cuatro piezas de artillería y mantén la vigilancia.

El general Beresford confiaba plenamente en Pack, amigo, confidente y compañero de ruta en la vida militar. Sin embargo, trató de soslayar una cuestión. La realidad era que él mismo se encontraba muy lejos de poder sentir seguridad en torno a la suerte que los aguardaba. En su fuero interno, Beresford apelaba a su buena fortuna para lograr con éxito su objetivo y a la – probablemente – deplorable situación defensiva de la capital (Buenos Aires tenía más de cuarenta mil habitantes, y sólo contaba con unos mil seiscientos hombres). Sus mil cuatrocientos sesenta y seis soldados, dirigidos por setenta y dos oficiales de diverso escalafón, otros tantos sargentos y veintisiete tambores, hacían un total de mil seiscientos treinta y cinco combatientes. Profesionales y bien entrenados, pero ni uno más de esa cifra. Un número exiguuo para una tarea, en apariencia, ciclópea. Iba a lanzarse contra un gigante con apenas un ejército raquíutico y seis cañones medianos. Pero los dados estaban tirados y había que terminar la partida. Se hallaba sujeto a un juego, a una contienda que, por otra parte, él no había elegido.

Atacar a Buenos Aires le pareció a Beresford, desde un principio, un grave error táctico. El objetivo primero y primordial que abriría las puertas del éxito seguro no era justamente la capital. Según él, la ciudad de Montevideo detentaba ese dudoso privilegio, y allí se debía haber atacado primero. Ahora era tarde.

Esa estrategia descabellada fue definida cuando las naves de la flota inglesa fondearon en las inmediaciones del Río de la Plata el 13 de junio último. A bordo del *Narcissus* se celebró un consejo de guerra en donde se discutió cuál de las dos plazas se debía atacar primero. Merced a algunas informaciones obtenidas en una goleta abordada por los británicos, supieron que Buenos Aires se presentaba fácil para ser tomada pero, en cambio, iba a ser de difícil sostenimiento de no mediar refuerzos rápidos desde Ciudad del Cabo, en África.

San Felipe de Montevideo, provista de una fortaleza bien armada y ubicada, requería esfuerzos bélicos más ingentes; pero una vez conquistada les aseguraba una posición defensiva irreductible a las puertas del mismo río. Montevideo era la llave que abría o cerraba el paso hacia el virreinato.

William Beresford se ajustó a un criterio táctico y defendió airadamente su postura de atacar primero San Felipe. No obstante, el comodoro Popham logró imponer su criterio de marchar sobre la capital, en la orilla opuesta del Plata. *Lejos estaban los intereses de la corona británica en esa elección.* El comodoro Popham había sido enterado de un cuantioso cargamento de oro y plata procedente del interior del virreinato, que iba a ser embarcado en Buenos Aires rumbo a España. Según las leyes militares de Inglaterra, los botines en metálico pertenecían a sus captores, autorizados a ejercer su derecho de presas. Esa posibilidad enardeció la ambición de Popham, quien no escuchó otras razones que las que le dictaba su propia codicia. En la discusión con Beresford lo ayudó, tal vez, la falta de pan y otros alimentos en las naves de guerra, lo que tornó difícil la perspectiva de poder mantener un sitio sobre San Felipe de Montevideo. Así, las circunstancias concurren a favor de Popham y lo acompañaron en su mezquina intención, más digna de un bandolero que de un marino de fuste.

A Beresford, en cambio, lo asistían ansias más elevadas, acorde con su temple, más coherentes con su juventud, deseosa de servir a su amada Inglaterra. Con aciertos o dudas, pero servirla.

Aquella noche del miércoles 25 de junio de 1806, frente a la costa, cuando los últimos botes agotaron su carga en las playas, las torres de la ciudad marcaron el inicio de la madrugada en sus relojes. Las tropas británicas ya acusaban el cansancio de la primera jornada conquistadora. Sin haber combatido y sin haber marchado, sentían el castigo sobre sus cuerpos. Una densa cortina de agua danzaba con las ráfagas de viento y golpeaba con violencia de látigo sobre los soldados, agravando la dura misión que tenían por delante.

Los batallones británicos vivaquearon sobre la ribera hasta el amanecer, empapados y hambrientos, arrebujados sobre sí mismos, pensando en el día siguiente y en lo que depararían sus horas. Los hombres dedicaron, quizás, algunos pensamientos al hogar dejado atrás, a los padres y a las mujeres. Durmieron así, abandonados a sus compañeros centinelas, custodios de su mal sueño.

Jueves 26 de junio de 1806 – El combate en la barranca de Quilmes.

El amanecer fue duro. A los uniformes los mordió la inhospitalidad de la tierra y los infantes bebieron la hiel de la escarcha. El cuero helado de las botas parecía cortar la piel en cada movimiento, pero no quedaba más opción que soportarlo y tratar de arrojar lejos las lacras de la fatiga instaladas en el cuerpo. Para terrible sorpresa de Beresford, el pálido sol del alba de ese 26 de junio se reflejaba sobre un bañado, delante de su ejército. En donde el día anterior hubo tierra firme, campo y maleza, ahora había un espejo de agua que lo cubría todo. La torrencial lluvia anegó el terreno por donde debían marchar. Sus tropas se encontraban entonces en una posición difícil,

con el río a sus espaldas y un repentino pantano por delante, con el inquietante agregado de las fuerzas defensoras observándolos a unas dos millas, sobre la elevación vecina al pueblo de Quilmes. El general británico, seguido por el comandante William Campbell y el teniente Sampson, recorrió a pie la distancia que los separaba de la cabeza de la columna. Las botas se le hundieron en el barro y maldijo las pésimas condiciones del terreno. Observó con su lente a las fuerzas hispanas y sin sacar la vista del catalejo, le ordenó a Campbell:

–Disponga la infantería al frente y haga esperar a que la artillería vadee el pantano antes de avanzar...

Campbell asintió y le hizo una seña a Sampson para que comunique la orden a los tenientes Graham y Mitchell, que aguardaban entre las posiciones del Regimiento 71.

Durante esa mañana, el coronel Pedro De Arze, apostado en la barranca con sus tropas, siguió las operaciones a la espera de los movimientos de Beresford. Pero eran todavía las once y aún los ingleses se encontraban atascados en la posición inicial. William Beresford comenzaba a preocuparse por la demora, consciente de estar ofreciendo al enemigo la preciosa oportunidad de contabilizar con exactitud sus fuerzas. Eran más que los españoles, pero objetivamente exigüos para la toma de una ciudad como Buenos Aires.

Enloquecido de impotencia por el atascamiento y la jaqueante espera que empezaba a consumir valiosas horas, Beresford comprendió que su única alternativa era vadear la ciénaga, a riesgo de estropear armas y someterse a un posible ataque. Debía cargar de frente, en dirección al enemigo, en bufalina arremetida.

–¡Que todos los batallones formen en dos columnas! ¡Vamos a avanzar!– gritó a los oficiales dispersos entre las posiciones.

Beresford se acercó a Pack, comandante del 71 y le indicó que el Batallón de Santa Elena formara a retaguardia con dos piezas de artillería, a unas ciento treinta varas de distancia, para defender los flancos contra la caballería y las tropas españolas. Había que guerrear.

Después de haber cuadrangulado los batallones para una eventual batalla, los británicos avanzaron con mucha dificultad unos seiscientos metros. Debieron hacerlo como marranos en un chiquero, con el fango hasta las rodillas. A medida que se acercaban a la barranca, llegaba el momento de desplegar la formación para enfrentarse al enemigo e intentar disolver su frente. Los cazadores escoceses formaron a la derecha. El ala izquierda iba a ser cubierta por los Batallones de Marinería.

El pecho de Beresford comenzó a latir con fuerza y la garganta pareció contraérsele ante aquella acción ineludible. A pesar de que las fuerzas acantonadas sobre la altura del terreno no superaban los quinientos efectivos, aparentemente mal armados y seguramente mal entrenados, no dejaban de ser el enemigo. William

Beresford experimentaba, por fin, la tantas veces imaginada sensación de cumplir con la empresa encomendada. La ciudad se erguía a lo lejos con sus torres de contornos seductores y campanarios de voces brillantes. La marcha sobre Buenos Aires estaba comenzando, peligrosa y exigente.

Adentrados en el bañado, el agua penetró helada por entre las botas y las correas de los uniformes. Cada hombre procuró salir del terreno lo más rápido posible, sabiéndose en una trampa letal. Los rostros pálidos y jóvenes de los soldados europeos mostraban una expresión firme y estuporosa a la vez. Hasta que un cañón criollo liberó todas las presiones contenidas.

Desde la altura de la barranca el coronel De Arze gritó una orden con voz huracanada. Parecía querer herir con la sola estridencia de su garganta.

– *¡Fuego!* – aulló. Nubes de humo se elevaron sobre sus posiciones y De Arze sintió el sabor venenoso de la pólvora en su propia boca. Las detonaciones de las baterías lo ensordecieron; mientras que en el llano, sobre la línea inglesa, cundió la desesperación, pero no el desorden. Muchos británicos se sobrepusieron a las andanadas y comenzaron a responder con fuego de mosquetes. Todo el espacio campestre se saturó de sonidos y el aire del mediodía se tiñó de blanco, producto de las deflagraciones. Desde la cima de la barranca se escuchó a los criollos gritar. Los invasores adivinaron el destello de sables y el movimiento de los caballos enemigos, excitados, corcoveantes.

William Beresford, montado en su animal que chapoteaba enérgico sobre el agua, comenzó a gritar, preocupado por el difícil avance de sus soldados que apenas podían transitar, semihundidos en la ciénaga. Espoleó con violencia al caballo y lo obligó a dar zancadas poderosas, con la intención de llegar junto a los artilleros. Obedeció a su instinto de veterano y ordenó, contra toda la lógica que fuesen abandonados los cañones atascados en el lodo.

– *¡Avancen! ¡Avancen en formación! ¡Olviden las baterías!* – los exhortó. Procuró ocultarles cualquier inflexión de la voz que desnudara su desesperación. Estaba seguro de que las tropas de Buenos Aires no iban a hacer una carga de caballería, pero no quería arriesgarse.

Finalmente, la disciplina de sus hombres fue compensando la dificultad del terreno. Lentamente superaron el bañado sin perder la formación, aunque los uniformes, antes rojos, mostraban ahora un aspecto deplorable por el barro y el agua. El 1er Batallón del Regimiento 71 organizó una formación de tiro en las cercanías de la barranca y hostigó a De Arce. Mientras los primeros soldados de la línea tiraban, los segundos cargaban sus armas para enseguida volver a tirar. El lado español comenzó a sufrir una lluvia emplomada que dificultó la defensa e inició la matanza. Minutos más tarde y acicateados por sus oficiales, los cazadores escoceses fueron ganando la altura de la barranca. Avanzaron ciegamente, con bayonetas caladas y

maldiciendo al enemigo. La inminencia de la lucha cuerpo a cuerpo que los aguardaba en la cúspide, distante unos cien metros, los asustaba, pero no tuvieron más remedio que subir.

Los criollos comenzaron a disparar con los pocos mosquetes que poseían y el humo de las descargas difuminó la crudeza del encuentro. Algunos británicos fueron alcanzados en el rostro y quedaron a la vera de las secciones que continuaron ascendiendo.

–*¡Fuego sostenido!* – bramó De Arze, al ver avanzar a las guarniciones inglesas.

Las balas no parecían alterar la marcha de los invasores. Hasta que un disparo de cañón abrió una brecha doliente que arrasó los cuerpos de dos británicos y desbarató el cuadrángulo rojo que trepaba la ladera. No obstante las bajas, los cazadores continuaron su procesión suicida, disparando y restaurando la formación, dispuestos a trabarse en lucha a punta de bayoneta. Los soldados del coronel De Arze, ante la inutilidad de su resistencia, optaron por un estrepitoso zafarrancho de huida, una escapada en tropel que evidenció las pésimas condiciones de la fuerza.

Cualquier cálculo sensato hubiese arrojado, invariablemente, ese pronóstico. De Arze no hubiese podido jamás hacer frente a una fuerza de mil seiscientos soldados, preparados y disciplinados como los invasores, con sólo quinientos voluntarios y sin más armas que algunos cañones y sables. El escaso armamento liviano provisto por Sobre Monte casi no pudo ser usado debido a que las municiones entregadas eran de distinto calibre al de los mosquetones y pistolas de los soldados. Sólo se pudieron utilizar algunos fusiles de propiedad privada de los vecinos alistados.

El primer obstáculo de Beresford, en su carrera hacia la capital, estaba superado y le otorgó la confirmación de sus sospechas: aparentemente la ciudad era una plaza sin muchas defensas efectivas. Aún así, prefirió no arriesgarse; era poco previsible lo que encontraría más adelante. Pero el comienzo, al menos, era auspicioso. De inmediato se abocó a reagrupar las tropas para reponer fuerzas y continuar el avance. Algunos de sus hombres habían caído:

–*¿Cuántas bajas?* – interrogó Beresford al teniente Murray.

–*Cinco heridos de bala... Y el capitán M'Kenzie, que por poco se ahoga en el bañado por el peso de su mochila. Muertos, uno. Del 71 aún no tengo informe...Murió el doctor Halliday del Batallón Santa Elena...*– dijo Murray pesaroso.

–*¿El cirujano Halliday?*

–*El mismo, general.*

–*¡Maldición!* – Beresford torció la boca –. *De todos modos no tardaremos mucho en entrar a la ciudad... No quiero perder más hombres* – dijo para sí mismo –. *¡Que formen nuevamente sobre la barranca y que los artilleros lleven los cañones dejados por el enemigo!* – ordenó a todos sus jefes.

Beresford no era hombre de exitismos fáciles, sino más bien prudente. Pero en aquel momento su espíritu tuvo más certezas que dudas. Sin saberlo, sus desplazamientos eran observados atentamente por el comodoro Popham desde la fragata *Narcissus*, anclada en el estuario. Y la imagen que la lente le devolvió al marino fue gratificante.

Lo mismo hizo Sobre Monte desde las azoteas del Fuerte, en el centro de Buenos Aires, engañosamente complacido al creer que la suerte le era favorable a De Arze. Un breve disfrute que dio paso a la amarga comprensión de la realidad. Cuando se hubo convencido de la derrota, el virrey despachó al Cuerpo de Voluntarios de Infantería hasta el *punte de Gálvez*, punto intermedio en la marcha hacia la capital, y por el cual Beresford debía cruzar. Dio órdenes de destruirlo con la intención de ganar tiempo y disponer las cosas con un mínimo de orden, con un resto de elegancia, aunque ya se supiera al borde de la hecatombe.

Las perspectivas desoladoras de Sobre Monte tuvieron un bálsamo fugaz al recibir la noticia de que los tesoros reales marchaban a salvo. La noche anterior mandó poner a distancia de los ingleses los caudales de la Real Hacienda; los de la Compañía de Filipinas, empresa privada pero protegida de la corona; y los tesoros del Consulado, Correos y Renta del Tabaco.

Los trasnochados habitantes de Buenos Aires vieron partir, durante esa madrugada, una caravana de doce carretas con el erario público y los tesoros del virrey, rumbo a la *villa de Luxán*, distante a sesenta y cinco kilómetros (ver lámina en Anexo II). De allí serían llevados a la ciudad de Córdoba, en el interior del virreinato. Pero la preocupación fundamental de Sobre Monte reposaba, en realidad, sobre las nueve mil onzas de oro de su propiedad, más que en las arcas reales; al fin y al cabo, restituibles. No así su metálico.

Luego de la exitosa refriega en los bañados, William Beresford permitió que sus hombres descansasen durante dos horas para consumir ración y limpiar el armamento. Mientras tanto, en su escape en dirección a la ciudad, el coronel De Arze llegó hacia las cuatro y media de la tarde al puente de Galvez, que cruzaba el Riachuelo. Luego de transponerlo, De Arze ordenó que fuese incendiado de inmediato. Si lo acompañaba la suerte, Beresford y su ejército no lo podrían cruzar. Cualquier obstáculo era bueno para entorpecer la marcha británica, segura e implacable.

Tal vez para justificar su notorio fracaso, aunque verdaderamente no recayera en él la responsabilidad del resultado, De Arze sembró a su paso una versión propia de los acontecimientos. Elevó la cifra real de las fuerzas invasoras. Según él, el desembarco inglés rondaba los cuatro mil efectivos, equipados con demasiadas piezas de artillería, y que se aproximaban como una tromba sólida e incontenible.

La veteranía y una lógica esencial le dictaban a Beresford que los españoles intentarían destruir el puente por el cual debía pasar. Para evitarlo, a las dos de la tarde ordenó reanudar el avance. Pero a poco de marchar fue, en efecto, informado sobre el incendio del pontón. De inmediato buscó al teniente coronel Pack y le encomendó la tarea de reunir tres compañías del 71 y dos obuses, algunos barriles de pólvora y suficiente munición.

–Dennis... Iremos con un tercio del 71 para emplazar una posición desde esta ribera. Hay que hostilizarlos para que no completen la destrucción o tendremos dificultades – profetizó.

–En ese caso, tendremos que vadear el río...

–Imposible en esta época del año. Sin el puente las cosas se complicarán...

Pack le hizo una venia e inmediatamente comenzó a gritar a la masa de infantes para moverlos cuanto antes. Comprendió que la gravedad de la situación exigía acciones perentorias. En tanto, las fuerzas españolas dispersas se fortalecieron en la ribera norte del Riachuelo, del otro lado, y aguardaron la aproximación de Beresford. La brecha natural del río les servía de parapeto y contención. De Arze estaba seguro de poder detenerlo.

Sobre Monte, por su parte, comenzó a transitar la inevitable desesperación de ver cómo la oleada británica achicaba distancias. Impaciente, se aproximó a la zona de guerra para tratar de establecer una suerte de cuartel general en la finca de Antonio Dorna, un compatriota de Sevilla que vivía en el pueblo de Barracas. El virrey durmió allí la noche del 26 de junio, luego de dirigir malamente a los defensores. Las órdenes y contraórdenes que impartió durante ese día contribuyeron a atenuar la efectividad de los criollos, desbordados por los sucesos. Por ser hombre de armas, sus arrebatos de ansiedad y exasperación lograron entenebrececer su fama de militar eficaz. Los oficiales subalternos debieron soportar durante toda la jornada los continuos desplazamientos de tropas y armamentos de un lado a otro, según su confuso parecer. Más de uno juró que Sobre Monte estaba trabajando para los ingleses.

La infantería criolla, al mando de Miguel de Azcuénaga y Eustaquio Giannini, lo mismo que la artillería conducida por el coronel Olondriz, fueron las escogidas para la misión de tratar de ese último punto defensivo, a orillas del Riachuelo. Apenas un simple curso de agua, un riacho turbio era lo que los mantenía aún libres. Era la última posibilidad de defender la plaza virreinal y seguir siendo dueños de sí mismos.

El día empezaba a menguar cuando las tres compañías del 71 dirigidas por Beresford y Pack se aproximaron a la ribera sur. El paisaje había sido alterado dramáticamente. La ubicación de cañones y hombres listos para recibirlos transformó el aspecto del lugar, al otro lado del río.

Al verlos, las tropas de Buenos Aires dispararon inútilmente la artillería y los escasos fusiles, tratando de que la avanzada inglesa no tomase posiciones – lo que

finalmente ocurrió –. Pero Beresford prefirió no presentar batalla. La noche, que ya era una realidad negra y palpable, cayó sobre naturales y extranjeros. Y William Beresford, seguro de que la victoria era una cuestión de tiempo, prefirió esperar.

Con la moral deshecha, las fuerzas españolas celebraron un conciliábulo, una suerte de consejo de guerra para determinar las acciones futuras. Pasadas las siete de la tarde y con la vista de la vanguardia de Beresford del otro lado, los integrantes de la Real Audiencia y algunos cabildantes allí presentes fueron reunidos por el coronel Pérez Brito para darles a conocer las decisiones tomadas por Sobre Monte.

– *Caballeros...* – dijo grave Pérez Brito – *en vista de las circunstancias y de que una fuerza inglesa se encuentra acampando a media legua del puente, el Marqués me ha hecho llegar su decisión...* – el resto cruzó miradas y esperó por más– : *En virtud de las escasas posibilidades de mantener la ciudad ante este ataque y en la necesidad de no entregar el gobierno de Su Majestad Católica...* – hizo una pausa que reconcentró la atención de todos – *el señor virrey me ha anunciado su intención de retirarse al interior* – dijo sin anestesia.

–*¡Eso no es verdad!* – un cabildante alzó la voz, amostazado.

–*Mucho lo lamento amigo mío... Pero sí. Además, me ha confiado el mando militar de la plaza y me ordenó defender la Real Fortaleza, pidiéndome que no repare en los daños que pudiera ocasionar en caso de defenderla, aunque dudo mucho que sea lo más conveniente.*

En los rostros se apoderó el desconcierto por la noticia: ***Sobre Monte se aprestaba en franca huida, así, sin más.***

Del otro lado del escenario, tierra yerma y conquistada por Beresford, éste resolvió, en lo posible, no dar batalla en el camino aún por recorrer. Hacia la medianoche decidió abandonar la posición y replegarse hasta el campamento, donde estaba el grueso de su fuerza, a unos dos kilómetros. Dispuso, sin embargo, una línea de vigilancia a lo largo de la orilla para alertar sobre eventuales movimientos. Durante esa madrugada, sus tropas acantonaron en la *quinta de Galvez* y en otras casas cercanas, a la espera del último amanecer, antes de anexar aquellos parajes al mapa del Imperio.

Viernes 27 de junio de 1806 – El combate en las orillas del Riachuelo, la huida de Sobre Monte y la rendición de la capital del Virreinato.

Algunas horas después, las aves de la campaña bonaerense anunciaron el día nuevo a los invasores, listos para su hazaña final. Debían vencer un obstáculo quizás menor, pero tan real como un disparo de cañón. William Beresford adecentó su maltrecho uniforme y trató de restaurarlo a su forma inicial, de redimir en alguna medida el lustre escarlata de su tela. El lodo y la suciedad encaramados en sus borlas y botones le restaban brillo y contundencia. Secretamente, el inglés hizo votos para no

tener que combatir. Pero en caso de tener que entrar a Buenos Aires en pie de lucha y a golpe de sable, lo haría sin dudar, con la decisión que exigía su condición militar. Como el puño que era del rey de Inglaterra, conquistador al fin.

Listo de ropas y de espíritu, Beresford comenzó a aullar una sinfonía de órdenes:

–*Que venga el capitán Kenneth* – llamó a un oficial que revistaba en el Cuerpo de Ingenieros Reales y con el cual mantenía una estrecha amistad.

Frente a su superior, George William Kenneth se dispuso a recibir las instrucciones, que no fueron otras que adelantarse hasta la ribera del Riachuelo y observar las condiciones para su cruce. Beresford no esperaba que fuesen buenas, y evidentemente tampoco lo fueron. A su regreso Kenneth informó que en la costa propia el campo no ofrecía mayores resguardos para las tropas, mientras que en la ribera norte los defensores se encontraban parapetados en casas y árboles, con cañones y artillería, dispuestos en puntos estratégicos. Pero persuadido de no admitir más dilaciones, Beresford resolvió avanzar hasta el arroyo y tratar por todos los medios de cruzar la última valla interpuesta entre él y Buenos Aires.

–*Preparen a los hombres... ¡Vamos a atacar!* – ordenó sin consultar a su ayudante de campo. Sabía que Dennis Pack lo acompañaba en la decisión.

Antes del asalto Beresford y Pack se reunieron con su plana mayor para discutir el despliegue de fuerzas. Todos vieron en los gestos del jefe el claro signo de la determinación. La piel de Beresford parecía bullir de ansiedad, como si en verdad deseara el encuentro. Su propósito de alcanzar la resolución de la contienda era evidente a pesar de que el ejército que comandaba era un escuálido millar y medio. Estaba decidido a medir su poderío, sin importar lo encarnizado que se anunciaba el combate. Semejante tozudez no fue sorpresiva para Pack, compañero de otras guerras.

–*Quiero a toda la infantería en la retaguardia, menos a los granaderos del 71 y a la Compañía Ligera* – dijo firme. Y mirando a todos, sentenció –: *Una cosa más... Nadie retrocede una yarda del terreno ganado. Pasamos o pasamos, y si es necesario, sobre nuestros muertos* – fue monolítico.

Nadie se atrevió a añadir algo. Dennis Pack lo miró y apretando los labios asintió con la cabeza.

Después de un breve y ordenado caos en el cual sus hombres se ubicaron en formación, Beresford, en una actitud rayana en la temeridad, los hizo marchar, compactos y geométricos, con fondo de tambores. Los regimientos caminaron poligonalmente, manteniendo los estandartes y banderines de cada batallón en alto. William Beresford observó a su pequeño ejército acortar terreno en dirección a los españoles, y los encomendó colectivamente a los arcángeles de la guerra. Sus sienes palpitaron como si reflejasen la cadencia que marcaban los tambores. Una tensión de

muerte flotaba en toda la escena y la agonía previa a toda batalla era en esos instantes tan sólida como la masa de uniformes.

Próximos a coliseo del combate que estaba por desencadenarse, el capitán James Olgilvie ordenó que las piezas de artillería y los cañones españoles capturados en la jornada anterior fuesen bajados hasta la orilla. Los artilleros de Olgilvie comenzaron a apostarse en la ribera sur y percibieron el clima cargado, a punto de eclosionar en el lado contrario, distante a unos cuarenta metros. Formados según las órdenes, los soldados escoceses bajaron a la costa para disponer los obuses. Pulularon por la orilla como hormigas frente a un cadáver gigante y buscaron los puntos adecuados, evitando realizar movimientos bruscos. Sabían que los cañones enemigos, ubicados frente a ellos, podrían encenderse repentinamente. Y fue en esos momentos que estalló, sin mediar advertencia, una andanada monstruosa que les hizo pegar las rodillas a tierra. Los hombres de Olgilvie comenzaron a superponer órdenes e indicaciones entre sí, urgidos de responder al fuego. La línea española no hizo paréntesis en el ataque y una densa humareda tornó borrosa la visión del enemigo. Una parte de los batallones británicos en reserva permaneció quieta detrás de la línea de lucha, a la espera del mejor momento para avanzar. Las detonaciones de fusiles de uno y otro bando se disputaron con los cañones la supremacía del estruendo que allí se instaló. Lamentablemente para los súbditos de España, sus disparos de mortero tenían una trayectoria demasiado alta, por lo que en un primer momento no inflingieron mayores daños a los británicos.

Uno de los oficiales highlanders, el capitán LeBlanc, avanzó al frente de su guarnición para cubrir uno de los flancos, en dirección a la costa, acompañando al teniente coronel Pack. Le Blanc era un infante, un hombre de a pie, y desde el llano acortaba la distancia hacia el enemigo. Dennis Pack, en cambio, montaba una cabalgadura nerviosa y piafante, y desde ella dirigía la columna principal del 71. Fatídicamente para Le Blanc, el combate fue efímero y transcurrió lo que vive un segundo. Eso bastó para que el capitán cayese magnamente herido por un proyectil español. Una bala de cañón rasgó el aire y ambos coincidieron en el trayecto. El impacto dio en su pierna derecha, que estalló en mil borbotones espesos y lo sumieron en una bruma de dolor. El oficial cayó y su tropa se paralizó desconcertada. Algunos retrocedieron, espantados por los alaridos de su jefe:

–*¡Help me... Please! ¡Heeelp!* – el grito cruzó el curso de agua.

LeBlanc pidió un auxilio que se escuchó sobre la alienante confusión del encuentro. La tela de su chaqueta, destrozada en parte, confundió sus tonos carmín con la masa deshecha de huesos y carne. Músculo y uniforme se aunaron en una mezcla púrpura y viscosa con vahos de muerte. Todavía consciente, LeBlanc se acostó sobre el pasto y sintió todo su cuerpo estremecerse con un estertor involuntario, debido quizás al frío que empezó a sentir por la tremenda pérdida de

sangre. Uno de sus hombres, el teniente Graham, se terció el fusil al hombro y corrió sin demora hacia LeBlanc, que se revolcaba enrojecido por su propia sangre, tembloroso ante la irrealidad de su suerte. Graham sintió cómo el capitán le aferraba las correas del uniforme y gritaba exclamaciones ininteligibles. El capitán parecía querer contener la hemorragia de su pierna ahorcándose el muslo; se le iba la vida y pretendía atraparla entre sus manos.

Uno de los artilleros virreinales, al verlos, apuntó su cañón de 16 libras hacia allí y descargó en vano un proyectil; luego otro, pero tampoco alcanzó a terminar su cometido. Por fin LeBlanc fue llevado a reparo, mutilado pero vivo.

Las descargas de los obuses levantaban cortinas de tierra arrancada de cuajo y marcaban el juego intenso y traumático del combate; ningún rincón de ambos campos fue eximido. A grupa de su caballo, Dennis Pack no cesaba de dirigir a sus hombres. Serpenteaba entre las posiciones impartiendo directivas para evitar que los batallones perdiesen cuadratura frente al enemigo. Desde la altura del animal observó que al frente del desplazamiento un cazador escocés se hallaba en problemas. El soldado cargaba su fusil, cuando la baqueta se le atoró en la boca del arma. Acobardado, el infante salió de la ordenada hilera que marchaba hacia el frente, y la maniobra del conjunto se vio amenazada. Con su sable desenvainado, el jefe del 71 se acercó hasta el cazador y lo conminó:

–*¡Arroje el fusil!* – le gritó Pack, furioso– *¡Arrójelo!*

La mente del cazador escocés se licuó de pavor. Desechó su arma y buscó frenéticamente algún compañero herido. Cuando lo halló, le arrebató el mosquete para volver a ocupar su lugar en la formación, esquivando balas y detonaciones que lo salpicaban de tierra y grava.

Dennis Pack supervisaba todo y dejaba la voz en mil órdenes enfatizadas con bajadas violentas de su sable ornado de borlas. A pesar de conocer a su caballo y saberlo brioso y compulsivo en combate, en un momento Pack sintió que el animal vibraba de manera bestial y desapareja. Miró el estribo izquierdo y observó con horror restos sanguinolentos, humeantes, que se deslizaban por su bota renegrada. En ese mismo instante las fuerzas de su montura comenzaron a declinar. El caballo se arqueó espasmódicamente hacia atrás y cayó muerto. Tirado sobre el pasto, el británico tuvo la fugaz visión del animal sin vida, con el belfo flojo, profuso de sangre y de babas. Una descarga de metralla desde la línea enemiga abrió el cuero de la bestia y le desgarró sus colosales músculos. El mismo Dennis Pack casi perece en la refriega, víctima de las descargas que zumbaban amenazadoras a su alrededor.

Con un último y definidor esfuerzo, los invasores respondieron al ataque. Lograron silenciar los morteros de De Arze y precipitaron la retirada de los artilleros más expuestos. Sin embargo, los criollos mantuvieron el fuego de fusiles durante algún tiempo y ocasionaron algunas bajas más entre los británicos. *Juan Olondriz, un*

*criollo teniente coronel, muy entrado en años, Jefe del Regimiento Fijo de Granaderos, no cedió un ápice de terreno. Se parapetó junto a los suyos y mantuvo irreductible la barricada durante un buen tiempo. Sólo al recibir la orden de replegarse y viendo la poca utilidad de sus esfuerzos, entregó la posición. Tal vez, el último resquicio de fuerza que vería Beresford en su infernal y avasalladora excursión. **Ahora sí, certeramente, el camino se abría ancho y despejado hacia la toma final.***

Al ver que las tropas españolas abandonaban el terreno, los soldados y oficiales británicos dejaron sentir su júbilo en una ovación, aliviados por la lucha que terminaba y abrigados por la victoria. Beresford, de a caballo, comenzó a recorrer las filas para tratar de verificar las bajas y felicitar a sus hombres por el buen desempeño. A su paso, muchos soldados dejaron sus ocupaciones y lo miraron pasar, reconcentrado. Un halo turbulento flotaba siempre a su alrededor, luego del combate. Un cazador escocés, al advertir que se acercaba, alzó su fusil embayonetado y lo blandió como una lanza, en gesto de triunfo.

–**¡Victoria!** – gritó eufórico. Un hilo de sangre seca le surcaba el rostro.

William Beresford lo escuchó y detuvo su caballo con un severo golpe de riendas que hizo saltar bruscamente al animal. Señaló con su índice al soldado y a todos los que lo acompañaban, mudos testigos de la escena.

–*¡Eso díganmelo cuando la Union Jack flamee en la punta del mástil más alto de Buenos Aires! ¡Buena lucha!* – exclamó con el puño apretado.

Luego espoleó a su caballo hasta el confaloniero que llevaba la bandera inglesa y se la arrebató de las manos. Tomó el astil con la insignia y salió a pique hacia la costa del Riachuelo, volando sobre la hierba con el pabellón acariciándole el cuerpo, flameando al compás del galope. Corrió a la vista de todos, hasta que los cascos del animal pisaron la arenisca mojada de la playa. Allí alzó su brazo en un gesto grandioso y evidente para sus hombres y gritó:

–**¡Tierra inglesa!** – y clavó el extremo en el barro. Hundió el asta en el suelo que ahora consideraba suyo. Puso el primer mojón británico en su campo conquistado.

Verdaderamente Beresford ansiaba por fin tomar la Fortaleza e instaurar desde allí su gobierno. La sede virreinal estaba lejos de ser inexpugnable o constituir en sí misma un obstáculo militarmente insalvable. Pero allí estaban los Reales Almacenes y Armerías, y todas las dependencias administrativas. Era, en una palabra, el centro mismo del poder y el símbolo del reinado español. Y tras ese símbolo iba William Carr Beresford: militar y hombre, usurpador y taumaturgo.

Se propuso cruzar el curso de agua cuanto antes. A pesar de que el riacho era estrecho e insignificante, impedía el último avance. Haciendo uso de ingenio, los pontoneros de Beresford, a las órdenes de Kenneth, encontraron una solución a la carencia de materiales que padecían. Algunos efectivos de los Batallones de Marina

cruzaron a nado hasta la margen contraria, y luego de una recorrida por las adyacencias, secuestraron un centenar de embarcaciones vecinas para ser llevadas hasta el punto fijado por Beresford. Los botes y pequeños lanchones fueron reunidos y sujetos de costado, borda a borda, formando un ancho puente flotante, algo inestable, pero que permitió al millar y medio de ingleses cruzar sin problemas, lo mismo que toda la artillería y los once caballos llevados con la expedición. El cruce en estas condiciones se convirtió en una tarea de por sí trabajosa y alienante, agravada por la urgencia que había de terminar ya con la agotadora aventura.

Las fuerzas de Buenos Aires, en diáspora, fueron reunidas nuevamente al mando de Sobre Monte, apostado en su improvisado cuartel general, no muy lejos de los campos británicos. Al atardecer de ese día 26, el virrey ultimó los detalles para escapar de los sucesos, decidido a no caer prisionero de los ingleses. Muchos refuerzos llegaron a la zona desde los pagos de *San Isidro, Olivos y Las Conchas*, con la intención de apoyarlo y defender la ciudad, pero la decisión de don Rafael estaba tomada. La reunión de tropas alcanzó a unos mil doscientos efectivos y la fuerza de artillería adquirió una dimensión capaz de jaquear a los cañones de Beresford. Algunos pensaron que el virrey se aprestaba a una renovada resistencia; nadie sabía que había planificado su escape desde el mismo día anterior, triunfasen o no los extranjeros. La acefalía de poder iba a ser subsanada por su tío político, el brigadier español José Ignacio de la Quintana, encomendado para mantener la plaza y, en caso extremo, negociar una capitulación honrosa.

Esa misma madrugada del 27, Sobre Monte partió junto a una columna de soldados y tomó la calle larga de Barracas, la misma que conducía al centro de la ciudad y al Fuerte. Algunos desprevenidos supusieron que se dirigía allí para hacer acopio de recursos y resistir, pero no tardaron mucho en advertir sus genuinas intenciones. Sobre Monte llegó hasta la calle de las Torres, que corría frente a la Catedral y bordeaba la Fortaleza. Pero a la altura de los *corrales de Miserere* (*), en lugar de tomar hacia el este en dirección a la Plaza Mayor, distante a menos de una legua, se dirigió al oeste, hacia los pagos de Morón, camino a la *villa de Luxán*. Allí, con los brazos abiertos y sus brillos parpadeantes, lo aguardaban sus onzas y lingotes, razón de sus desvelos y evocaciones constantes. La huida del virrey fue paquidérmica, debido a la cantidad de tropas que lo escoltaban y de bueyes obligados a empujar los vehículos con los bienes públicos de la ciudad y los privados del Marqués. Doce carretas, como galápagos inmensos cargados de valores, marcharon hasta el Monte de Castro, muy cerca de los pagos de Flores. Sobre Monte y su familia descansaron allí hasta el día siguiente para poder continuar frescos su infame derrotero.

(*) *Los Corrales de Miserere* empezaron a funcionar en 1775 en lo que hoy es la plaza Once y la estación del ferrocarril. Llegaban hasta la Avenida Corrientes hacia el norte y de la Avenida Pueyrredón hasta la calle Ecuador. En 1806 y 1807 fueron escenario de las invasiones inglesas al Virreinato Español del Río de la Plata.

El brigadier De la Quintana, en tanto, ordenó que las pocas tropas disponibles se replegasen sobre la ciudad y se reunieran en el Fuerte, con instrucciones expresas de no presentar más batalla, de ceder terreno, de abrirles camino a las tropas británicas, las cuales ya habían desnudado su voluntad beligerante.

Ante la orden recibida, los defensores – confundidos pero obedientes – tomaron la calle del Bajo, avergonzados de tener que franquear el camino final a los intrusos, a esa altura de los acontecimientos, justipreciados como una fuerza escasa. Los criollos reconocieron que Buenos Aires era vencida más por sus propias limitaciones, que por la contundencia del enemigo.

En las afueras, la tarea de pasar hombres y pertrechos a través del puente flotante le consumió a Beresford toda la mañana del día 27. Cuando el último soldado y arreo cruzó las aguas, el ejército inglés se dirigió a las puertas mismas de la ciudad, en el pueblo lindero de Barracas. Allí, Beresford fue informado sobre el estado de abandono militar, de absoluta indefensión en que se encontraba la plaza. La inmejorable noticia tuvo el efecto de una reparadora ambrosía en su espíritu. William Beresford veía allanado el camino ante sus ojos. La fruta madura estaba a punto de caer del árbol.

Dudaba empero de la actitud que debía tomar para evitar una entrada sangrienta, en caso de que la población se le opusiera. Determinó, por fin, enviar un emisario con las exigencias para las autoridades, o quienes estuviesen a cargo. Deseaba evitar, por todos los medios, ingresar de manera hostil. No quería hipotecar la ardua tarea de gobernar y administrar que le esperaba más adelante. Su instinto político le dictaba al oído, como un consejero invisible, que enfundara la espada y desplegase otros recursos.

Dennis Pack, dominado por el impulso de luchar, le preguntó:

–*¿Dispongo las columnas? ¿Vamos a cargar contra el centro?*

–*Por el momento no... Vamos a enviar a Gordon como embajador* – contestó Beresford – *Trae al alférez Gordon* – añadió sereno.

A los pocos minutos se hizo presente el oficial, quien fue instruido para llevar las exigencias y las condiciones en que debía ser entregado el gobierno. Beresford le encomendó:

–*Su misión será persuadir a las autoridades coloniales... Ponga énfasis en la buena voluntad y benevolencia de nuestras intenciones. Debe dejar establecido que estamos dispuestos a respetar su modo de vida y a las personas. Y sobre todo su religión. No lo olvide alférez... persuada* – le dijo penetrante.

Con buen tino, el general inglés se inclinaba más por persuadir. Para disuadir hacía falta tiempo, no sangre y pólvora; aunque si era menester hacerlo, no lo iba a dudar. Pero por el momento prefería convencer antes que vencer.

Nuevamente la lluvia, por momentos torrencial se dejó caer sobre la ciudad. Y ese cielo parecía acompañar el llanto de los vencidos. Al mediodía, Buenos Aires era todo derrota y tristeza que se mostraba sin pudores. Apenas a dos kilómetros estaban las tropas británicas prácticamente dueñas de la colonia, aunque más vencedoras de los espíritus que de las armas, por cuanto habían logrado doblegarla sólo con su valor y determinación, usando como mejor herramienta la indecisión y la cobardía de las autoridades virreinales.

La Plaza Mayor era un tropel de vecinos que mostraban las huellas del miedo o la exasperación. El temor era de los comerciantes y autoridades, a quienes un cambio tan dramático los plagaba de incertidumbres respecto de su suerte inmediata. *La rabia, en cambio, cundió entre el esclavaje y los paisanos que no alcanzaban a comprender por qué no se presentaba más resistencia, aún en las mismas calles si era necesario.*

La multitud formaba ruedas y enfrentaba sus ideas sobre lo que estaba sucediendo con gritos y discusiones. Muchos opinaban que la invasión traería cierto progreso. Otros, más fundamentalistas, defendían a Sobre Monte por ser emblemático del poder español. Los ánimos eran de congoja y de indignación. Cada sentimiento afloraba en la piel y combatía por prevalecer en las voluntades.

De pronto, se escuchó una cortina de insultos con fondo de corridas y ecos de multitud. Desde el fondo de la calle *San Martín de Tours* se acercaba un soldado inglés. Era el alférez Gordon con una bandera de parlamento, de a caballo y escoltado por un oficial español que le salió al encuentro. Iba camino al Fuerte con el ultimátum enviado por el general Beresford. A su paso, la gente insultaba a Gordon sin retaceos. Ejercían la eclosión de todos los odios acumulados durante los últimos días. Posiblemente, si no hubiera estado el oficial español, se hubiese producido un linchamiento, pero el mensajero de los sitiadores, impávido, cabalgaba con los ojos al frente y observando a la muchedumbre frente a la Recova, a escasas dos calles.

El alférez Gordon echó mano a su mejor temple y calma, pero un nudo de temor le cerraba la garganta. De las crines de su montura y sobre su uniforme colgaban, con una plasticidad repugnante, escupitajos ambarinos y generosos, lanzados con verdadero rencor y usados como única arma válida que hiriera, al menos, el orgullo. Gordon esperaba que frente al Fuerte hubiese más soldados y oficiales coloniales; el gentío reunido le preocupaba. No escapaba a sus cálculos que en ese momento bastaba solamente un gesto violento, una primera acción bárbara, para desencadenar un tumulto que llevara al holocausto. También sabía que ante una reacción espontánea, nada podrían hacer las autoridades. Como único recurso, Gordon llevaba en la funda, lista para usar, su pistola *Paget* de batalla, la cual, de todos modos, podía ser de poca utilidad en caso de tener que defenderse. Con el arma podría matar a uno, después sería despedazado.

En la calle la actividad se prolongó bastante durante bastante tiempo, por cuanto el emisario británico debió regresar a sus líneas y volver nuevamente al Fuerte con las enmiendas acordadas con Beresford, cansado de esperar una respuesta definitiva de las autoridades coloniales. Eran las dos y media de la tarde y la llovizna que desde algún rato estaba cayendo se hizo aguacero, con truenos y centellas. Parecía que los dioses protectores de Buenos Aires mostraban su cólera. Las horas comenzaron a desfilar; y si William Beresford optaba por entrar en lucha, los cañones iban a fundir sus bramidos con el cielo. La gente en la Plaza Mayor se guareció en las galerías de la Recova, bajo el Cabildo, o soportaron el agua montados en sus caballos y a la vera de sus ponchos.

De pronto, un sonido agudo y silbante, tan exótico como un centenar de gatos maullando ordenadamente y a la vez, ascendió desde la calle. Un retumbar de cuero viril, de suela guerrera, comenzó a apoderarse del aire.

–*¡El ejército británico! ¡Marchan los ingleses!* – se escuchó.

Todos vieron estupefactos el sobrecogedor desfile que pasaba por el empedrado de la calle. El sonido de las gaitas del Regimiento 71 de Cazadores Escoceses daba a toda la escena un viso de irrealidad. La gente miraba desde los balcones como si estuvieran atisbando a la Escocia legendaria.

Los soldados soplaban la marcha rápida del regimiento, a cuyo ritmo se desplazaba. El redoble de los tambores y el sonar del adoquinado bajo sus botas reverberaban como un eco intimidante. Las tropas formaban un conjunto abigarrado en donde predominaban el rojo de las chaquetas y el verdinegro de las faldas de los *Highlanders*. Los filos solimanados de las bayonetas desnudas se alzaban parejos en medio de la calle, uno tras otro, apuntando al cielo. Al frente de cada división de infantería iban los respectivos oficiales montados, seguidos de dos suboficiales que llevaban los guiones e insignias de los batallones. Ofrecían un espectáculo subyugante por lo hermoso, aunque trágico para los incrédulos vecinos. El frío intenso golpeaba a los invasores y las narices dilatadas de sus caballos. Las bocas semiabiertas de las bestias lanzaban volutas de niebla, jadeos vaporosos que demonificaban la imagen y la tornaban más impresionante. La rubianez de los extranjeros – *casi ninguno mayor de veinticinco años* – contrastaba con la suciedad de sus ropas, raídas por los agitados días anteriores y maltratadas por la lluvia.

Formaban una extensa columna surgida desde el extremo de la calle, en las afueras de la ciudad, y luchaban contra la pendiente lodosa, empedrada sólo a doscientos metros de la plaza. La marcialidad que demostraban no lograba ocultar, sin embargo, el agotamiento que padecían, excedidos de fatiga, de hambre y de frío.

William Beresford, echando mano a los pocos recursos que podía esgrimir, ordenó que la fuerza entrase a Buenos Aires formada espaciadamente, con los dos cañones gruesos y las seis piezas livianas intercaladas entre los hombres, para

producir un efecto más disuasivo en la población. El truco fue poco eficaz, y no logró ocultar al vecindario la verdadera dimensión de su poderío, más bien ralo, al borde del absurdo.

William Carr Beresford ingresó a la Plaza Mayor secundado por su ejército, tratando de componer una imagen soberana, con el garbo que requería la circunstancia. Procuró sintetizar en los gestos todos sus años de servicio a la corona, pensando cada ademán y movimiento de músculo. Intentó lograr una sintonía absoluta con su montura y lo logró. Se sabía respaldado por sus tropas, y que sus armas, incluidos los cañones, estaban con las cargas listas para abrir fuego son sólo un gesto suyo. Pero no pudo menos que observar con cierta preocupación las caras torvas del pueblo reunido bajo la lluvia. Paseó su vista y auscultó a cada uno de los hombres que se aventuraban a un duelo de pupilas, a un sordo combate de ojos.

La Fortaleza virreinal estaba a sus espaldas, y el inglés torció la cabeza hacia el teniente coronel Pack para indicarle que hiciera detener la columna cuando ingresase más de la mitad de ella a la plaza:

–*Colonel... Make the column stop!* –la orden fue graznada con potencia.

El grueso del Regimiento 71 ingresó dentro del perímetro de la plaza y Pack alzó su brazo para ejecutar la orden:

–*Attention...* –gritó–. *Stop!*

Con un sonido multitudinario y uniforme, las tropas inglesas detuvieron su avance. Los redobles y las gaitas cesaron tan bruscamente como su marcha y toda la plaza quedaron atrapadas en un mutismo angustiante. La lluvia pareció crepitar con más fuerza sobre el barro. El aguacero y algún entrechocar fortuito de metales fue la única ruptura al silencio sagrado del lugar. Por un breve instante los oficiales de Beresford contemplaron a todos los que rodeaban la Plaza Mayor; algunos encaramados sobre la Recova. En los rostros empapados de invasores e invadidos se leía rivalidad. En el extremo norte de la plaza, una esclava comenzó a llorar con suficiente brío como para que su tristeza impregnara la tarde. Esas lágrimas amalgamaron el momento, como si la escena fuese el funeral de la corona de España en Buenos Aires. Beresford movió una rienda y su montura relinchó inquieta. Parecía percibir la tensísima situación. La espoleó con cautela, temeroso de que cualquier gesto no calculado lanzara a esos hombres contra los suyos.

Todos los vecinos siguieron con la mirada el paso lento del caballo rumbo al puente levadizo del Fuerte. Daba la impresión que hasta el mismo animal se pavoneaba orgulloso, dueño de la ciudad, al igual que su jinete. Ésa fue al menos la sensación de la multitud. Dennis Pack hizo lo propio desde su nueva cabalgadura y lo siguió. También otros oficiales se aprestaron a ingresar a la Real Fortaleza, en donde en forma inmediata se iba a efectuar el traspaso del mando y la firma de los documentos pertinentes. Una vez dentro, el general inglés se apeó para celebrar, por

fin, la rendición formal de las autoridades españolas. William Pío White, un norteamericano de Boston establecido en Buenos Aires, se ofreció de intérprete entre las partes enemigas. Beresford, Pack y el comandante Campbell fueron recibidos por el brigadier José de la Quintana, tío político de Sobre Monte.

Las saluciones protocolares por parte de los británicos no atenuaron el clima de pesadumbre de los españoles, entregados a su suerte. Beresford recibió los papeles con la rendición y la entrega de los dominios del Virreinato del Río de la Plata, a Su Majestad Británica. *Desde ese momento William Carr Beresford comenzó a ejercer su premeditado cargo de Excelentísimo Señor Mayor General, Comandante en Jefe y Gobernador.*

Estaba hecho. Por fin detentaba sobre el Río de la Plata su derecho de conquista. *Mientras en Londres, en el palacio de Buckingham, George III de Inglaterra reinaba sobre una nueva colonia llamada Buenos Aires.*

Dentro del Fuerte, el conciliábulo entre las partes se prolongó más de lo esperado y recalcitó los ánimos de todos los que aguardaban en la plaza. Eran las tres y media de la tarde, y el frío y la lluvia comenzaban a dejar su huella ellos.

Según se supo, estaba la promesa de los invasores de respetar los patrimonios civiles. Por lo menos así había sido señalado en el acta de capitulación que las autoridades hispanas entregaron a Beresford cuando marchó sobre la ciudad. Acta que los ingleses aún no habían firmado. Y sin esa firma, todos los términos del documento no quedaban debidamente validados. Ésa fue la manera en que Beresford, astutamente, conservó para sí una completa libertad de maniobra, exento de compromisos.

Por otra parte, la conquista británica cambiaba todas las proyecciones y abría un sinnúmero de interrogantes. Nadie arriesgaba un pronóstico sobre qué tipo de disposiciones comerciales iba a arbitrar Beresford. Sólo quedaba la paciente espera.

Las tropas británicas apostadas frente al Fuerte y a lo largo y ancho de la plaza, empezaron a formar con desplazamientos cortos y precisos, según las órdenes de sus oficiales.

Dentro de la sede, William Beresford dispuso las cosas a efectos de desalojar a la vieja administración e inventariar las existencias. Ya sabía el procedimiento, algo más o menos similar a lo hecho por David Baird en Sudáfrica cuatro meses atrás, cuando arrojó al general Janssens. Desalojar autoridades de sus claustros no requería de mucha audacia, sino ganas de hacerlo. Para proceder al desarme de las pocas milicias defensoras de la ciudad, el ejército de Beresford tomó posiciones en el exterior de la Fortaleza: el Batallón de Santa Elena y los Regimientos de Marinería formaron cerrados sobre todo el lateral norte de la plaza, sobre la calle de las Torres, mientras que el 71 de Highlanders lo hizo del lado sur, formando así un gran cuadro, completado por la sede de gobierno y la Recova. Desde lo alto, la formación inglesa

semejaba una maqueta a gran escala, un tablero de muñecos de carne viva y no de plomo, con armas letales en lugar de juguetes.

Beresford regresó a la plaza, pero esta vez a pie, seguido de Pack y otros oficiales que se situaron en medio de sus hombres. Desde el interior de la Fortaleza un clarín tocó atención y la situación recobró temperatura. Todos se dispusieron a observar, absortos, la ceremonia que comenzaba. Un río de victoria para los inesperados amos de Buenos Aires, pero de lúgubre fracaso para sus habitantes.

La pesadez de la plaza permitió escuchar los redobles acompasados de las fuerzas criollas que fueron saliendo para deponer las armas a los pies de Beresford y su plana mayor. Los jefes británicos estaban secundados por un confaloniero del Regimiento 71 que portaba en alto el pabellón imperial. Estaba hecho con una tela burda, cosido a mano, con vivos irregulares y desprolijas puntadas de hilo. Era una Union Jack de arpillera, confeccionada con tela de batalla, pero que en esos momentos resplandecía como un lienzo sagrado.

La salida de los españoles también se realizó con la bandera de su rey al frente, pero a pesar de una cierta compostura intentada, fue notorio para Beresford el aspecto pobre y desmejorado que presentaban. Mal uniformados y abatidos, el inglés observó el contraste con sus propios hombres, mejor vestidos y moralmente enteros. Cada soldado hispano arrojaba su fusil, su sable y pistolón a los pies de Beresford, parado sin jactancia, pero con un sustrato de dueño, de nuevo Señor. Caminaban con la pesadez propia de un agobio singular, fuera de toda medida. Los criollos del Regimiento de Voluntarios de Infantería entregaban sus mosquetes con un ademán despectivo y beligerante. Buscaban los ojos de Beresford, sin hallarlos. El general comentaba nimiedades a los otros oficiales y, de esa manera rehuía el desafío de las miradas. Por orden del comandante Campbell, un secretario inglés asentaba en una foja las armas confiscadas mientras los cazadores del 71 vigilaban a los milicianos desarmados, desde ese momento considerados prisioneros de guerra.

A las cuatro y media de la tarde fue el turno de los Batallones de Urbanos del Comercio, compuestos por hombres con poca instrucción militar, defensores espontáneos que se alistaron cuando comenzó el desembarco. Casi desarrapados, sin más uniforme que las correas y cananas de munición adosadas a las pilchas criollas, fueron saliendo del Fuerte en una hilera irregular, sin conservar el paso ordenado que marcaba el redoble. Al frente iba el coronel Mesa. William Beresford advirtió la particular atmósfera que los rodeaba, e instintivamente dio orden a sus oficiales, con un solo movimiento de cabeza, para que estuviesen alertas. El coronel Mesa fue el primero en rendirse, de pie y con marcialidad frente al vencedor. Intercambió venias elegantes con Beresford, y éste inclinó la cabeza cuando el español arrojó el fusil a sus pies. Detrás de Mesa, uno de los soldados comenzó a golpear su mosquete contra el piso. El mecanismo de percusión voló desprendido y trazó una parábola en el aire.

Con tres nuevos golpes quebró la culata en mil astillas de madera y completó la destrucción del fusil hasta que pareció satisfecho. Dos cazadores escoceses, alarmados, apuntaron en dirección a él, y el soldado arrojó los pedazos del arma sobre la montaña de mosquetes apilados. Parecía que deseaba saltar sobre Beresford para una inmolación compartida; causarle algún daño, aunque en ello le fuese la vida. William Beresford no rehuyó esta vez la provocación y lo miró con igual dureza, aunque secretamente lo admiró.

Un murmullo de roturas comenzó a tomar forma en la fila vencida. Todos emularon al rebelde y comenzaron a romper fusiles, a quebrar mosquetes y a doblar sables antes de arrojarlos a los pies de Beresford. Y como un reflejo natural, condicionado por el entrenamiento, desde las formaciones británicas se escuchó una retahíla de armas percutadas, de metales en posición. Dennis Pack, sereno y adelantándose a cualquier orden de su superior, gritó hacia los criollos para detener la escalada de actitudes. Continuar en esa espiral de provocaciones significaba desencadenar una carnicería allí mismo, una masacre con dudoso resultado.

–*¡Stop...right now!* – exclamó enérgico Pack.

La tensión adquirió solidez y amenazó con eclosionar en una confrontación, en un cruce demencial de bayonetas, espadas y cuchillos. En medio de la fila de Urbanos se escucharon maldiciones a los británicos. William Beresford y su plana mayor percibieron un insulto, lo asimilaron por la violencia con que fue lanzado.

–*¡Gringos de m.... !* – gritó un soldado, y arrojó su arma mutilada sobre los pies mismos de Beresford, que no movió un milímetro su bota. El coronel Caballero, uno de los jefes de la unidad hispana que estaba en la encrucijada, amonestó a su tropa con particular dureza y la energía cedió, retrocedió a nichos más civilizados.

En la Recova un hombre ahuecó las manos sobre su boca y lanzó un grito desaforado hacia los invasores:

–*¡Viva el rey de España! ¡Ingleses capones!* –

A partir de ese instante y como un ensayo operístico, la multitud presente, mujeres y hombres que se contaban por más de mil, ovacionaron al rey de España y dieron vuelo a todo el celo contenido; como una catarsis colectiva y desenfrenada. Era un pueblo que gritaba su impotencia, que se negaba a renunciar a todo sin haberlo peleado. Toda clase de obscenidades llovieron sobre los británicos, que contemplaban impávidos el ulular desbocado de la masa. Los ojos de los oficiales buscaron a su general, atemorizados por el sonido de tantas gargantas aullando odio. Beresford, sin siquiera sacar su mano del cinto y en la misma posición actuadamente distendida que tuvo hasta aquél momento, ordenó, en un duro juego psicológico, seguir con la faena de desarme y ordenamiento de los prisioneros. Esperó internamente que vecinos retomasen la calma, y cuando ello ocurrió, impartió instrucciones a sus ayudantes de campo. Deseaba dejar resueltas las cuestiones de arrastre para comenzar con la misión

fundamental de gobernar los nuevos dominios ganados para Inglaterra. El espectáculo de la rendición culminó y la plaza fue desalojada poco después. La exhibición de armas y uniformes extraños ayudó a que ocurriese de manera lenta.

Esa noche, en casa de la familia Brouage esperaban invitados para después de la cena. Don Hipólito De Garaz, su futuro consuegro, estaba invitado para las nueve junto a otros dos comerciantes. Alimentaban la esperanza de planificar alguna estrategia y de mantenerse al tanto de todo lo que sucediese en el seno del nuevo gobierno.

Eran casi las diez de la noche cuando Don Hipólito De Garaz y los otros comerciantes llegaron para la reunión convocada por el dueño de casa, Antoine Brouage, importador de telas.

Don Hipólito De Garaz, vendedor de sebo, junto a otros dos negociantes asistieron preocupados. La tensión de la increíble jornada había enajenado sus expresiones. Ése había sido el primer día de gobierno de los nuevos dominadores de la colonia y todavía no se habían expedido, ni siquiera insinuado, sobre la política mercantil que iban a implementar. Las dudas eran muchas y la información escasa. Sólo uno de los presentes, un criollo exportador de cueros de apellido Taibo, pudo filtrar una versión. Al parecer, el bostoniano Pío White –el mismo que ofició de traductor durante la rendición– le adelantó a Taibo la intención que tenía Beresford de reducir los aranceles a las importaciones y exportaciones, en beneficio de la población.

El tercer invitado era un naviero vasco llamado Alaguirre, residente en la ciudad desde hacía sólo dos años, y proveedor de mercaderías a la Banda Oriental con sus barcos. Alaguirre había sido virtualmente desterrado de España, acusado de comerciar con los franceses y llevar adelante una red de espionaje a favor de Napoleón. Alguna versión que circulaba en Buenos Aires decía que el vasco había escapado rumbo a América con la ayuda del ejército de Bonaparte, llevando una compensación en oro que los galos le cedieron. Pero nadie hablaba demasiado del tema.

Al escuchar la posibilidad de una rebaja impositiva, Alaguirre preguntó con ansiedad:

–*¿Qué margen de seguridad tiene esa información?*

Antoine Brouage, acompañó la pregunta y todos miraron a Taibo. Había una sed desesperada de seguridades. El nombre de William Beresford era como el desierto abrasador, y Taibo, en ese momento, un remanso de agua.

–*Creo que pensar en seguridades en este primer momento es un poco apresurado. Lo que sí puedo decir es que Pío White es una fuente confiable, por cuanto el general Beresford lo ha tomado para sí como su intérprete, hasta este momento* –contestó tranquilo Taibo.

–*Pienso que los británicos –añadió Don Hipólito– querrán, al menos, mejorar un poco las condiciones de la colonia. Estimo que vienen con espíritu conciliador... progresista.*

–*¿Y qué tan importante sería la virtual rebaja de aranceles que maneja Beresford?* –se adelantó Antoine Brouage.

Era la pregunta que hasta allí nadie se había atrevido a hacer. Quizás la audacia del francés se forjó en su condición de ser el más ahorcado financieramente. Taibo hizo un silencio y miró a todos, se arrellanó cómodamente en el sillón y un cruce de piernas preparó un clima para la respuesta. Una expectación codiciosa esculpió las expresiones.

–*Se estaría hablando de una reducción cercana al setenta por ciento de los actuales aranceles* –lanzó con una sonrisa.

Los otros tres hombres se miraron perplejos ante la excelente noticia que el criollo acababa de anunciar. Eso implicaba que, en el futuro, la erogación del pesado treinta y cuatro y medio por ciento de las utilidades obtenidas por las transacciones de importación y exportación, quedaba sin efecto. Ese antiguo gravamen de la corona de España se había tornado difícil de sobrellevar últimamente, debido al intercambio exclusivo y monopolístico con la península.

–*Y en valores concretos... ¿De cuánto estamos hablando?* –se apresuró el vasco Alaguirre.

–*Al parecer, Beresford habló de un doce y medio por ciento de impuestos en todo concepto, para las mercaderías que entren o salgan...* –la boca de Taibo se afinó de complacencia.

Todos sonrieron y Antoine sintió que estaba llegando, por fin, el momento tan esperado de recuperarse de los años de declinación económica. Baruntó que, esta vez, no iban a quedar truncas sus expectativas. Miró a su futuro consuegro y éste lo recibió con un gesto cómplice.

A pesar de llevar sus negocios con holgura, el español De Garaz ansiaba un cambio de esa naturaleza. El negocio del sebo era rentable, pero la desidia de la administración del gobierno de Indias estrechaba los márgenes de ganancias de manera escandalosa. Ser español ya no era negocio, o sólo lo era para algunos que aún conservaban privilegios. Don Hipólito dedicó un pensamiento agrio a Martín de Álzaga y a algunos otros que, desde siempre, acapararon las prebendas que España otorgaba. Tuvo la certeza de que para ellos se iniciaba la hora de hacerse a un lado y le agradeció al nuevo gobernador inglés el voluntario favor.

–*Lo importante es que Beresford libere el puerto...* –dijo De Garaz–. *Si no hay prerrogativas para los barcos mercantiles de otras banderas, una disposición arancelaria vacía no alcanza* –expuso su reserva.

–Eso sí, estoy seguro de poderlo afirmar, mi amigo... –respondió Taibo–. *Esa premisa está en el espíritu mismo del pueblo británico. Se abrirán los puertos para un intercambio sin barreras...* –se ufanoó como si fuese él un súbdito inglés.

–Caballeros... *No nos olvidemos de algo* –la voz de Antoine Brouage descendió canallescamente–. *Si Beresford dispone una apertura total, debemos prepararnos para un aluvión mercantil desde otras latitudes. Los Estados Unidos y los portugueses del Brasil querrán sin duda hacer pie en el puerto y ello quizás nos obligue a renunciar a todas las operaciones en negro...*

–*En ese caso el cambio nos perjudicaría* – se inquietó el naviero Alaguirre.

Taibo retomó la palabra con una actitud aplomada, como si hubiese estado esperando esa curvatura del diálogo.

–*Es verdad que ante una liberalización del comercio, el contrabando va a decaer* –dijo. Y con voz medrosa agregó–: *En este momento tengo embarcados dos mil cueros en el Riachuelo para ser entregados de contrabando en el Brasil, en Minas Gerais, pero he suspendido el envío. Si los ingleses anclados en el río llegasen a interceptar la nave con la carga, mi situación puede quedar comprometida. Yo les recomendaría, por el momento, ser precavidos en ese tipo de operaciones, hasta saber bien cuáles serán las medidas que se tomarán* –propuso cauteloso.

Los semblantes se ensombrecieron y los sillones dejaron de parecer cómodos. Todos se movieron en sus posturas. Algunos aspectos de la nueva política daban por tierra con muchas de las ventajas que avizoraban con el cambio. El comercio de contrabando en Buenos Aires era, en realidad, tan importante, o más, que las mismas transacciones registradas lícitamente registradas.

–*Pero hay algo que podríamos hacer para allanar las cosas...* –intervino Don Hipólito. Y sin esperar respuesta, añadió–: *Haciéndolo coordinadamente, podemos encontrar la manera de lijar las relaciones con los británicos. En este sentido nos puede ser de muchísima ayuda Pío White* –señaló a Taibo, amigo de aquél.

–*¿De qué manera?* –preguntó Alaguirre.

–*Mostrándonos amistosos y satisfechos con sus medidas. Sin hacer reclamos de ningún tipo, aunque los tuviésemos* explicó el vendedor de sebo.

Los hombres asintieron y hubo coincidencia en que había que aguardar alguna señal de aproximación por parte de Beresford para empezar un acercamiento táctico. Taibo sacó su reloj y lo abrió con destreza.

–*Bien caballeros... Ha sido el día más largo y agotador de mi vida. Creo que es hora de partir.*

–*¿Cuándo nos volveremos a ver?* –preguntó Antoine Brouage.

Los ojos intercambiaron miradas y fue el mismo Antoine el que esbozó una respuesta:

–Mañana es sábado y tal vez no sea prudente realizar movimientos. Podemos despertar suspicacias haciendo reuniones durante estos dos días.

–Coincido– dijo Taibo.

–Si les parece bien, el lunes por la noche podemos comer aquí y seguir hablando... –se adelantó el francés.

Taibo hizo un gesto de hombros y aceptó la propuesta; el resto lo imitó.

*–Será hasta el lunes, entonces –*Don Hipólito le estiró una mano a Antoine y todos lo siguieron. El anfitrión los acompañó hasta la puerta y la casa recuperó su silencio.

---oooOooo---

Tercera parte El gobierno de Beresford

Buenos Aires, sábado 28 de junio de 1806 – Las primeras medidas.

A la mañana siguiente Buenos Aires no despertó como de costumbre. Pocas personas se animaron a sus calles, grises y melancólicas por la lluvia. Solamente algunos merodeaban la plaza del Fuerte, tratando de ver de cerca los uniformes color grana, de atisbar a los cazadores de ciudades. Todo era tristeza palpable, que hasta se podía oler. Había ausencia de comercios abiertos y puestos de venta. Ni pulperías, ni cafés que llenaran el aire con sus mezclas.

Dentro de la Fortaleza y desde temprano, sin que le importase el mal tiempo, William Beresford se abocó a organizar y dirigir las cosas según su idea, dispuesto a britanizar Buenos Aires, si no en las formas, al menos en el espíritu. A las nueve, los circunstanciales testigos oyeron desde el interior de la plaza de armas las órdenes en inglés de los jefes de guarnición. Algunos batallones del 71 de Cazadores y de los Cuerpos de Marinería formaron para cumplir rigurosamente con el primer ceremonial militar llevado a cabo por Beresford. Desde el mástil mayor se izó lenta y flamígera, con fondo de redobles, la nueva bandera. Beresford presidió el acto y contempló su obra. La encomienda que dos días antes le pidiera a sus hombres, fue concretada: La *Union Jack* flameaba sobre esa parte del mundo. Una salva de artillería atronó desde los muros del lado este y dio por terminado el ritual.

En el río, las baterías de la flota al mando del comodoro Popham contestaron el saludo. Nadie desoyó las bocas de los cañones que conmovieron los techos y los oídos, un fragor surgido desde la borda de los barcos y las murallas de la sede. ***La capital era una esclava mancillada.*** Minutos después, Popham desembarcó desde el *HMS Diadem*, el buque insignia, y arribó a los dominios anexados. Ése fue su primer encuentro con Beresford, luego de la toma. *Popham había despedido a Beresford desde su barco como general en jefe de las fuerzas terrestres y ahora lo saludaba como gobernador, como máxima autoridad de la ciudad más importante del virreinato.* En virtud de ello, William Beresford encomendó al teniente coronel Pack el mando de la Guarnición, y al capitán de Marina, Martín Thompson (*), la Capitanía del Puerto. Otra de las medidas adoptadas ese 28 de junio fue convocar a los integrantes de la Real Audiencia, del Cabildo y a la más alta prelatura de la Iglesia para verbalizarles que todos eran confirmados en las mismas funciones que les fueron conferidas por España.

(*) Esposo de Mariquita Sánchez de Thompson (ver láminas en Anexo II).

Según Beresford, cada uno debía conservar su lugar, su predio de acción, para evitar resistencias ulteriores. Deseaba gobernar como un aliado de la ciudad, como un híbrido de progresista y protector. Y la fachada del no cambio iba a ser su herramienta.

La reunión con las autoridades se realizó algunas horas más tarde en el antiguo despacho del virrey Sobre Monte. Allí William Beresford descubrió, por primera vez, los rostros de los notables de Buenos Aires. Quiso comenzar la reunión con deslío, sin fisuras accesorias. Después de haberlos saludado a todos con manos estrechas y labios sonrientes, les hizo servir un té con canela de su propia pertenencia, preparado en las factorías británicas de Ceilán. Delante de su novel escritorio en la ex residencia virreinal, se paseó frente a los funcionarios con una cadencia oscura, circunspecta, y a la vez diplomática. Los antiguos dilectos del virrey estaban dispuestos en sillas, en un gran semicírculo, frente a él. William Pío White (*), pomposamente sentado en un sillón junto al escritorio, esperó las palabras de su jefe para traducir cuanto saliese de su boca.

Más allá del forzado clima de medida y civilidad que todos se propusieron, flotaba un sustrato belicoso que obligó a medir cada actitud y palabra. Los hombres de la ciudad, incluido el clero, con una disciplina perversa por lo falaz, acordaron lubricar el encuentro. La Iglesia convino y planificó, al cobijo de sus claustros monacales, una estrategia de coexistencia, sustentada en la promesa de los invasores de no perseguir la práctica católica. No olvidaban que el enemigo era anglicano y además detentaba la fuerza y el poder.

El gobernador Beresford se sentó apenas sobre el borde del escritorio y miró a todos cavilante, masticando miradas. Jugó al gato durante algunos segundos. –*Well...* – dijo pausado. Luego comenzó a hablar, confiando en su intérprete, Pío White. Los convocados escucharon las palabras de White, tan enfáticas como las del inglés. Prestaban especial atención a los ornamentos que las manos de Beresford proyectaban, tan reveladores como la traducción de sus palabras ininteligibles. –*El gobernador Beresford...* – comenzó White– *dice que las nuevas autoridades por él presididas desean confirmar a todos ustedes en sus respectivas funciones y honores, para que los sigan ejerciendo como hasta ahora* –concluyeron White y Beresford con una sincronización pasmosa. –*But...* –aclaró el gobernador, y continuó hablándoles. –*Pero el general Beresford dice que, en adelante, deberán serle remitidos todos los asuntos que antes eran puestos a consideración del virrey, y que él se reserva el derecho absoluto* –su lengua siseó para enmarcar la palabra– *de vetar las cuestiones que considere convenientes... Aún sobre problemas que no competan con su directa jurisdicción* –explicó White.

(*) **William Pío White** (ver lámina en Anexo II) era un próspero comerciante nacido en Boston treinta y seis años antes; residía en Buenos Aires desde el año 1797. White había trabajado para la *East Indian Company*, en sociedad con Popham, de quien era amigo.

–El gobernador –continuó White– *espera vuestra confirmación a la oferta que acaba de hacerles.*

Hubo un mutismo embarazoso que tardó decenas de segundos en evaporarse, hasta que tomó la palabra un hombre de la Iglesia. Fray Gregorio Torres acarició el uniforme de Beresford con las pupilas, y con ello mitigó la aversión inicial del inglés. La agradable rugosidad en el rostro del fraile le indicó a Beresford que iba a escuchar palabras tersas.

–Señor gobernador –ensayó el prior–. *Venimos en nombre de los que representamos, a cumplir con las capitulaciones celebradas ayer, y a dar a Vuesa Excelencia la debida obediencia y las gracias más afectuosas –sus manos se abrieron sumisas– por la humanidad con que nos han tratado.*

Pío White tradujo las palabras del fraile, en un perfecto inglés, y William Beresford quedó desconcertado, felizmente aturdido. Pero mantuvo su turbación triturada bajo la presión de sus maxilares. Solamente ellos conocieron la agradable sorpresa que experimentaba. El rostro pétreo de Beresford no denunció el alborozo por la inesperada adhesión, nada menos que de un miembro de la Iglesia Católica, que tanto lo preocupaba.

Fray Torres continuó:

–*Y aunque la pérdida de un gobierno en el que ha sido formado un pueblo desde siempre suele ser una de sus mayores desgracias – predijo –, también ha sido, muchas veces, la causa de su gloria.*

Beresford comenzó a dejar escapar, por momentos, miradas menos rigurosas hacia el sacerdote, que continuaba con su declaración – casi una bienvenida –.

–*Yo no me atrevo a pronosticar el destino de nuestra fortuna – siguió el fraile–, pero sí aseguro que la suavidad del gobierno inglés y las sublimes cualidades de Su Excelencia nos consolarán de la que hemos perdido ayer...*

Beresford digirió el significado y se permitió una mueca urbana. Y a pesar de su pobreza, el gesto produjo un efecto balsámico, políticamente conciliador.

–*Por cuanto nosotros y Su Merced profesamos distinta religión–añadió Torres– ambos debemos convenir en que hay un Dios que premia a los buenos y leales, y que castiga a los malos y pérfidos – el fraile miró a Beresford directamente a los ojos y remató:*

–*Este principio sagrado de justicia Divina, además de la fidelidad inviolable a su palabra empeñada (y que es uno de los ornamentos principales de la nación inglesa) – aclaró –, nos inspira a la mayor confianza de que observará religiosamente sus promesas.*

La habilidad y el tacto con que el fraile procuró encorsetarlo hicieron sonreír a Beresford. White olió la distensión y se movió en su silla sin ocultar su disfrute. No solamente le estaban manifestando un discurso de adhesión desde uno de los mayores

obstáculos previstos como era la Iglesia, sino que, además, Beresford vio allanarse el difícil camino de administrar y gobernar la colonia. Muchas veces la política es una batalla más dificultosa que la confrontación de las armas; una lucha sorda pero no por ello menos sangrienta. Cauteloso antes de la entrevista, debido a su propio temor a agitar los ánimos, Beresford sopesó su buena fortuna. Si accionaba el mecanismo exacto, el disparador oportuno, la mansedumbre de esos hombres podía ser reducida al servilismo.

–*Father Torres* –Beresford preludeó una jugada–, *please..., write down your speech.*

El sacerdote miró sin entender a Pío White, y éste le tradujo con una versión corregida y amentada:

–*El gobernador le pide a usted si puede hacerle llegar por escrito sus palabras tan auspiciosas.*

Fray Torres accedió satisfecho y ambos se regodearon íntimamente, pues cada uno creía estar moviendo los hilos secretos del opositor. La reunión estaba resultando muy provechosa, pero restaba definir la posición de los cabildantes. Tal como Beresford y White lo habían previsto, todos aceptaron continuar en sus funciones para servir a la administración británica. Los cinco españoles y los cuatro criollos que integraban la legislatura de la ciudad accedieron de manera unánime al ofrecimiento, por lo que el máximo órgano municipal siguió funcionando a pleno y sin alteraciones susantivas. William Beresford aquilató la descompresión anímica que había ganado a sus invitados, despejados ya de muchas dudas respecto de sus intenciones administrativas. Pero repentinamente jugó a caldear el ambiente y torció el rumbo de la discusión, como quien recoge las velas de un navío. Les hizo saber a todos que no se hallaba conforme con la provisión de víveres para sus tropas, la que oportunamente había solicitado a los cabildantes. Hubo silencio y posturas rígidas y el murmullo reinante se escurrió por entre las maderas del piso lustroso.

–*El general Beresford dice que ya van tres días que sus hombres no toman alimentos calientes* – explicó White con el mismo aire grave de Beresford.

El británico buscó tensar la cuerda y, para rematar el pedido, realizó un ademán contundente con la mano, en el cual se vieron tres dedos erguidos, uno por cada día de hambre que sus fuerzas padecieron. Y los miró fríamente:

–*¡Three days, gentlemen... Three days!* –repitió para que todos lo entendiesen.

Los matices idiomáticos fueron derrotados por la violencia que Beresford esgrimió en sus dedos. Esa mano y el tono de sus palabras fueron de una elocuencia suficiente. Luego continuó hablando con una inflexión adusta e hizo una enumeración de sus exigencias insatisfechas.

Pío White tradujo al pie de la letra:

–El gobernador Beresford dice que ustedes han reclamado por supuestos excesos de sus tropas, pero dice que él también tiene reclamos y que él también los amonesta a ustedes. Si ha habido desbordes por parte de sus hombres, serán azotados sin miramientos y con rigor. Pero Su Excelencia les advierte que no puede garantizar el cese de ese tipo de incidentes si vosotros no cumplís con lo apenas indispensable para exigir disciplina a las tropas... Sepan que ya se quejan del suministro deficiente de ración – remató White.

Uno de los funcionarios españoles miró de soslayo al resto y se excusó por todos.

–General Beresford... – evitó el protocolo –. Usted comprenderá que debido al mal tiempo de los últimos días, los accesos a la ciudad se han tornado intransitables. El problema de abastecimiento lo está padeciendo toda la población – sostuvo de manera poco convincente.

William Beresford deseó concluir el diálogo en ese momento y sus manos alzadas coincidieron con su boca desdeñosa. Simplemente no les creyó.

Durante la reunión, el inglés capturó los puntos flacos de aquellos hombres y antes de despedirse quiso definir a su favor ese primer encuentro. Sin demasiada solemnidad, casi a boca de jarro, les lanzó dos exigencias perentorias. Ordenó, sin margen para la réplica, que sus oficiales fueran alojados con las buenas familias de Buenos Aires, las que debían ser seleccionadas por los mismos cabildantes, a su libre criterio.

Lejos de sentirse abrumados, muchos funcionarios vieron en ello una buena oportunidad de estrechar vínculos, de aceitar acercamientos. E idéntico pensamiento tuvo William Pío White, quien de inmediato pensó en su amigo exportador de cueros, el criollo Taibo. También especuló con la casa de Don Hipólito De Garaz, quien a pesar de no cultivar lazos muy estrechos con él, compartían intereses comunes. Estaba dispuesto a explotar esa circunstancia de la mejor manera posible. Por su parte, los cabildantes se comprometieron a librar despachos urgentes a los principales vecinos, no bien se definieran los lugares de alojamiento. La alta sociedad capitalina estaba a punto de convertirse en un hospedaje colectivo y excluyente, dispuesta a recibir a los hacedores del nuevo orden.

La segunda exigencia lanzada por Beresford fue lapidaria y demudó los rostros, les imprimió una afasia patética. Pidió reunir víveres para diez mil hombres que, según él, estaban prontos a desembarcar. El gobernador afirmó que tenía en toda la línea costera, de Maldonado a Montevideo, una decena de navíos anclados a la espera de sus órdenes para arribar a tierra. Si bien era verdad que había diez buques fondeados en alguna parte del Río de la Plata, no era menos verdad que carecían de fuerza alguna que los tripulara. Estaban vacíos. El único y total ejército británico era el que había tomado la capital. Por lo tanto, no existía tal reserva de tropas. Beresford

se propuso jugar con esos recursos intimidatorios hasta que llegasen los refuerzos desde Ciudad del Cabo o desde Londres, temeroso de que con el transcurso de los días su autoridad decayera. No iba a poder mantener la farsa de un poderío inexistente por mucho tiempo pero, por el momento, el anzuelo fue mordido.

Buenos Aires, domingo 29 de junio de 1806 – El primer bando de Beresford, el castigo público a un soldado británico y... otras novedades.

Frente a la Fonda de las Naciones, en el lado sur de la Plaza Mayor, apareció un bando oficial inglés, escrito en español, con el que las autoridades empapelaron los lugares públicos. La llovizna había logrado arrugar el grueso afiche, redactado y firmado por William Beresford. A lo largo y a lo ancho de toda la plaza pululaban grupos de vecinos y hombres de la campaña que leían o se hacían leer el comunicado. La refrenda de Beresford le otorgaba al afiche el status de un compromiso político.

El bando oficial, abundante en promesas, dejaba en claro la intención británica de mantener el estilo de vida que habían encontrado al llegar a Buenos Aires. Beresford garantizaba el libre ejercicio de todos los derechos concedidos por la antigua administración española, pero añadiendo una mayor libertad de comercio y el pleno respeto a las propiedades públicas e individuales. Los funcionarios serían mantenidos en sus ejercicios y se confirmaba también a toda la prelatura eclesial, sin excepción. William Beresford, aunque no lo deseaba, garantizó la completa libertad individual y pública en la práctica de la religión Católica Apostólica y Romana.

La proclama sedó a los comerciantes coloniales. El texto fue explícito en cuanto a que todos los artículos que fuesen provistos a las tropas iban a ser pagados de inmediato y en metálico, a los precios que fijase el Cabildo. A cambio, Beresford conminaba a todos los hacendados y labradores del campo a traer sus productos a la metrópoli para ser vendidos, con el aval de que serían remunerados justamente.

El desabastecimiento era un problema que acuciaba el ánimo de Beresford, preocupado por las consecuencias de una eventual carestía de los productos de primera necesidad. Su experiencia le dictaba que esas cuestiones menores podían llegar a afectar el manejo discrecional de otras medidas. Muchas veces, la autonomía y el poder político se basaban en aspectos deleznable por lo domésticos. *Una panza vacía puede desencadenar una revolución.*

Todos los mercaderes de la capital vieron en aquella primera manifestación pública un bálsamo para sus arcas, las que sintieron peligrar ante la presunción de una actitud expoliadora y unilateral por parte de los ingleses.

Pasadas las once de la mañana, luego de que culminara la misa en la catedral, se observaron movimientos del otro lado de la plaza, por debajo de los arcos de la Recova. El color rojo entre la multitud significaba que había soldados británicos allí.

Beresford había ordenado flagelar a todos los soldados de su tropa que cometiesen algún tipo de abuso contra los pobladores locales.

Dos soldados del Batallón de Santa Elena, a la vista de todos, armaron un trípode con tres troncos gruesos y parejos, a guisa de potro, destinado a sujetar al ajusticiado. Una mezcla de miedo ajeno y expectación morbosa sacudió los ánimos. En verdad resultaba extraño ver a los invasores bajo su propio látigo. Según un rumor que corrió entre los que rodeaban el lugar, se le iban a aplicar cincuenta azotes a un soldado del Regimiento 71 de Highlanders por haber molestado insistentemente a la hija del alcalde de Barrio, asediada cuando salía del convento de San Carlos, la tarde anterior.

De pronto comenzó a sonar un redoble en el interior del Fuerte y un mutismo absoluto descendió a la plaza. Todos miraron en dirección al puente levadizo, de donde surgió el teniente coronel Pack y un séquito de oficiales con semblantes negros y actitud severa. La mano izquierda de Pack sujetaba la empuñadura del sable, que oscilaba al compás de su paso. Algunos silbidos perdidos trazaron líneas en el aire en señal de repudio, pero no encontraron eco ni acompañamiento por parte del resto, más atento en lo que estaba por ocurrir que en impugnar a los británicos.

Los oficiales se pararon en medio de la escena junto potro de ejecución, mientras una reducida procesión militar terminaba de salir del interior de la sede. Dos soldados escoceses marcharon desde la explanada, abocados a su misión de batir parches con redoble de castigo. Otros dos guardias, más atrás, llevaban fusiles al hombro y eran seguidos por un suboficial designado como verdugo; un sargento de apellido Russell, del Batallón de Santa Elena.

Russell vestía un perfecto e impecable uniforme, sin armas, y llevaba un látigo de nueve colas (*) en su mano derecha. Un solo guante negro indicaba su rango de ejecutor.

El reo, de nombre Dickinson, resultó ser un muchacho que apenas frisaba los dieciocho o diecinueve años. Sonrojado por la tensión, su piel contrastaba con el rubio furioso de sus desordenados cabellos. Llevaba pantalones negros, botas y una camisa blanca fuera de la faja y bien abotonada. El austero cortejo militar se desplazó hacia el centro del semicírculo y el reo acompañó al suboficial verdugo, como un niño a su madre. Trataba de mantener un aire digno, pero la expresión de sus ojos transparentaba el miedo indecible que lo estaba corroyendo. La multitud también lo amedrentaba.

Se desabotonó la camisa con torpeza y el temblor de sus dedos agregó una nota patética a la imagen. Dennis Pack tomó aire para leer la cédula militar con la sanción disciplinaria, escrita en español, por orden de Beresford.

(*) Este látigo era denominado por los británicos "*the cat of nine tails*" - el gato de nueve colas (ver lámina en Anexo IV).

El teniente coronel apenas si podía pronunciar con corrección, pero con su mejor esfuerzo comenzó a descifrar el documento en un español. Su sola apostura arrancó risas burlescas de los vecinos, ávidos de satirizar a los británicos.

Dennis Pack se revistió de dureza y leyó la sanción militar que disponía cincuenta azotes para el soldado, a piel desnuda, más dos días de arresto a pan y agua. El bando además hacía saber a la población que serían atendidas todas las denuncias de abuso contra ella.

En el centro de la escena, atado de ambas muñecas sobre los pilotes de madera, con el torso desnudo y de espaldas a la muchedumbre, el soldado temblaba de pies a cabeza con un fino estertor que atirantaba sus músculos menudos. Tenía frío, pero también terror ante el castigo cercano. El suboficial verdugo, un hombre de más de cuarenta años, de surcos profundos en un rostro frío, se paró detrás del reo y esperó la orden de Pack, que observaba todo. El sargento Russell acomodó las nueve finísimas trenzas de cuero, cada una de las cuales medía algo más de un metro, destinadas a añadir una cuota más de dolor en cada azote.

El verdugo estiró el brazo hacia atrás y esperó la orden de su superior. Pack lo miró y dijo de manera seca:

–*Russell... very strong* –indicándole que asestara los golpes con fuerza.

Dennis Pack ansiaba ser aleccionador con todos, para que no hubiese en el futuro rastros de duda sobre el rigor inglés. Luego gritó:

–*¡Start!* –.

Los tambores callaron como amedrentados por la orden y, en ese silencio repentino, la descarga del primer golpe pareció más brutal todavía. Uno de los oficiales, el capitán Arbuthnot, del Regimiento 20 de Dragones Ligeros, comenzó a contar los golpes, y hubo ayes descarnados por parte de Dickinson.

–*One... Two...* –Arbuthnot llevaba la cuenta.

La espalda del soldado, antes blanca, comenzó a adquirir un tono enrojecido y delgadas huellas paralelas comenzaron a congestionarse sobre la piel adolescente.

–*Eight...Nine...* –Arbuthnot continuo hierático.

Pack observaba sin torcer una sola ceja, sin un leve signo de inquietud. De pie como una estatua de mármol milenario, aguardando el fin de la cuenta.

El reo comenzó a arquear la espalda buscando, en vano, alejarse de cada golpe inexorable que caía sobre él. Luchó con las cuerdas y la piel de sus muñecas fue lacerándose con el cáñamo áspero de la soga.

El látigo había sido bajado de la fragata *Narcissus*, y por ello carecía de partes metálicas en sus puntas. El uso marino para los insubordinados en las naves se diferenciaba de los látigos reservados para los castigos muy severos. En altamar, un cuerpo deshecho se convertía en simple lastre, en un estorbo irrecuperable. Beresford

decidió ser contemplativo con Dickinson, y evitar posibles críticas entre la gente de Buenos Aires. El látigo naval resultó oportuno.

La sucesión de golpes sobre el mismo lugar comenzó a abrir la carne con una precisión de bisturí. El clima de expectación del principio se trocó en compasión e indulgencia. A pesar de ser un enemigo y haberse aprovechado de una situación de fuerza, Dickinson no despertaba en esos momentos más que conmiseración.

La llovizna volvió a rociar molestandamente los rostros, los ponchos y el fieltro de los sombreros, pero la gente permaneció allí. De la espalda de Dickinson comenzó a manar sangre y agua, que cayeron sobre el pantalón oscuro.

–*Thirty nine...Fourty...* – prosiguió el verdugo, aunque el azote número cuarenta se perdió en la bruma gris del desfallecido Dickinson. La inclemencia del cuero sobre la carne, desprovista ya de piel, fue demasiado.

La letanía de números y golpes siguió inalterada hasta la cantidad establecida. El atroz conteo finalizó en la media centena y Russell se detuvo. Miró a sus jefes, transpirado. Con la mano enguantada surcó las correas del látigo con la eficiencia de un matarife y sus dedos escurrieron la sangre absorbida entre las trenzas. El cortejo británico se aprestó a ingresar al Fuerte, pero Dennis Pack, antes de abandonar la escena, se adelantó un paso y se dirigió al vecindario reunido. Y ausente de emoción o jactancia, dijo:

–*This is british justice...*

Sin más, giro sobre sus talones y junto a sus hombres cruzó la explanada hacia el pontón levadizo de la sede de gobierno. Unos segundos después se perdió de vista. Algunos vecinos siguieron los últimos movimientos. Trataron de prolongar la distracción inesperada que al menos sacudió el tedio de ese domingo mortecino.

Dickinson fue desatado con cuidado y cubierto por encima de los hombros con su camisa blanca, que inmediatamente se tiñó de sangre. El lienzo impecable bebió con sed de las heridas. En el interior de su celda, aún lo aguardaba un tormento peor, carente de testigos pero no por ello menos lacerante. Para evitar infecciones, el uso médico más frecuente indicaba empapar las heridas producidas por el látigo con salmuera, agua salitrosa para cauterizar. Una costumbre naval que se extendió en el ejército debido a su eficacia comprobada.

Ese domingo se produjeron también otras novedades. La noche anterior, el esposo de Marica Sánchez había recibido un despacho sellado del cabildo. Un oficial inglés, el capitán Robert Arbuthnot del Regimiento 20 de Dragones Ligeros, se iba a alojar, desde ese mismo día, en casa de Marica Sánchez de Thompson por pedido de Beresford. También hubo un despacho para don Hipólito de Garaz informándole que, desde ese mismo día, se alojaría en su casa un capitán de apellido Kenneth, del Batallón de Ingenieros Reales.

Buenos Aires, lunes 30 de junio de 1806 – Quietud en la rada del Riachuelo, una cena de negocios y dos soldados británicos asesinados en la calle durante su ronda de vigilancia.

En la desembocadura del Riachuelo los velámenes mezclados de los distintos navíos, con su increíble maraña de cuerdas, mesanas y mástiles, engrandecían aquel paraje ralo y amarronado. El mayor de los buques anclados era la fragata *Narcissus*, el único barco de la flota británica fondeado cerca de la costa. El resto del poderío naval se hallaba reunido a muchos kilómetros, río adentro. Por las troneras asomaban sus cañones a través de los postigos levantados y le daban al barco toda la expresión de lo que era en realidad: *una nave enemiga y amenazante, intrusa en estas aguas*.

La zona portuaria del Riachuelo solía poblarse de marineros y hombres de la más baja estofa que abigarraban el lugar pululando con sus botellones de ron y aguardiente. Iban a beberlos en algún prostíbulo improvisado, cerca del lugar de desembarco, o en los pequeños comercios de comida que se levantaban en las proximidades. El ordinario transitar de carretas con bueyes cargadas de mercaderías, o de negros encadenados, bajados a latigazos por los traficantes, había sido sustituido por una quietud deprimente, sólo alterada por unos pocos soldados de rojo que merodeaban la fragata inglesa y algunos marineros de los cinco barcos que compartían la rada.

En la casa de la familia Brouage, los preparativos para la cena de esa noche estaban monopolizando toda la atención del ama Eugène. A pesar de no ser una reunión de corte social, sino de negocios, el afán de Antoine Brouage perseguía racalcar su estilo francés prerrevolucionario, luisino.

Los candelabros de tres velas fueron bruñidos, y los cortinados sacudidos de todo vestigio de polvo. El salón de tertulias, con sus paredes forradas en tela y los detalles dorados de sus molduras, abundante de muebles y pequeñas mesas de arrimo fileteadas de oro a la hoja, fueron repasados con paños húmedos que restituyeron su antiguo brillo, su viejo esplendor eclipsado por el humo de las velas y el hollín de los braseros que, poco a poco, consumaban su tarea oscurecedora. Parecía otro salón, menos gris, casi de estreno. Toda la platería, sin excepción, fue lustrada, otorgándole a la casa una suntuosidad renovada, un fasto pasajero hasta la próxima herrumbre. Los cuatro cuadros que colgaban de las paredes del salón –dos escenas de cacerías y dos retratos de los Brouage en sus años de juventud– completaban la exquisitez del lugar. Cornucopias pequeñas con arabescos de oro sostenían candelas entre cuadro y cuadro. Madame Eugène había ordenado cambiar todas las velas baratas de sebo que usaban a diario por otras mejores de cera de abeja. Deseaba eximir al ambiente del hedor untuoso que desprendía la grasa.

La presencia en la cena de William Pío White, el cual se había convertido en uno de los más estrechos ayudantes de Beresford, alegró al dueño de casa. La

proximidad con un funcionario de la nueva administración y en su propia casa era la mejor noticia que podía recibir.

Antoine Brouage recordaba haber compartido una cena con él en casa de los O’Gorman, el pasado año, pero jamás cultivó relaciones profundas con el bostoniano. White fue nombrado por Beresford en el cargo de *Comisario de Presas*, con la misión de asegurar la provisión de víveres para la ciudad, además de otras tareas logísticas claves para la transición exitosa del dominio español al británico.

Ese lunes por la noche, en la casa Brouage se reunieron únicamente hombres. Madame Eugène, sus dos hijas, las mellizas Sabine y Sophie, y su sobrina, Ana Du Villé, fueron invitadas por doña Angélica Sánchez Iriarte De Garaz para compartir una velada y conocer al capitán George Kenneth, su huésped.

La cena presidida por Antoine era excluyente, dado el tenor de los temas que iban a ser hablados con los invitados; todos ellos comerciantes exitosos, intrigantes y atentos a las oportunidades. Llegaron puntualmente a las nueve para continuar la reunión que habían mantenido el viernes anterior, el día de la invasión. El naviero Alaguirre estaba sentado junto al exportador de cueros Taibo. William Pío White comía a la diestra de la cabecera, presidida por el francés Brouage. Del lado opuesto de la mesa estaban don Hipólito De Garaz y su hijo Santiago, a quien quiso llevar como parte de un ejercicio iniciático. La negociación y las altas relaciones constituían para Don Hipólito uno de los ejes que movían la rueda de la riqueza, y era hora de que su hijo y único heredero empezara a transitar el arduo camino de la experiencia en los círculos de poder.

Antoine escuchaba con suma atención a Pío White, convertido ahora en funcionario en el gobierno de Beresford. El bostoniano White comerciaba y vivía en Buenos Aires como uno más de la colonia española, pero sin perder sus contactos con Londres y sin olvidar que era un primo hermano de Inglaterra. Su designación como Comisario de los invasores confirmaba hacia dónde estaban encaminadas sus fidelidades en última instancia.

Intencionadamente, el francés Brouage había plagado de simbolismos esotéricos la mesa. En sus años de juventud, Antoine había pertenecido a una logia francmasona y sospechaba que William Pío White, durante sus periódicos viajes a Londres, también participaba en *tenidas* de alguna hermandad. Descontaba que sabría interpretar algunos de los signos ocultos. El número tres y el número seis se hallaban por doquier en ese comedor: tres candelabros iluminaban la mesa, con tres velas cada uno, dispuestos entre las tres fuentes ovales de plata. La araña que pendía del techo, con capacidad para doce velas, mostraba a tres de ellas apagadas, elegidas de forma tal que formaban un triángulo dentro de la disposición circular de las bujías. Antoine no se equivocaba al pensar que los ingleses probarían suerte tratando de iniciar a algunos rioplatenses en la hermandad de la escuadra y el compás.

La charla de White discurría en ponderaciones a los nuevos dueños de la capital, y el vino bebido ayudaba a que todos estuviesen de acuerdo. El bostoniano terminó su copa y dejó la mano en alto, indicando tácitamente que le fuera llenada de nuevo. El exportador de cueros entonces tomó la palabra.

–Creo que ya no caben dudas acerca de la actitud del nuevo gobernador. La desgravación a las exportaciones que Beresford dispuso, me ha beneficiado de manera particular –se vanaglorió–. El bando promulgado el domingo, junto con la proclama que hoy nos llegó sobre la devolución de las embarcaciones secuestradas, no deja lugar para especulaciones negativas –dijo Taibo.

–Sobre todo –habló Antoine–, considerando que la rebaja de impuestos a un doce y medio por ciento para las importaciones y las exportaciones ya es un hecho... ¿No es así míster White?.

–Así es... Y la absoluta libertad de comercio en todos los puertos y con todas las naves que arriben, ya son parte del nuevo Reglamento de Comercio... Apenas Beresford termine los detalles, entrará en vigencia. –dijo White, seguro. Pero a mi juicio –conjeturó–, creo que serán muchos más los beneficios que veremos en cuanto lleguen directivas de Londres. Conversé con el comodoro Popham acerca de esta cuestión, y me manifestó su confianza de que la ciudad colaborará con este proceso.

Antoine clavó los ojos en Don Hipólito y éste asintió de manera imperceptible, satisfecho.

–En la medida que mantengamos una estrecha comunicación con las nuevas autoridades, y en ello vuestra merced tiene mucho que ver –le dijo sugestivamente Taibo a White– nuestra colaboración no será motivo de desvelo para el general Beresford.

Pío White sonrió con astucia y aprobó con un gesto.

Uno de los invitados, el vasco Alaguirre, quien residía en Buenos Aires desde su juventud, abordó un tema que, por sus implicancias, resultó espinoso:

–Desde el domingo se rumorea que podría haber grupos de ciudadanos dispuestos a oponerse a las tropas –el comentario ensombreció los rostros.

–Sólo es la chusma incivilizada que pretende darse aires de patriotas... Cuando corran los azotes verá usted cómo se calman –se ofuscó Antoine.

Mister White se limpió la boca con preocupación, juntó las manos por encima del plato y agregó:

–No creo que sean de mayor cuidado... pero algo se debe hacer para evitar cualquier conato de resistencia. El suceso de hoy a la tarde alertó profundamente al comodoro Popham, quien reclamó medidas drásticas a Beresford...

–¿Qué suceso? –Antoine, carente de noticias, se extrañó...

Don Hipólito se adelantó y respondió a la pregunta que le hizo Antoine a míster White.

–En la esquina de San Ignacio de Loyola, hoy a la tarde, después de las seis, emboscaron a una ronda de vigilancia... –el vendedor de sebo parecía consternado.

–Mataron a dos guardias escoceses... Iban el cabo Reed y el soldado Meight –añadió White, con una cadencia agorera al derramar las palabras.

–¿Cómo pudo ser posible? ¿Lograron atrapar a los asesinos? –Antoine se escandalizó. La pesadez de la noticia lo dejó perplejo.

–No... Y tampoco hubo testigos que pudiesen identificar a los rebeldes. Lo único que se pudo saber es que dos de ellos podrían ser esclavos –dijo, inseguro, White.

–Supongo que este desgraciado evento es sólo un hecho aislado y que no debe alarmar al gobernador Beresford. Ayer entró en la ciudad Santiago de Liniers y se puso a disposición de las autoridades... Es un buen indicio que anuncia concordia y voluntad de diálogo –dijo Antoine, queriendo ser convincente.

–Así lo consideró Beresford –contestó White. Fue Tomás O’Gorman el que medió ante el gobernador para que Liniers no sea capturado como un criminal. Creo que hubiese sido un error.

–¿Ha quedado prisionero de las autoridades? –impostó el joven De Garaz. Quiso demostrar solvencia y soltura, pero lo logró a medias.

–Le diría que no, mi joven amigo –White sonó paternal–, aunque no podrá dejar la capital por propia voluntad. El capitán Gillespie, a cargo de los prisioneros, autorizó a Liniers a hospedarse en casa de su suegro Sarratea, a cambio de su palabra de caballero de no alterar lo acordado con Beresford. Liniers prometió reportarse a las autoridades todos los días y no soliviantar los ánimos de la gente. Los jefes británicos no dudan que cumplirá con su palabra...

–Hablando de Sarratea –intervino Alaguirre–, estimo que están todos invitados al baile que dará mañana, en su casa –se entusiasmó el naviero.

Sus labios sorbieron vino claro y todos asintieron. En efecto, fueron participados de la reunión que sería el primer gran acontecimiento social desde la invasión. Sarratea organizó el encuentro con la intención de agradecerle a Beresford la devolución del centenar y medio de embarcaciones requisadas durante su incursión militar. El naviero Alaguirre, uno de los más perjudicados por aquella medida, dijo:

–Caballeros: me parece que este inglés... William Beresford, es un hombre de honor y perspicaz gobernante. Propongo un brindis –alzó la copa.

Nadie resistió la propuesta de Alaguirre. Bebieron en honor a todo aquello que insinuaba para sus vidas y sus ambiciones la nueva regencia británica de Buenos Aires; cumplidora, hasta el momento, de todo cuanto había prometido.

Buenos Aires, martes 1 de julio de 1806 – La vigilancia mutua entre criollos e invasores y la fiesta en casa de Sarratea.

Debajo de la Recova, un mulato, esclavo de los Brouage, hablaba apartadamente entre las columnas con la negra Josefa, vendedora de pastelitos.

–¿Se sabe algo de los gringos? –preguntó el mulato.

–Hoy a la mañana me vino a ver Basualdo y me aseguró que está todo tranquilo.

–¿Quién vigila los cuarteles?

–El aguatero Porfirio vigila en el Retiro (*) y yo acá durante la mayor parte del día. Se supo que en el Fuerte tienen asiento unos cuatrocientos...

–¿Duermen allí? –la interrumpió.

–Sí, y salen desde aquí para las rondas de la tarde y para los cambios de guardia en el Cabildo y en los puestos de alrededor de la plaza.

–¿Y el resto de los batallones?

–Unos ochocientos están en la Ranchería (*) y, según Porfirio, hay unos ciento cincuenta... tal vez doscientos, que por ahora acantonan en el Retiro. Hoy a la mañana redoblaron las guardias en todas las esquinas... Están un poco atemorizados por lo de anoche –dijo Josefa aludiendo a la emboscada–. También hay dieciocho ingleses en la pequeña fortificación del muelle, y otros veinte en la cárcel del Cabildo –añadió la negra.

–Están todos los cuarteles muy cerca... Va a ser difícil coordinar algo por separado –se lamentó el mulato.

Josefa se acercó un poco más a Aldao y con la canasta chata y redonda apoyada en su cintura, le habló muy cerca del rostro:

–No creas. Me contó Basualdo que al catalán Sentenach, parece que se le unió un tal Fornaguera. Según Basualdo parece ser que hoy a la mañana convinieron en arrendar una casa deshabitada, junto a los cuarteles de la Ranchería...

–¿La de Martínez de Hoz? –se sorprendió el esclavo.

–La misma...

–¿Y para qué diablos?

–Quieren empezar a cavar un túnel a través de la casa, hasta debajo del cuartel. Sentenach puede conseguir pólvora en cantidad. **Quieren hacer volar las calles en donde duermen los gringos** –el rostro de la negra se iluminó, brilló con los resplandores de una explosión imaginada.

–Mirá para allá, despacio – la esclava señaló con la cabeza hacia los Altos de Escalada, una casa ubicada en la punta sur de la Recova–. Fijate debajo de los balcones... ¿Ves a dos blancos, los que están vestidos con capa?

(*) Ver en Anexo II el mapa del casco céntrico de Buenos Aires con la ubicación de los cuarteles del Retiro y La Ranchería.

–A uno lo conozco. Trabajaba como veedor de la aduana y le guarda los rollos de tela a mi amo durante unos días, cuando vienen de contrabando.

–Me parece que son pagados por los ingleses. Se paran allí tres o cuatro veces por día y vigilan los movimientos. Hoy, uno de ellos, el más petiso, me pasó al lado y me saludó cordialmente, pero me jetoneó de arriba abajo... Algo sospechan –se mostró preocupada.

Esa noche, desde afuera de la casa de Sarratea se escuchaba un minué de Bocherini ejecutado en arpas. Un soldado británico montaba guardia, inmóvil y aterido de frío, arrojando bocanadas de neblina por la boca y apoyándose en su fusil. Otros dos aguardaban en la esquina sur, apenas eran visibles en la negrura de la calle.

En cierto momento de la velada, Don Martín de Sarratea se dispuso a hablar. A su lado estaban el comodoro Popham y el gobernador Beresford, que conversaban en francés con Antoine Brouage y con Santiago de Liniers. El anfitrión observó a los concurrentes y carraspeó para aclarar su garganta. Todos miraron en silencio:

–Señoras y caballeros de Buenos Aires... –preámbulo Sarratea–. Aunque dé por sabido el motivo de esta velada que he ofrecido a todos vosotros, el recordarlo es un deber que me he impuesto. Desde que la ciudad ha cambiado de autoridades, no hemos sabido más que de la gran humanidad y sentido de justicia de Su Majestad Británica –dijo con la copa en la mano derecha.

Muchos asintieron y alguna voz complaciente se dejó oír en el salón. William Beresford comprimió los labios y mantuvo la cabeza inclinada hacia abajo. Se miraba las botas lustrosas y escuchaba atentamente las palabras, sin comprenderlas, sólo sospechándolas.

–A pesar de ser la fuerza la que dirimió las actuales circunstancias –enfaticó Sarratea–, el nuevo gobernador, Su Excelencia el general Beresford, ha demostrado la grandeza propia de los espíritus mansos. Ha prometido y ha cumplido respetar nuestra religión y nuestras costumbres...

Fray Torres, de capa y escapulario, miró a su alrededor y buscó apoyar las palabras del orador. Santiago de Liniers, a pocos pasos detrás de Beresford, miró hacia el techo con una expresión grave que no traslucía disgusto, pero tampoco deleite. A pesar de ser el yerno de Sarratea, Liniers distaba de la posición tomada por su suegro en favor de Beresford. Algunos invitados sonreían, pero el olor acre y denso de la traición flotaba en el ambiente. Una cierta opresión anímica, intrincada, se podía palpar.

–Y es por ello –continuó Sarratea– que los aquí reunidos queremos reconocer la honestidad y los altos ideales de nuestro gobernador Beresford, de Sir Popham y de quienes lo acompañan en la ardua tarea de abrir caminos de libertad en esta parte de América. El bando promulgado el día domingo bien nos habla de ello. Su Excelencia, al anunciar la devolución de las ciento cincuenta embarcaciones que

fueron expropiadas en un principio, ha ganado para sí la confianza y la admiración de todo el pueblo de Buenos Aires... Los invito, ilustres damas y señores, a que alcen sus copas en honor a William Carr Beresford...

–Por el general Beresford y el comodoro Popham –dijo pomposamente el cuñado de Sarratea, don León de Altolaquirre.

Las copas se irguieron por encima de las cabezas y el anfitrión, antes de beber, dirigió una mirada complacida a los comandantes ingleses y los saludó con el cristal teñido de vino. Sarratea bebió junto con Beresford y el resto los imitó (*).

Un concurrente, don Lázaro de Ribera, que había dejado de ejercer poco tiempo atrás la gobernación del Paraguay, tomó la palabra:

–No reneguemos de los momentos que la suerte nos depara... Reneguemos de nosotros mismos si no nos entendemos con lo que nos toca en suerte... ¡Por Vuestas Mercedes Británicas! –sonó sucio y obsecuente, pero nadie rechazó su propuesta de beber en honor a la invasión.

Buenos Aires, miércoles 2 de julio de 1806 - Beresford pide refuerzos a Baird, castigo a dos desertores británicos y recelos justificados de Beresford hacia Popham.

William Carr Beresford, sentado en su despacho de la Real Fortaleza, sorbió lentamente un trago de brandy en un vaso pequeño, tallado con el escudo de España. El virrey Sobre Monte dejó allí su juego completo de cristalería y sus cigarreras, que pasaron a engrosar la lista de souvenirs del general. Con aire grave Beresford deslizaba la pluma en el papel, escribiendo una carta a su camarada David Baird, gobernador por derecho de conquista de Ciudad del Cabo, en África del Sur, desde enero último.

Beresford, ciertamente, estaba preocupado por la endeble situación que sostenía al frente de la capital del virreinato, con un ejército pobre en número. A pesar de las actitudes consecuentes de los comerciantes y hacendados, no dejaba de entrever el sustrato rebelde y hostil que se movía despacio, cauteloso, callando por el momento, pero a la espera del mejor momento para saltarle encima.

Mojó la pluma en el tintero de plata y reposó toda su frente, amplia y lustrosa, en una mano, pensando las palabras que debía escribir, las líneas exactas que lograran el efecto buscado. Baird debía mandarle refuerzos sin más pérdida de tiempo. Pocos minutos estuvo así, cuando ingresó a la oficina su compañero, Dennis Pack, con la chaqueta desabotonada y el ánimo donoso.

–Con permiso William...

–Pasa y siéntate. Sírvete un poco de brandy... es del bueno –dijo y señaló el escaparate con la cristalería, sin levantar la vista.

(*) Santiago de Liniers no participó del brindis que propuso su suegro Martín de Sarratea y ello dio lugar a un duro y tenso intercambio de palabras con Pack y Beresford, que fue suavizado por el mismo Beresford.

El oficial del 71 aceptó la invitación y abrió las puertas biseladas del mueble. Tomó asiento frente al escritorio, apoyó el lustre de sus enormes botas negras encima de la mesa y escanció el brandy en uno de los vasos españoles, con cuidado de no interrumpir a su amigo. Pack bebió procurando no derramar el brandy con el que hacía buches en la boca. Y observó a Beresford, demasiado concentrado en el papel.

–¿A quién le escribes?

–A Baird...

–Es sobre Montevideo, ¿verdad?

–Correcto... *Le transmito lo mismo que estuvimos hablando anoche tú y yo. Si movemos un solo hombre de Buenos Aires para tomar el Fuerte de San Felipe, se nos lanzarán encima como lobos.*

Dennis Pack asintió e hizo chocar el pico de la botella en el vaso del gobernador y en el suyo propio. Bebió un sorbo y balanceó su silla sobre las patas traseras con un movimiento distendido. Contempló el río por el ventanal, a espaldas de William mientras éste escribía:

“...tengo motivos para creer que la conducta observada con los habitantes de esta ciudad desde el momento de nuestra ocupación, los ha reconciliado de alguna forma con nosotros. Sin embargo, como un gran número de ellos es afecto al gobierno que ha existido aquí desde la fundación de la colonia, algunos aprovecharían sin duda la oportunidad, si dejásemos nosotros la plaza con una débil guarnición, para irritar al pueblo y sublevarlo contra nosotros...”

–¿Tú qué piensas? –Dennis Pack trató de sustraer su atención.

–¿Sobre qué? –preguntó Beresford, sin sacar los ojos del papel.

–Sobre un eventual ataque...

–No sé... dímelo tú. Tú eres el Comandante de la guarnición –respondió con algo de sorna.

El teniente coronel sonrió torcidamente y rumió una respuesta. Bajó los pies y volvió a llenar su vaso con brandy.

–*Creo que no debemos ser tan ingenuos para pensar que cuando se rindieron nos entregaron todas las armas que había. Además, el chacal del virrey se llevó a más de mil hombres bien pertrechados.*

Beresford dejó de garabatear la esquila, posó la pluma con delicadeza sobre el portante del tintero y se reclinó hacia atrás en su sillón, con el vaso cerca de los labios, dispuesto a escuchar.

–¿Dices que puede haber muchos vecinos armados? –investigó la teoría de Pack.

–Seguramente... De todos modos, la situación no es demasiado grave. Los fusiles que encontramos al hacer el recuento en la rendición eran, en su mayoría, Mutzig y Charleville, franceses...

–¿Qué modelo?

–Un poco anteriores a los nuestros... 1771, de calibre 17 y medio. Algunos también a chispa, del 16.

Dentro de su frente calva, William Beresford repasó el armamento con que estaba equipado el gobierno español, lo cotejó y midió su inferioridad.

–¿Cuántos cañones capturamos en total, entre el Fuerte, el Retiro y los cuarteles?

–Más de cien. ¿Y sabes qué...? Si hubiesen querido, pudieron habernos barrido apenas pusimos un pie en la costa –Pack se mostró incrédulo

–¿De qué calibre son las piezas?

–De lo que gustes... De veinticuatro libras, de dieciocho, de dieciséis; falconetes ligeros, algunos morteros... Nada despreciable –añadió satisfecho.

Beresford se llevó las yemas de los dedos a los labios y los frotó pensativo, evaluando qué tan fuertes estarían frente a un ataque orquestado por los españoles.

–Hay que apaciguar a los esclavos y a los religiosos –se quejó Pack.

–De eso me encargaré hoy mismo. Estoy pensando en dos bandos para pegar en las calles. Ya me ha venido a ver ese tal Martín Peyrrecón...

–Pueyrredón lo corrigió.

–Ese mismo... Vino a gimotear porque los esclavos están soliviantados y desobedecen. Piensan que vamos a abolir la esclavitud.

Dennis Pack se rió apenas, tragó un resto de brandy y auguró con gravedad:

–Ten cuidado con el clero, William. Sobre todo con los frailes sin jerarquía...

–Sí... Los hijos de perra no van a detenerse hasta convencer a nuestros soldados católicos para que se unan a ellos. Si se repite otra desertión como la de los últimos cuatro, puede ser peligroso.

–Los dos que flagelamos esta mañana murieron –dijo Pack, sin ningún disfrute. Uno ni siquiera soportó hasta el número trescientos... Reventó en el potro. El otro falleció hace unas horas.

–¿Qué esperabas? Quinientos azotes no los tolera nadie. ¿Quién los castigó?

–El sargento Russell, de los artilleros del Santa Elena. Hay que reconocer que es el verdugo más eficaz que tuvimos... –el halago fue morboso.

–Todo esto no aporta nada... nos complica. Esta noche mandaré a la imprenta de los Expósitos a imprimir un bando. Impondré la pena de muerte a quien incite a la sedición o proponga a los nuestros a desertar.

–¿Ejecución sumaria?

–Ellos o nosotros, Dennis... Ellos o nosotros.

El comandante del 71 arqueó las cejas y resopló perplejo por la dureza de la medida, aún sabiéndola necesaria. Los soldados desertores eran la mejor propaganda antibritánica para los pobladores de Buenos Aires. Además poseían información, datos, que si eran filtrados, podrían llegar a ser destructivos. Beresford terminó de beber y se arrellanó en el asiento para concluir la carta, pero Pack lo interrumpió, punzado por un pensamiento:

–Ese comerciante... William Pío White. Al parecer, está haciendo una Buena tarea. Sé que se reúne con vecinos importantes y nos busca apoyo. Dice que los mayores hacendados tienen depositadas grandes expectativas en nosotros... Debieras tenerlo en cuenta.

–¿Quién te lo ha contado? –Beresford frunció el ceño.

–El mismo White. Hablé con él varias veces. Ayer, por la noche, en la fiesta, me presentó a algunos de los hombres de negocios que nos apoyan.

–Ten cuidado de lo que hablas con ese White... Es muy amigo de Popham. Fueron socios en la India hace algunos años e hicieron negocios con el té. Hasta creo que pertenecen a la misma logia... White viaja periódicamente a Londres –le advirtió.

–¿Crees que Popham intentará desacreditarte si tiene alguna oportunidad?

–Estoy seguro... El hecho de que David Baird haya dispuesto mi ascenso a mayor general en secreto, desde el mismo momento en que me hice cargo de esta ciudad y, por añadidura, a espaldas de Popham, fue una afrenta para él. No creo que esté dispuesto a olvidarla. Popham está bajo mis órdenes ahora, lo mismo que toda su flota. Y eso no se perdona, Dennis... Te apuesto mi sable.

–Sobre todo porque le tocará bastante menos del botín que Arbuthnot fue a buscar a Luxán –se rió Pack. Realmente disfrutaba las pérdidas del comandante naval, relegado a segundo.

–Espero que el virrey haya dejado los caudales en Luxán, como aseguró –dijo Beresford–. Y si nó, espero que Arbuthnot lo alcance y lo mate como lo que es: una escoria.

–Ya verás cómo Robert regresa rebosante de oro y plata. Volveremos a las islas más ricos que cuando zarpamos –festejó.

–Con volver vivos me es suficiente –aquietó los bríos de Pack– Y recuerda tener cuidado con lo que hablas con Pío White... Puede llegar a oídos de Popham.

–¿Lo mandarás de regreso a Londres con todo el metálico apresado?

–No lo se... Por un lado, si se va, me allanará las cosas aquí. Pero me preocupa lo que pueda decir en el gabinete sobre esta operación. Todos sabemos quién es el comodoro Popham... Es muy amigo del ministro Pitt.

–¡Dios, William...! ¡Tú también tienes Buenos amigos en el gabinete Tory! Además, todo lo que pueda decir no será nada comparado con el cargamento de oro

y plata que llevará. Esta conquista fue obra tuya y no de él. El cerdo de Popham ni siquiera bajó del barco mientras nosotros comíamos tierra y balas. Eso vale más que todas las mentiras que pueda decir –arguyó Pack, vehemente.

–Tal vez tengas razón, pero aún no sé. Es una cuestión que debo resolver rápidamente. Sólo te pido que tengas cuidado con los comentarios que deslizas...

Dennis Pack asintió. Tomó la botella de brandy por el cuello movió el líquido para calcular lo que quedaba. No era mucho. Sirvió un poco a Beresford y otro poco en su vaso, hasta terminar el contenido. Cuando apoyó la botella, lanzó una pregunta:

–¿Qué impresión te dejó la fiesta de anoche?

–¿Qué quieres saber?

–Tu parecer... Creo que hubo varios mensajes ocultos en las conversaciones de muchos de los que fueron a la residencia pretendió ser analítico.

–Ya lo creo... Pero la verdad, Dennis, no estoy de ánimo ahora –se disculpó. Su mente quedó atrapada en el enfrentamiento solapado con Popham y en el viaje a Inglaterra que éste debía realizar.

–Cuando te pones así, significa que la preocupación es grave. Ten confianza – lo animó Pack–. Las cosas podrían estar mucho peor... Aún no hace una semana que tomamos la ciudad y ya tenemos aliados importantes.

Pack se puso de pie, se abrochó la chaqueta y sintió los pómulos rojos y las tripas calientes por el alcohol. Con una venia informal se despidió de Beresford, que ya mojaba la pluma en el tintero nuevamente.

Esa noche, en la casa de los Brouage, la cena transcurrió en un lúgubre silencio. Entre bocados, Antoine cavilaba en la más completa mudez, reconcentradamente. Su cabeza trataba de ordenar algunas cosas que había hablado esa tarde con William Pío White, y que le preocupaban. El bostoniano lo mantenía al tanto de las medidas que se consideraban en el seno del gobierno y al parecer, al día siguiente, por orden de Beresford, el nombrado Comisario de Prisioneros, el capitán Gillespie, iba a comenzar a tomar a las autoridades civiles el juramento de fidelidad a la corona británica.

Acuciado por la precaria situación en la que estaba sustentada su soberanía, a William Beresford le urgía legitimar de alguna forma su autoridad. Según Pío White, el gobernador pensaba habilitar un registro de firmas para que los vecinos pudiesen manifestar voluntariamente su adhesión al nuevo monarca.

La cuestión planteaba una dura disyuntiva para Antoine, temeroso de firmar y correr el eventual riesgo de convertirse en un traidor si el gobierno inglés de Buenos Aires caía. Por otra parte, no refrendar el libro le iba a significar quedar afuera de los privilegios comerciales por los cuales estaban bregando él y don Hipólito De Garaz,

junto con Taibo y Alaguirre. Toda la cuestión lo sustrajo y lo sumió en un hermetismo inusual.

Buenos Aires, viernes 4 de julio de 1806 - El convento de La Merced, los conspiradores, el santo y seña de los espías que colaboraban con ellos. La exigencia de Beresford del juramento de fidelidad de los funcionarios civiles a la corona británica.

Los muros sagrados de iglesias y monasterios conservaban la promesa de Beresford de no ser violados. En La Merced, el prior del convento, fray Aparicio, finalmente había accedido al pedido de dejar entrar al interior a los que conspiraban contra los ingleses.

De los treinta y ocho esclavos que trabajaban en el convento, quince estaban participando, de una u otra manera, en la gran madeja de informantes y mensajeros que adherían al complot. Todos actuaban bajo la conducción de fray Machado y de otros cuatro frailes, con la connivencia del prior, el cual participaba tácitamente, sólo dejando hacer. Allí se recibían, de boca de los vendedores de la plaza y otros espías, los informes que se obtuviesen. Luego, cada tarde, estos eran acercados al grupo de catalanes, y a un francés de nombre Gicquel, que estaban planeando la excavación de una mina, debajo de los cuarteles británicos en la Ranchería.

Pierre Gicquel era un hombre de treinta y seis años, tan ajeno a Buenos Aires como a los británicos. Había servido en la marina mercante francesa, pero en 1802 volcó sus preferencias hacia España y se alistó en la Real Armada. Su presencia en el Río de la Plata era fortuita, producto de los vientos del azar, del albur que rige las cosas. Dos años antes, en 1804, Gicquel había partido de Tenerife, en Canarias, al frente de su nave *La Buena Esperanza*, con la misión de surcar los mares del mundo y tocar puertos de América y África. En su derrotero, la fragata había recalado en Buenos Aires para efectuar algunas operaciones comerciales, cuando la sorprendió la invasión. Gicquel era un viajero varado, atrapado por una guerra que jamás intuyó. Envuelto en el problema sin haberlo buscado, decidió entonces participar, uniéndose a los catalanes de Sentenach. Pero Pierre Gicquel debía ser el más cauteloso, pues de todos los complotados, era el más expuesto. Podría salir muerto, dada su condición aparente de doble aliado. Para aventar las sospechas de Beresford, decidió aliarse con otro francés de apellido Copet, con quien le compró a Popham una partida de tabaco apresado. Jugaba a ser un adepto inglés y con esa cercanía aportaba valiosos datos al plan, que comenzaba a tomar forma del lado español.

Tadea era una esclava negra aún joven, de unos treinta y pocos años, nacida en América y que hasta los doce años sirvió en una misma familia, junto con su hermano. Pero cuando en 1782 éste fue muerto en un episodio sangriento que todos conocían en Buenos Aires, Tadea fue criada en La Merced.

En ese año –según el relato de la negra– una muchacha de la ciudad, llamada Dana Gabina e hija de un tratante de esclavos, para vengarse de sus padres liberó un cargamento de negros zulúes proveniente de África. Los hombres, cazados y engrillados en la bodega del barco, al verse repentinamente libres, mataron a parte de la tripulación y tomaron rehenes con la idea de huir. Fueron ayudados por algunos esclavos de la ciudad y lograron poner proa a las selvas de la Guayana, en el límite norte del Brasil. Entre ellos se encontraban el hermano de Tadea, Abel, once años mayor, que murió con otros durante la rebelión.

Nunca nadie supo bien por qué, Dana Gabina, de sólo quince años, ocasionó semejante perjuicio a los suyos. También ella pereció ahogada en el río cuando quiso retornar a la costa desde el barco negrero, el cual se encontraba huyendo a toda vela.

Algunos dijeron que un familiar directo, hermano de su padre, la ultrajó, y que tanto éste como su madre soslayaron el incidente para evitar desavenencias comerciales con el tío, poderoso traficante. En represalia, la muchacha propició la sangrienta revuelta de negros que frustró la esclavitud de un centenar y medio de africanos.

La historia de Dana Gabina creció y floreció con los años, como una suerte de estandarte; su nombre era muchas veces mencionado como símbolo de valor y decisión. Por ese motivo, el grupo de espías que colaboraban con los conjurados catalanes en contra de Beresford, halló adecuado el nombre de Dana Gabina como santo y seña para proteger las informaciones de los espías británicos. Era un nombre arquetípico y redentor.

Fray Machado peregrinaba los peldaños en caracol que llevaban al sótano y a la boca del túnel del convento. Se alternaba en la espera con fray Saturnino Benegad, maestro de novicios, en la tarea de esperar a algunos de los conspiradores que debían ingresar por allí. Fray Saturnino, al igual que muchos, deseaba ejercitar su rechazo a los soldados anglicanos. Fue ésa la razón por la que le pidió a su cofrade Machado poder colaborar con lo que hiciese falta. Fray Machado confiaba en él, y juntos prestaban su ayuda a los esfuerzos de Felipe de Sentenach para tratar de minar los cuarteles y la sede del gobierno. Sentenach y los suyos irían esa tarde a llevar algunas armas y cargas de pólvora para dejarlas ocultas en el sótano.

A las cuatro de la tarde, con una sincronización impecable, Sentenach y un joven de apellido Trigo terminaron de recorrer el túnel que nacía en la playa del río y surgieron por la portezuela subterránea de madera. En esos mismos minutos, el negro Basualdo y el mulato esclavo de los Brouage ingresaban al convento por distintas puertas. El mulato por la parte trasera, desde la calle del Santo Cristo, y Basualdo por el portón de rejas de la calle sur. Ambos se dirigieron hacia el sótano, el punto de encuentro acordado. El lugar no era más que una mazmorra en donde flotaba el hedor típico de los sitios poco aireados, con olor a piso de tierra que no ve la luz.

Por el túnel trajeron dos cajas largas con armas, tres barriles medianos de pólvora, más un cajón de municiones de pistolas. La única lumbre del escondrijo la daba un farol de aceite colocado sobre una mesa en el centro del lugar. Y sobre ella apoyaron los cofres con armas. El mueble desvencijado se sacudió violentamente y esparció nubes de polvo añejo.

–Los barriles de pólvora pónganlos sobre las tarimas de madera para que no se humedezcan –indicó fray Saturnino.

Los cinco hombres terminaron de entrar los pertrechos y se miraron al amparo del farol. El catalán Sentenach, un tipo grueso y robusto, de aspecto hermético, abrió los cofres y dejó descubiertas diez pistolas y tres mosquetes, encimados sin orden. Las armas presentaban un aspecto lastimoso, con años de desuso y cáscaras de óxido. Tomaron algunas y las observaron con detenimiento, e invariablemente las percutaron para comprobar que los mecanismos funcionaban. Basualdo, que poseía conocimientos de armería, sopló la boca de un pistolón de 15 milímetros.

–Éste necesita reparación... Son armas viejas, pero pueden servir.

–Esperamos reunir más –dijo Sentenach–. *Pero muchas las tendremos que llevar a casa del vasco Incháurregui. En cuanto Álzaga comience a pagar, allí va a haber tres o cuatro armeros acondicionando las que estén averiadas y preparando cartuchos y granadas.*

Fray Machado les hizo una seña a todos y, una a una, las armas volvieron a reposar dentro de las cajas.

–¿Cuándo vendrán con más? –preguntó el fraile.

–Pues... calculo que el lunes –aventuró el catalán–. *Mañana y el domingo no. Van a sospechar.*

–¿Alguien los vio entrar? –fray Machado recorrió los rostros con la mirada. Basualdo y los otros negaron con la cabeza.

–Descuide padre –lo calmó Sentenach–. *Las armas las vamos a entrar siempre por el río. Y si no, las traerán algunas mujeres debajo de las faldas, una por una.*

Fray Machado asintió y luego apagó la flama del farol, en una tácita invitación a salir. Una vez fuera, rodeó los arietes de la puerta con una pesada cadena y los aherrojó con un candado descomunal. Sentenach y su ayudante saludaron al resto con escasez. Los sacerdotes y esclavos comenzaron a subir por la escalera. El español, en cambio, se perdió nuevamente en la negrura del túnel. Pero antes de hacerlo, alzó la voz en dirección al esclavo de los Brouage.

–Mulato, venme a ver luego. Esperaré a que me traigas la misiva de hoy.

–Descuide, don Felipe... Cuando caiga el sol.

Esa tarde, al recibir la carta, el mulato la abrió con ansiedad. Desplegó el papel y miró alrededor instintivamente para evitar ojos indiscretos:

1806. Viernes 4 de julio.

Es posible que haya tres desertiones más de las filas británicas en los próximos días. Cuatro Frailes Católicos Mercedarios están trabajando con ellos y esperan la decisión de los soldados, aunque aún no hay dónde ocultarlos.

En cuanto regrese la partida enviada a Luxán, al mando del capitán Arbuthnot, con los tesoros reales, Ulpiano Barreda y William Pío White comenzarán a reclutar más espías. Beresford puso a disposición de White una gran suma para los sobornos.

En la taberna de los Tres Reyes y en dos pulperías cercanas a San Nicolás, hubo vecinos borrachos que dieron a entender con guitarras y cantos que volarán la Fortaleza. La fuente informó que no es la primera vez que esto sucede.

–¡Idiotas!... Van a echar todo a perder –maldijo el mulato–. Ni quiero pensar lo que sucederá cuando Álzaga comience a pagar a los reclutados. ¿Quién te dijo lo de Barreda y los tesoros? –indagó.

–Tomasa, la esclava de los Rubio de Velasco. Me dijo que escuchó detrás de la puerta cuando su amo comentaba esto con un mayor Thomas Foley y un capitán... un tal Olgilvie, que se alojan en esa casa.

–¿A todos les exigís el santo y seña? –le preguntó.

–A todos...

–Un error puede ser el fin...

–No son muchos los que lo saben. El grupo que colabora con Sentenach es muy reducido. El resto presta servicios, pero no sabe nada de nada.

–Voy a llevar la carta... Nos vemos a la noche –dijo el mulato.

Eran las seis de la tarde cuando el mulato se adentró en la plaza frente al Fuerte. Ya no quedaban vendedores en la Recova y la obligación impuesta por Beresford a las autoridades civiles para que jurasen fidelidad al rey de Inglaterra, había enrarecido otra vez los ánimos. Los miembros de la Real Audiencia pidieron retirarse de la ciudad y así evitar renunciar al monarca español. Lo mismo hizo el Tribunal de Cuentas.

La actitud del consiliario Francisco de Ugarte y el Secretario del Consulado, Manuel Belgrano, de pedir licencia médica para evitar concurrir a la firma del libro había logrado irritar a William Beresford. En virtud de ello, como una suerte de ostentación poderosa, el británico ordenó reforzar las guardias y las patrullas de vigilancia. Quiso compensar a través del miedo el peligroso ejemplo de los pocos

funcionarios que resistieron la orden. Carlos IV de España seguía siendo el rey, al menos, en los espíritus.

Esa misma tarde, Doña Angélica Sánchez de Iriarte, esposa de Don Hipólito De Garaz, seguía la conversación que se desarrollaba entre los invitados y, al mismo tiempo, se esforzaba por permanecer atenta al servicio que sus esclavos les brindaban. Además de George Kenneth, su oficial huésped, concurren sin invitación otros tres oficiales británicos con la intención de beber un poco de vino e intercambiar ideas. Don Hipólito tomó como un halago la sorpresa de los jefes ingleses autoinvitados. Eugéne y Antoine Brouage, sentados junto a Ana Perichón de O’Gorman, hablaban con ella y con Ulpiano Barreda, uno de los más conspicuos colaboradores de Beresford.

Barreda estaba identificado entre los vecinos como un traidor e informante. Más allá de su pública designación como Comisario de Presas, Barreda era una suerte de símbolo de la entrega, un prostituido.

Don Hipólito De Garaz sorbió su taza de té de tomillo y lo paladeó con lentitud, escuchando a Antoine que ensayaba una suerte de discurso frente al comandante Campbell y al capitán Olgilvie, que llegaron acompañados por un capitán de apellido Lynch.

–La partida de la fragata Narcissus esta tarde, rumbo a Londres –disertó Antoine–, dará por terminadas las especulaciones que allá puedan estar haciendo los miembros del gabinete sobre las posibilidades de comercio con esta parte de América... América del Sur es una tierra rica. Sus posibilidades deben ser promovidas y no aletargadas, como hasta ahora.

Ulpiano Barreda le tradujo al comandante Campbell, sentado a su lado. El inglés sonrió y miró a sus camaradas.

Barreda agregó:

–Cuando los caudales apresados sean depositados en el Royal Bank of England, se sabrá allá de las posibilidades ocultas que deparan estos reinos, mal aprovechados por nuestro antiguo monarca... –dijo obsecuente–. Estoy seguro de que en Londres ningún súbdito inglés podrá negar las conveniencias de apoyar esta cruzada.

Santiago De Garaz no pudo evitar dirigir una mirada a su padre, que a pesar de ser español, festejó el comentario. Don Hipólito y su madre Angélica eran nacidos en la península y Santiago era español por derecho de Indias. Acababan de ofender a su estirpe, pero parecía no importarles a nadie. El apellido De Garaz comenzaba a tener un significado entre los residentes españoles en Buenos Aires, que no le agradaba. Que le mellaba el honor.

Buenos Aires, mediados de julio de 1806. El juramento de lealtad al monarca británico ante el capitán Alexander Gillespie.

Era mediado de julio y Buenos Aires se estaba convirtiendo en un caldo de brujas. A los invasores, la espera de refuerzos y la tarea de mantener pacificada a la capital los torturaba y comenzaba a desgastarlos. Hasta el momento, William Beresford había demostrado saber jugar con habilidad el ajedrez político que las circunstancias le impusieron, pero su instinto le indicaba que un jaque silencioso y devastador se estaba gestando. Y no saber con seguridad cuáles eran las piezas que se estaban preparando para la jugada, lo acuciaba. Sabía que una movida por parte de los sectores hispanistas podría comprometer el precario equilibrio que logró conseguir, sostenido por intrigas, sustentado en ardidés económicos y prebendarios. La pobre quietud y la estabilidad que habían signado la vida de Buenos Aires hasta ese momento, podían mutarse en el juego de las armas, para el cual no estaba preparado. Cada día transcurrido incrementaba las posibilidades de perder todo y tener que desandar el camino de la conquista.

A esa altura de los acontecimientos, la adhesión de los sectores más influyentes constituía el único punto de apoyo en el cual descansaba su gobierno. Era un respaldo endeble, dubitativo y, en el mejor de los casos, apenas público. Muchos simpatizaban con la corona británica, pero hasta que la contundencia de los refuerzos provenientes de Londres se hiciese presente, todos en su alma dejaban una puerta abierta, un interrogante para el capítulo final de una historia impredecible. Era muy probable que la ciudad volviese a ser española y no convenía precipitarse en las alianzas.

Los dos amigos y socios *lobbyistas* de Antoine Brouage –el naviero Alaguirre y el exportador de cueros Taibo– ya habían ido a prestar juramento al monarca inglés, frente al capitán Gillespie, firmando el libro dispuesto al efecto. De esta manera se aseguraron un lugar de privilegio dentro del código de reformas y medidas económicas que, según Beresford, iba a ser sancionado en breve.

Mientras tanto, William Pío White sostuvo un prolongado diálogo, persuasivo, melifluo, con Antoine Brouage, hasta que finalmente lo sedujo para que prestase juramento. Don Hipólito De Garaz también estaba dispuesto a firmar y convertirse en súbdito inglés. Así quedaría sellada la connivencia entre los socios y el nuevo gobierno.

Pero una voz interior, prudente y reflexiva, le susurraba al francés Brouage que esperase unos días más para refrendar el libro. Comprendía que ése era un compromiso sin retorno. Iba a abrazar la bandera inglesa no sólo por derecho de conquista, sino además, por elección civil. También sabía que no quedaba más tiempo para cavilaciones. El nuevo Código de Comercio estaba por entrar en vigencia, y si era sancionado de manera súbita, cualquier adhesión ulterior iba a ser tomada por

parte de los británicos como una especulación oportunista. Si demostraba su fidelidad antes de cualquier prebenda, tendría el valor de compromiso auténtico, el peso de la convicción y no de la conveniencia. Debía firmar.

Esa tarde, a las dos y media, Antoine Brouage llegó a la dependencia en donde tenía asiento el capitán Alexander Gillespie, comisario de prisioneros. Era una construcción lateral cercana al Fuerte, en la calle del Santo Cristo, al norte. Poca gente deambulaba por las calles y aún faltaba media hora para que cerrase la oficina, a la que acudió con la intención de estampar su firma en el controvertido registro.

El gobernador Beresford habilitó el padrón desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, para que, de manera voluntaria, concurriesen los vecinos a asentar sus nombres. El francés esperaba encontrar a alguien allí dentro, algún rostro conocido en el cual corroborar que transitaba el sendero correcto, sensato. Pero no halló a nadie, salvo a Gillespie.

El lugar era un salón con dos sillones de pana muy gastada color púrpura, como único mobiliario, y una puerta que comunicaba a la oficina en donde tenía su despacho el comisario inglés. Cuando Antoine Brouage ingresó, uno de los secretarios le comunicó a Gillespie que el francés había llegado. El británico se puso de pie, rodeó su escritorio y fue a su encuentro:

–*Mister Brouage... Wellcome!* –lo invitó a entrar. Gillespie había sido puesto sobre aviso por Pío White.

Cuando Antoine Brouage le confirmó el motivo de su visita, el oficial lo hizo pasar al despacho y acercó una silla frente al escritorio. Antoine miró a su alrededor y observó la austeridad del lugar: apenas un armario sin puertas, con sus repisas atestadas de libros administrativos dispuestos como en una biblioteca. Supuso que esos biblioratos eran los que donaban el aroma a papel viejo que allí flotaba, un vaho burocrático que impregnaba todo el ambiente. Dos candelabros simples con tres velas cada uno y un brasero de hierro en un rincón, eran todo allí, además del escritorio y dos gruesas y pomposas sillas a cada lado.

Monsieur Brouage detuvo su vista detrás del respaldo de Gillespie, donde caía una bandera británica, acomodada sobre un marco con el retrato de Carlos IV. El rey de España no se veía, pero Antoine lo adivinó debajo de la tela. Fue utilizado –seguramente con mordacidad– como punto de apoyo para la Union Jack que ponía la única nota de color en la humilde oficina. El crucifijo que solía presidir una de las paredes, si fue descolgado. El capitán Gillespie era conocido por su particular aversión al clero católico, el cual le suscitaba una gran desconfianza y recelo.

Apoltronado en la silla, Antoine Brouage intercambió algunas palabras distendidas, mientras el capitán cerraba la puerta del despacho, como una manera de asegurarle, con el gesto, la discreción de lo que allí se dijera o hiciera.

Gillespie era un hombre joven, de algo más de treinta años, enjuto y vivaz, de pómulos infinitamente venosos que denotaban su afición por las bebidas espirituosas. Poseía una cabellera castaña muy clara, algo escasa, y acompañaba sus palabras con ademanes nerviosos y enfáticos que acentuaban el sesgo inseguro de su de su complexión menuda. Hasta el casacón del uniforme parecía irle holgado.

Ubicado detrás de la madera gastada y brillante del escritorio, el oficial extrajo de algún bolsillo oculto de su uniforme, una llave de formas barrocas. Y sin mirar al francés, abrió uno de los cajones del mueble. Sacó con cuidado, casi con ceremonia, un libro de aspecto pesado con esquineras doradas y letras amarillas en su lomo. Lo abrió en la segunda página y, parándose, lo dispuso frente a Antoine, Luego Gillespie trató de ensayar en su cabeza la frase adecuada en español:

–*Este es the liber, Monsieur Brouage...* –Antoine apenas lo entendió.

El francés observó la página abierta y leyó una extensa declaración de fidelidad al rey George III de Inglaterra. Sin terminarla, curioseó la primera hoja del volumen en donde había un gran sello con el escudo de Gran Bretaña: lo habían estampado sobre un trozo de papel pegado con engrudo, tapando el lugar exacto en donde el emblema español aparecía en todos los registros oficiales.

Sumido en una silenciosa y detallada observación del documento, advirtió que el cazador escocés, desde su lugar de funcionario, le acercó un pesado tintero abierto y una pluma color marfil. Se sintió presionado, pero sin inmutarse, buscó las hojas en donde estaban las firmas y vio, con mala sorpresa, que sólo las dos primeras páginas habían sido refrendadas con una treintena de nombres, encabezados por el de Ulpiano Barreda. Halló también la firma de Taibo y de Tomás O’Gorman, el marido de Ana Perichón de Vandeuil. Figuraban Juan Castelli, y Saturnino Rodríguez Peña, debajo de la de su hermano Nicolás. Entre las últimas estaba la refrenda de su socio, el naviero Alaguirre, y la florida rúbrica del leguleyo Rivadavia, el apoderado legal de los negocios poco transparentes que solía tener Pío White.

Evidentemente, muchos de sus amigos estaban allí, comprometidos por la insoluble realidad del papel escrito, y eso le otorgó alguna seguridad. De todos modos, no logró vencer los escrúpulos que sentía. Si el libro llegaba a caer, por alguna causa, cualquiera fuese, en manos de partidarios hispanistas, su suerte y la de su familia se iba a ver afectada. No deseaba transitar otra vez por el camino de la huida y de la incertidumbre que provocan las puebladas enardecidas. Francia y su revolución le habían marcado su lección a fuego. Pero también consideró el otro problema, al que estarían expuestos los suyos si rechazaba la declaración. Quedaría relegado del privilegio económico, y los males que ello vaticinaba no le dejaban mucha opción. España o Inglaterra daban igual para él. Conocía muy bien la fragilidad de los hombres en sus fidelidades y se sentía ya muy lejos de esas pasiones. Estaba cansado.

El capitán Gillespie lo observaba de pie y en silencio, con una expresión opaca pero atenta. Antoine alzó la vista y el británico le sonrió mecánicamente. Luego balbució de manera amistosa:

–*Write, monsieur... Write.*

Antoine asintió y procuró elaborar un gesto grave, seguro, preocupado por no delatar la efusión de contradicciones internas. Tomó la pluma, la mojó con abundancia en el tintero y su mano danzó sobre el papel. Hubo un rumor ahogado de libro y letras que nacían. Dibujó el nombre de *Antoine Brouage* con un rastro de tinta que podría ser, quizás, una huella que marcara el futuro inmediato.

Buenos Aires, fines de julio de 1806 – La inquietud de Beresford ante la congregación de milicias hispano-criollas en la quinta de Perdriel y en Colonia del Sacramento.

Finalizaba el mes de julio y toda la ciudad de Buenos Aires era un gran coliseo en donde se gestaba un ajedrez secreto y agotador, en el cual las partes contrincantes movían cada pieza con la inseguridad que daba lo urgente y la peligrosidad de ser jaqueado de manera irreversible por el adversario. William Beresford y su Estado Mayor fingían sentirse a gusto estrechando vínculos con las familias de la aristocracia colonial, pero ya no confiaban demasiado en nadie. Francisco González y otros espías a su servicio daban cuenta a diario sobre movimientos sospechosos. Beresford estaba seguro de que algo se tramaba. Pero el hermetismo en las acciones de los conjurados catalanes hacía imposible cualquier filtración que le sirviera para efectuar la contratáctica. Lo mismo ocurría con las tropas que Juan Martín de Pueyrredón estaba derivando hacia la *quinta de Perdriel*. También el comandante Antonio de Olavarría, jefe del Cuerpo de Blandengues que servía a las órdenes del virrey antes de la toma, comenzó a reunir su milicia para engrosar las fuerzas en Perdriel.

Aún así, y asistido por los escasos datos que podía destilar, el olfato militar de Beresford estaba alerta, y por ello ordenó al comodoro Popham que patrullara el río con sus naves. William Beresford estaba preocupado por un potencial desembarco español desde la costa oriental. No tenía ninguna confirmación al respecto, pero se dejó guiar por su instinto, y no se equivocaba. El gobernador de Montevideo, Ruiz Huidobro, había puesto a Santiago de Liniers al mando de una expedición de quinientos hombres, escogidos de entre las mejores tropas con que contaba la jurisdicción de Montevideo, a los que Huidobro agregó una Compañía de Migueletes, creada a los efectos de intentar la reconquista. Liniers también fue puesto a cargo de las fuerzas de mar, que aunque no muy importantes, alcanzarían a cumplir el cometido de hostigar a la flota de Popham, si era necesario. El capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha fue el comisionado para dirigir las unidades navales, en calidad de lugarteniente de Liniers. Ruiz Huidobro era la única autoridad española constituida y reconocida, luego de la invasión. La huida de Sobre Monte a Córdoba

hizo recaer en el gobernador de Montevideo todo el peso de la responsabilidad cívica, y éste no la eludió.

Para unos y otros, sólo restaba esperar y mover los peones del ajedrez sin desnudar las estrategias. Mientras, en la ciudad de Colonia del Sacramento, Liniers y los suyos se atiboraban de pertrechos, de víveres, caballos y cañones para la embestida decisiva. El jaque al rey George III estaba pronto, pero aún había que aguardar el momento oportuno.

William Carr Beresford apenas tenía una certeza: a medida que los días transcurrían, la resistencia organizada crecía bajo sus mismas narices. Sabía que los refuerzos desde Inglaterra no iban a llegar a tiempo y que tal vez nunca llegasen. Al menos, como un pobre indicio que le daba cierta vaga tranquilidad, seducía a los comerciantes y a las familias que continuaban organizando reuniones sociales, en las cuales él y sus oficiales eran invitados de honor. Eso sedaba sus ansias y atenuaba el sentimiento de indefensión que le daba el fantasma de una guerra frontal que, sabía, le iba a ser adversa. Por ahora, Buenos Aires no les era hostil, al menos en las formas.

El río subterráneo de tensiones no alcanzaba a aflorar nunca en los rostros de dominadores e invadidos. Cada cual forjaba su mueca, aunque en la intimidad la actividad fuese febril e intensa. El general inglés disparaba órdenes y directivas a diario y seguía muy de cerca la tarea de sus informantes. Lo mismo ocurría dentro de las fantasmales fuerzas defensivas. En el convento de La Merced y en otros reductos en donde se ocultaban armas y se traficaba información, se trabajaba día y noche. En los túneles de los padres Recoletos, al norte de la ciudad, y en los sótanos de las iglesias de San Nicolás de Bari y de Monserrat, en plena capital, se improvisaron precarias líneas de tiro subterráneas, en donde los hombres dispuestos a combatir practicaban con armas. Aprendían el arte burdo de matar y no perder la vida.

El 27 de julio, el grupo de Sentenach, compenetrado en la excavación de la mina debajo de los cuarteles principales de los ingleses, concluyó la tarea. El Regimiento 71 de Cazadores Escoceses dormía, sin saberlo, sobre una cruz de galerías atestadas de decenas de barriles de pólvora, listos para hacer volar media manzana con los soldados dentro. Probablemente Sentenach inspiró su plan en la antigua *Conspiración de la pólvora*, llevada a cabo en Inglaterra doscientos años antes. Aquél fue un complot organizado por católicos ingleses para asesinar al rey Jacobo I, cuando ingresase al Parlamento británico el día 5 de noviembre, en la sesión inaugural del año 1605. Al igual que Sentenach, los conspiradores de la pólvora cavaron debajo del Parlamento con la intención de volarlo con sus ocupantes dentro. Luego planeaban un levantamiento, en protesta contra las medidas anticatólicas en el reino. Pero el complot fue descubierto a tiempo y los conspiradores torturados y ejecutados. Felipe de Sentenach, en cambio, aspiraba a tener mejor suerte. Soñaba con ver la explosión, sentir su rugido, contemplar la obra sobre los invasores.

Liniers, lo mismo que Álzaga y Pueyrredón, desaprobaban la voladura del cuartel, pero no descartaban que en algún momento hubiese que utilizar ese recurso, si las cosas se tornaban desfavorables. De todos modos, los esfuerzos de Felipe de Sentenach no fueron en balde. Los hombres que aglutinó bajo sus órdenes durante la ejecución del plan podían engrosar las filas de los defensores. Álzaga se comprometió a financiarlos de su propio peculio, con un salario de cuatro reales por día.

Como correlato de su juego psicológico, Beresford decidió, la noche del 28 de julio, hacer una demostración de fuerza para que la población no tuviese dudas de su poder. Desde los cuarteles, seiscientos soldados del Regimiento 71 partieron al mediodía del martes 29, rumbo a la Recoleta, en las afueras. Levaban piezas de artillería y las banderas de los batallones con un propósito intimidatorio, para que los viese todo Buenos Aires. Beresford buscó ostentar su mayorazgo y voluntad de lucha, si era obligado.

Luego de su desplazamiento hacia el norte, los ingleses se dirigieron hacia los corrales de Miserere, en donde estaban realizando prácticas de entrenamiento y ejercicios de batalla, que se podían oír. Beresford finalizó el día con una parada militar en las puertas mismas de la Fortaleza y a la vista de todos. Sus jefes, el comandante Campbell y el teniente coronel Pack, participaron de la maniobra.

Los toques de tambor y la profusión de pendones e insignias no lograron, empero, amedrentar las intenciones conspirativas de muchos de los que observaban la escena, destinada a ellos, a los opositores. William Beresford estaba echando mano de los últimos recursos que le quedaban para evitar una confrontación directa. El clima de la ciudad se descomponía hora tras hora, y comenzaba a ser evidente para él que el hábil juego diplomático que había ejercido hasta entonces fue insuficiente para sostener la conquista. La *Pax Britannica* había fracasado y la hora de medir fuerzas se aproximaba, inexorable, aunque la capacidad de sus hombres fuese limitada en cuanto al número.

Una noticia preocupante perturbó aún más el ánimo de Beresford y lo decidió a enfrentar las cosas con energía, sin titubear en el uso de sus recursos bélicos. Al amanecer de ese día 29, en el mismo momento en que sus tropas se aprestaban para los ejercicios, en el estuario de Colonia del Sacramento, uno de sus bergantines, el *Encounter*, se cruzó con una flotilla de cañoneras hispanas que abrieron fuego contra la nave. Las pequeñas embarcaciones hostigaron al buque con disparos precisos de artillería y le provocaron serios daños. Al *Encounter* no le quedó otra posibilidad que huir de la escena del combate.

Ésa fue, para William Beresford, la confirmación de sus sospechas: desde la Banda Oriental se estaba preparando una fuerza regular que intentaría retomar la ciudad. No se había equivocado al ordenarle al comodoro Popham que dispusiera el patrullaje del río. El ataque al *Encounter* era su prueba mejor, el oráculo cumplido.

El ajedrez estaba roto y comenzaba el tiempo de jugar con armas, en las cuales, sin embargo, Beresford no confiaba por el momento. Consideraba escaso su poder para enfrentar a tropas que lo podrían doblar o triplicar en número. Se preguntó qué error había cometido para no poder mantener las cosas en un plano político, al menos hasta que arribasen refuerzos desde Gran Bretaña. Pero ya no importaba.

El jueves de esa semana, último día de julio, al igual que las dos jornadas anteriores, el gobernador Beresford y sus oficiales estuvieron enfrascados en los preparativos de una ofensiva secreta, sustentada en los informes dados por Francisco González y algunos datos que Ulpiano Barreda les hizo llegar. Todo indicaba que la noche del 31 de julio se iban a terminar de reunir en la quinta de Perdriel las improvisadas milicias armadas por Pueyrredón y Antonio de Olavarría, a la espera de que arribasen las fuerzas de Liniers desde la costa este del Río de la Plata.

Astutamente, sin dar siquiera un ligero indicio de preocupación, William Beresford, con la estrecha ayuda de su lugarteniente Pack, el comandante Campbell y el mayor Foley, preparó a sus batallones para salir de la ciudad esa misma madrugada del 1° de agosto. Beresford y el comodoro Popham habían discutido los riesgos de dejar la plaza desguarnecida de hombres. Deliberaron sobre esa situación, susceptible de ser aprovechada por los habitantes para tomar por asalto los cuarteles y la Fortaleza. La falta de opciones no dejó mucho margen de decisión. Si no asestaban un golpe definitivo en Perdriel, antes de que las tropas adversarias se consolidaran, el gobierno británico en Buenos Aires llevaba sus días contados.

La ironía de las circunstancias quiso que la noche del 31 de julio, horas antes de salir al frente de la expedición secreta, William Beresford y sus oficiales fuesen invitados a un concierto en el Teatro de la Comedia, al cual también concurrió buena parte de la sociedad porteña. Mientras la orquesta ejecutaba partituras hendelianas y alguna otra pieza barroca, entre los asientos se mezclaban los ánimos más disímiles. Conspiradores como Álzaga se confundían con los más abyectos colaboradores de Beresford, como Pío White, como Tomás O’Gorman y su esposa, junto a miembros de las familias que conservaban posturas todavía inciertas, ambiguas. El centro de la atención era, en apariencia, la música exquisita; pero una energía subterránea fluía a través de las miradas, los gestos y los comentarios por lo bajo, en una suerte de mascarada formal, entre amigos y enemigos, entre fieles y traidores.

En el teatro, Beresford advirtió la ausencia de George Kenneth. Supuso de inmediato que la razón de su ausencia se debía a un último encuentro amoroso antes de la partida y lo maldijo en silencio. Sentado a sus espaldas, el capitán Robert Arbuthnot, del Regimiento 20 de Dragones Ligeros, le alcanzó discretamente un pequeño papel doblado. William Beresford lo tomó con naturalidad por encima del hombro, pero no lo leyó. Sólo al final de la pieza, cuando la sala estalló en un aplauso,

abrió el mensaje sin temor de que alguien pudiese leerlo de soslayo. No eran demasiados los que en la ciudad hablaban inglés:

Está todo dispuesto para partir. Los hombres aguardan dentro del Fuerte según lo ordenado, pero el capitán Kenneth aún no ha llegado. Y tampoco está en el cuartel de la Ranchería. Francisco González estará en la Fortaleza a medianoche listo para guiar, aunque acaba de informar que el estado de los caminos es pésimo.

Cap. Robert Arbuthnot
20° Reg. L.D.

Beresford guardó el papel y le hizo la seña acordada a Arbuthnot, con disimulo y de manera que sólo él comprendiese. La consecución del plan se mantenía según lo estipulado: a las dos de la mañana comenzaba la marcha hacia Perdriel.

---oooOooo---

Cuarta parte

La reconquista de Buenos Aires

Buenos Aires, 1° de agosto de 1806 – El combate de Perdriel.

Cuatro horas más tarde y desde el fondo de la columna, el general Beresford supervisaba a sus hombres que, en completo silencio, marchaban por callejuelas lodosas, muertas de sonidos. Iban sin hablar, a riesgo de recibir cien azotes para el que rompiera la quietud de la noche con risas o palabras. Solamente ascendía desde las filas el tintineo sordo de los fusiles chocando contra el cuero y hebillas. Beresford quiso evitar cualquier posibilidad de que el vecindario, advertido, pusiese sobre aviso a los acantonados en las afueras de Buenos Aires. Su estrategia consistía en caerles sorpresivamente y aniquilar a todo el campamento.

La noche estaba negra y presagiosa; flotaba en su cuerpo la pesadez propia que antecede a las colisiones, a las luchas ominosas. Más allá de las amenazas de castigo, cada soldado callaba, inmerso en sus propias cavilaciones, seguros de combatir en pocas horas. Eran quinientos efectivos del Regimiento 71 de Cazadores Escoceses y cincuenta hombres del batallón de Santa Elena.

El ruido de las suelas contra el piso marcaba el avance de la columna, serpenteante a lo largo de tres calles por el estrecho pasaje del Santo Cristo, que corría detrás de La Merced, junto al río. El objetivo estaba distante a unos veinticinco kilómetros. Para alcanzarlo debían caminar durante toda la noche con rumbo norte. El criollo Francisco González, deseoso de ver a Beresford vencedor, se ofreció como guía. Los capitanes Arbuthnot y Olgilvie, el teniente Mitchell y una decena más de oficiales, se intercalaron entre los batallones y ordenaban a sus hombres con señas mudas, con mímicas frenéticas. Aún los pocos caballos parecían sentir el rigor del momento: ninguno piafaba y los cascos apenas chocaban contra el suelo.

Como prevención, Beresford mandó cubrir con trapos las ruedas de los seis cañones que transportaban. La tela ahogó el ruido sobre el empedrado, en las adyacencias del Fuerte, y la trepa enrareció aún más la carga psíquica de la marcha. Salieron de Buenos Aires como ladrones, como salteadores nocturnos o fugitivos que deben contener la respiración para no ser descubiertos.

William Beresford apuró a su animal para ponerse a la cabeza de la fila, pero se detuvo junto al capitán Kenneth, que cabalgaba callado, sumido en una actitud sombría. Vestigios de olor a mujer se diluían poco a poco en su uniforme. George Kenneth torció la cabeza y miró a los ojos furiosos de Beresford, desdibujados en la penumbra.

–*¡Maldito seas, George! Estuviste con la joven Brouage*–lo recriminó con dureza, seguro del motivo de su ausencia en el teatro.

El capitán ingeniero respiró sonoramente y se acomodó sobre el lomo del animal, en dirección a Beresford.

–*¿Tú me puedes asegurar que no moriré mañana en la batalla?* –la pregunta fue brusca, formulada con angustia.

–*Tenías órdenes y no las has cumplido... Eso es lo que te puedo asegurar.*

–*Quise despedirme... ¿Tú nunca amaste a nadie, bastardo?* –le escupió Kenneth. Le habló a su amigo y no al jefe.

–Beresford, presa de ira, se reclinó en su montura y lo tomó por las telas de su uniforme.

–*Yo también sufro por una mujer, pero primero soy soldado...¿entiendes? ¡Soldado!* –le murmuró en una inflexión rabiosa junto al rostro. Luego lo soltó desdeñosamente y espoleó a su caballo con violencia para ponerse al frente de sus hombres.

|–*Yo también amo, George. Yo también...* –murmuró Beresford, para sí.

Ni aún en medio de los momentos más críticos desde que desembarcó en Buenos Aires, William Beresford dejó de dedicarle un pensamiento a su prima Louise, el amor que su propio tío invalidó, que mutiló sin piedad para ninguno. Lo que aún ignoraba Beresford era que allá lejos, en Inglaterra, mientras él conquistaba tierras para Su Majestad, Thomas Hope, un rico anticuario londinense y experto en arte, le había usurpado su mejor tesoro. El 16 de abril último, apenas tres meses atrás, Louise Beresford había contraído nupcias con Hope, según los arreglos que hizo el padre de la joven, el arzobispo anglicano de Tuam. En esos mismos momentos, en que él marchaba hacia Perdriel para batirse en lucha, Louise dormía junto a su esposo en el suntuoso cuarto de una mansión londinense, en Dutchess Street, su nuevo hogar. Quizá, también ella, trazando un puente imaginario e intenso, pensaba en su primo, aunque lo supiera lejos, combatiendo en extraños territorios.

Al amanecer, después de perder la orientación en varias oportunidades debido al desastroso estado de los caminos castigados por las lluvias, los batallones británicos llegaron a las inmediaciones del reducto rebelde. Habían recorrido los veinticinco kilómetros en seis horas y sin ningún descanso, pero los hombres del 71 se mostraban ansiosos por entrar en batalla. Beresford deliberó con sus oficiales y decidió hacer formar de inmediato para la lucha. Con movimientos precisos, sin desperdiciar tiempo ni energías, los cazadores escoceses tomaron posiciones en el campo, a la vista del enemigo que los aguardaba. De alguna manera, el aparato de espionaje de los defensores había logrado colar la información del ataque.

Dennis Pack, un poco más atrás que Beresford, tragó saliva rígidamente, como si temiera que ese gesto aprensivo fuese visible para sus tropas. En la intimidad de su

pensamiento se encomendó a la suerte para salir vivo de aquella amenaza que se extendía frente a sus ojos, a menos de quinientos metros: una línea oscura, maciza e impenetrable de infantes y jinetes formados para guerrear. Pack espoleó a su caballo con suavidad y la bestia se adelantó hasta Beresford, que observaba desde su montura los movimientos rebeldes, enfrascado en el catalejo.

Beresford separó la lente de su ojo y miró a su amigo con una sonrisa procaz, como si gozara con lo que estaba por suceder.

–*Mira con atención...* –le extendió el largavista.

Su lugarteniente contempló durante unos minutos y, poco a poco, el rictus tenso de su boca se tornó en la misma sonrisa obscena que tenía Beresford. Luego rebatió el catalejo con un chasquido metálico y se lo arrojó con la sorna que otorga la victoria segura.

–*No me hagas caso... Sólo te estaba probando* –bromeó.

De inmediato, se alejó en dirección a sus hombres, gritando órdenes que encendieron la maquinaria de guerra inglesa. William Beresford echó un último vistazo a la línea enemiga y respiró profundo, con mucha nostalgia y algo de miedo.

–*Tu rostro, Louise... Una vez más* –rezó antes de mezclarse entre sus hombres, dispuestos ya para la lucha.

Las fuerzas de Buenos Aires habían formado detrás de los restos de una tapia baja y deshecha, en la cual se observaban cuatro piezas de artillería. Más allá de los cañones, unos trescientos jinetes aguardaban las directivas de su jefe natural, Juan Martín de Pueyrredón, y un poco más lejos, como una suerte de reserva, otros quinientos del Cuerpo de Blandengues al mando del comandante Olavarría. A cada flanco de la formación, unos ochenta tiradores de infantería esperaban con sus fusiles el grito que iniciara la contienda y rompiera la quietud nerviosa del lugar.

Al frente, formando una hilera color punzó, las fuerzas inglesas aguardaban quietas, componiendo una vez más el viejo ritual de los hombres enfrentados por las armas, la ceremonia trágica de los ejércitos a punto de chocar.

A la izquierda de su tropa, Beresford miró a Pack y a George Kenneth, absortos los dos en el enemigo. Casi al unísono, los oficiales bajaron la cabeza y dieron a entender que se encontraban listos. Lo mismo hicieron oportunamente el capitán James Olgilvie y el teniente Mitchell, y un poco más atrás, el capitán Arbuthnot y Patrick Lynch, con el resto de los jefes. Todo estaba dispuesto.

Beresford repasó a su tropa y observó con placer de veterano la prolijidad que mostraba su abigarrada infantería escocesa, bayonetas al hombro, preparada para la acometida. Dennis Pack recibió la orden de avanzar y alzó su sable en señal de ataque.

Cuando el filo rasgó el aire, los ocho tambores comenzaron a pulsar la marcha.

–*¡Avanzar!* –ordenó Pack.

Los pendones del 71 y la Union Jack, al frente, otorgaron algo de belleza antes de la destrucción. El desplazamiento inglés comenzó sin que los criollos se movieran de sus posiciones. Una tensión formidable acaloró el campo que pisaban, y Beresford, nervioso, le hizo una seña al capitán Kenneth para que ordenara apurar a los artilleros que comenzaban a rezagarse, debido a las irregularidades del terreno. Kenneth, enajenado de ansiedad, acercó su caballo hasta los hombres y los empujó a puntapiés.

–*¡Empujen los cañones! ¡Al frente! ¡Apuren malditos!* –los insultó.

Quería obligarlos a caminar, aunque las ruedas de las cureñas se negasen. Deseaba terminar con la misión, aniquilarlos a todos y volver a Buenos Aires. Ya no toleraba esa lejanía.

Después de los primeros ciento cincuenta metros de avance, las formas del enemigo español, antes difusas, adquirieron contornos y fiereza. El capitán Arbuthnot, al mando del primer batallón del 71, interpretó un gesto del teniente coronel Pack y ordenó a toda la columna aprontarse para el combate cuerpo a cuerpo.

–*Bayonetas... ¡Listas!* –gritó.

Los cazadores aferraron la madera de sus armas y, bajándolas, prosiguieron la marcha. A medida que Beresford ganaba terreno, los jinetes criollos lanzaron vítores, ulularon ante la inminencia de la batalla que los británicos no eludían.

En la línea defensora, Seamus O'Brien mantuvo el tizón cerca del oído del cañón, listo para ser disparado, a la espera de una orden del cabo Palomino, jefe de artilleros. El desertor ansiaba abrir fuego. La arremetida de los invasores revivió en su interior las deudas ancestrales que los ingleses guardaban con su Irlanda natal; deseó combatirlos y vencerlos. Cruzó una mirada con los otros tres artilleros –dos de ellos renegados como él– y sonrió duramente.

Juan Martín de Pueyrredón, uniformado de azul con bordados de hilo de oro, distinto al resto, sobresaliente, encabezaba la tropa de caballería. Pueyrredón hizo una señal a Palomino para que autorizara el fuego de cañones, y el cabo no se hizo esperar.

–*Artilleros... –bramó–. ¡Fuego!*

Seamus encendió el oído del arma y fue como si el hierro vomitara todos sus demonios juntos. A su lado, escuchó la intermitencia de los otros tres disparos que sus compañeros efectuaron. Luego comenzaron a vociferar indicaciones para que las piezas fuesen recargadas sin demora. El aire se saturó de humo y algunos jinetes comenzaron a mover sus animales.

–*¡Quietos todos! ¡Aún no!* –ordenó Pueyrredón, al borde de la furia.

Del lado británico, el estallido de las baterías criollas acrecentó el instinto de lucha, pero Beresford estimó prudente aguardar al enemigo, considerando la superioridad numérica y la caballería que poseían.

–*¡Formación cerrada! ¡Preparen obuses!* –dijo sin cambiar la voz. Sabía que la calma que pudiese transmitir a la tropa era su mejor arma.

Los soldados del 71 y el medio centenar del Santa Elena dibujaron una formación cuadrangular a la espera de tener a los rebeldes al alcance de sus disparos. Los seis cañones de Beresford comenzaron a sonar en una sucesión ininterrumpida, disciplinada, detonados con la misma serenidad que se tiene en una maniobra de ejercicio. Eso mantuvo a los criollos cautelosamente distantes.

Por casi una hora, el combate se estabilizó en un rabioso intercambio de cañones que densificó el aire matinal con humo, estruendos y gritos demudados. Ya comenzaba a haber muertos. Alrededor de las baterías todo era movimiento y desesperación. Cargar, empujar la munición hacia el fondo del arma y volver a disparar, en un farrago voraz que buscaba deshacer a la fuerza contraria en el margen opuesto del campo.

El mayor calibre de los obuses británicos pudo hacer mella en los rebeldes que, a poco de iniciado el fuego, se dispersaron sin orden ni estrategia, fuera del alcance de los proyectiles. Seamus presintió la desbandada del ejército a sus espaldas. Y sin respetar la jerarquía establecida, miró al resto de los artilleros.

–*¡Mantengan fuego cerrado! ¡Un poco más! ¡Un poco más!* –les rogó.

A medida que corrían los minutos la situación se tornó grave, debido al ajuste de trayectoria que los cañoneros del capitán Olgilvie le imprimieron a sus tiros. Seamus advirtió la mayor eficacia de los disparos escoceses y ya no pudo contener a sus compañeros que se replegaron instintivamente. El zumbido portentoso de las balas surcando el aire era intimidador, y cada vez que un proyectil inglés se hundía en el campo de batalla, cortinas negras de barro y grava se elevaban al frente. Los fusileros españoles hicieron una última descarga, infructuosa, que no afectó al enemigo.

O'Brien giró la cabeza y alcanzó a ver a James Kelly, otro desertor, recargando su fusil por última vez. Fue evidente para Seamus que Kelly iba a replegarse a retaguardia, hacia el casco de la quinta, a unos cincuenta metros detrás de ellos. Sin pensarlo mucho, O'Brien lo llamó con el alma en la voz.

–*Jimmy... aquí. ¡Rápido!* –gritó.

Kelly corrió hacia él, mientras Seamus disparaba una vez más el cañón. O'Brien contempló la línea imaginaria que trazó la bala, hasta que impactó en la rueda de una cureña británica. Pedazos de madera volaron por doquier y un cierto desorden cundió entre los artilleros ingleses. En ese instante llegó Kelly, con restos de sangre en su camisa.

–*Nos replegamos Sea... –farfulló desencajado– Ven con nosotros. Hay que reorganizar una carga de caballería. Así es imposible.*

Seamus lo miró consternado. James tenía razón, pero se negó a retroceder sin hostigar aún más a las filas de Beresford.

–*Yo me quedo... Todavía están lejos. Cuando lleguen a las ciento cuarenta yardas me retiro... Quiero quemar esta munición* –arguyó decidido.

–*Tu artillero servidor se replegó* –le advirtió Kelly– *Sin ayuda no podrás limpiar y cargar la batería... Ven conmigo* –pretendió convencerlo. Sus ojos mostraban el miedo que comenzaba a desbordarlo.

James aún no tenía veinte años y no deseaba caer prisionero. Sabía muy bien el castigo destinado a los desertores acusados de traición. Con temblor en los pómulos miró a Seamus y comprendió que recibiría una negativa. El joven tuvo un momento de confusión, de atroz lucha interna, y al fin, contagiado por la serenidad de Seamus, cedió:

–*Me quedo contigo. Tú calculas y llenas el encendido...Yo limpio y cargo la boca... Hazte a un lado* –dijo seco. Seamus asintió con el rostro pétreo.

Y como si fuese un ave titánica que desciende en picada sobre su presa, un zumbido cada vez más cercano concluyó en una verdadera lluvia de tierra que cayó sobre el cañón y los dos irlandeses, quienes de inmediato comenzaron a trabajar para responder el fuego. Del otro lado del campo de batalla, los cazadores escoceses que no efectuaban disparos de artillería se dedicaban a observar a las fuerzas criollas dispersas al este y al oeste, fuera del alcance.

Poco después Dennis Pack ordenó disminuir la respuesta y alistarse para realizar una embestida total que les otorgara la victoria definitiva. Algunos uniformes del 71 afloraban del suelo, con poca vida o sin ella, y ya no quería perder más hombres.

George Kenneth, decidido a todo, buscó con la mirada a Beresford y éste movió la cabeza afirmativamente. Fue una autorización implícita para que dispusiera de algunas secciones y realizara una carga cuerpo a cuerpo, en el ataque final. Con el uniforme a medio abotonar y los cabellos revueltos, el capitán de Ingenieros comenzó a moverse como un poseso, dio órdenes a sus hombres y los obligó a obedecer con urgencia.

–*Tercera sección, a la cabeza... ¡muévanse!* –les ladró.

El comandante Campbell se aproximó a Beresford y señaló hacia el este: a unos trescientos metros comenzaba a reunirse un grupo de hombres a caballo, a punto de contraatacar. Apenas terminó de alertarlo, una decena de criollos iniciaron una carga sorpresiva, dirigida por el mismo Pueyrredón, que avanzaba a todo galope hacia el corazón de la formación británica. Iban en línea recta hacia ellos.

–*¡Preparados! ¡Fuego a discreción!* –gritó Beresford.

De inmediato, un tercio de los fusileros escoceses descargó sus armas contra los jinetes, de los cuales sólo uno cayó herido. El resto continuó acortando distancia. El momento adquirió temperatura y el teniente Mitchell, ubicado detrás de los fusileros,

tomó la iniciativa. Ordenó esperar al enemigo y aguardar una mejor oportunidad. Con un ademán enérgico gritó:

–*¡Tercerolas, listas en primera línea!* –dispuso a los hombres junto a los cañones– *¡Fuego a los caballos!* –instruyó.

Unos segundos bastaron para que diez soldados transportaran los mosquetones especiales *Barnett*, calibre 17 mm, particularmente precisos, y clavaron sus rodillas en la tierra húmeda, en el sitio señalado. A menos de cincuenta metros, la tromba negra de caballos y hombres se acercaba desafiante, y tanto los soldados como los oficiales británicos contuvieron el aliento en ese minuto decisivo. Un centenar de cazadores dirigieron las bocas oscuras de sus armas hacia el enemigo, como si desearan besarlos lascivamente: darles el beso doloroso que tiene el bronce usado para la guerra. El teniente Mitchell, antes de lanzar la orden, giró la cabeza hacia Beresford y Arbuthnot. Alcanzó a ver sus expresiones graves, carcomidas de ansiedad.

Cuando el enemigo se aproximó a tan sólo treinta metros, y todos los ojos estuvieron alineados sobre los metales de las armas, Mitchell advirtió una maniobra inesperada: los jinetes de Pueyrredón se escindieron en dos grupos y dividieron la carga para atacar por distintos flancos. Y sin más pérdida de tiempo exclamó:

–*¡Fuego sostenido!*

En el acto, más de cien fusiles británicos, junto a cinco baterías y las tercerolas, llenaron el espacio con un estruendo sobrecogedor que pareció arrasar la atmósfera misma. El vacío que se interponía entre invasores e invadidos estalló, y con un placer primario a flor de labios, William Beresford observó la caída brutal, teñida de sangre, del caballo de Pueyrredón y de otras cuatro bestias alcanzadas de lleno. Durante un instante de observación, las retinas inglesas trataron de distinguir la carne humana de la caballuna, en medio de la confusión de cuerpos alcanzados por la metralla.

Para sorpresa y alarma de los británicos, el segundo grupo de jinetes, que se había separado, no fue alcanzado y continuó su arremetida. Pero fueron rápidamente neutralizados por la reserva de fusileros del 71, que esperaban su momento de disparar.

Sin que mediara orden alguna de Mitchell o de Arbuthnot, los infantes intentaron acercarse hacia Pueyrredón, milagrosamente ileso. Corrieron con sus bayonetas listas para darle muerte o hacerlo prisionero, pero debieron presenciar cómo era salvado por uno de los soldados españoles. El alcalde del pueblo de Pilar, don Lorenzo López, con un desprecio absoluto por la artillería enemiga, se acercó al galope y alzó a la grupa de su caballo a Pueyrredón. Frustró la captura pero, de todos modos, no evitó que Beresford sintiera el sabor dulce de la victoria en su boca.

Luego del incidente, el desorden de los criollos fue notorio. Sólo le restaba a Beresford penetrar sobre los pocos artilleros y mosqueteros que continuaban resistiendo junto a la tapia de la quinta, unos doscientos metros al frente. Cuando

todas las armas volvieron a estar listas y los batallones formados para la última aproximación, el teniente coronel Pack indicó seguir la marcha.

Seamus y James Kelly, consternados por la visión de la derrota, cruzaron una mirada fatal, un gesto de odio compartido. Al menos eso sintió el irlandés O'Brien, que apuntó una vez más el cañón y trató de quebrar la línea enemiga, a lo lejos. Seamus contaba todavía con unos treinta hombres, listos para hacer una última andanada de mosquetes.

Los británicos acertaban yardas lentamente, pero dispuestos a un cruce cuerpo a cuerpo, de acero contra acero. Deseoso de concluir la situación, Dennis Pack ordenó un cambio de marcha.

–*¡Paso redoblado! ¡Carguen!* –bramó.

El avance, antes cadencioso, ciertamente elegante, se tornó en una carrera temible y vociferante; en una horda civilizada que se arrojaba a la lucha. Las ráfagas de brisa llevaron hasta los oídos de Seamus los alaridos irregulares de los escoceses. Un sonido sobrecogedor.

Al otro lado del campo, los soldados de Buenos Aires se prepararon para lo peor, y todas las gargantas se tensaron al ver a los extranjeros correr hacia ellos, apenas un puñado decidido a resistir.

–*¡Disparen!* –gritó Seamus a los que terminaban de cargar sus mosquetes.

Él, por su parte, encendió el cañón una vez más y logró deshacer, por poco tiempo, la línea del 71. Estaba negro de pólvora, mojado de transpiración y manchado de sangre ajena, pero no por ello dejó de llenar una vez más el ánimo de la batería.

Seamus también terminó de volcar pólvora en el fulminante, pero una mala sorpresa lo inmovilizó. Advirtió el brusco giro que hizo el cuerpo de Kelly, antes de caer herido junto al cañón. Cayó en silencio, sin un gemido que acompañara el estruendo de las descargas británicas y propias. Tendido en el piso, James Kelly quedó desarticulado por el impacto de una bala que le pobló la espalda de desnudeces sangrientas.

–*¡Jimmy....! ¡Dios!* –balbució Seamus y se maldijo a sí mismo por haber expuesto a su compañero.

Miró A ambos lados y vio que los pocos fusileros criollos reculaban con poco orden y abandonaban el campo. Sin dudarle, rabioso como un perro acorralado, acercó la flama al oído del cañón y pronunció una blasfemia llena de rencor.

–*Herejes... ¡Mueran!*

El estruendo que sobrevino le sirvió, al menos, para liberar la ira y la frustración que experimentaba. A unos sesenta metros, Seamus vio remolinear el cuerpo de un suboficial inglés que iba al frente de su sección. Pensó en recargar la batería, pero calculó lo inútil de aquella acción: los tendría encima antes de terminar. No quiso dejar a Kelly tirado y, obsesionado de odio, se encomendó a su Dios. Luego

tomó el fusil de James, cargado y listo para disparar, Cubierto apenas detrás del obús, el irlandés esperó a sus antiguos camaradas, dispuesto a todo. El arma le pareció infinitamente ligera y dúctil. Su respiración se había convertido en un jadeo animal y las manos le resbalaban en la untuosidad de la madera, salpicada con la sangre de Kelly. Esa sensación lo vigorizó aún más para mantenerse firme, aunque ya se sabía muerto.

–*A tu honor, valiente James* –murmuró y con el dedo índice comenzó a acariciar el gatillo.

Apuntó su arma y eligió al soldado que caería junto a él, un capitán del 71 con el cual tenía deudas pendientes, Apretó la cola del disparador con la misma fuerza con que se aplasta una plaga inmundada, y todo fue humo y calor en su cara. El retroceso del fusil le golpeó el hombro y vio caer, satisfecho, al soldado elegido. Sin otra cosa por hacer, arrojó el arma a los pies del cañón y aguardó. Esperó el final con los puños apretados. Alcanzó a escuchar al capitán Olgilvie gritar una orden a cinco infantes del Batallón del Santa Elena que se adelantaban, decididos a abrir fuego si fuese necesario, pendientes de un ademán suyo que les indicara resistencia. O'Brien reconoció a sus antiguos compañeros y sospechó que su última hora aún estaba por llegar.

Ya nadie quedaba a su alrededor, sólo el cuerpo de Kelly, cubierto de ríos espesos. Las fuerzas criollas se habían replegado definitivamente y el segundo batallón del 71, lejos, se dedicaba a reducir a los otros cuatro hombres que, al igual que él, eran tomados prisioneros. La vista del campo de batalla, salpicado de caballos moribundos y soldados tendidos, le hizo pensar que, probablemente, nadie se iba a poder adjudicar la victoria del encuentro.

Ese mismo día, a las cinco de la tarde, William Beresford comenzó su aproximación a la Plaza Mayor, al frente de la columna que combatió en Perdriel. Con un rictus ambiguo e indescifrable, iba preparado para exhibir la capacidad de sus fuerzas, a pesar de no sentirse vencedor. A medida que transitaba las dos últimas calles, divisó la Recova llena de gente y debió acomodar, aún más, su expresión. Había logrado dispersar a los criollos, pero lejos estaba de saborear el triunfo que esperaba. El encuentro le costó dos decenas de hombres, además de caballos y cañones, y sabía el impacto que ello acarrearía entre la población, deseosa de sublevarse y ávida de resultados que demostrasen la vulnerabilidad británica.

La distancia que lo separaba del Fuerte le pareció interminable. Con la vista fija al frente, sin torcer el cuello, Beresford ignoró a los curiosos y a los vecinos que se animaban a aplaudir a la columna. Únicamente se permitió escuchar la música de sus gaiteros y los tambores del regimiento, mezclados con el sonido de las ruedas de los cañones chocando contra el empedrado.

Todos escudriñaban los semblantes de los soldados y oficiales, tratando de descifrar la suerte que habían corrido en el campo de batalla.

Los ingleses se veían cansados, pero la insignia británica y los banderines de los batallones ondeaban erguidos, y eso transmitía victoria, triunfo sobre el enemigo. Frente a la vista de los vecinos comenzaron a pasar algunos caballos cargados de cadáveres que colgaban inertes, con los brazos o las piernas pendiendo de hilos rojizos y tendones blanquecinos. Beresford había perdido buenos soldados. Muchos más de los que podían tolerar.

Buenos Aires, 4 de agosto de 1806 - Llegada de Liniers con fuerzas provenientes de Montevideo.

El mayor Thomas Foley sabía que, a excepción de O'Brien, los otros cuatro prisioneros estaban siendo sometidos a interrogatorios por medio de tormentos. Urgía información sobre la estrategia que, seguramente, estaban llevando a cabo los jefes rebeldes. Al irlandés lo estaban reservando para el final, para una tortura más refinada, como la culminación de una táctica de miedo destinada a obtener la mejor confesión. Beresford vivía apremiado por la posibilidad de que una ofensiva de proporciones se estuviese gestando, pero hasta el momento ninguno de los prisioneros había brindado datos importantes. Los tres que fueron doblegados por el dolor no coincidieron en nada entre sí, lo cual tornó completamente nula la utilidad de las informaciones.

Las condiciones políticas de Buenos Aires se deterioraban con cada día y el panorama bélico se iba definiendo rápidamente. Y Foley sabía que los demonios de la guerra, una vez desatados, dan por tierra cualquier pacto y promesa derramada en la paz.

Los cálculos del mayor Foley, respecto de la guerra en ciernes, tuvieron su conformación durante la madrugada del 4 de agosto. Esa noche transcurrió muy lentamente para Santiago de Liniers y sus milicias, dedicadas a navegar el río en condiciones inestables, con riesgo severo de hacer zozobrar algunas embarcaciones. Al frente de mil hombres provistos por el gobernador de Montevideo, el francés Liniers zarpó de Colonia del Sacramento el día antes para comenzar la recuperación de Buenos Aires. Para unos y otros se aproximaban las definiciones, y las apariencias carecían de sentido alguno.

Al alba del día 4, a bordo de su nave insignia, la goleta *Dolores*, Liniers divisó las costas de la ciudad y a una buena cantidad de buques británicos fondeados en la rada, fuera de los bancos de arena. La flota del comodoro Popham le pareció un perro guardián, un cancerbero que custodiaba el Fuerte y que podía saltarle encima como si fuese una presa de caza. Prudentemente, Liniers creyó oportuno elegir otro lugar de desembarco, planeado originalmente en la punta de *Olivos*. Escoltado por la fragata *El*

Dromedario, decidió poner proa con el resto de su expedición, rumbo a *Las Conchas*, en *San Isidro*, para bajar allí sus efectivos y los escasos pertrechos destinados a la lucha. ***Un ejército más bien pobre, inexperto, pero decidido a presentar pelea.***

La operación resultó según lo previsto, y a las nueve de la mañana estuvieron todos en tierra, listos para iniciar el avance sobre el casco urbano de la capital, en cuanto hubiese buen tiempo. La fragata *El Dromedario* despachada por Huidobro, era en realidad la antigua fragata *San Fernando*, rebautizada por su capitán. El nuevo nombre se lo dio un pirata francés llamado Hippolyte Mordeille, al servicio de Montevideo y con patente de corsario. Mordeille odiaba a los ingleses más que nadie y ya había combatido con ellos en otros mares y océanos.

La carrera del bucanero se había iniciado catorce años atrás, en 1792, cuando obtuvo su primera embarcación, el buque francés *Sans Culotte*, en el que realizó campañas piratas frente a las costas de España y Portugal. Por entonces, su misión era hostigar y apresar barcos de las armadas enemigas, con derecho de botín para él y sus marinos. Durante uno de los innumerables abordajes que realizó, fue atrapado por navíos hispánicos y encerrado en las bodegas para ser juzgado ante una corte española. Pero días después, Mordeille consiguió escapar y aprovisionarse de un nuevo barco, con el que se lanzó a la persecución de sus captores, día y noche. Una persecución sin tregua, sin respiro, hasta darles alcance y ponerlos a tiro de sus cañones. Y luego de un sangriento abordaje se adueñó de los buques que antes fueron su cárcel. La hazaña llegó a los oídos de la Corte de España, pero también de los armadores de barcos de Marsella, en Francia, los cuales, a partir de allí, se disputaron los servicios del pirata. Como era de esperarse, la nacionalidad francesa de Mordeille no fue obstáculo para que la monarquía española lo reclutase para sí, empleándolo para realizar pillajes ultramarinos. En especial, contra la flota inglesa, el mayor rival de España en los mares.

Lanzado al océano con los colores españoles, junto a uno de sus más fieles compañeros, otro francés llamado Stanislas Couraud, realizó, entre tantos, un ataque sobre la cubierta de un barco británico para adueñarse de la carga de oro y esclavos que llevaba. Mordeille atacó y se enfrascó en una lucha cuerpo a cuerpo con un marino de la nave, pero la mala fortuna quiso que, en la confusión del combate, no advirtiera el ataque de un tercero, que le cercenó limpiamente su mano izquierda, en la que sostenía una pistola. A partir de entonces, a Hippolyte Mordeille lo llamaron *Le Main Courte*, y ese apodo fue su distintivo mayor, su marca piratesca. Hippolyte pasó a ser *el Manco Mordeille*.

Años más tarde, cuando concluía 1799, los ingleses pudieron finalmente hacerlo prisionero. Mordeille y muchos de sus corsarios fueron conducidos a Portsmouth, en donde sufrieron un duro y penoso cautiverio, no exento de

padecimientos físicos. El *Manco* fue liberado en 1802 y obligado a salir de Inglaterra, con la advertencia de ser ahorcado si reincidía en sus ataques.

Pero Mordeille se llevó consigo una furia anglófoba imposible de olvidar, a la cual dio cauce en las Antillas y en el mar Caribe, en América Central. Allí, con sus barcos corsarios enloqueció a la armada sajona y le produjo cuantiosas pérdidas e inconvenientes. Mordeille fue, por esos años, un sinónimo de peligro y audacia en los mares del trópico. La mención de su nombre provocaba gestos cabalísticos entre la oficialidad británica, que navegaba por las aguas del *Manco*. Luego, los vientos del azar y su propia codicia lo llevaron a navegar las costas occidentales de África. Desde allí realizó travesías periódicas a América del Sud, para las cuales utilizaba, según lo necesitara, pasaporte genovés, holandés, o el de su verdadera nacionalidad francesa.

Fue un incidente producido el 2 de enero de 1804, el que ancló a Mordeille definitivamente en el virreinato del Río de la Plata. Ese año arribó a Montevideo con su barco, el *Hoop*, trayendo como presa el navío inglés *Neptune*, capturado frente a las costas de Buena Esperanza, en Sudáfrica. Pero como las autoridades de la Banda Oriental deseaban preservar las buenas relaciones con Gran Bretaña, rechazaron la oferta y obligaron al *Manco* a hacerse a la vela con la nave robada. Meses más tarde, en noviembre de ese año, Mordeille reapareció junto a su socio de entonces, el capitán Jean Beaulieu, trayendo dos goletas que pretendieron pasar por barcos franceses cuando en realidad se trataba de los mismos navíos ingleses disfrazados: el bergantín *La diana*, cargado con velas, sebo y negros, y la polacra *El Liger*, con sus sentinas también atestadas de esclavos. Pero el artilugio fue descubierto de inmediato por los veedores virreinales y ambos filibusteros se vieron envueltos en un proceso judicial, en el cual se defendieron sin resultados, ya que debieron cumplir una condena de veinticinco días de prisión y el decomiso de la carga.

A poco de otorgarle la libertad, el propio gobierno de Montevideo le ofreció al *Manco* Mordeille patente de corso y le hizo entrega de la fragata *San Fernando* a la que rebautizó como *El Dromedario*. Por ello, y a sugerencia de Pascual Huidobro, Santiago de Liniers incorporó a Mordeille a su flota, dejándole al mando de su fragata y de doscientos corsarios, decididos a pelear contra Beresford. Después de todo, era británico, y la idea entusiasmaba demasiado a los piratas del *Manco*.

A partir de la llegada de Liniers a la costa de Buenos Aires, no transcurrieron muchas horas hasta que William Beresford, reunido con algunos de sus jefes, recibiera la noticia de un desembarco al norte. Una simple esquela enviada desde el pueblo de San Isidro por uno de sus espías; apenas cinco líneas escuetas, lo sumieron en la desesperación más absoluta y en el odio más acendrado hacia el comodoro Popham. Beresford no llegaba a comprender cómo toda su inútil y aparatosa flota no había podido detener el cruce de las fuerzas españolas, que no eran más que un montón de barquichuelos mal equipados. Lo consideró un inepto, un marino

anquilosado y desprovisto de todo sentido de acción frente a la urgencia que estaban por atravesar. Iba a haber guerra, tal vez al día siguiente, y los desatinos de la marina comandada por Home Popham estaban poniendo en juego todo lo logrado. La realidad se cernió sobre el gobernador Beresford como una pesadilla, como el pensamiento no deseado de tener que salir de Buenos Aires con vergüenza, o quizá muertos.

En el interior de la Fortaleza, los movimientos intranquilos –por momentos desordenados– tenían un significado muy claro: *preparaban el Fuerte como para soportar un ataque de proporciones o un asedio prolongado.*

En términos estratégicos, la posición de la Fortaleza era una trampa mortal para los ingleses, una ratonera enclavada en el centro de la ciudad, rodeada de calles. Sólo el río, sobre el murallón este, y el apoyo de la flota, les daba alguna posibilidad de maniobras evasivas en caso de batalla. En realidad, lo mejor que podía hacer Beresford era salir a luchar fuera del perímetro urbano; pero la acumulación de pertrechos no coincidía con la lógica bélica.

Por orden de Beresford, los edificios religiosos fueron respetados desde el primer día de gobierno, pero luego del combate sostenido en Perdriel fue notorio un cambio de actitud por parte de los conquistadores. El día 2 de agosto, Alexander Gillespie ordenó la detención del brigadier español José Ignacio de la Quintana, y la medida hizo temer a todos el comienzo de una impiadosa represión, incluidos los templos.

Junto a la captura del brigadier y gracias a sus informantes, William Beresford pudo descubrir un polvorín situado en el pueblo vecino de San José de Flores, organizado por fray Pedro Agustín Cueli, de los padres betleheimitas, quienes proveyeron de pólvora a los voluntarios de Álzaga y a los conjurados del catalán Sentenach. Sin embargo, el descubrimiento de la fábrica de explosivos no fue gratuito. Una partida del Regimiento 71, dirigida por el teniente coronel Pack y el capitán Olgilvie, manipuló con imprudencia la pólvora y se produjo un espectacular estallido que costó la vida de varios cazadores escoceses.

Durante los cinco días que transcurrieron del mes de agosto, la suerte pareció alejarse del lado británico, sacudido por las malas nuevas día tras día. La confianza, ingrediente fundamental para la guerra, se deslizaba despacio y en silencio, como un reptil caprichoso, hacia el bando conquistado. La única tregua que acariciaba el ánimo de Beresford eran las condiciones meteorológicas, las cuales, a pesar de impedirle salir al encuentro del ejército criollo, también demoraba unos días el avance de Liniers.

Por su parte, el francés decidió alojar a su tropa en las casas del pueblo de San Isidro y hacer limpiar las armas y piezas de artillería. Cuando la lluvia cesara, el

momento de la contienda iba a llegar, sin dilaciones. Mientras, la batalla debía librarse con los nervios, la espera y la mente fría.

El francés Gicquel, aliado a los rebeldes, mantuvo con Liniers una comunicación constante, gracias a la cual éste pudo conocer cada movimiento realizado por Beresford. Las cabalgatas solitarias de los espías españoles, a horas intempestivas, aún bajo la lluvia, lo hicieron posible. Los informes señalaban lo que Liniers deseaba escuchar: *Beresford no estaba haciendo desplazamientos de su ejército fuera de Buenos Aires. La única posición inglesa alejada del Fuerte eran los cuarteles del retiro, a un kilómetro de la Plaza Mayor.* De todos modos, ello no constituía un factor radical, ya que desde el principio de la invasión el Retiro se mantuvo guarnecido por unos pocos Highlanders del 71.

Santiago de Liniers no desestimaba la mejor disciplina del ejército inglés y la gran cantidad de artillería que Beresford pudo requisar cuando tomó posesión de la plaza. Sabía que los cañones podían llegar a ser decisivos en una confrontación a campo abierto, pero si Beresford insistía en permanecer dentro de la capital, la victoria estaba asegurada.

Nadie que tuviese algo que perder fue indiferente a la emigración masiva que se produjo en Buenos Aires. Madame Eugène acompañó a Ana Perichón de O’Gorman a su casa de campo. Su esposo Antoine y sus dos hijas insistieron en permanecer en la ciudad. Tomás O’Gorman, el esposo de la “Perichona”, permaneció en su residencia capitalina. Lo mismo decidió don Hipólito De Garaz. Únicamente los Thompson se alejaron en pleno y buscaron refugio en su quinta de San Isidro, el día 7 de agosto.

Buenos Aires, 8 de agosto de 1806 - Beresford convoca a sus oficiales a una Junta de Guerra.

Y la lluvia cesó el día 8 de agosto. Durante esa madrugada dejaron de caer las densas cortinas de agua y la atmósfera dejó de atronar. William Beresford esperaba ese momento y llamó a su lugarteniente Pack para que lo acompañase a un reconocimiento de los caminos. Ansiaba desplazar a su ejército a un teatro de operaciones más adecuado que las adyacencias de la Fortaleza. Llevar a sus soldados a un lugar sin lodo, sin bañados, con tierra firme, pero no lo había.

Un frío punzante preludió el amanecer de ese día y la línea del horizonte comenzaba a platinarse sobre el río. Era temprano, pero Beresford y Pack ya montaban sus caballos, seguidos por una patrulla de diez infantes del 71. Beresford lanzaba palabras en dirección a su lugarteniente, ensombrecidos los dos. Después de haber acariciado la gloria, presentían una derrota que ninguno tenía el valor de mencionar. Los caballos caminaban nariz con nariz y Beresford lanzó una pregunta:

–¿Qué opinas, Dennis? –lo miró.

Pack bajó la vista para mirarle los vasos a su animal.

–*Se hunde tres pulgadas en el barro ...No creo que por aquí pueda pasar un tren de artillería* –analizó.

Beresford soltó una risa:

–*Sabes muy bien que no estoy hablando del camino* –fue directo.

Dennis Pack lo miró fijamente y dibujó una mueca que pretendió ser una sonrisa. Luego se cargó de hombros.

–*¿Me preguntas si nos podrán derrotar? No lo sé. Pero piensa en esto: ¿Recuerdas lo que te dijo David Baird cuando tomamos Ciudad del Cabo, durante el verano? Tú querías esperar a que el general Janssens se rindiese solo.*

–*Ese holandés hijo de perra ya no tenía escapatoria* –blefó Beresford.

–*De acuerdo... Pero era obstinado. Y tú, sin embargo, despreciaste su determinación. Fue Baird el que pidió que lo atacases con todas las fuerzas.*

–*El único deseo de Baird era ocupar lo antes posible el sillón que iba a dejar Janssens. En este mismo instante debe estar asoleándose en la costa de Sudáfrica.*

–*Al menos sabemos dónde podemos ir cuando tengamos que escapar de este agujero* –Beresford rió por la ocurrencia–. *Pero recuerda* –agregó Pack–, *tal vez Liniers piensa de ti como tú pensaste de Janssens. Quizá quiera esperar tu cansancio, tu fatiga ...*

–*No temas. Si cree eso está cometiendo un grave error. Le saldremos al encuentro como sea* –aseveró con la firmeza de una proclama.

–*¿Convocarás una Junta de Guerra?* –lo inquirió Pack.

–*Esta noche...a las diez. Será con todos los oficiales, menos los tenientes. Creo que habrá problemas con el comodoro Popham.*

–*Popham es un cerdo cobarde y va a querer esperar a Liniers dentro de la ciudad. No va a apoyar tu decisión de salir a combatir a las afueras* –vaticinó.

–*Lo sé, pero no importa. En ese caso, si Campbell, Foley y los otros lo apoyan, haré votar a los capitanes. No creo que sigan a Popham* –lo tranquilizó Beresford.

Ambos quedaron en silencio y cabalgaron algunos minutos rumbo al norte, por el camino a Santa Fe, alejándose de la zona del Retiro, pequeño bastión de sus fuerzas. Cada paso que se alejaban era un metro de incursión en tierra de nadie, ya no del todo segura. Fue Beresford el que, esta vez, se inclinó en su montura para observar el suelo. Las patas de su caballo se perdían hasta la primera coyuntura, inmersas en un lodo espeso e informe que lo obligaba a chapotear. El inglés oteó el aire como un animal de la estepa y dedujo sus brisas.

–*Hay viento sudoeste... Bien. Si sigue soplando, puede que mejoren los caminos. Por el momento los cañones de dieciocho libras no podrán pasar por aquí, a menos que consigamos bueyes de tiro* –pronosticó Beresford–. *Los obuses de veinticuatro los tendremos que descartar* –meneó la cabeza.

–*¿Cuándo crees que avanzarán?*

–No lo sé, pero si a Liniers se le ocurre hacerlo hoy o mañana, no nos quedará más remedio que esperarlo dentro de la ciudad. Imposible salir sin la artillería. Vámonos... Ya sabemos lo que queríamos –indicó.

Dennis Pack obligó a su caballo a torcer el cuello y con una mano ordenó a la patrulla que detuviera su avance.

–¡Regresamos! – gritó.

Pack contempló la figura de su amigo y no deseó estar en su lugar. William Beresford era ahora el comandante de un ejército atrapado, hundido en un mar hostil con nombre de ciudad.

Hacia el final de la tarde de ese mismo día, los oficiales británicos impartieron órdenes a todos sus subalternos para instrumentar la vigilancia alrededor de la plaza, en el cuartel de la Ranchería y en el Cabildo. Los hombres de mayor rango debían asistir a la Junta de Guerra convocada por Beresford. La posibilidad de un ataque sorpresivo merodeaba las mentes de los invasores. La vida para ellos comenzó a tornarse desapacible, plena de rumores, infectada de miedo. Poco a poco, la Fortaleza fue adquiriendo una apariencia más inexpugnable que nunca, más alerta y erizada de cañones en sus murallas, como un caracol gigante atento a las vibraciones del ambiente.

Esa noche a las diez, como fue programado, concurrieron los oficiales de la invasión, convocados por Beresford en su despacho. Toda la cartografía de Buenos Aires de que disponían fue desplegada sobre el escritorio, corrido de lugar hacia el centro de la sala para facilitar su observación. De la decisión que tomaran iba a depender el devenir inmediato, y cualquiera de las experiencias individuales de los allí reunidos podía llegar a torcer el rumbo del panorama. La propuesta justa o la idea acertada podrían ser claves en las acciones.

Alrededor de los mapas, una treintena de hombres miraba al jefe de la conquista, esperando a que abriese el conciliábulo. La reunión semejava un aquelarre rojo, tachonado de sables e insignias, del cual iba a nacer una estrategia para matar y evitar la propia muerte. Beresford, de pie y ayudado por una lupa, estudiaba uno de los planos mientras aguardaba a la totalidad de sus oficiales. Sólo faltaban el teniente coronel Pack, el capitán Thomas Pocke y el capitán Kenneth. Cuando llegaron, William Beresford alzó la vista con distensión, con toda la calma de su concentración intelectual puesta en calles y posiciones imaginarias. La luz allí era abundante; cinco faroles de aceite saturaban el aire con sus desprendimientos resinosos. Un señalador de madera yacía encima de los mapas.

–¿Estamos todos? –preguntó.

El comandante Campbell y Dennis Pack asintieron con un gesto informal y Beresford, casi como un reflejo, extrajo de su uniforme un pequeño reloj y lo miró. Eran las diez y tres minutos.

–*Bien...* –farfulló.

Un silencio oprimente recorrió los espacios libres entre los hombres, tan expectantes con su general como la tropa lo era con ellos. Beresford debía hablar, pero otra vez hundió la mirada entre los croquis durante unos segundos, y la tensión se acrecentó.

–*Estimo que sobra decir que atravesamos una situación crítica... Extremadamente crítica* –la oración produjo una sensación similar al miedo–. *Habrá combates en pocos días y los convoqué para definir una estrategia que nos permita mantener la plaza hasta la llegada de refuerzos que, supongo, están en camino* –subrayó la palabra con un dejo de ironía, descreídamente.

–*Capitán Olgilvie...* –lo miró.

–*¿Señor?*

–*¿Con qué trenes de tiro contamos para transportar la artillería?*

–*Apenas diez caballos y tres mulas, Sir... Las cureñas en existencia son para menor calibre; las ruedas son muy pequeñas ...* –lo ilustró–. *Se atascarían en el lodo.* El comodoro Popham, semioculto detrás del comandante Campbell, asintió ampulosamente con la intención de preparar los ánimos. Llevaba una alternativa debajo la manga y estaba dispuesto a imponerla.

–*Los informes con que contamos* –intervino Pack– *señalan que la fuerza de Liniers no posee mucha artillería. Podríamos descartar los obuses de 24 y 18, y llevar sólo los de 16, a pulso, hasta las posiciones...* –la propuesta flotó brevemente, fue analizada y William Campbell la desmenuzó con habilidad.

–*Imposible...* –dijo–. *Cada pieza pesa tonelada y media y eso sería desgastar a la tropa innecesariamente. Y en caso de ser factible, si fuese obligado para nuestros hombres a retroceder durante el encuentro, deberán abandonar los cañones... Nuestra propia artillería se volvería en contra.*

William Beresford cambió miradas furtivas con Pack. El argumento de Campbell fue demoledor y técnicamente apropiado, pero reconoció en su énfasis la mano oscura de Popham. Supuso una trastienda de acuerdos y complicidades que Beresford no pudo calcular hasta dónde se extendían. De seguro, otros oficiales habían sido previamente convencidos por el comodoro. Pero el olfato del general lo hizo munirse de un remedio eficaz: el voto de los capitanes. En caso de apelaciones inoportunas, iba a equilibrar la balanza.

–*Podemos aplicar otra táctica...* –la voz de Popham congeló los pensamientos y muchos de los presentes intercambiaron gestos irrisorios, codificados.

La situación que se estaba viviendo era, en gran medida, responsabilidad de Popham, debido a que sus naves no pudieron dispersar los barcos de Santiago de Liniers durante el cruce del río, la madrugada del día 4. Beresford y buena parte de

sus oficiales le adjudicaban al comodoro la suerte detentada por el enemigo, el cual no encontró oposición durante su travesía.

–*No hay por qué salir al encuentro de Liniers* –dijo Popham–. *Fortificar la plaza y aprovisionarla puede ser la mejor estrategia. Los refuerzos de Londres no tardarán mucho más...* –conjeturó.

–*¿Cuánto más?* –retrucó Beresford–. *¿Un mes...? ¿Dos? ¿Cuántos cree usted que podríamos resistir encerrados como perros aquí, dentro de la Fortaleza?*

–*Ni siquiera hay víveres en la ciudad* –intervino Pack–. *Los comercios y depósitos están desabastecidos y mi tropa está a tres cuartos de ración normal.*

El capitán Olgilvie y el mayor Foley asintieron, y Popham se inquietó ante la embestida de argumentos. El marino le dirigió una mirada al capitán Gillespie, y el gesto puso en aviso a Beresford sobre la segura alianza entre ambos.

–*En ese caso, solamente queda una opción* –ensayó Popham. El silencio que recibió como respuesta lo invitó a continuar– *Dada la imposibilidad de salir a combatir en las afueras, y vista la aversión a fortificar la plaza y resistir, propongo...* –nadie respiró– *exigir al Cabildo un botín, saquear las mejores casas y hacernos a la vela a la espera de la flota de Londres* –lo dijo sin remordimientos.

Un murmullo sacudió el recinto y Beresford pegó los nudillos de ambas manos contra el escritorio, sobre los mapas. Lo hizo con equilibrio, sin violencia, ausente de cólera, pero trató de ser contundente para expresar su rechazo a la vileza propuesta por Popham.

–*En primer lugar...* –intervino– *no existe tal aversión a fortificar la plaza. Lo que está en juego es la intención de preservar a los habitantes de la ciudad de una batalla de proporciones en las puertas de sus propias casas. Pero por lo visto, usted comodoro Popham, no dudaría un segundo en inmolar a los que yo deseo proteger. Buenos Aires, a pesar de todo, nos ha abierto los brazos cálidamente... Y ustedes caballeros* –se dirigió al resto– *han comprobado en carne propia la hospitalidad que se les ha brindado en sus respectivas residencias. Créame, comodoro, dejaría de ser soldado para convertirme en un pirata si pensara como usted* –le vomitó al rostro.

La afrenta densificó las sensaciones y el hedor de los faroles se tornó más penetrante. El aire se vició de odios.

–*Le recuerdo,* –se defendió Popham– *que he servido con honor a Su Majestad durante muchos años, y dudo que el rey George me considere un pirata.*

La puja adquirió temperatura, se fragmentó en dos y Beresford comenzó a mostrar una tonalidad similar a la tela de su uniforme. Había previsto el momento, e inició su ofensiva.

–También recuérdeme, comodoro... –lo dijo con mofa– una conversación similar que mantuvimos el 13 de junio a bordo del Narcissus, antes de atacar la capital...

Home Popham se replegó sobre sí, aún sin moverse. Sus ojos centelleaban de ira al adivinar lo que estaba por escuchar.

–Aquella vez –continuó Beresford– su idea prevaleció sobre la mía. Atacar a Buenos Aires le pareció a usted más lógico, menos costoso que invadir Montevideo...

–Beresford fue diplomático. Prefirió obviar el botín de oro y plata que entonces estaba por zarpar de Buenos Aires rumbo a Cádiz, verdadera motivación de Popham en aquel momento.

–La tropa no tenía alimentos en los buques. No hubiese sido posible sitiar San Felipe –rebató el marino.

–Bien sabe que sí... Es verdad que con algún costo de vidas y esfuerzos, pero al menos hoy no estaríamos tratando de resolver nuestra derrota.

Los labios de Popham intentaron refutarlo y balbucieron titubeantes. Beresford quiso concluir la discusión con la palabra en su boca y lanzó al aire:

–Caballeros... –miró a todos–. Descartando el saqueo, la disyuntiva a resolver es batallar aquí o atacar afuera. Votemos –sugirió con acritud.

El vidrio de su cuenca y la pupila de su ojo brillaron indistintamente (*). Procuró intimidar las voluntades de los indecisos, si es que los había. La votación se realizó en forma personal, a medida que cada oficial fue mencionado en orden a su grado y jerarquía. Pero sólo unos pocos acompañaron al jefe de la conquista en su intención de trasladar la contienda lejos de las calles. El capitán Arbuthnot de los Dragones Ligeros, Thomas Foley y el capitán Patrick Lynch del 71 lo apoyaron; también James Olgilvie. No opinaron lo mismo una quincena de capitanes, atizados por el comandante Campbell antes de la junta, entre ellos George Kenneth, quienes optaron por seguir la propuesta de Popham.

Buenos Aires, domingo 10 de agosto de 1806 - Liniers marcha con sus fuerzas hacia los corrales de Miserere, el ultimátum a Beresford y la toma de la guarnición británica en el Retiro.

La mañana del domingo 10, muy temprano, encontró a los contendientes sumidos en sus celebraciones religiosas. Anglicanos y católicos se encomendaban al mismo Dios y pedían la victoria para sus huestes. En la Plaza Mayor era imponente la reunión de soldados extranjeros, concentrados dentro del perímetro para detener la embestida de los españoles. Eran mil seiscientos, y un pastor militar protestante que celebraba el día del Señor, exhortándolos a la lucha, a rendir la sangre por Dios y por el rey de Inglaterra.

(*) El general Beresford tenía el ojo izquierdo de vidrio. Había sufrido un accidente en Inglaterra durante una partida de caza.

Toda la zona había sido convertida en una extensión fortificada de la sede del gobierno y su aspecto fue modificado de manera dramática. La estrategia de Beresford consistía en parapetar a todos sus hombres en las terrazas de la Recova, debajo de ella, y en los edificios próximos a la plaza, y desde allí soportar el ataque a fuerza de cañones y fusiles.

Las calles laterales iban a ser cubiertas con dos piezas de artillería en cada esquina de acceso. También en el Cabildo se distribuyeron puntos de fuego con baterías y mosquetes. Los mandos británicos resolvieron llevar adelante un ardid, un plan para que las fuerzas de Liniers pudiesen ingresar a la plaza desde la esquina sur de Cabildo. Y una vez dentro del contorno, emboscarlas con disparos cruzados y continuos. Para lograrlo, Beresford dejó desguarnecidas la Calle del Cabildo, lateral al edificio, y la Santísima Trinidad, que corría frente a él. Dejó un vértice indefenso en la esquina sudoeste de la plaza, por el cual debía ingresar el ejército español, según sus cálculos. Liniers iba a ser atrapado como un simple ratón en las garras del león británico.

Ya no faltaba mucho. A muy pocos kilómetros, las tropas enemigas también terminaban de escuchar la misa que ofició el capellán del Cuerpo de Voluntarios de Montevideo, Dámaso de Larrañaga.

En las guerras y en las catástrofes los augurios son, muchas veces, los mapas por los que se guía el alma. Para el jefe de los criollos, los augurios se tornaron alentadores a medida que se aproximaba el momento de la colisión. En las cercanías de la Chacarita la columna de Liniers fue engrosada con doscientos sesenta y nueve blandengues de Antonio de Olavaria, resabio de la fuerza que contendió, sin suerte, en los campos de Perdriel diez días atrás. Durante la noche anterior también se le sumó la tripulación de los buques utilizados para su desembarco, unos trescientos veintitrés hombres más, incluidos algunos otros dispersos por Beresford en el combate del 1° de agosto.

Dispuesto a iniciar el tramo final de su marcha, Santiago de Liniers disparó una orden y movilizó su estrepitoso ejército, variopinto, atiborrado de armas y municiones.

–*¡Marchen!* –gritó, y los jefes de cada cuerpo la repitieron.

Deseaban quemar distancia entre ese punto y los corrales de Miserere, hacia donde les ordenó Liniers dirigir a sus hombres, divididos en cuatro cuerpos. El Regimiento de Artillería, comandado por Francisco Agustín, era el espíritu de esa fuerza. Toda la contundencia de Liniers reposaba en ese grupo de artilleros y en sus cañones, de los cuales iba a depender el hostigamiento principal a los británicos. Lo seguían los Dragones de Buenos Aires, con trescientos veintiún hombres, al mando del sargento mayor Pinedo. Atrás, la Infantería de Buenos Aires –que no era otra que el Regimiento Fijo preexistente a la invasión –con noventa y cuatro soldados

encabezados por José Ignacio Gómez. Y los reclutados en la Banda Oriental en el Cuerpo de Voluntarios de Infantería de Montevideo, los Miñones –catalanes sanguíneos, quisquillosos– dispuestos a luchar, saquear, y aun a dejarse matar.

La totalidad de las fuerzas reunidas, sumadas a los hombres de Olavaria, más ciento quince jinetes de Pueyrredón, le dieron a Liniers un poder homólogo al de William Beresford, ambos con alrededor de un millar y medio de soldados. Liniers estaba seguro de que la disciplina británica iba a ser compensada por la decisión que mostraban los suyos, hambrientos de entablar pelea. Su moral era elevada, no sólo por la contagiosa vibración que impregnaba los ánimos, sino por el mismo desarrollo de los sucesos. La noche previa, el catalán Felipe de Sentenach encomendó a uno de sus colaboradores, Luis Montes de Oca, para que fuera hasta la posición de Chacarita y entregara una carta a Liniers. En ese informe, le detalló la estrategia de Beresford de concentrar todos sus hombres frente a la Fortaleza. Era la confirmación de que los británicos entraban al combate moralmente derrotados, o al menos defensivamente.

La aproximación de Liniers hasta Miserere era fruto del oportuno informe del catalán. Desde allí, el francés podía ofrecerle una capitulación incruenta a su adversario inglés, o entrar sin miramientos para consagrar a la ciudad entera a la más completa destrucción y aniquilación de hombres, como nunca antes su historia había registrado.

A mediodía del domingo 10 ya todos lo sabían –y los británicos en primer lugar– que Liniers se encontraba a una escasa legua de la Plaza Mayor. El francés hizo campamento en los corrales de Miserere, donde llegó a media mañana, y aguardó allí, formado para la batalla, a la espera de un ataque británico sobre sus posiciones. La cercanía entre los dos ejércitos no dejaba lugar a improvisaciones ni a actitudes demasiado sobreentendidas. Apenas tres kilómetros los separaban y una quietud embarazosa se apoderó de cada calle y baldosa de Buenos Aires. Tanto uno como otro poseían el privilegio de ser el primero en salir al encuentro del oponente, pero la decisión de los ingleses se mantuvo invariable y esperaron atrincherados, guardianes de sí mismos.

La Plaza Mayor fue reinventada por Beresford y adquirió un aspecto inusitado, terrible, pero incomparablemente hermoso. Sus grises y ocre vulgares se transformaron en máculas rojas distribuidas por doquier. La terraza de la Recova era una sucesión de uniformes escoceses y fusiles alineados. Debajo de sus arcadas y entre sus columnas, más artilleros y secciones de tiradores cubrían sus puestos apuntando hacia el oeste, a la espera del aluvión criollo. Lo mismo sucedía en las esquinas y en las calles que rodeaban el lugar. Los accesos de entrada a la plaza eran controlados por dos baterías y una pequeña guarnición de Cazadores del 71. Las galerías del Cabildo y el atrio de la catedral de Buenos Aires también fueron saturados con soldados del Batallón de Infantería de Marina, que otorgaron colorido a la

blancura sosa de la edificación. Pocos pensaron que en no demasiadas horas, el rojo iba a ser un color dramáticamente abundante allí. Los oficiales cuidaban los detalles y controlaban los armamentos de la tropa, la cual racionó ese día en sus puestos.

Trepado a la recova, el teniente coronel Pack hundía sus retinas una y otra vez en el catalejo, en dirección al oeste, por la calle de las Torres. El comandante Campbell atisbaba en dirección al norte, por la calle San Martín, y Thomas Foley se alternaba con el capitán Olgilvie, en dirección al sur. Cualquier punto podía ser el centro escogido por Santiago de Liniers para iniciar el ataque.

William Beresford, en tanto, congregó dentro de la Fortaleza a los cabildantes, a la Real Audiencia, a integrantes del Tribunal del Comercio y al Obispo Lué y Riega, en un intento final de evitar el desenlace, por la vía diplomática. El negociador Beresford, el político contemplador y transigente afloró por última vez, antes de abandonarse a su oficio guerrero. A las dos de la tarde, y ante la quietud estanca que tomó la situación, Liniers despachó a su ayudante de campo, Hilarión De la Quintana, con un mensaje destinado a Beresford, aún en cónclave con las autoridades. Llevaban tres horas de encierro y deliberaban la salvación de la ciudad, a la que sabían en peligro. Todos lo estaban.

La plaza entera se excitó cuando la tropa británica comenzó a escuchar un tambor de parlamento que se aproximaba desde la zona de Miserere. Con banderas extendidas y acompañado por dos edecanes, De la Quintana penetró de a caballo en la Plaza Mayor, despacio, con la marcial cautela de quien se adentra en la Estigia, la laguna de los muertos. De inmediato una seguidilla de órdenes en inglés de escuchó a lo largo y ancho de la plaza.

–*Don't fire...! Don't fire!* –clamaron los oficiales, temerosos de que un disparo inoportuno iniciara una descarga brutal sobre los parlamentarios. De la Quintana observó el poderío apostado frente a sus ojos y no lo creyó.

–*Santísima Trinidad ... Esto va a ser un infierno* –masculló–

Su asistente se amedrentó:

–*Jamás podremos desalojarlos de aquí... ¡Liniers está loco!* –perdió la calma.

–*¡Si no te callas, te entrego ya mismo a esta horda!* –lo amenazó Hilarión.

Por un breve lapso, la Plaza Mayor quedó sin vigilancia, desprotegida de ojos atentos, cuando los mil seiscientos rostros enemigos los siguieron en silencio. La pesadez del ambiente permitió escuchar el grito que profirió el mismo Pack desde la altura de la Recova.

–*Clear the way!* –indicó que les franquearan la entrada al interior de la Fortaleza.

El embajador de Liniers se hizo anunciar y aguardó a Beresford para entregarle la propuesta, pero el gobernador, enfrascado en su conciliábulo, no salió. Prefirió invertir los últimos minutos en una diatriba persuasiva, seductora para las autoridades.

Aspiraba aún a convencer antes que a vencer. Pero la intimación enviada por Liniers hablaba de sólo quince minutos, y la bochornosa espera de Hilarión ya estaba insumiendo más de media hora. Harto, finalmente, De la Quintana desistió:

–*Volvamos a las líneas... Y que Dios se apiade de todos* –conjuró.

Los tres emisarios montaron en sus bestias y salieron de la plaza a todo galope con la bandera de parlamento en alto. Huyeron como si Beresford los hubiese condenado a morir allí mismo. Estaban urgidos por llevar la mala nueva. Oficiales y soldados británicos, sin diferencia, vieron en la precipitada partida un augurio negro, una esperanza rota, aún desconociendo el motivo.

En la sede del gobierno, en tanto, Hilarión De la Quintana fue nuevamente enviado por Liniers para realizar un segundo y definitivo intento de entrega del ultimátum a Beresford. La plaza conservó el mismo aspecto latente, sobrecogedor que mantuvo todo el día, a la espera del ataque. Los soldados imperiales no dieron muestra de hastío o incomodidad en la estrechez de sus posiciones; lo soportaron todo porque sabían que lo peor ni siquiera había comenzado.

De la Quintana transpuso el puente levadizo de la Fortaleza con la íntima convicción de que tampoco iba a ser recibido esta vez. Pero Beresford, anoticiado del rápido retorno de los embajadores a Miserere, aquilató conveniente darles su atención. Ulpiano Barreda estaba con él y había sido el intérprete en la negociación que los cabildantes mantuvieron con Beresford.

Hilarión fue presentado al jefe inglés frente a las puertas de su despacho, y ambos se ofrecieron un saludo militar cargado de recelo. El español estaba transpirado y sucio de la espuma sudorosa de su caballo, pero su rol de ultimador, de mensajero de destrucción lo encumbró por encima de la figura de Beresford.

–*General Beresford... Un mensaje de nuestro comandante Santiago de Liniers y Bremond* –anunció con alguna pompa.

El inglés abrió la carta y estudió sus garabatos como si los comprendiera. Sus labios se tensaron y alzó la vista en dirección a De la Quintana, acompañado por un asistente.

–*Wait here...* –les apuntó con la esquila convertida en rollo y cerró la puerta tras de sí, sin mucha urbanidad.

–*No está muy británico hoy* –ironizó por lo bajo Hilarión.

Adentro, William Beresford le estiró la intimación a Ulpiano Barreda y éste la leyó con una expresión elocuente para los que allí estaban. Su semblante se ensombrecía a medida que iba recorriendo las líneas, conceptuosas, abundantes de elogios, pero redactadas en una sola dirección: ***la rendición incondicional***.

Beresford escuchó cada palabra traducida por Ulpiano Barreda tratando de asimilar, como un pantagruel, el significado simple y la trama oculta de la intimación.

–*Read it again...* –le indicó que vuelva a comenzar. La mención de una retirada imposible lo sacó de su fingida calma.

Barreda releyó desde el comienzo.

Por la reciedumbre de su ademán, Barreda entendió que Beresford iba a dictarle una respuesta para Liniers. Buscó tinta, pluma, papel y asiento. Se aprestó a escuchar y observó su propio pulso firme, a pesar de estar por escribir una declaración de guerra. La decisión de William Beresford era clara, unívoca, y las palabras volcadas en la respuesta así lo dijeron.

No muchos minutos después, De la Quintana recibió en mano un papel lacrado, por lo tanto confidencial e inescrutable para él, hasta el momento en que su jefe Liniers lo leyera. La ansiedad los hizo partir de inmediato y sus caballos conocieron la violencia del estribo y la espuela hundida en el cuero. Abandonaron la Plaza Mayor, a la cual ya no volverían sino como soldados en armas.

En su campamento de Miserere, Santiago de Liniers rompió el lacrado de la respuesta y sumergió todo su ser en la hoja británica, consciente de que lo que allí dijese iba a condicionar el destino de todos. Cuatro de sus oficiales lo rodeaban, paralizados, sin atreverse a hablar, mientras Liniers se bebía la contestación de Beresford.

Santiago de Liniers izó su mentón y sus oficiales no necesitaron explicación alguna; sus mejillas rojas eran ya un croquis de batalla.

–*¡Maturrango hijo de p...! Sabe que no podrá* –farfulló. Dobló la esquela y no le hizo falta dar ninguna orden.

–*Estamos listos, señor...Vamos por él* –se adelantó el teniente de los Blandengues Marcos Balcarce, y todos fueron uno.

–*¡Entonces marchemos!* –dijo Liniers, harto de cavilaciones que no lo condujeron a ninguna parte.

El campamento hirvió bajo las órdenes de los distintos jefes, y un cuarto de hora después estaban dispuestos a abandonar Miserere. A la cabeza de dos columnas gruesas y coloridas, Liniers enfrentó a la tropa con su caballo y el alboroto natural cesó hasta el exterminio total de cualquier ruido. Un mutismo de iglesia se posó en el lugar y el francés contempló la escena, también callado. Únicamente silbó su sable cuando éste salió de la vaina.

–*¡Hombres de Buenos Aires!* –los arengó–. *Ya todo está dicho, mas no todo hecho... ¡Hagámoslo hoy! ¡Marchemos!* –apuntó al norte con su espada para comenzar el avance.

¡Más de mil gargantas gritaron hasta desgañitarse, clamando un aplastamiento memorable sobre el enemigo. Liniers se dejó contagiar y una nueva orden escapó de su boca.

–*¡Dominemos!* –liberó su sed de combate.

Como había acordado con su Estado Mayor, dirigió a sus hombres hacia el camino que unía Miserere con el Retiro, en un rodeo que abarcaba el enterratorio y el convento de los padres recoletos, muy al norte. Desde allí planeaban bajar hasta el cuartel del Retiro, sostenido por una pequeña guarnición británica consistente en un sargento y ocho hombres artillados con fusiles y baterías, despachados por el teniente coronel Pack el día anterior.

El Retiro fue elegido por Liniers como primer objetivo por ser un paraje próximo a la Plaza Mayor, al borde del casco urbano de la ciudad, a unas diez calles de la Fortaleza. El nombre le quedó cuando el gobernador Agustín Robles edificó una suntuosa residencia a la que llamó “*El Retiro*”, en emulación a la residencia veraniega de los reyes de España “*El Buen Retiro*”. Robles construyó la casa en el año 1702, pero la abandonó poco tiempo después y la vendió a la Compañía de Guinea, dedicada a la captura y venta de esclavos. Aunque años más tarde, también fue necesario trasladar allí el almacenaje de negros debido a los hedores que arrastraba hacia la ciudad. Pero la empresa dejó en el lugar una pequeña fortificación con cañones, un edificio menor cerca de los galpones, utilizado para repeler los barcos corsarios que intentaban acercarse a la costa. Los virreyes que luego se sucedieron destinaron esas instalaciones como almacén de artillería y otros elementos. Por ello Dennis Pack estimó conveniente establecer allí una pequeña guarnición con soldados del 71.

Estratégicamente, Liniers planificó establecer allí su cuartel general, una vez que lo tomase. Con ese propósito condujo a sus hombres a través de un amplio círculo, bordeando la capital por una zona pantanosa, muy deteriorada por el clima. Únicamente con el apoyo de la población pudo zanjar el inconveniente. El vecindario que salía al encuentro de la columna los trataba como a profetas de la libertad, como a Mesías salvadores. Fue tal la adhesión, que Santiago de Liniers debió organizar la ayuda para que no entorpeciera el plan.

En medio del avance, lentificado por el lodo y los cañones hundidos hasta los ejes, el corsario Mordeille se aproximó hasta Liniers, feliz, pero abrumado de problemas. Cada metro de terreno ganado se convertía en una nueva cuestión por resolver:

–*Mon Commandant... Capitain Mordeille* –se presentó y lo saludó a la usanza marina– *C’est imposible cargar tout... Imposible. Demasiada comida pour cargar* –le explicó con su dialecto frañol.

A lo largo del derrotero, la población no dejó de ofrecer comestibles y se hizo necesario resolver su transporte, pensar en su almacenaje.

–*Hay carretas disponibles?* –lo inquirió Liniers.

–*Oui, tríos...*

–*Que carguen los víveres en dos de ellas* –dijo. El corsario bajó a la cola de la columna y gritó a sus hombres en francés.

Allí Liniers tomó conciencia de que las preocupaciones logísticas de la batalla estaban prácticamente allanadas, en cuanto al alimento de la tropa. No habían llegado aún al lugar de la contienda y ya poseían suficientes víveres como para un asedio troyano. La multitud los acompañaba en la dura tarea de arrastrar la artillería atascada en senderos penosos, casi infranqueables. Lo que estaba destinado a consumir decenas de horas, se estaba resolviendo con una celeridad providencial, de buen augurio.

A las cuatro y media de la tarde llegaron a la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, junto al enterratorio y el convento de los padres recoletos. La zona era una suerte de mojón, un punto fronterizo que marcaba el fin de los últimos vestigios de la ciudad, antes de la nada salvaje del campo. Liniers llegó con su ejército pandemoníaco y resolvió iniciar la avanzada para batir el primer objetivo. A unos mil metros en dirección al centro y hacia el sur, se encontraba el Retiro, el único bastión inglés fuera de la Plaza Mayor y primera escala en la recuperación de Buenos Aires.

Santiago de Liniers deliberó con sus jefes, Olavaria, Álzaga, Mordeille y Pueyrredón, pero el cónclave fue breve y la coincidencia plena. Iría una partida de vanguardia para iniciar el ataque y detrás, el grueso de las tropas para barrer la posición, tomarla y convertirla en cuartel general; erigirla en cabeza de la reconquista.

El Manco Mordeille se adelantó y propuso:

–*Mes marines et moi podemos avanzar par le front.*

Liniers asintió de inmediato y agregó:

–*Que también vaya la mitad de los Miñones y los apoye la infantería del Fijo. Lleven dos piezas de 6... Esa suficiente* –dijo calmo–. *¡Buena suerte!*

–*¡Merde, mon commandant!* –dijo el corsario. Liniers también era francés y sonrió complacido. El conjuro solía ser eficaz-

La junta se disolvió y los batallones designados para la primera acción fueron tomando posición en la columna, a la espera de una orden que no tardó en llegar.

Con Hippolyte Mordeille al frente de sus piratas, seguidos por los hombres de Montevideo y más atrás el Fijo, el trayecto hasta el Retiro resultó breve. El camino a Santa Fe, por el cual bajaron, estaba en condiciones regulares y la marcha no halló resistencia. Lograron aproximarse hasta muy cerca del reducto inglés, y emplazaron los dos obuses; uno al mando del capitán del Real Cuerpo de Artilleros, Francisco Agustín, y otro dirigido por el alférez de fragata Francisco Lacoré. La veteranía de los corsarios del Manco y la disciplina de los artilleros logró que la escena para la batalla fuese montada en pocos minutos sin contratiempos.

El cuartel inglés estaba enclavado sobre un barranco que asomaba al río, cerca de la plaza de toros. Las dos construcciones del almacén y la apariencia de sus muros

resultaban una imagen difícil de abatir, resistidora. Pero su ubicación solitaria las convertía en una trampa con escasas alternativas.

La gente de Liniers rodeó la zona, obstruyendo los senderos y calles que pudieran servir de retirada. Los Miñones se apostaron con cierto orden y el Fijo de infantería, con sus casacones azules cruzados de correajes blancos, aprovechó los accidentes del terreno. Cada batallón evitó mezclar sus colores con el resto, quisieron conservar una unidad cromática, pero chaquetas escarlatas, casacas índigo y otras de color marfil se confundieron en las zanjas y posiciones de tiro. Los filibusteros de Mordeille, acostumbrados a las acciones individuales, siguieron su instinto a la hora de buscar un punto de hostigamiento. Tomaron el momento como un juego de guerreros, como el abordaje a un navío encallado.

A menos de cuarenta metros, la pequeña fortificación británica también se alistó para la acometida y sus cuatro bocas de fuego esperaban el momento de escupir su respuesta. Ningún disparo perturbaba aún la quietud de la tarde y la bandera del imperio más poderoso del mundo, en su mástil, se meció desafiante. Un oficial español la miró con avaricia y prometió convertirla en trofeo. Allí dentro, ocho cazadores del 71 a cargo de un sargento, aguardaban tensos. Observaban el cerco del que fueron víctimas en un abrir y cerrar de ojos, y el miedo los punzó. La única garantía de resistencia que poseían, la última esperanza de salvar la vida, eran las fauces de sus cuatro cañones. Pero aún munidos de sus armas, se sintieron ratones atrapados.

Ni aún la vigilia que antecede a la muerte de los monarcas podía compararse con la solidez agobiante que moraba sobre Buenos Aires durante esa tarde de agosto. Ya no cabía la menor palabra de entendimiento o de aproximación diplomática entre las partes. *Estaban formalmente en guerra.*

Al saberse la marcha de Liniers, los ocupantes de La Merced se prepararon para lo peor. Frailes y rebeldes alistaron armas en prevención de un allanamiento británico que, con el transcurso de las horas, no se produjo. Beresford sabía que la capital rebosaba de escondites y antros insurgentes, y que los muchos conventos no eran la excepción, pero prefirió no dispersar sus energías.

Poco a poco, la espera dentro del convento fue vistiéndose de un tedio sutil, insoportable por el simple hecho de que debía ser tolerado. Por orden del prior, fray Aparicio, nadie pudo transponer los muros para salir. Había que aguardar adentro. Vigilar desde los techos en dirección hacia la Plaza Mayor se había convertido en el consuelo de los impacientes.

De pronto, en toda la ciudad se escuchó un disparo de cañón, un primer estruendo inaugural que sacudió el aire. Después siguió lo previsible: un intercambio de explosiones desgarradoras. Tan cerradamente crepitaron las descargas que fue imposible discernir los cañones de los fusiles, los obuses de los morteros.

El primer cañón arrancó a toda la metrópoli de su somnolencia opiácea y la tarde recobró vitalidad. Hubo gritos de júbilo en La Merced, aunque pocos imaginaban que Buenos Aires comenzaba a vivir su peor pesadilla desde que fuera fundada.

En el Retiro, la guarnición británica resistía con un heroísmo inútil y una disciplina pueril la descabellada lluvia de municiones que caía sobre ella. Los cuatro cañones apostados en el interior del cuartel inglés no lograban el cometido de entorpecer la artillería hispana, a cubierto y precisa en sus tiros. Fragmentos de ladrillos caían desde las almenas de la construcción y un repiqueteo incesante horadaba los tres flancos que los atacantes tenían a su vista. Los nueve escoceses apenas lograban cubrir los lados de la guarida, y su cadencia de tiro resultó absurda comparada con la tempestad de plomos que impactaban en el refugio. Eran nueve contra más de trescientos y su suerte estaba echada.

–*¡Alto el fuego!* –bramó un tal Gómez, Jefe del Regimiento Fijo–. *¡Mordeille, detenga el fuego!* –tuvo que repetir el pedido.

La refriega había adquirido temperatura y es allí cuando el instinto prima por sobre la regla.

–*¡Liniers llega con el resto de la columna!* –Gómez ahuecó la mano– *¡Esperémoslos!*

Los disparos fueron cesando y los cañones se silenciaron. Tampoco del lado británico se escuchó respuesta, como si esa tregua fuese para ellos un poco de agua en medio del infierno que comenzaron a padecer.

Pero el armisticio duró poco. Cuando los Dragones de Buenos Aires junto a los Blandengues de Olavarría y el resto de la expedición aportó su poder, la operación se simplificó mortalmente. Junto con el ejército regular, una masa informe de incontables vecinos, de guerreros espontáneos, se sumó a la tarea de vencer el bastión. Mosquetes, trabucos, arcabuces, espingardas y tercerolas de las más variadas nacionalidades y modelos adhirieron su fuego para aniquilar a los ingleses. Algunas armas presentaban un aspecto deplorable, chispeaban exageradamente o sus disparos deflagraban con peligro para el tirador. Pero como si obrase un milagro, funcionaban y cumplían su encargo de socavar la resistencia británica. Santiago de Liniers no se opuso. Dejó hacer.

Se adelantaron cuatro piezas más del tren volante y con ellas, los artilleros de Agustini se propusieron deshacer la pétrea tozudez de la fortificación. Hicieron coincidir los proyectiles en un mismo punto y la lucha se reinició con mayor crudeza, con más estruendo, con una vehemencia descontrolada que duró varios minutos. La precisión y la insistencia de Agustini terminó barrenando uno de los muros, y por allí reinó el fuego y el plomo español que comenzó a segar la vida de sus ocupantes.

En el interior del destacamento, los cazadores del 71 experimentaron un terror sobrehumano que los empujó a querer agotar toda la carga, a saturar el aire con sus cañones, aunque fuese infructuoso y desesperado. El sargento a cargo, de apellido Bramley, jefe de los condenados, lastimó su garganta y salivó sangre de tanto gritar órdenes.

–*Shoot the bloody cannon! Fire! Fire!* –lanzó maldiciones a sus hombres, tan ingobernables por el miedo como él.

Ya no eran trescientos los atacantes, sino una oleada de más de mil a punto de aplastarlos cuando alguien diera esa orden. Un humo blanco, espeso y cegador veló el espacio y tornó más piadosa la misión de los criollos. Hizo menos cruento el espectáculo de una muerte tan violenta.

La Plaza Mayor se convirtió en un auditorio lejano, y toda la tensión de la oficialidad inglesa tuvo cauce cuando Beresford comprendió que peligraba la posición del Retiro. William Beresford trató de inferir desde allí la suerte del combate, guiándose sólo por el sonido de las armas y el compás de las andanadas. Fue notorio para él que la lucha les era adversa a sus cazadores.

Ordenó al mayor Foley y a Dennis Pack que alistarán una columna de algunos cientos de hombres con dos piezas de artillería. Decidió salir del perímetro y auxiliar al Retiro, pero su lugarteniente trató de detenerlo.

–*William, puede ser una trampa... Debe haber emboscadas* –le advirtió. La situación comenzaba a ensombrecerse.

–*Tú dispón tres patrullas al norte y tres al sur para que recorran las dos manzanas adyacentes a esta plaza. Yo me encargo del resto* –lo tranquilizó.

–*Déjame comandar la columna...* –insistió Pack.

–*No. Iré yo con Olgilvie y Foley. Con trescientos del 71 será suficiente.*

Dennis Pack obedeció, pero una maldición se filtró por sus ojos. Disentía con la idea de Beresford de arriesgarse a una incursión a zona hostil, entre calles abandonadas y posiblemente vigiladas por el enemigo. De todas maneras, cumplió la orden con una eficacia maquinal y reunió frente al Cabildo a un batallón de cazadores. Cuando Beresford estuvo listo, cuatro secciones y dos cañones de 8 libras lo aguardaban para emprender la peligrosa marcha de rescate.

Desde el punto más alto de la torre de La Merced, debajo de la campana mayor, Santiago De Garaz seguía con atención los movimientos ingleses en la plaza. Adivinó la intención de salir al encuentro de la columna que atacaba el Retiro. Dedujo que Beresford iba a tomar por sorpresa a los españoles en algún punto de las calles.

–*¡Van a salir, maldita sea!* –murmuró.

Su mente pensó, corrió ligera, hasta concebir la acción acertada. Tuvo ganas de salir del convento y correr hasta el Retiro, pero desestimó la idea por peligrosa. Estaba atrapado y trató de buscar una solución desde allí. Miró el suelo bajo sus pies, pero no

halló lo que buscaba. Bajó por la escalerilla metálica que comunicaba al segundo nivel del campanario, y en la sombra de un rincón vio el instrumento bienhechor, la herramienta que esperaba hallar: un antiguo badajo roto dormía un sueño polvoriento en uno de los costados de la torre. Estaba cubierto por una herrumbre costrosa, tal vez desde décadas atrás, en que algún campanero lo desechó por inservible.

–*Aún tocarás para mí* –dijo Santiago y tomó la barra de hierro.

Ascendió por la estrechez del boquete que lo levaba a la cúpide y tomó el metal con ambas manos, gozoso.

El primer golpe al bronce fue monumental y sacudió el espacio que rodeaba a Santiago. Todas las cabezas del convento se elevaron desconcertadas y la guardia inglesa apostada en la calle lo maldijo.

–*¿Quién toca?* –fray Machado interrumpió su andar.

Poco tardaron en saber que era Santiago y que su intención era alertar a los que luchaban en el Retiro. El temor de una represalia británica sobre el convento se apoderó de todos, mientras cada golpe descargado con furia alcanzaba una nueva cima de sonido. Fue tal el desorden del tañido, que la campana enloqueció y el improvisado martillo lanzó lejos su herrumbre de años. Envuelto en las vibraciones del aire, ensordecido por la música loca que él mismo provocaba, Santiago golpeó con rencor y se hizo escuchar en toda la ciudad.

Defensores y enemigos oyeron la música de Santiago que viajó a través de la atmósfera. Beresford, en camino hacia la barranca del Retiro, lanzó una blasfemia contra el desconocido que osaba alarmar al enemigo.

–*¡Sucios católicos!* –maldijo al clero.

Y apuró el tranco para salvar el cuartel de artillería, el cual, sin que aún lo supiera, se hallaba tomado y todos sus moradores muertos.

Decidido a quebrar el ataque de Liniers, Beresford condujo su columna por la calle San José, que corría por detrás del Cabildo y que trazaba una línea recta hasta el punto en que se encontraban las fuerzas españolas. Se lanzó con algo más de trescientos hombres del 71 y diez oficiales. La calle estaba desierta y mostraba una angostura asfixiante, con casas abandonadas y cerradas precipitadamente. Al fondo, a más de nueve calles, observó con su catalejo y se aseguró que tuviese libertad de paso. De ser necesario, estaba dispuesto a entablar lucha en ese espacio tubular por el cual se aventuró, pero debía apurar a sus hombres si quería llegar a tiempo. Y se lo hizo entender al mayor Foley, cubierto de cananas de municiones.

–*¡Trote ligero!* –voceó Foley y varios tenientes la repitieron–. *¡Paso redoblado! ¡Sin carrera* –reiteró.

Un kilómetro de marcha sostenida iba a desgastar a la tropa y la deseaba fresca para un combate que, pensó iba a ser durísimo. Las piernas escocesas demostraron resistencia y fueron dejando atrás una calle tras otra. Las esquinas de La Piedad, La

Merced y Santa Lucía mostraban un abandono semejante a todo el resto. Beresford agradeció no toparse con patrullas guerrilleras, lo cual hubiese desviado su propósito de batir al grueso.

Sobre el fondo de la calle, en las cercanías del Retiro, los Miñones de Montevideo y algunos Blandengues advirtieron el color escarlata que se aproximaba rápidamente. El avance inglés, que al parecer era de proporciones, sumió en alarma a toda la fuerza de Liniers.

–¡Vienen! ¡Vienen por San José! –gritó alguien.

De inmediato, dos oficiales criollos atisbaron con sus lentes hacia el fondo de la calle.

–Traen artillería... ¡Emplacen los obuses! –ordenaron.

El capitán Agustini, responsable del Cuerpo de Artillería, y el alférez Lacoré, hicieron conducir dos obuses en dirección a la mancha roja que avanzaba hacia ellos, a unos trescientos metros.

Ninguno de los adversarios, ingleses o españoles, abandonó su propósito de colisionar, y en cada extremo de San José se bramaron órdenes. Faltando muy poco, apenas dos calles para llegar, William Beresford advirtió que el cuartel –al cual iba a proteger– había sido recuperado. Detuvo su marcha, temeraria e inútil, y empapado de transpiración, presa de fatiga, exhaló un grito:

–¡Retirada! ¡Cañones al frente! ¡Cubran! –ordenó entablar fuego para poder escapar con cierta organización de ese corredor mortal. El Retiro era una causa perdida.

Desde la línea opuesta, el alférez Lacoré y sus servidores fueron los primeros en tomar posición de tiro. Jugaron una carrera frenética contra los artilleros británicos que pugnaban por abrir fuego antes que ellos, a tan sólo una calle de distancia.

–¡Carguen boca y fulminante! Por Dios... ¡Rápido! –Lacoré pateó la cureña del cañón como un poseso, como si el bronce estuviese durmiendo en medio de esa locura. El alférez apenas prestó atención al capitán Agustini que se le sumó con una pieza mayor, un monstruo metálico de 18 libras.

Por su parte, los artilleros de Beresford trataban de llegar al frente de la formación, arrastrando las baterías hasta una distancia efectiva. Parecían alimañas rabiosas, empujando las ruedas y chapoteando en el cieno de la calle que entorpecía las maniobras.

Del lado español, terminada la tarea de los servidores y con el cañón listo, Lacoré miró alrededor y no halló un tizón con fuego ni una aguja para encender el oído de la batería. Y eso lo desesperó.

–¡Aguja! ¡Aguja de encendido! –gritó a los cielos. Una mano salvadora surgió de la nada y le entregó un hierro candente–. *¡A un lado!* –advirtió.

El oído del cañón humeó blanquecinamente y una explosión acompañó su formidable retroceso. Los cañoneros ingleses se cubrieron como niños, detrás de las baterías, y sintieron sobre sus cabezas el bólido lanzado por Lacoré. El proyectil arrasó a tres cazadores en plena retirada y la confusión se apoderó de las filas británicas. Cada cual se parapetó donde pudo y algunos ofrecieron sus fusiles para responder el ataque. Tres cadáveres desarticulados fueron los primeros en jalonar el piso de la calle. Los obuses ingleses finalmente dispararon sin resultado ni dirección, y recularon, resignados a no poder mantener la posición.

El segundo disparo criollo fue obra del capitán Agustini, quien cargó el ánima de su batería con munición de metralla, más un octavo extra de pólvora. Preparó el arma para producir el mayor número de bajas posible, dispuesto a barrer la calle San José en todo su ancho. Su orden fue fría, al igual que el cálculo de tiro que realizó sin remordimientos:

–*¡Fuego!* –los sentenció a morir.

La detonación liberó un enjambre de metales que derribó a una decena de soldados ingleses y convirtió el lugar en un purgatorio de lamentos. Lacoré y Agustini se alternaron sincrónicamente, y cada pieza escupió a su turno. Cada foganazo era un uniforme rojo que remolineaba, o tres, o cinco.

La retirada de Beresford involucionó en huida, y el regimiento 71 fue un tropel que buscaba alejarse de los españoles. Los cañoneros de Liniers cumplían su tarea, pero también se daban tiempo para contemplar la horrible escapada del enemigo. Algunos escoceses ilesos, amparados por el azar, tropezaron con los cuerpos desmembrados de sus compañeros y también ellos engrosaron la carnicería, que aumentaba con cada detonación. El resto de los batallones escoceses, con sus pantorrillas elegantes cubiertas de cintas y sangre, debieron sortear despojos abiertos y compañeros sobrevivientes que imploraban ser arrastrados en la huida. Pero pisarlos e ignorarlos fue la única alternativa para salir de allí con vida. Agazapados y a riesgo de morir, algunos respondieron con fuego de mosquete y dignificaron la derrota; atenuaron el caos que cundió en la columna. El mayor Foley fue uno de los oficiales que comandaba a los tiradores que cubrían el alejamiento. Antes de replegarse, Thomas Foley observó la expresión de su jefe y admiró su serenidad. En medio del desastre, Bersford domaba sus facciones, mordía su rabia y se tragaba el miedo.

–*¡Calle lateral! ¡Al este!* –gritó, y esa orden fue una brújula en mitad de la confusión.

Fuera del alcance y camuflada por el crepúsculo, una patrulla a cargo del teniente Sampson sostuvo la retirada, sin más opción que dejar a cuarenta de sus Highlanders muertos o heridos. William Beresford condujo a los suyos por una calle transversal para emprender el regreso al único baluarte seguro: la Plaza Mayor.

Durante la noche y fuera de la zona dominada por los británicos, la ciudad ardía con movimientos de gente que se acercaba al Retiro, convertido en el cuartel general español. El lado norte de Buenos Aires era una constelación de fogatas con hombres comiendo a su calor, a la espera del turno asignado para patrullar las calles y fustigar las posiciones inglesas. Iban a hacer que esa noche ningún invasor durmiese.

Los pertrechos encontrados en los almacenes del Retiro mejoraron el ánimo de los artilleros de Liniers. Hallaron cureñas para cañones de 18 libras, de las cuales carecían, además de munición y proyectiles suficientes como para acrecentar en un tercio su poder de fuego en la toma final.

El interior de La Merced era también un hervidero, pero su cercanía con el Fuerte lo colocaba dentro del perímetro controlado por Beresford. Las puertas mismas de la iglesia y el portón principal del convento se encontraban vigilados por guardias del 71, encogidos detrás de barricadas y protegidos por un pequeño cañón apuntando a la nada oscura. El dominio sajón se limitaba a la plaza y a un cordón de doscientos metros fuera de ella, vigilado con temor, a la espera de un ataque que podía surgir desde cualquier punto cardinal. El convento poseía, solamente, una salida factible de ser utilizada: el túnel secreto que llevaba a la barranca del río, desconocido por muchos y más aún por los británicos.

Las diez de la noche parecía ser una hora intermedia en la que comenzaba a diluirse la agitación del día, pero en la que también podían solidificarse los presagios reservados sólo a los pensamientos. Y ese punto del reloj eligió fray Machado para tomar parte en la lucha. Fray Banegas lo acompañaba, con la venia –y la bendición– del prior de la Orden. Machado y Banegas se preparaban para salir y recorrer las calles con otros cinco hombres. Si la suerte lo quería, iban a trabarse en lucha con las patrullas inglesas que se expusieran fuera de su coto.

Iluminados por los faroles de la galería principal y tres lámparas de aceite reposadas al pie de una columna, los voluntarios se reunieron y hablaron en cuclillas alrededor de uno de los mapas que proveyó Santiago De Garaz, también allí. Apoyados laxamente en sus fusiles, prestaron atención a Machado, irreconocible sin su hábito. Parecía un hombre vulgar, lavado, casi prosaico en la simpleza de un capote corto y pantalones índigos, como si hubiese sido despojado de su sacralidad o regurgitado por la Iglesia.

–*Salimos por el río* –su dedo señaló un punto en el mapa– *y por la alameda llegamos a San Nicolás... No creo que nos topemos con soldados, pero si observamos movimientos, nos volvemos hasta la Alameda* –recalcó.

–*¿Cuál sería el objetivo?* –preguntó Santiago.

La respuesta la dio fray Banegas:

–Beresford espera un ataque desde el norte, en donde está Liniers, y pensamos que esta noche los ingleses van a patrullar la “brecha de nadie”, estas cinco o seis calles intermedias...

–La idea es llegar por San Nicolás hasta muy al oeste... –intervino Machado– hasta San Miguel por ejemplo, y desde por allí hasta el lado sur del Fuerte. Del otro lado la ciudad está muerta y los ingleses no esperan mucha acción allí... Los vamos a sorprender.

George Kenneth caminó frente a los puestos del Cabildo y escuchó murmullos detrás de sus columnas, un parloteo susurroso que buscaba matar el aburrimiento de esa noche que se sugería larga.

–¡Silencio en los puestos! –lanzó en la oscuridad. Y cuando concluyó la frase, una detonación de fusil sonó en el lado sur, a pocas calles, como si hubiese sido disparada para contradecirlo.

La plaza entera comenzó a rumorear y Kenneth adivinó corridas, acomodamientos urgentes entre las posiciones. Cazoletas y mecanismos de percusión chasquearon por doquier, preparados para iniciar el fuego. Jamás había imaginado que luchar a ciegas fuese tan desesperante. Otro disparo rasgó la penumbra y luego se escuchó un intercambio espaciado. En alguna calle se estaba combatiendo.

El grupo de fray Banegas fue el responsable de ese primer disparo que conmovió a todos. Divididos en dos grupos, el padre Machado se introdujo con el negro Basualdo en la casa de la Real Renta de Tabacos, casi sobre el río, con la intención de deslizarse por los techos y hallar un punto conveniente para atacar. En tanto, fray Banegas y dos acompañantes buscaron la precariedad de alguna saliente sobre la calle de la Residencia, dominada por una barricada inglesa. Se apostaron lejos, a más de doscientos metros, a una distancia en la que los cañones y más aún los fusiles, carecen de efectividad. La misión de Banegas era distractiva, casi una diversión. Fray Machado y Basualdo eran los que debían matar esta vez. Trepados a los tejados de la Renta, caminaron hacia el lado opuesto de la manzana, hasta quedar sobre la artillería inglesa ubicada en una esquina. Como gatos a la caza de palomas, fraile y esclavo arrastraron los vientres contra la cerámica de la techumbre para no contornear sus siluetas. No muy lejos, la Recova y el Fuerte superaban su altura y podían ser vistos desde un ángulo virtualmente superior. Por el momento, la oscuridad era su mejor disfraz. Debajo de ellos, en la calle se escuchaba un insulso intercambio de disparos. Los guardias del 71 se mantenían inmóviles en su posición, dada la ridícula distancia desde la que fray Banegas los atacaba.

El humo de las descargas ascendía por los techos hasta la misma fachada de la Renta de Tabacos. Y ocultos detrás de las molduras de una casa, Machado y Basualdo se prepararon para realizar su trabajo. Debían abrir fuego justamente debajo de sus narices. Montaron los mosquetes con una lentitud desquiciadora, cubriendo con sus

manos el mecanismo para amortiguar el sonido delator. Basualdo imitó al fraile y también preparó una pistola como reserva.

–*Quédate, voy a asomarme* –susurró Machado. Basualdo lo tomó del brazo y le negó con la cabeza:

–*A mi no me verán, blanquito* –bromeó. Su negritud lo envaneció.

El esclavo se incorporó lentamente y trató de confundir su cabeza motosa con una curva de la edificación. Forzó sus retinas para deducir una imagen que resultó imposible, demasiado tenebrosa, hasta que un soldado inglés disparó su arma hacia el fondo de la calle y eso le permitió descifrar las formas. La posición enemiga se hallaba debajo de ellos y hacia la izquierda, de manera que les daban un perfil apropiado, indefenso, y que podían aprovechar tan sólo lo que dura la primera descarga. Los británicos eran seis o siete y el éxito de ambos iba a depender de la habilidad que demostraran en huir, luego de disparar.

–*Yo le tiro al del cañoncito... Usté elija al que guste* –le indicó Basualdo con un murmullo inaudible.

–*Apuntá bien y corré enseguida hacia la Renta; no aguardes mi disparo* –coordinó Machado.

–*Tratemos de tirar juntos* imploró el negro.

El fraile sonrió y le palmeó el brazo. Luego se persignó y Basualdo hizo lo mismo. El pulso les temblaba.

Como si atisbasen a un abismo o al mismo caldero de Lucifer, los dos hombres asomaron un tercio del cuerpo y posicionaron los fusiles sobre la mampostería, pero les resultó imposible apuntar con tan escasa luz. Y compartiendo tal vez el mismo razonamiento, esperaron a que un escocés abriese fuego nuevamente. Desde la calle escucharon palabras en inglés que solamente el fraile comprendió.

–*Shoot, shoot!* –un cazador escocés ordenó disparar.

El fogonazo que brotó de la boca y el oído del cañón resplandeció en la noche y les sirvió de guía. Fraile y esclavo descargaron al unísono.

–*¡Ahora!* –ladró Basualdo.

Los dos mosquetes escupieron hacia abajo y la ausencia de repiques, de zumbidos rebotantes, les indicó que los proyectiles habían dado en carne enemiga. Una gritería espantosa y órdenes confusas subieron desde el empedrado.

–*¡Rápido, carajo! ¡Rápido!* –gritó Basualdo.

Tomaron las pistolas que reposaban sobre las tejas y comenzaron a saltar como cabras excitadas hacia el lado contrario de la manzana, encorvados para no ofrecer blanco a las dos o tres balas que hirieron el ladrillaje de la casa. Fray Machado demostró veteranía y una agilidad sorprendente. Las tejas sonaban resquebrajadas y astillosas bajo los brincos desesperados que buscaban llegar al techo de la Renta de

Tabaco. Debían escapar por la Alameda, a orillas del río. Huyeron con la destreza que les otorgaba la seguridad de estar siendo perseguidos por alguna de las calles.

En la otra esquina, fray Banegas realizó una última andanada para dispersar la atención de los británicos e inició también su escape salvador rumbo al convento.

Buenos Aires, lunes 11 de agosto de 1806 - El fallido ataque naval de Popham a las fuerzas de Liniers en el Retiro.

Todos los vaticinios se cumplieron. Las escaramuzas individuales duraron toda la noche y las avanzadas menores de los Miñones de Montevideo obligaron a cada centinela inglés a cuidar su vida y su posición de los fantasmas que acechaban. Muchos no lo lograron y una bala invisible los relegó de su servicio a la Corona.

Los filibusteros del Manco Mordeille procedieron en partidas de no más de tres y descendieron por las calles como verdaderos hijos de Poseidón. Aun fuera del mar eran implacables. Tal vez extrañaron los ganchos de abordaje y las siluetas de mástiles o baupreses, pero demostraron ser tan eficaces en tierra firme como en la vastedad del océano. Se arriesgaron hasta lo más próximo del bastión inglés y lo hostigaron sin pausa, cambiando de táctica una y otra vez.

La alborada de ese 11 de agosto clareó sobre una ciudad repartida entre dos reinos, bicéfala, como las águilas heráldicas. La bandera de España ondeaba en el mástil del Retiro, más orgullosa que nunca; mientras que en la Fortaleza, el pabellón azulgrana de Gran Bretaña se debatía con el viento para demostrar su intención de permanecer dueña de todo.

Los hombres de Liniers transitaron la madrugada y volvieron a su cuartel frente a la Plaza de Toros, como si todo fuese un gran juego que debe ser, cada tanto, reorganizado. La luz del día y la virulencia sin interrupción ejercida por los Miñones, hicieron que no hubiese más opción para los ingleses que parapetarse dentro de la plaza y reducir el cinturón de dominio a sólo una calle de ésta. Con ello, el convento de la Merced quedó, finalmente, libre de vigilancia. A partir de esa mañana, todo comenzó a suceder a puertas abiertas, sin más restricciones que las que imponía el lugar, y que eran pocas.

Pero con el repliegue, el convento entero fue profanado por el espíritu de la guerra. Hacia las once de la mañana la base de la cúpula, el campanario de la iglesia y toda la línea de edificación que miraba en dirección a la Plaza Mayor, era un rosario de tiradores criollos que saturaban los techos, arrodillados o semiechados en las irregularidades de la arquitectura.

Eran pasadas las once de la mañana y desde el lado norte comenzó el rumor de una tormenta, un estruendo continuo producido por decenas de cañones encendidos a

la vez. En el Retiro parecía estar consumándose un apocalipsis focal, un armagedón limitado a esa zona.

Las posiciones iniciales dentro de la Plaza Mayor y los edificios que la rodeaban habían sido mantenidos sin mayores problemas por los batallones del Regimiento 71 y el Cuerpo de la Marina Real. En las calles laterales, en cambio, no se dejaba de medir fuerzas. Era un combate corto, todavía espaciado y muy medido. Los cañones de Beresford en cada bocacalle no daban mucha oportunidad de acercamiento, aunque algunos españoles y criollos lo efectuaron a un precio demasiado alto. Los británicos, con astucia, y la experiencia que les daba haber conquistado impensadas ciudades, buscaron algunas azoteas adyacentes y desde allí contuvieron las incursiones suicidas de muchos guerrilleros españoles.

Dentro de la Fortaleza, en su despacho, William Beresford mostraba los signos lógicos de un comandante cercado, al borde del colapso militar. La tonelada de horas transcurridas y el mar infinito de órdenes y decisiones que debió impartir comenzaban su tarea destructora, desalineante.

La alfombra del viejo salón virreinal estaba sucia, costrosa de barro por las innumerables pisadas de oficiales y estrategas. Mapas sobre el moblaje y pistolas sin su funda redecoraban lo que alguna vez quiso ser exquisito. Todas las dependencias de la sede del gobierno ostentaban el desorden previo que prolonga las huidas organizadas o las defensas insensatas, esas que vierten hasta la última gota del último soldado. Un bullicio continuo de pequeña guerra entorchaba el aire y se colaba dentro de las murallas. William Beresford entraba y salía, vigilaba y gritaba. Hacía casi dos días que no dormía, y muchos más que apenas visitaba los campos de Morfeo. Estaba físicamente agotado, pero su psiquis febril, aguerrida y furiosa, lo mantenía en pie. A pesar del intenso frío, su uniforme estaba descuidado, húmedo debajo de los sobacos. Los pliegues color marfil de su chaqueta roja padecían la deshonra de un tizne hollinoso, desmoralizante para la vista.

Aquella mañana Beresford trataba de organizar un último acopio de documentos. Y para hacerlo, se desunció de sus correajes como un caballo cansado que añora un momento de tregua y distensión. Su sable envainado y el cinturón con el tahalí dormitaban sobre un sofá del despacho. Desde el ventanal que abarcaba parte de la Recova y algo de la plaza, William Beresford miraba, cada tanto, hacia afuera. Junto a él se encontraban el comandante Campbell y Dennis Pack, con los últimos partes. Diez nuevas bajas se sumaban a las cifras.

—*Cuando las naves terminen de recoger y embarcar a los heridos* —dijo Beresford a Pack— *dile a Popham que envíe a su segundo oficial para coordinar un punto de encuentro hacia el sur. Nos retiramos...* —anunció pesaroso.

—*¿A qué hora y con cuántos batallones cubrimos?* — preguntó Campbell.

–Tendremos que marchar hacia la ensenada del sur. Calculo que podremos hacerlo hacia el crepúsculo. Tenemos tiempo.

–Popham ya no volverá a tierra... –intervino Pack. La sequedad de la información exaltó a Beresford.

–¿Qué dices?

El comodoro puso vela hacia el Retiro y está bombardeando la costa... Eso que escuchas –señaló al norte–. Popham informó que si no varía el viento va a ser imposible embarcar a la tropa. Hay brisa sudeste, William, y nosotros únicamente podemos retirarnos en esa dirección.

–¿Por qué Popham no me lo comunicó personalmente? –Beresford lo agujereó con la mirada, como si Pack fuese un ícono gemelo del comodoro.

El lugarteniente tensó los labios y meneó la cabeza. No tenía la respuesta.

–Significa que estamos atrapados... –balbució Beresford y rodeó el salón pensativo.

Odiaba a Home Popham, lo despreciaba como hombre y como marino. Su falta de tino y de metodización estaban poniendo al borde del desastre lo que, por momentos, acarició la buenaventura. Beresford tomó su sable enfundado y lo apretó en su puño junto con la madeja de correas que acompañaban la empuñadura. Sus dientes rechinaron de ira.

–¡Maldito Popham! –golpeó con la vaina sobre el escritorio–.

Cada blasfemia trazó una marca sobre la madera lustrosa del mueble. Las mejillas quemantes de William Beresford le concedían un aspecto extraño a su uniforme, lo igualaban a la piel.

–¡Dennis! –lo miró.

–Lo que digas...

–Hoy vino Pío White. Me ofreció mediar un plan de armisticio y quedéen darle una respuesta. Búscalo y dile que trate de parlamentar –reaccionó Beresford–. Si es posible, que contacte a Pueyrredón. Es más confiable que ese Liniers, podrido francés testarudo. Y usted Campbell... –lo señaló– movilice cuatro secciones para reforzar las terrazas de la Recova y concentre el ejército un poco más sobre la Fortaleza.

–¿Abandonamos las posiciones del Cabildo? –preguntó Campbell.

–¿Me escuchó decir eso? –le espetó de mala manera.

En ese momento el ambiente se cortaba con un cuchillo y Beresford era el bisturí.

Al mediodía de ese 11 de agosto, mientras Beresford insultaba a su comandante de flota, éste anclaba frente al cuartel del Retiro para tratar de destruirlo. Popham preparó el navío *Justina*, de poco calado y 26 bocas de fuego, aligerándolo de tal manera que pudiese aproximarse a la costa. La zumaca inglesa *Staunch*, con diez

cañones, y el bergantín *Encounter*, con doce, también aportaron su artillería y se dedicaron a barrer el desfiladero frente a la costa. La efectividad del plan de Popham, empero, se vio reducida debido a las medidas tomadas por Liniers el día anterior. El francés esperaba ese ataque, lo supuso. Por ese motivo ordenó bajar de la goleta española *Dolores* los dos cañones de 18 libras que ésta llevaba. Los adosó a las cureñas encontradas en el cuartel tomado y los emplazó frente a la costa. Para cuando los navíos ingleses comenzaron su rabiosa represalia, Santiago de Liniers aguardaba el momento de abrir fuego. Eran apenas dos cañones, pero de grueso calibre, grandes bronce demolidores, contra varias decenas de baterías navales de poco poder. No obstante fue la naturaleza la que equilibró las cosas. El *Encounter* y la *Staunch* debían contender, además, con las ráfagas de viento y las toscas del río para no quedar encallados. Con mucho esfuerzo y pericia de maniobra, los navíos británicos pudieron aproximarse hasta la barranca, disparar y alejarse, repitiendo la táctica algunas veces con cierto éxito. El *Justina*, el mayor de los barcos, fue el que más se aventuró hacia las escasas profundidades de la costa y desde allí se sumergió en el duelo de cañones.

La gran masa de soldados hispanos apostados en el Retiro sólo pudieron mirar, contemplar el espectáculo de las baterías intercambiando hierro y humo. La borrasca del río ya no se diferenciaba de la humareda albina que flotaba entre los velámenes de los barcos. El encuentro fue salvaje y sin respiro para ninguno. Tanto en el agua como en la tierra, la tarea era ardua y peligrosa. El *Justina*, por su propia cuenta, se alejó y comenzó a barrenar las calles que ofrecían flancos sobre el río, y en las que se avistaban patrullas españolas.

A unos cien de metros río adentro, cerca del *Encounter*, dos lanchas cañoneras inglesas se movían con rapidez y sobrevolaban el oleaje como libélulas. Las pequeñas velas de las balandras contrastaban con los lienzos monumentales de los navíos mayores y los engrandecían involuntariamente.

Sin desclavar el catalejo de su ojo, Liniers ordenó:

–¡Fuego a la balandra derecha!

Sus artilleros obedecieron y movieron los dos cañones rápidamente. Hubo carga, corrección de trayectoria y disparo; todo en un minuto. Ambas piezas detonaron casi al mismo tiempo y provocaron dolor en los oídos de Liniers. Con cada nuevo disparo, las ruedas de las baterías se hundían en el barro un poco más.

–¡Blanco! –gritó uno de los servidores.

Los cañones criollos hicieron volar segmentos de madera en la lancha inglesa más cercana y sus cuatro ocupantes se cubrieron detrás de la borda. Uno cayó al agua.

–Fuera de combate... –se relamió uno de los artilleros.

Detrás de Liniers, los soldados del Retiro vitorearon satisfechos y con su festejo entorpecieron la carrera de los que llevaban pólvora y munición al pie de los obuses.

Sin embargo, los cañones costeros continuaron con poca eficacia, debido a que la altura de los desfiladeros les dificultaba la tarea. Las lonas británicas que pendían de los mástiles y baupreses recibían la mayor parte de los proyectiles, destinados al cuerpo del buque. A poco de haberse iniciado el combate, las velas inglesas mostraban su desgarró y colgaban inertes, de a pedazos. De la misma manera, los soldados de Liniers apostados en el Retiro sentían crujir sobre sus cabezas el ramaje de los árboles, atravesados meteóricamente por las balas navales extraviadas. El humo espeso colaboraba con el caos visual que allí reinaba.

–*Olvídense del bergantín y la zumaca, y apunten al navío del sur* –dijo Liniers y viró su lente unos grados al sudeste, en dirección al *Justina*.

Una nueva andanada dirigida hacia el navío, un poco más lejos, quiso dar, por azar del viento o tal vez por los augurios que habitan en todo combate, en la mesana de popa. El proyectil no infligió ningún daño al *Justina*; solamente le seccionó la vara de sostén en la cual yacía amarrada la insignia británica. La bandera del rey cayó al agua como un trapo sin vida, replegado sobre sí mismo como una mariposa que finaliza su ciclo vital. Todos lo vieron y Liniers sonrió.

El francés observó con su lente la nave, sumergida en un extraño silencio, y vio lo inaudito. Miró con sus propias retinas y confirmó lo inesperado.

–*¡Varadura! ¡Navío encallado!* –aulló a su tropa.

Distante unos trescientos cincuenta metros, el barco había quedado varado en seco, sorprendido por una súbita bajamar del río. En el Retiro cundió el desorden y los oficiales de Liniers trataron de organizar un ataque oportunista; una ofensiva inesperada que la suerte y el mal tiempo les obsequiaron.

–*¡Continúen el fuego hacia las otras naves!* –contraordenó Liniers.

Desde el cuartel, y sin que mediara orden suya, una horda a caballo comandada por el mismo Pueyrredón, se abalanzó hacia el barco inglés para tomarlo por asalto. Trepidaron por la ribera, mosquetes en mano, hasta el *Justina*, semihundido en apenas un metro de agua. A partir de allí, Liniers repartió su atención entre las naves frente a la costa y el navío encallado, difumado detrás de sus propios disparos defensivos.

La lucha fue corta y desesperada. Algunos caballos fueron literalmente barridos por las bocas de fuego de estribor de la nave, detonadas antes de la rendición. Por fortuna de los marinos ingleses, su decisión de no presentar más resistencia ahorró un tinte rojizo al reflujó del Plata.

Las calles de *la brecha*, de ese trazo ingobernado de la ciudad que discurría norte-sur, se hallaban desoladas y fétidas. El hedor pertenecía a la resaca gaseosa e invisible de mucha pólvora negra quemada en los últimos dos días. La desolación correspondía a la muerte, que se paseaba dueña de todo y parecía saludar en cualquier esquina.

La música ininterrumpida de disparos aquí y allá ponía un telón de fondo al devastado clima de la capital. Escombros, restos de ropas y vidrios rotos adornaban las aceras en donde horas atrás se cruzaron partidas enemigas. Eran las cinco y media de la tarde y ya había finalizado la escaramuza de la costa.

La medialuz envilecía aún más el paisaje urbano, y muy pocos se aventuraban por su insegura realidad. Santiago De Garaz era uno de ellos. Había estado en el Retiro observando todo, comiendo y limpiando sus armas. Permaneció allí dos horas y se entretuvo con la mefítica contemplación de los nueve británicos aniquilados en la toma del cuartel, el día anterior, y los treinta y dos muertos en la excursión de Beresford. Solamente ocho heridos sobrevivieron a ese contraataque y fueron curados con poco empeño.

Los cadáveres ingleses se hallaban uno al lado de otro, de cara al cielo sobre un declive de la barranca; como mala carne, como despojos de bestias que deben tolerarse. Los uniformes del 71 ya no eran tales, sino jirones confusos, ennegrecidos por la sangre seca. Los cuerpos de los británicos evidenciaban lo encarnizada que había sido la lucha. Hendiduras de bayonetas y orificios ridículos, degradantes, mostraban la intimidad de los músculos. Santiago había visto como los despojos comenzaban a cambiar de color.

De los veintitantos tripulantes del *Justina*, sólo permanecieron con vida algo más de una decena, amarrados y custodiados en una dependencia de los almacenes militares. El joven De Garaz escudriñó sus caras. Ya no parecían los soldados seguros que él había conocido. Parecían reses antes del destripe, temerosos de ser utilizados como rehenes, o escudo humano para la toma final del Fuerte.

Cuando decidió regresar a La Merced, procuró sortear las calles en las que su instinto le marcaba peligro. Tenía la boca y la barbilla negras, tiznosas por las incontables mordidas de cartuchos que disparó durante la noche y esa tarde del día 11.

Caminó las últimas tres calles hasta el convento parándose en cada esquina, con el dedo índice tenso sobre el gatillo. El 71 ya no montaba guardia cerca de la iglesia, pero la zona estaba fuertemente patrullada. La Merced parecía un islote a orillas de una playa enemiga, y para ingresar debía hacerlo por el túnel del río y con cuidado. Al igual que una marea, las avanzadas británicas se alejaban y volvían al cinturón de dominio cerca de la plaza. Santiago, con su destreza aguzada como la de un animal, aprovechó uno de esos reflujos para meterse en su guarida sin ser visto.

La oscuridad más abyecta era la única realidad indiscutible. El resto, estaba por decidirse. No había en todo Buenos Aires un solo farol de vela encendido ni tampoco quien lo prendiese. Esa noche iba a ser *la noche*, y en el transcurso de sus horas dos ejércitos iban a colisionar. Se iba a representar la síntesis de los errores cometidos y de los acierto; de todo el valor derramado y de la sangre vertida y aún por verter.

William Beresford se preparó para recibirla, como se espera a la mujer amada y decirle adiós, para arrancarla de la propia vida y apartarla para siempre. Con esa misma contradicción de espíritu, el general inglés aguardaba el ataque desde las calles que daban al norte de sus posiciones. Durante su breve gobierno aprendió a amar a Buenos Aires. Amó su respiración y su atmósfera, su virgen inquietud. Ahora todo estaba perdido y a punto de ser arrasado hasta los cimientos.

Ubicado en el despacho virreinal por última vez antes del encuentro, se dedicó a pensar en algunas cuestiones. Ignoraba el plan de ataque del jefe reconquistador. No sospechaba que recién al día siguiente, a partir del mediodía, Liniers iba a lanzarse sobre la Plaza Mayor, sin reparar en costos de vidas o recursos. Beresford había evaluado la cuestión en términos tácticos; suponía que la ofensiva iba a consumarse durante esa madrugada y se preparó en consecuencia. Ordenó a sus oficiales abandonar la Fortaleza e ir a la plaza. Sólo algunas secciones de marinería quedaron dentro, con los cañones cargados y pertrechados, para el caso de que tuviesen que recular a intramuros durante la batalla.

Dentro de la sede se veían con claridad las luces de la armada de Popham, río adentro. Los castillos de popa iluminados y las linternas del arbolaje semejaban luciérnagas en medio de la nada inmensa. La Plaza mayor, en cambio, no se dejaba distinguir. Beresford adivinaba el manto de armas y hombres parapetados en cada rincón, pero la ausencia de luna ocultaba cualquier fisonomía edilicia. Mientras sus órdenes eran cumplidas, se propuso organizar papeles y proteger la correspondencia para conservar su integridad, pero reconoció, en la previsión, el síntoma de la derrota.

—*¡No entrarán!* —rabió.

En la quietud del recinto sintió el arrebato de escribir unas líneas a su prima Louise, quizá la última evidencia de amor. Observó a su alrededor con ambigüedad; todo aquello era propiedad de Inglaterra y no aceptaba la idea de entregarlo. Remontó la cuesta de su memoria, y a sus treinta y siete años tenía la suficiente experiencia militar como para adivinar lo que venía. Era el segundo asedio militar que enfrentaba desde el lado defensivo. Muchas veces fue él el sitiador, el acechador de confines. En Córcega capturó Torre Martello, San Florencio, Calvi. Y esas experiencias le susurraban ahora lo que debía esperar en cualquier momento.

Su primera defensa había sido con grado de capitán, en 1793, en Francia, trece años atrás, y lo recordaba claramente. Le habían ordenado proteger el arsenal naval de Equillette, en el que había sido frente a dos batallones del Regimiento 69 de la Infantería Real. Su enemigo, el general Dugommier, francés y republicano, mantuvo tenazmente el cerco sobre las fuerzas de Beresford, acantonado allí. Fueron dos jornadas terribles, hasta el 18 de diciembre, día en que Dugommier venció.

La imagen nocturna de treinta y cuatro buques incendiados en la rada pasó por su mente como una saeta. Aquella vez, las tropas inglesas derrotadas prendieron fuego

a toda la villa y a las naves fondeadas en el puerto. Destruyeron todo lo que no pudieron arrastrar en la retirada. William Beresford era un simple oficial que sólo comandaba a unos cientos de soldados y obedecía órdenes, pero el recuerdo le sirvió. Se prometió a sí mismo no caer en la tentación de destruir a Buenos Aires por el simple hecho de no poder poseerla. Amaba a la prostituta, pero no hasta esa asfixia destructiva. No deseaba verla carcomida y decadente.

–*Dugommier... Liniers... ¡Perros!* –los comparó, y una risa cínica le sacudió el cuerpo. En realidad respetaba a ambos.

Fijó la vista en la luz titilante del farol de aceite, que irradiaba un brillo tan pesimista como sus pensamientos. El murmullo dentro de la Fortaleza decrecía y unos pocos ultimaban detalles antes de abandonarla.

En sus preparativos, faltaba solamente un detalle. William Beresford elevó la diestra, acostumbrada a la operación, y realizó un acto mecánico e íntimo. Hundió su dedo índice sobre el párpado de su ojo izquierdo y apretó con fuerza, con la precisión de un lisiado cuando vence su infortunio. La gema de vidrio de su ojo vacío emergió despacio, lentamente, como un diamante nacido de entre los tejidos. De inmediato, el rostro y toda su expresión adquirió una armonía resentida, como si Beresford se desdoblase en otro ser. Su facción se trocó en hostil, en la de un hombre dispuesto para la lucha. De un bolsillo de su casaca extrajo un exquisito pañuelo de seda, delicado y sagrado para él., y se lo llevó a la conjunción de la boca. Trató de aspirar el último vestigio de aroma original que su prima Louise pudo haber dejado en él. Las iniciales LB cobraron nuevamente intensidad en el bordado de la prenda. Pero ya no olía sino a sudor militar y, tal vez, a olvido. Envolvió en él el ojo celeste y lo resguardó entre la seguridad de sus ropas. Luego, un golpe en la puerta lo devolvió al presente:

–*Pase...* –autorizó.

George Kenneth ingresó con una marcialidad distendida. Llevaba el uniforme minucioso y puesto el morrión con el barboquejo ajustado sobre el mentón. El penacho en su cabeza, enhiesto y prolijo. Evidenciaba un estado de ánimo resuelto. Los viejos amigos apenas cruzaron una mirada, pero Kenneth fue el que más rehuyó.

–*Te escucho...* –dijo Beresford con calma.

–*Ya fueron revisados los caminos al sur. Están regulares, pero marchables. Hasta el puente de Galvez no va a haber problemas...*

–*¿Y el puente?*

–*Semidestruido, pero mis pontoneros estuvieron trabajando el viernes y el sábado, como ordenaste.*

–*Bien...* –Beresford lo miró. No dijo nada más y un silencio oprimente se instaló entre ambos. Hubo miradas acusatorias e indulgentes a la vez.

–*William... Nadie quiso esto* –balbució Kenneth.

–¿A qué te refieres?

–A todo. A esta maldita situación que atravesamos y a la corte marcial que me pedirás en Londres.

–Aún no lo he resuelto. Y en cuanto a esto –Beresford extendió los brazos–, tú fuiste uno de los que votó por la idea de Popham de mantenerse en el Fuerte –le recordó.

Kenneth lo taladró con una mirada sarcástica y permaneció callado. Necesitaba mantenerse cerca de Sophie Brouage, y estaba seguro de que él lo sabía, que intuía esa necesidad.

–La has vuelto a ver... ¿No es así? –lo inquirió Beresford.

Kenneth dijo que sí en silencio.

–Ya no importa... –dijo Beresford con un resto de cansancio que se desgajó de su boca.

–¡A ti no te importa! –exclamó Kenneth–. Pero yo arrojaría lejos este uniforme y ocuparía un lugar en esta parte del mapa. Quiero detenerme en algún lugar, ¿sabes? Ayer fue Sudáfrica, hoy Buenos Aires... ¿Mañana qué? ¿Borneo? ¿La India?

–Somos soldados, para esto nos pagan, para esto nacimos, George. Te conozco bien y lo único que veo ahora es a un veterano encerrado en un laberinto.

–La amo.

–Vete del ejército, entonces...

–Tal vez lo haga, William... Tal vez. Si salimos de ésta

Beresford comprendió el sentimiento de su amigo, a pesar de la sanción que dispondría para él más adelante. Lo había desobedecido e iba a responder por ello, pero el afecto, finalmente todo lo subsanaba.

–Trabaja a mi lado durante el encuentro. No te me despegues –le ordenó.

–Como siempre –sonrió Kenneth.

El capitán era su asistente de campaña, su edecán de batalla. Además, juntos en medio de la acción, sincronizaban como si fuesen una misma persona. Con Dennis Pack, el Jefe de Campo, conformaban un tríptico perfecto y combatían como una maquinaria imponderable y audaz.

–Ten cuidado... – le pidió Kenneth.

Beresford asintió y estrecho la mano enguantada de su camarada. El vínculo añoso seguía en pie, más allá de equívocos y pasiones. Y aun más allá de las reglas militares.

Buenos Aires, martes 12 de agosto de 1806 - La sangrienta batalla final y la rendición de Beresford.

La noche pasó sin que la batalla tomase cuerpo, aunque los toques de generala sacudieron la madrugada varias veces. Tres disparos de cañón sucesivos indicaban un ataque, un movimiento peligroso, y en el término de seis horas, Liniers dio la alarma en tres oportunidades desde el Retiro, que resultaron falsas. La tensión y el temor de una jugada sorpresiva por parte de Beresford también mantuvieron insomne a Liniers.

El clima gélido, de una crudeza polar a las siete de la mañana, no impidió que el convento se estuviese ahogando en una marea de gente inquieta. La totalidad de los frailes caminaban por doquier, dando indicaciones o cargando elementos para la lucha, pues en algunas calles había combates con acciones precarias, a la espera del avance de Liniers. Cada tanto, un cañón británico disparaba desde alguna bocacalle, y algún silbato de oficial sonaba estridente. Pero era claro que la batalla final aguardaba.

Cuatro artilleros españoles eran ayudados por negros de La Merced y fray Machado, que mediante poleas y arneses izaban a la parte alta del edificio tres falconetes y un cañón de 6 libras.

Observar a los soldados del viejo Regimiento de Artilleros Reales dentro del convento fue para Santiago un signo de victoria. Se hallaban tan sólo a doscientos metros de las guarniciones británicas y estaban ejecutando los planos dibujados por el irlandés O'Brien. Antes de marcharse a Perdriel, Seamus realizó un sinnúmero de croquis para colocar baterías en los puntos menos vulnerables y con mayor daño para el enemigo.

Los pantalones color marfil y las casacas rojas ornadas con una doble fila de botones dorados, asombraban por su contraste. El hábito de los frailes, en cambio, desentonaba con la estética militar que se apoderó del lugar. Cada hombre llevaba un arma larga y las mujeres cargaban cajas o atendían heridos.

Subido a la terraza más alta de la Recova, sobre el arco mayor, William Beresford estudiaba el paraje con precisión matemática. Desde allí dirigía la lente del largavista hacia los campanarios más próximos: San Francisco, La Merced, Santo Domingo y San Ignacio, distantes a por lo menos ciento cincuenta metros de allí, o más. En las torres se adivinaban formas enemigas, líneas grises que sobresalían de las estructuras como brazos extendidos. Beresford reguló la lente y supo que esas líneas tenían forma concreta: enfocó fusiles y, en menor medida, piezas de artillería livianas.

Toda la plaza y sus adyacencias estaban rodeadas, aunque eran pocos y pobres los intentos de algunas patrullas españolas que procuraban adelantarse a la estrategia grande. Liniers, en cambio, esperaba. Era endiabladamente astuto.

En las ocho bocas de acceso a la Plaza Mayor, desde el Cabildo hasta el Fuerte, las secciones del 71 abrían fuego cada vez que una partida enemiga arriesgaba un intercambio en la calle. Los obuses ingleses de 12 y 16 libras eran cargados, por el momento, con bala rasa, de mayor alcance pero de escasa efectividad a poca distancia. Una niebla caliente, nacida de las armas, flotaba en el aire, pero aún se batallaba con cierta frialdad, sin desplazamientos de hombres o máquinas.

Beresford registraba todo cuanto ocurría y procuraba discernir, a partir de ello, las horas siguientes. Fue claro para el inglés que Liniers era como el Ulises homérico; sabía aguardar y el tiempo no le importaba.

—*¿Qué hora es, George?* —preguntó al capitán Kenneth.

El edecán estaba tenso, con un aplomo ficticio. Kenneth metió la mano en su dormán y extrajo un rústico reloj de plata que apenas miró:

—*Ocho y veinticinco... No creo que tarden mucho en atacar* —aventuró.

Minutos más tarde, el comandante Campbell percibió un movimiento repentino de su propia tropa, una concentración de fusiles apuntando hacia el norte y Beresford torció la cabeza en esa dirección. Una columna de medio centenar de miñones catalanes comenzaba a ubicarse en cada resquicio de protección que daba la calle San Martín, la que desembocaba a mitad de la plaza. La Recova seguía esa misma línea y por ello Beresford alcanzó a ver a los atacantes y estimar su número.

—*Comienza, William... Comienza* —profetizó Kenneth.

El clima prenunciaba lluvia y la borrasca no colaboraba con el esfuerzo mental que estaba haciendo Kenneth por concentrarse en su oficio.

Beresford asomó medio cuerpo sobre la balaustrada de la Recova y se desgañitó la voz en una orden lanzada hacia abajo:

—*¡Mayor Foley! ¡Avance! ¡Salga del perímetro y repliegue a esa columna!* — señaló a los Miñones.

Thomas Foley montaba guardia sobre la esquina de San Martín de Tours con tres secciones de escoceses, y la orden de Beresford lo alteró. Todo su cuerpo se alistó para el contraataque.

—*Secciones segunda y cuarta... ¡En columna!* —dispuso—. *¡Capitán Lynch! ¡A mí, con tres tenientes! ¡Preparen bayonetas!* —ordenó. Iba a haber combate cuerpo a cuerpo.

Dispuesto a salir, Foley se adelantó hasta los cañones que apuntaban hacia la bocacalle e hizo demorar los disparos. Su sable silbó al salir de la vaina y con el puño izquierdo desenfundó su *Betland* de la pistolera. Ajustó el correa de la espada alrededor de la muñeca para no perderla durante la lucha y poder utilizar ambas manos en la recarga del pistolón.

Los miñones comenzaban a ubicarse a menos de una calle y Foley preparó el silbato a la espera del momento oportuno para lanzar a sus hombres. Era un pequeño

instrumento de cobre, alargado, con el escudo de Gran Bretaña, y cuyo sonido era bien conocido por todos. En combate, su aguda estridencia superaba al bramido de los disparos. Con el sable en alto y quieto, Foley le indicó calma a la tropa. Nadie debía avanzar, a pesar de que algunos plomos de fusil comenzaban a salpicar el aire. Hasta que llegó el momento:

–*¡Fuego!* –gritó Foley.

Líneas incandescentes brotaron de las bocas enormes de los obuses, y los pulmones del mayor enloquecieron al silbato. A lo lejos, algunos catalanes fueron empujados como títeres por la descarga y permanecieron en el suelo, heridos de muerte.

–*¡Paso vivo!* –indicó el mayor.

Acompañó la orden con una bajada de sable y ambas secciones comenzaron a salir de la plaza. Fue como salir del vientre materno y saltar a un río helado; así lo sintieron. Eran más de sesenta y el rumor que produjeron cuando transpusieron su propia barricada dominó la calle.

El aire tubular de San Martín de Tours se conmovió con el infernal intercambio de fusiles que unos y otros se propinaron sin pausa. Con más eficacia, los británicos obligaron a los catalanes a desandar la calle hasta más allá de La Merced, aunque muchos quedaron sobre el empedrado por retroceder sin táctica ni organización.

Thomas Foley tenía orden de replegarlos, pero el calor de la contienda lo llevó a querer ganar espacio, a ir por más territorio hostil.

–*¡Al atrio de La Merced!* –señaló con su pistolón.

Foley permaneció de pie y dejó pasar a los hombres de ambas secciones para que tomasen posición en la plazuela del templo.

–*¡Teniente Sampson! ¡Dos piquetes en la esquina, frente a la iglesia!* –indicó.

Sampson cumplió la orden y reunió a tres decenas de cazadores que formaron en escalón y siguieron disparando sin intervalos. Los Miñones, parapetados en la esquina siguiente, apenas podían mantenerse allí. La pequeña primera batalla se estaba dirimiendo en apenas doscientos metros y en una misma calzada. Foley recorrió con la vista la calle dejada a sus espaldas y observó a cinco de los suyos, comandados por el teniente Murray, reconociendo a los Miñones heridos de los muertos.

–*No pierdan el tiempo... ¡A La Merced!* –los reprendió, pero el teniente Murray le hizo una seña y Foley retrocedió media calle.

Comenzaron a revisar el estado de algunos españoles que, al parecer, llevaban granadas de mecha que podían ser de gran utilidad. Un escocés movió a un Miñón con su bota y vio que el herido se hallaba boca abajo. Respiraba su propia sangre y un temblor agónico le sacudía el cuerpo.

–*¡Mátelo de una vez!* –le ordenó Murray al soldado.

Pero como una víbora impredecible, con un movimiento veloz y sorpresivo, el catalán moribundo rodó sobre sí mismo y descargó el cañón de su pistola en medio del pecho británico. El tiro fue perfecto, inclemente, y el cazador cayó de espaldas sobre su mochila. El fusil resbaló de sus manos y rebotó contra el adoquín como un juguete descuidado.

El mayor Foley, no muy lejos, presenció el episodio y maldijo a su hombre por haberse dejado matar. Y su reacción no se hizo esperar.

–*¡Sin prisioneros!* –ordenó a los que revisaban a los caídos.

El mismo Foley se abalanzó sobre el Miñón, que lo miraba aterrorizado, imposibilitado para recargar sus armas. El inglés percibió en sus ojos la expresión de quien espera la muerte y nada puede hacer para evitarla. El español tenía el tórax abierto por la metralla y el rostro veteado de gotas rojas.

–*¡Perro sucio!* –gritó Foley, e hizo penetrar su sable en la grieta del pecho. La hoja se perdió en los adentros de la carne, pero la dureza de un metal chocó contra su espada. Un fragmento de metralla inglesa reposaba en el interior del Miñón.

El catalán lanzó un grito profundo, más de odio que de dolor, y Foley empujó el filo con más fuerza. Luego alineó su pistolón sobre el rostro del enemigo.

–*No grites más, cobarde...* –lo maldijo, antes de borrarle la expresión de un disparo.

Algunos cazadores, guiados por Murray, cumplían con el resto de los enemigos a punta de bayoneta. Un leve movimiento de piernas o un estertor involuntario bastaba para consumir el ritual de gracia. En la Plaza Mayor, Beresford acompañó con la vista a Foley por encima del tendal de hombres que sucumbieron en el intento. El atrio de La Merced era, nuevamente, una posición inglesa.

Dentro del convento, todos los que poseían un arma fueron a las terrazas que bordeaban el edificio y buscaron allí un punto que sirviese de defensa. Desde la calle, las explosiones y los gritos de los soldados propios y extranjeros llegaban con una nitidez sobrecogedora. El murmullo de escaramuza se agigantó hasta adquirir el status de combate real.

Santiago De Garaz había subido a observar el Fuerte desde el campanario y allí lo sorprendió el ataque de los Miñones y la contraofensiva de Foley. En esa altura superior, junto a las campanas, alcanzó a ver a los francotiradores ingleses, ocultos en el tejado de la Casa Episcopal, a unos cien metros en dirección a la plaza. Debajo de él, unos cuarenta británicos tomaban posiciones en la puerta de la iglesia, con la aparente intención de penetrarla. Santiago gritó hacia el interior del convento y aulló lo más que pudo.

–*¡Van a entrar al templo! ¡Banegas! ¡Mande gente al presbiterio, tranquilen las puertas!* –dio la alarma.

Un gesto del sacerdote le corroboró que fue escuchado y, de inmediato, tres frailes y otros ocho hombres, todos armados, se perdieron por la puerta lateral de acceso al santuario. La casa de Dios iba a ser campo de lucha.

Desde su escondite, el joven De Garaz observó a una quincena de soldados propios, del Batallón de Artillería, que reptaban por la techumbre de la iglesia buscando su punto mejor.

Los soldados de Foley vigilaban en todas direcciones, incluso hacia arriba, pues se sabían en un eventual fuego cruzado, y el lugar en el que estaban no ofrecía muchos reparos.

Un esclavo abarricado al pie del campanario fue el primero en asomar el cuerpo y disparar hacia abajo. A esa detonación le siguió una lluvia de explosiones contra el atrio, infestado de escoceses. Tres cayeron y fueron arrastrados por sus compañeros a la antesala del templo. La puerta transversa que precede al interior se convirtió en único refugio salvador.

Santiago presenció el desorden con placer y eligió una chaqueta roja para dirigir el disparo de su tromblón. Un suboficial inglés comenzó a dar alaridos, procurando dirigir su tropa, y eso lo distinguió del resto.

–*Inside! Go!* –les ordenaba ingresar a la antenave.

De Garaz preparó el arma y se arrellanó en la cornisa para ultimar a ése, al vociferador que parecía un desequilibrado. Contempló el pavor en su cara, lo podía ver bien desde allí arriba. Luego abrió fuego y la violencia del disparo lo ensordecía.

El escogido para morir se encorvó con un espasmo y fue desplazado un metro y medio del lugar en que estaba. La contundencia del tromblón le boqueteó el plexo, y el vientre desgarrado pintó de escarlata el embaldosado de la plazuela. Varios cazadores trataron de ponerlo a cubierto, junto a otros dos compañeros heridos, pero también cayeron víctimas de las descargas que se turnaban desde el techo de la iglesia. Estaban siendo aniquilados.

La sección del 71 que combatía en la esquina cercana comenzó a defender a los infortunados y a dirigir su fuego hacia la altura de los muros. Las paredes externas del convento comenzaron a llenarse de su propio polvo, de partículas de ladrillo y revoque, deshechos por la balacera británica. El campanario repiqueteó con sonidos distintos sobre la cabeza de Santiago, oculto en la casamata de la torre. La avanzada inglesa debió enfrentar a enemigos difíciles, invisibles la mayor parte del tiempo y bien surtidos de armas.

Los techos de muchas casas, alrededor de La Merced, adhirieron a la incursión de los Miñones, y los invasores sintieron que la ciudad completa los atacaba. La situación de Foley se transformó en una defensa cuando debió ser un contraataque.

Fray Banegas, el padre Merlo y un hermano de nombre Guernica, seguidos por tres soldados de artillería y cinco voluntarios, formaron a tres metros de la entrada y

apuntaron sus tercerolas y arcabuces a la espera de la violación británica. Un madero inexpugnable trancaba el portón de algarrobo, pero era evidente que el terror de los ingleses atrapados entre el atrio y la entrada podía desencadenar cualquier tentativa. Los ocho fusiles se mantuvieron tiesos, con las bocas abiertas aguardando algún golpe que indicase que el templo estaba siendo profanado. Los frailes se sintieron extraños, herejes de sí mismos, portando armas allí dentro, en donde de común oraban y celebraban misa. Pero no por ello estaban menos dispuestos a guerrear frente al mismo sagrario si eran obligados.

Desde la Recova, Beresford seguía los sucesos junto a Pack y al capitán Kenneth. Toda la guarnición estaba en vilo por la suerte de Foley y sus secciones.

–*Hay que ordenar fuego de obuses al templo, William...* –opinó Pack.

–*Hazlo, entonces* –Beresford no lo dudó más.

La observancia de su promesa de no agredir los sitios consagrados se estaba tornando absurda y peligrosa. Dennis Pack bajó la orden al capitán Olgilvie.

–*¡Olgilvie! ¡Fuego a las iglesias! ¡A discreción!* –su grito cruzó el aire.

James Frederick Olgilvie, capitán de artillería, acató feliz e instruyó a los cuatro cañoneros que cubrían el flanco norte, en dirección a La Merced.

–*¡Obuses con bala rasa! ¡Al templo!*

Las baterías ubicadas debajo de la Recova y la artillería menos acordonada en sus azoteas, rompieron la veda de fuego contra La Merced y lo lograron con suerte diversa. La escena se tornó cruenta y ya no se distinguió nada que no fuese el humo denso y cegador. Cálculo, tiro y error fueron las herramientas que consiguieron, poco a poco, menguar la respuesta criolla. La mampostería dañada en el edificio de la iglesia les otorgó a los británicos la posibilidad de apreciar su trabajo. Las paredes y la fachada del templo comenzaron a tullirse grotescamente y sus escombros cayeron al atrio, en donde la sangre inglesa y el ladrillo indiano se mezclaron.

Como pudieron, los tiradores de La Merced se acurrucaron detrás de la estructura, a la espera de que arreciara el bombardeo. Los más habilidosos, o los más asustados, desandaron las alturas arrastrándose por huecos y canaletas, sintiendo la brisa de balas perdidas sobre sus espaldas.

La estrategia sugerida por Pack permitió a Thomas Foley reordenar a sus hombres y abandonar el mal escondite del atrio. Fueron reculando metro a metro para retorar a la plaza. La incursión había dado resultado pero con un costo en vidas muy elevado, mucho más de las que estaba dispuesto a perder. Una vez más, la Plaza Mayor fue el verdadero hogar, el único Campo Elíseo que los podía cobijar.

El Retiro y las dos primeras calles que lo circundaban eran la comarca indiscutida de Liniers. En realidad, todo Buenos Aires lo era, a excepción de la Plaza Mayor. Las armas estaban listas y los hombres mucho más, y por ello el combate que se desencadenó en La Merced, ocho calles al sur, alteró a todos. Aún faltaban más de

tres horas para iniciar el verdadero ataque, pero ya se estaba batallando con ferocidad insospechada.

–*¿Por qué están atacando los Miñones?!* –Liniers le gritó al brigadier De la Quintana, su edecán, como si éste fuese el instigador de la desobediencia.

El francés lanzó bocanadas de insultos y hundió su bota en el barro con una cox impotente. El plan, cuidadosamente estudiado, se estaba desbaratando y los Miñones eran los responsables. De la Quintana se encogió de hombros y lanzó la blasfemia obligada.

Liniers reprimió los ánimos de los distintos cuerpos a su mando, los cuales comenzaron a pedir autorización para atacar. La desobediencia amenazaba con expandirse. La ansiedad estaba consumiéndose a toda la tropa regular, pero ésta sufría, en efecto, el rigor de la regla y la imposición de Liniers. En cambio, para los advenedizos, para la masa uniforme que buscaba liberar y liberarse, tres horas de espera resultaba ser mucho tiempo cuando del otro lado sonaban los cañones.

La partida de Foley finalmente se replegó y con ellos se llevaron sus heridos y cadáveres; no abandonaron siquiera los despojos. En la refriega, un único español fue abatido en La Merced por un proyectil de falconete inglés disparado desde la Casa Episcopal.

Durante la pequeña tregua que siguió al retroceso de Foley, dentro del convento terminaron de izar los cañones y los emplazaron: una pieza de 6 libras al pie del campanario y tres falconetes sobre la muralla sur, directamente hacia la Plaza Mayor.

La entrada principal de La Merced comenzó a recibir más Miñones heridos, traídos a grupa de compañeros o arrastrados con torpeza. La cuestión era salir de la calle, escenario peligroso. Los tiradores ingleses hacían gala de precisión, de un perfecto conocimiento del oficio, y los catalanes de Montevideo alcanzados por las balas así lo confirmaban.

No muy lejos de allí, en el extremo oeste de la Plaza Mayor, los fusileros del 71 permanecían atentos a eventuales movimientos criollos. La inminencia del ataque ya se olía, penetraba en las narices a través del humo disuelto en el aire. Uno de los puntos ingleses fortificados era el Cabildo. El edificio constaba de un primer y único piso alto, con un largo balcón al frente, además de la torre y su reloj. Esa arquitectura les obsequiaba a los británicos el privilegio táctico de ver a la distancia. Treinta tiradores a las órdenes del capitán Thomas Pococke fueron destinados a ese punto, desde el cual también dominaban la Recova en todo su ancho. Los soldados de Pococke podían ver con claridad a Beresford dirigiendo la batalla sobre el monumental arco central, ornado de pilastras de estilo toscano, que se erizaban al cielo.

El puente levadizo de la Fortaleza, a unos setenta metros detrás de Beresford, permanecía bajo, abierto como lugar de aprovisionamiento, de protección y, en el último de los casos, de indeseado refugio.

La embestida del mayor Foley pudo contener el primer ataque organizado, pero sus efectos sobrevivieron por poco tiempo. En la esquina del Cabildo un silbato de inconfundible tono inglés sonó y se mezcló con las órdenes gritadas en todas direcciones. Una formación enemiga surgió repentinamente al fondo de la calle Santísima Trinidad, y para contenerla iba a ser necesaria una respuesta eficaz, escalonada de tal manera que no hubiese pausas en los disparos.

–*¡Preparados para fuego triangular!* –gritó Pococke desde los balcones del Cabildo.

Dos casas con pisos altos eran vecinas del lugar: la residencia de Urioste y los altos de Riglos. Y en sus techos aguardaban agazapados los terceroleros británicos del cuerpo de Dragones Reales. Abajo, en la calle, el teniente McDonald, de la Real Artillería Británica, dirigía un cañón de 18 libras ubicado en esa misma esquina.

A casi trescientos metros se aproximaba una columna amorfa que abarcaba todo el ancho de la calzada, moviéndose con desorden, pero con una decisión preocupante. Se acercaban como si en el punto contrario no los estuviese esperando una boca negra con fuego y hierro para sus entrañas.

–*Servidores y artilleros... ¡Listos!* –McDonald previno a sus hombres para la acción. La calle estaba apunto de convertirse en un matadero.

Toda la autoridad ejercida por el jefe de los españoles no alcanzó para detener a sus soldados. Las órdenes y maldiciones de Liniers ejercieron potestad tan sólo sobre una porción escasa de su ejército. El resto desoyó la voz que les exigía permanecer quietos hasta la hora señalada. La partida de Miñones derrotados pidió auxilio al Retiro y eso exacerbó los ánimos, corrompió la vigilia. Eran las nueve de la mañana y, sin pensarlo mucho, un grupo comandado por Felipe de Sentenach salió a la lucha y no se detuvo hasta hallarla. Con bandera blanca y bermellón a la cabeza, Sentenach dirigió a sus hombres por la calle San José que desembocaba detrás del Cabildo, en donde McDonald los aguardaba para barrerlos. Era la misma calle en la cual, dos días atrás, Beresford mordió el polvo al tratar de salvar a los cercados en el Retiro.

En el cuartel general, Liniers lanzó amenazas para detener a los indisciplinados. Convirtió su boca en un rosario de insultos e injurias que brotaron en español y en francés. Aborreció a Sentenach en ese momento y lo expresó sin cuidado. De todos modos, el esquema ya había sido alterado sin remedio., pues detrás de la fuerza del catalán se encolumnó un río de voluntarios sin pertenencia militar y tras éstos, la jauría ávida del Manco Mordeille.

El filibustero estaba a las órdenes directas de Santiago de Liniers, pero le restó importancia al asunto; prefirió la insubordinación y lanzarse por las calles. Hilarión de

la Quintana intentó detenerlo en tres oportunidades que resultaron infructuosas. Santiago de Liniers se encontró así, superado por las circunstancias. No tenía ya ningún sentido demorar el asalto y fraccionar el poderío en ataques alternados. Sabía que la solidez del conjunto resulta siempre más efectiva.

–*¡Toquen generala!* –le ordenó al bedel de artillería–. *Saldremos con la milicia voluntaria de Montevideo* –le espetó a Hilarión–. *Que Gutiérrez de la Concha permanezca aquí como reserva... ¡Preparen el tren volante!* –pidió cañones.

Ése sería, principalmente, un duelo de baterías, una batalla de armas gruesas, aunque las columnas que avanzaron sin autorización prescindieron de ese detalle, para su infausta desgracia. Hubo, sin embargo, en ese osado avance por San José, una cierta obediencia al orden primigenio. A la altura de Santa Lucía, a sólo cuatro calles de la plaza, los grupos se dividieron y penetraron por distintas arterias, conforme al plan táctico; si es que había táctica alguna en el sinnúmero de vecinos que se confundieron con los soldados.

La calle San Martín, que conducía a La Merced y al centro mismo de la Plaza Mayor, fue dejada libre para que Liniers avanzara con la tropa reclutada en Montevideo. En esos instantes combatían allí los Miñones y oraban por más refuerzos que los salvaran de la masacre que estaban padeciendo.

Después de dividirse, los españoles de Sentenach continuaron Marchando por San José unos cien metros más y realizaron un rodeo para tratar de atacar el edificio del Cabildo por detrás. No sospecharon que si lograban penetrar el cerco de la plaza por las calles libres se cumpliría así la trampa tendida por Beresford: fuego cruzado desde la Recova, el atrio de la Catedral y los altos del Cabildo. Dennis Pack aguardaba a cubierto debajo de la Recova con quinientos infantes, buscando la victoria como el que más, con la misma rabia que el más rabioso de los criollos.

Por su parte, el Manco Mordeille condujo a doscientos corsarios por la calle Santísima Trinidad, para intentar ingresar a la plaza por una de sus esquinas. Los piratas del Manco eran fácilmente identificables, notorios. Muchos de ellos estaban mutilados por batallas anteriores, no registradas en los libros. Contrahechos por abordajes en alta mar y por haber vivido inmersos en el pillaje marino durante años.

Jean Baptiste Raymond, un francés cofrade y viejo compañero de Mordeille, comandaba un grupo en el que, de manera extravagante, abundaban los tuertos. A algunos de ellos el parche oscuro, o la falta de dedos, o un pie sustituido por un muñón de cuero crudo, les confería un aspecto bestial. Llevaban armamento naval, tal vez impropio para esa acometida, pero era al que estaban habituados. Sobre las casacas corsarias de color azul, a veces verdes, les cruzaba una bandolera de cuero ancho y gran hebilla, de la cual pendía el sable. Usaban alfanjes gruesos y de poca longitud, con una guarnición de bronce que les recubría todo el puño. Pistolas de mucho calibre y sables marinos eran su estado seguro, su manera de tejer la batalla.

Algunos portaban mosquetes terciados en la espalda, pero lo hacían como un lujo sibarita, quizás por excentricidad, o porque Liniers los obligaba.

A menos de tres calles del Cabildo, Mordeille comenzó lo previsto: *avanzar hasta el umbral de la formación inglesa y tratar de superarla*. Los dientes del francés mordían un silbato estrafalario y picudo, hecho de hueso, que desprendía un sonido extraño, un graznido obsceno. Con él pensaba dirigir el combate.

Mordeille gritó hacia atrás:

–¡Con cada señal avanzar cinq pasos et faire fuego!

El juego consistía en tratar de ganar terreno hacia la plaza en cada intervalo del cañón inglés. Cada minuto en la operación de carga les ofrecía la oportunidad de acercarse. Solamente una pieza les apuntaba, y aunque era de 18 libras, la soledad de la batería facilitaba la tarea. Desde los techos linderos a la esquina, los corsarios estaban siendo apuntados por los francotiradores del 20 y los hombres de Pococke, pero todo se reducía a tratar de no ofrecer blanco, o eliminar al tirador.

Cuando Hippolyte Mordeille lanzó el primer graznido, la mitad de sus hombres yacían semiocultos en los portales de las casas o en cualquier irregularidad de la calle.

–¡Avancer! –gritó el jefe y algunos repitieron la orden.

Los piratas corrieron los cinco pasos ordenados y se arrojaron nuevamente a la llanura salvífica del suelo. La batería inglesa fue disparada y toda la calle vibró con un sonido rasante que se escuchó a lo largo de Santísima Trinidad. El Manco miró hacia atrás y observó que en el grupo de su camarada Raymond hubo bajas. Para fortuna de Mordeille, los británicos hacían fuego con proyectil de calibre en vez de metralla, pero no tardaron en cambiar de idea.

Cuando volvió a tocar el silbato, un carnaval de sombreros extraños, tricornios, emplumados, se alzó del suelo y prosiguió la carrera hacia la esquina inglesa, hasta que un nuevo estruendo barrió el espacio, pero esta vez con peor suerte para los corsarios. La metralla desgranó el aire y arrastró en su vuelo pedazos de humanidad. Cinco o seis franceses quedaron exánimes en la calle, ignorados por sus compañeros. Lo único importante consistía en llegar.

La columna de Mordeille era seguida, y a veces desbordada, por gente sin instrucción militar. Hombres de Buenos Aires que deseaban luchar. Y sobre ellos la artillería inglesa produjo los mayores estragos. El Manco no derrochaba voz ni gritos. Era austero, preciso, y sus hombres conocían el oficio. El resto, que Dios se apiade.

Con otro silbato ordenó avanzar un poco más.

El tramo de la calle se acortaba peligrosamente y los atacantes comenzaron a distinguir el rostro del enemigo. Los artilleros ingleses se esforzaron por lubricar lo más posible el ejercicio de la carga y disparo, antes de que les cayeran encima. A espaldas de Mordeille, a unos cincuenta metros, Raymond gritó a su grupo:

–¡A l'interieur de las maisons! ¡Attaquons desde arriba!

El cambio era necesario. Las azoteas dominadas por los cazadores escoceses se convirtieron en un obstáculo pesadillesco, además de insoluble. Protegidos por la altura, los fusileros británicos disparaban con una tranquilidad asesina, perfecta. Elegían a sus víctimas como a venados. No batallaban, simplemente cazaban a mansalva.

Durante un intervalo de la artillería británica, cuatro franceses despedazaron la puerta de una casa. Hicieron saltar los cerrojos y los cancelos de algarrobo se abrieron con violencia. El interior deshabitado de la vivienda pareció succionar a un tercio de la columna de atacantes. La casa lindaba con otras dos y pertenecía a un vecino de apellido Valiño. Nadie reparó en el espíritu opulento de la morada ni en el estilo ecléctico de sus objetos. Los hombres de Raymond buscaron la manera de llegar a los tejados y homologar el reducto británico.

Sobre los tejados, volutas de humo criollo e inglés se encadenaron mutuamente. De una azotea a otra dialogaron las armas, y los contrincantes trataron de matarse con la mayor rapidez posible. En unos minutos, el lado español triplicó su número y la partida de cazadores del 71 pugnó por no retroceder. Dos techumbres los separaban y unos escuchaban a los otros. Un suboficial británico ordenó a sus hombres no exponerse:

–*Keep down... !Keep down!* –Raymond lo oyó claramente.

Los gritos superaron la distancia y llegaban hasta el francés, pero éste no alcanzó a conjeturar el número de ingleses que allí había. Únicamente supo que los británicos continuaban resistiendo en la azotea de una casa que pertenecía a un tal Jerónimo Marino.

Un voluntario español, sevillano y moreno, gritó al aire:

–*¡Granadas! ¿Quién trae granadas?*

El resto, achatado contra el declive pluvial del techo, no le respondió. Estaban enfrascados en la ardua tarea de disparar y recargar mosquetes sin entorpecer al compañero. Nadie poseía granadas.

Un breve silencio desde la terraza inglesa inflamó al gitano, quien tomó una decisión. Con una presteza ciertamente veterana, engarzó la bayoneta en la punta del cañón y les gritó a todos:

–*¡Detrás de mí!*

El hombre saltó la valla divisoria de ladrillos con un brinco suicida, estúpido y glorioso, seguido por nadie. Apenas un segundo después, el cuerpo del andaluz volvió a su lugar, pero convertido en un residuo humano. Siete u ocho plomos ingleses le impactaron en todas las partes y lo regresaron al tejado criollo, por el cual rodó plásticamente. El corsario Raymond detuvo la caída con su propio cuerpo y lo sujetó de las correas. Rapiñó el pistolón y el morral con cartuchos que el español llevaba

cruzado. Casi ni le miró las heridas, dispersas como perlas rojas sobre el chaleco negro. Luego soltó al muerto y dejó que la gravedad hiciera su trabajo.

–*Imbécile!* –murmuró en francés.

El ataque consumado por Raymond en los tejados le permitió a Mordeille, en la calle, atender solamente el fuego que recibía de frente. Se hallaba a menos de cuarenta metros de la plaza y una docena de cadáveres llenaban ese espacio intermedio. El trazo de la acera era recto, sin desdoblamientos protectores. Y esa rigidez de túnel había segado ya demasiadas vidas, pero la única manera de salir de aquello era por delante.

Antes de tocar el último silbato, Mordeille observó cómo sus hombres, y también los que no lo eran, usaban a los caídos como escudo humano. La pobreza de refugios los llevó a ese extremo, pero resultó una medida eficaz. Los mosquetes ingleses tachonaban de balas a cuerpos sin vida para producirles nuevas muertes. El aire quemaba y las narices ardían por respirar el hollín oliváceo de la pólvora consumida.

El Manco Mordeille cargó su pistolón por última vez y lo apretó con fuerza en su único puño. El arma era una *Harpers-Ferry* que le quitó a un oficial británico cuando atacó la fragata *Neptune*, frente a las costas de África, tres años atrás. El pistolón llevaba una cuchilla plegable debajo del cañón, a modo de bayoneta de mano. Ese detalle la convertía en un arma mortal, predilecta para la lucha cuerpo a cuerpo.

Detrás de la barricada, los soldados escoceses no cesaban de tirar; trabajaban frenéticamente para evitar los peligrosos silencios que Mordeille aprovechaba. El Manco aguardó a que los artilleros británicos cargasen munición en la boca del obús una vez más. Juzgó peligroso ordenar un nuevo avance en ese momento. Debíó permitirles una andanada final, pero se juró a sí mismo que ése iba a ser el último disparo de la batería inglesa.

El manco alzó su mano y un centenar de los suyos desenvainaron sables. La mantuvo en alto y, antes de pitar, aulló en la estrechez de la calle:

–*¡Avancez et disparen! ¡Cuerpo a cuerpo!* – indicó la naturaleza que iba a tener el encuentro.

Y desde el lado británico también se escuchó una orden:

–*Fire!*

Los pechos franceses se pegaron al suelo por enésima vez, sin embargo la metralla alcanzó a varios, muy por detrás de la columna. Sin perder más el tiempo, el Manco maltrató el aire con su silbato y se puso de pié con un grito feroz:

–*¡Adelante! ¡`A mort!*

Lo siguieron cientos con una ovación aterradora que transgredió la altura de la calle y sacudió el ánimo de los ingleses, obligados a resistir. Todos los disparos de tercerolas y mosquetes que efectuaron los hombres de McDonald y Pockocke no

alcanzaron a disminuir el torrente enemigo que corría hacia ellos. A lo sumo lo afectó en una proporción ínfima.

Espanoles, criollos, franceses y esclavos se aunaron en la incursión, que prevaleció más por número que por estrategia. La gente de Mordeille fue la primera en llegar a la plaza y abrió camino a golpes de sable y disparos de pistola. A quemarropa. Y después, tajo y punta en los uniformes rojos. El primer invasor eliminado por Hippolyte Mordeille recibió la hoja del pistolón en la profundidad de la axila, del lado del corazón. Luego, un tiro le completó la muerte. Los piratas demostraron lo que mejor sabían hacer: *tomar por asalto*. El combate de la esquina oeste fue breve, pero de una crudeza infrahumana.

Reconociéndose temporariamente vencidos, los artilleros del 71 que cubrían la esquina de Santísima Trinidad lograron salvar el obús y acarrearlo hasta la Recova. En todo el lugar repiquetearon balas disparadas desde el Cabildo y hubo franceses que sucumbieron a ellas. Los cazadores escoceses que lograron sobrevivir buscaron refugio en el atrio de la catedral, dominado por una sección propia del Batallón de Marina.

En todas las calles se adivinaba el encuentro demencial que se estaba llevando cabo. Los ingleses formaban, a fuerza de barricadas y artillería, una cortina difícil de penetrar, aunque debían contener un aluvión que se reponía a sí mismo y caminaba sobre sus muertos. Los criollos estaban convencidos de que la Plaza Mayor, poco a poco, iba a ceder el espacio conquistado, la última geografía conservada bajo dominio imperial.

Las puertas de La Merced estaban abiertas de par en par. Por allí ingresaban los heridos y salían los ilesos para seguir combatiendo, mientras en las terrazas del edificio tronaban baterías y un cordón humano disparaba contra la Recova, repleta de británicos. Para la gente de Liniers, el convento resultó ser una posición magistral. La doble función de hospital de sangre y punto de ataque, galvanizaba ambos caos en uno. Todo conformaba el mismo antro, devastador y devastado a la vez.

Salir del convento era sinónimo de aventurarse a recorrer el negro valle de la muerte que narra la Biblia. La ciudad entera bien podía ser el séptimo círculo del Infierno del Dante, el sitio destinado a los violentos. Salir significaba luchar y –tal vez– formar parte de la carnicería, a esa altura cuantiosa y desmesurada.

La mayor cantidad de bajas la estaba sufriendo la gente de Liniers, barrida sin misericordia por los cañones ingleses en la apretura de las calles. Aunque los oficiales del 71 ya no intercambiaban bromas macabras ni chanzas de artillero. Comenzaban a preocuparse, pues se sabían inmersos en una ecuación matemática, entre la cantidad de atacantes y la munición existente. La pólvora y los proyectiles tenían para ellos un número finito, pero los criollos que combatían, al parecer no. Por cada diez españoles que prosternaban en el empedrado, una cantidad duplicada tomaba su lugar.

Cuando Santiago salió de La Merced por la entrada principal, Liniers acababa de avanzar hasta allí y hacer cuartel en el atrio de la iglesia, sobre la esquina del convento. Un hormiguero de hombres, de jovencuelos imberbes y mujeres tormentosas colaboraban para arrastrar los trenes de artillería, debido a que algunos cañones carecían de cureñas adecuadas y estaban siendo alzados en vilo por decenas de manos.

La plazuela del atrio era, virtualmente, un almacén de pertrechos. Tarros de metralla y pirámides con balas de cañón eran apilados junto a unos seis morteros que esperaban ser utilizados. Cientos de deflagraciones espesaban la mañana e intoxicaban la atmósfera. La sumatoria de estallidos y mosquetes percutados al mismo tiempo no dejaba escuchar las órdenes. Insultos, toses y gritos se confundían por igual.

Por esa misma calle, San Martín de Tours, el bastión británico dominaba media calle fuera de la Plaza Mayor, y Liniers comenzaba a sentir la urgencia de lo inevitable. En otras calles laterales se estaba avanzando, pero su columna continuaba congelada en el mismo punto. Algo estaba fallando. La porción de territorio que debía recuperar se negaba a ceder paso.

–*¡Vamos a avanzar!* –lanzó la orden en dirección a un batallón de Miñones y a los Voluntarios de Montevideo– *¡De la Quintana!* –lo buscó con la voz.

Hilarión de la Quintana emergió de algún lugar, también él lanzando directivas y blasfemando como un brujo a punto de ser quemado:

–*¡Avanzo, coronel?* –se dirigió a Liniers.

Sabía que estaba por recibir una orden para la inmolación, una excursión a la boca de los cañones ingleses, pero estaba dispuesto.

–*Manda un jinete al Retiro. Que Gutiérrez marche con todas las piezas disponibles* –le ordenó.

De la Quintana hizo una venia indecorosa por desprolija, y cumplió con lo dispuesto. Faltaba poco para iniciar el momento más duro.

Mientras llegaban los refuerzos, el Regimiento de Artilleros Reales españoles pudo emplazar un obús frente a la esquina de La Merced y responder a los británicos que taponaban la calle con dos baterías. Los hombres de Berford no cesaban de llenar el aire con sus humos sulfurosos y demostraban ser increíblemente precisos. Nadie había podido avanzar aún por esa arteria y los muertos se sumaban. Un francés de Mordeille, en cambio, informó a Liniers cómo estaban las cosas en una calle paralela, a cien metros de distancia. Durante la incursión que efectuaron los corsarios, Felipe de Sentenach los apoyó con sus hombres y lograron instalar un obús de 35 libras sobre la esquina de la catedral, en territorio ganado al enemigo. En esos mismos minutos, Mordeille se encontraba derrengando algunas posiciones británicas frente al Cabildo.

Pero allí, en la calle San Martín, las cosas eran muy diferentes. El joven De Garaz comenzó a impacientarse y su propia inercia lo retuvo si saber qué hacer. Subir a los techos o esperar eran las dos únicas opciones por el momento, y decidió, como muchos, ir a los techos. Penetró por una de las tantas puertas violadas de esa manzana y buscó las tejas. Todas las casas estaban limpias de enemigos y sus terrazas atestadas de soldados catalanes, tropa del Fijo de Buenos Aires y decenas de guerrilleros. Desde allí arriba Santiago pudo apreciar con claridad cómo los invasores sufrían un duro hostigamiento, una balacera invisible desde los sitios altos, que no les otorgaba ninguna oportunidad de respuesta. Los españoles tiraban y se ocultaban detrás de las edificaciones.

La calle San Martín y la Recova compartían el mismo trazado, la misma línea edilicia, y ello facilitaba la defensa para Beresford. Liniers había escogido la peor calle para combatir, y lo estaba pagando con vidas y retraso. La valla inglesa que bloqueaba ese acceso se componía de los artilleros del 71 y buenos tiradores del Regimiento 20 de Dragones Ligeros. Formaban un cordón que obstruía todo el ancho de la calle con obuses incansables y muchas veces infalibles. Un carro aguatero vacío les servía de parapeto. Protegidos por el vehículo, más de treinta terceroleros, a las órdenes del capitán Robert Arbuthnot, cubrían el trabajo de la artillería. Uno de los cañones disparaba bala rasa con la intención de llegar a la profundidad de las posiciones españolas. La batería restante era empachada con polladas de metralla, para detener a los que se decidían a morir en el corredor de la calle.

Pero a espaldas de la barricada inglesa, en la Plaza Mayor, el fragor de la batalla se centuplicó. Eran Sentenach y Mordeille, que comenzaban a minar la resistencia desde una esquina. Preocupado, Arbuthnot que cuatro de sus heridos fuesen arrastrados hasta la Recova. Otros cinco de sus hombres reposaban sobre el empedrado, apartados a un costado, convertidos en cadáveres. Con el correr de los minutos la situación se tornó difícil y el capitán inglés redobló la intensidad del fuego, pues temía ser atrapado en una pinza de frente y retaguardia. Ordenó guerrear, pero consideró la idea de regresar a la plaza, lentamente. El oficial gritó a sus artilleros y los fustigó con el plano de su sable para que se movieran como demonios. La gravedad del momento comenzaba a devorarlo.

–Shoot the cannon! Move your ass! –los insultó.

A una calle y media, en línea recta, un cañón español comenzó a tener efecto. Era evidente que los hombres de Liniers estaban corrigiendo trayectoria. Algunos proyectiles rebotaron en las irregularidades del empedrado y le arrancaron chispas locas al piso. Otros bólidos zumbaron sobre la cabeza de Arbuthnot, para luego perderse en algún punto de la plaza. Finalmente, un grueso proyectil de 12 libras impactó en el carro aguatero, y Arbuthnot se cubrió para no perder la vida, lo mismo que su tropa. El tonel arrojó segmentos de madera por el aire y todo el carronato se

sacudió con crujidos resecos. Una de las ruedas, por alguna escondida ley de la cinética, comenzó a girar sobre su eje.

Y como una mala sorpresa para los británicos, las cornisas y alféizares de las casas se poblaron repentinamente con más de doscientos fusiles enemigos. Abrieron fuego hacia abajo y los lomos negros de los cañones ingleses repiquetearon de plomo y la escena se colmó de zumbidos. Arbuthnot alcanzó a distinguir espirales de sangre en algunos de sus soldados, que cayeron al instante, sin tiempo de evitar la muerte. Casi todos los atacantes disparaban desde lejos, pero igual lograron tres nuevas bajas. El fuego de las azoteas se fue aproximando cada vez más, hasta que un artillero del 71 se sacudió dolorosamente y cayó sobre el eje de la cureña. Por la forma en que su rostro golpeó contra el bronce del obús, fue evidente que no requeriría auxilio. Una bala certera le había invadido la cabeza. Arbuthnot ordenó reiniciar el bombardeo, pero tuvo dificultades para hacerlo. Sus cañones ya no sincronizaban, disparaban como podían y resistían a duras penas. Dos nuevos impactos de artillería introdujeron el desorden entre su gente y la barricada dejó de ser tal.

Al fondo de la calle, sobre el templo de La Merced, comenzó a tomar forma un despliegue preocupante, un arremolinamiento de soldados españoles que anunciaba una incursión violenta.

–*Jesus... Shit!* –maldijo el inglés.

La esquina dominada por Liniers se enturbió con una coloración cenicienta y adquirió contornos definidos, de oruga dispuesta para la lucha. Robert Arbuthnot decidió un repliegue ordenado antes que una escapada desesperada, en cuyo caso iba a tener que abandonar los cañones.

–*Go back! To the Recova!* –ordenó con desmesura.

Los Dragones del 20 y los artilleros del 71 comenzaron a ceder terreno y a enhebrar bayonetas en los fusiles. Arbuthnot desenvainó su sable y vació la pistolera que le colgaba de la cintura; lo hizo con decisión, como si fuese el último acto de su vida.

La tarea de acarrear ambos obuses lentificó el repliegue y la horda española, variopinta, abigarradamente informe, comenzó a abalanzarse sobre ellos. Acortaban espacio con rapidez y unos pocos minutos fueron suficientes para que los tuviesen encima, a escasa media calle, como lobos famélicos que no toleran demorar el festín. Arbuthnot siquiera había recorrido veinte metros en dirección a la plaza cuando debió retomar una posición defensiva. Pudo observar a los soldados reales de España hincar los cuerpos de seis escoceses que debió dejar sobre la acera, más muertos que la piedra de la calle.

Al ver aquello, la mente de Arbuthnot activó alguna cuerda secreta, algún oscuro aspecto primario que afloró con violencia. El oficial extravió su flema inglesa y dio cauce a un barbarismo ancestral, vencido por los siglos, pero siempre latente. La

visión del enemigo lo enfureció y lo empujó a demorar la retirada. Ya no le importaba mantener la vida.

–*Be prepared!* –berreó a sus hombres, a los pocos que sobrevivieron.

Estaban fuera del alcance de los fusiles y Arbuthnot alzó su sable, a la espera de que sus atacantes se aproximaran unas cuantas yardas. No ambicionaba defender la plaza, ni conservar Buenos Aires para la corona. En ese instante aspiró tan sólo a dejar tras sí la mayor cantidad de muertos posibles.

Cuarenta metros de calle los separaban. A los treinta, en el mismo momento en que muchos criollos y soldados pegaban sus rodillas en tierra para disparar, Robert Arbuthnot bajó el sable.

–*Shoot!* –aulló como un demente.

Sus dos batería se encendieron con una explosión unísona y las ruedas de las cureñas retrocedieron con idéntica armonía. Los Dragones del 20 respetaron la voluntad de su jefe y cada uno escogió un español para derribar. La intermitencia de tercerolas duró milésimas y la guardia británica desapareció detrás de su propio humo. Luego se detuvieron a admirar su obra.

Dos decenas de enemigos debieron abdicar de la cacería y de la vida misma. La grieta humana que surcó uno de los cañones sólo fue comparable a la cortina de postas que lanzó el otro y desintegró a los atacantes. Hubo cuerpos que serpentearon y vientres que mostraron su intimidad grasosa. Una interjección colectiva resonó en la columna de Liniers al ver la suerte de su vanguardia, aniquilada en un minuto.

Arbuthnot gozó el espectáculo y llamó a retirada:

–*Let's go... To the square!* – señaló la plaza.

Ordenó bajar a la Recova, aprovechando el momento de perplejidad; luego vio a los adversarios recomponerse, caminar encima de los caídos y tomar sus armas. En verdad los aborrecía, pero no pudo menos que sentir un respeto de guerrero. Arbuthnot retornó con sus hombres a la punta cálida y protectora de la Recova en donde cada uno buscó un sitio para continuar la resistencia. Algunas unidades, como las del Cabildo, pugnaban por no ceder, y otras, en cambio, quedaron aisladas a voluntad de los atacantes. La esquina oeste ya estaba perdida.

La garganta de Santiago De Garaz comenzaba a quemarle, al igual que el hierro de su tromblón. Encaramado en la azotea, miró hacia abajo y contempló, al fin, avanzar la columna con los oficiales de Liniers a la cabeza, en dirección a la plaza. Vociferaban y disparaban, resguardados en los portales de las casas. Casi era un milagro que nadie muriese por el fuego propio. En todas direcciones, una voluta de humo o el chisporroteo de una cazoleta indicaban que un nuevo tirador acababa de sumarse. Los proyectiles volaban, invisibles, arrancando silbidos en los impactos y polvo en las construcciones.

Aquellos que, como él, se hallaban en la altura de una casa pudieron ver a los ingleses rearmar una contraofensiva para detener el aluvión que los amenazaba. Los artilleros de Beresford acomodaron tres nuevos obuses en la esquina de la Recova y se dispusieron a barrenar la calle. Santiago advirtió la intención que, al parecer, los de abajo no adivinaban, o imprudentemente desdeñaban.

–*Van a limpiar la calle...* –murmuró a sus compañeros de azotea.

Sacó su cuerpo hacia fuera, se expuso al vacío y a los disparos británicos y gritó vanamente a los que avanzaban por el empedrado:

–*¡Cúbranse! ¡Retrocedan! ¡Van a abrir fuego!*

Su voz se perdió en la complejidad de sonidos que habitaba toda la escena. Muchos ya se encontraban a cubierto, pero una buena mayoría buscó todavía ganar terreno en dirección a la plaza. Jugaron una carrera insensata contra los artilleros británicos y la perdieron.

Tres explosiones en serie detonaron en el extremo inglés y, de pronto, la calle San Martín de Tours se saturó de alaridos. Cayeron muchos y los testigos de las terrazas cerraron los ojos para evitar el degradante espectáculo.

–*¡Abran paso! ¡Retrocedan con los heridos! ¡Vamos a emplazar artillería!* –gritó un criollo.

Era un gaucho devenido en soldado. Cumplió las órdenes que le fueron dadas y asestó culatazos a los que no cedían terreno y perturbaban la línea de fuego. A una calle de distancia, en la esquina de La Merced, Gutiérrez de la Concha avanzaba con una multitud que procuraba arrastrar cañones de 24 libras, poderosos, opulentos, destinados a definir el combate estancado. La ausencia de carruajes y bestias de tiro fue suplida a fuerza de músculo y gentío.

La esquina de la calle La Piedad fue limpiada de escombros con una celeridad abrumadora. Un desfile de artilleros hispanos vestidos de rojo, con morriones negros y trenzas blancas, comenzó la labor suicida de montar las piezas frente a la vista de los británicos. Colocaron braseros para encendido, balas, barriles de pólvora y ganchos sacatrapos. Cada objeto fue ubicado en su lugar para comenzar la mutua destrucción. Nadie quedaba en el espacio intermedio, solamente el corredor de la calle y un hormiguero de soldados enemigos en cada extremo. Francisco Agustini, el comandante del Regimiento de Artillería, dirigió la operación, sabiendo que en cualquier momento los cañones invasores iban a iniciar su respuesta desde la plaza.

Un resplandor repentino y silencioso les indicó a los españoles que los británicos abrieron fuego. Medio segundo después, la escena cobró sonido y el cañón retumbó junto a la llegada del proyectil. Todos se aplanaron contra el suelo y pedazos de alguna mampostería cayeron a la calle, muy cerca de Agustini.

–*¡Respondan! ¡Fuego sostenido!* –se encabritó.

Las dos toneladas del cañón criollo rugieron e incendiaron el ambiente con descargas, de igual manera que los artilleros de Beresford lo hicieron con sus obuses. Para fortuna de los reconquistadores, cualquiera de sus disparos hacía blanco, por cuanto aún los tiros elevados o desviados, siempre minaban algún punto sobre la Recova o bajo ella.

Ése fue un reto de metales, en el que la carne humana tan sólo cumplía una misión secundaria, lateral. Durante más de media hora, unos y otros entablaron un combate aparte, sectorial, que atronó mucho más fuerte que toda la guerra que se estaba librando en las otras calles. Robert Arbuthnot, ayudado por James Olgilvie, vio caer a los suyos a lo largo de la contienda. Lo mismo le sucedió a Francisco Agustini, pero –indefectiblemente– la balanza pesó menos del lado inglés. Sumergidos en un firmamento de disparos desde todos los ángulos, los británicos no pudieron soportar la excesiva descarga desde los techos linderos a la plaza. Los artilleros muertos se iban apilando junto a sus cañones y, poco a poco, el fracaso fue ganando la partida.

Una pilastra de la azotea voló, estalló deshecha por una bala de mortero, apenas a un par de metros del general Beresford. La Recova entera vibraba por los impactos que soportaba su estructura. El capitán Patrick Lynch y el comandante Campbell se encogieron instintivamente detrás de las molduras que sobrevivían al ataque. George Kenneth disparó su fusil hacia abajo, en dirección a la catedral y luego miró a su jefe.

–*¡Cúbrete, William! ¡Maldito seas!* –le gritó furioso.

William Beresford desoyó la recomendación y gritó hacia abajo, enfrascado en alguna imagen. Buscaba encauzar, a través de sus oficiales, la estrategia estipulada para la defensa. Por momentos ocupaba su único ojo en la imagen convexa reproducida en el catalejo. A veces pronunciaba el apellido de algún oficial y lo insultaba con una vehemencia perturbadora. Estaban perdiendo la batalla, cuando malograr ese encuentro significaba perder la guerra, la expedición y la ciudad misma.

Una alfombra de cartón picado jalonaba el piso de la Recova. Los tiradores del 71 escupían papel de cartucho mezclado con sangre y babas negras, tan amargas como la realidad que soportaban. Beresford y sus jefes presenciaban el encuentro en el punto más alto de la construcción, en el centro de las azoteas, y desde allí vigilaban las terrazas norte y sur que se extendían a ambos lados del arco principal. Ninguna formación enemiga había podido atravesar la Recova por debajo y penetrar hasta la Plaza del Mercado, frente a la Fortaleza. Por allí transitaban, desde horas atrás, los soldados del Santa Elena, cargando cadáveres y hombres fuera de combate rumbo al interior de la sede.

Debajo de Beresford, en la galería a ras del suelo, Dennis Pack batallaba a su manera. Dirigía a los fusileros y a la hilera de pequeños cañones que contenían el avance de Mordeille y los catalanes de Sentenach, apostados frente a ellos. El Manco había conseguido romper el cordón defensivo de la Plaza y el obús de 35 libras estaba

liquidando las posiciones del Batallón de Marina británica, oculto en la puerta de la catedral. Las escalinatas de la basílica mostraban lo encarnizado del choque. Fluían hilos densos por la pendiente angular, infestada de soldados ingleses abatidos a boca de jarro por disparos de cañón, a menos de veinte metros.

Cada esquina era un foco de resistencia inútil. En el extremo norte de la Recova, en la calle de Liniers, pareció emerger un caos primordial en el cual Robert Arbuthnot y Olgilvie concluyeron por ceder definitivamente la posición, luego de perder a más de treinta soldados en tan sólo unos pocos minutos. Beresford vigilaba ése y cada uno de los eventos de la contienda, y todo lo sazonó con blasfemias. El rostro descompuesto acentuaba la dureza de sus maldiciones. Hacía más de cuarenta y ocho horas que él y sus hombres no dormían, que comían apenas y trabajaban sin cesar. Y ahora combatían.

Los uniformes, sin la menor excepción de rango, sufrieron el demérito de la realidad, sucios de sudor y de tierra mezclada con sangre y hollín. La casaca bermellón de William Beresford era un sayo arrugado con lagunas cenagosas debajo de las axilas. Su piel parecía exudar cien gotas por cada metro de terreno perdido. El miedo también hace transpirar a los generales.

–*¿Ordeno replegar hacia el Fuerte?* –preguntó Kenneth sin dudarle demasiado.

–*Todavía no* –la hosquedad de Beresford evidenció su conflicto interno.

–*Esto es insostenible, William... Mira.*

Los ojos de Kenneth recorrieron un círculo que se extendía a más de tres calles alrededor del bastión inglés. Las torres de las iglesias ya no se veían. Quedaron semiocultas entre la borrasca de fusiles y pequeñas piezas de artillería disparadas desde sus campanarios.

–*No va a funcionar...* –la voz de Kenneth trató de superar el estruendo continuo–, *aunque entren por los costados del Cabildo...*

Fue evidente para él que la avanzada de Mordeille sobre la catedral descalabró el mecanismo de la trampa. William Beresford se resistía a entregar la plaza, a renunciar a su sueño, o a querer despertar de la pesadilla. Su ejército estaba siendo diezmado, muy a pesar de la disciplina y el arrojo evidente con que sus tropas conservaban lo poco que quedaba. Las balas de falconetes y artillería menor ya habían destrozado las losas de la Recova, deformando sus ornamentos y pulverizando buena parte de los vestigios neorromanos con que fue concebida. En menos de tres horas de lucha intensa, la construcción fue rebajada a una ruina informe, a un desperdicio arquitectónico.

La pertinaz intención de Beresford rivalizaba con la lógica y contra las posibilidades que el escenario otorgaba. Imposible contestar el fuego a un enemigo que no se expone, que permanece agazapado y a mayor altura. William Beresford cruzó una mirada con Kenneth y un halo desesperanzado prevaleció en ambos. El

capitán de Ingenieros meneó la cabeza y enfatizó el ademán golpeando su mosquete contra el piso. Fue un gesto vencido, entregado, pleno de rabia.

La vista de Beresford se desplazó hacia el oeste, alertado por su oficial comandante:

–*¡Atacan con caballería! ¡Olviden la catedral!* –gritó Campbell a quienes pudieran escucharlo. Luego comenzó a descender las escaleras de mármol rumbo al lodazal de la plaza.

Una carga de jinetes emergida desde el Cabildo hizo trizas el mapa de la contienda. Los húsares del cuerpo de Blandengues de Martín de Pueyrredón ingresaron a la plaza disparando en todas direcciones. Beresford se mordió los labios y la cuenca vacía le palpitó con violencia. La presencia de Pueyrredón se tornó tan fantástica como una escena mitológica. Eran más de cien centauros que se abría paso a golpes de sable y fuego de mosquetes.

–*¡Hijos de perra!* –expresó su odio.

Debajo de la Recova y dispuesto a contenerlos, Dennis Pack retuvo a los hombres que tenía a su mando.

–*Aguarden!*

El ingreso de Pueyrredón provocó una oleada de soldados ingleses que retrocedieron a la carrera. Buscaban la protección de la Recova para continuar allí la defensa., pero debían correr para evitar una muerte segura.

–*¡Muévanse... muévanse!* –Pack blandió el sable, llamándolos al refugio.

Fueron segundos eternos. No deseaba abrir fuego contra la extensión de la plaza, plagada aún de su propia tropa. La bandera roja del *Royal Battalion of Marine* todavía flotaba cerca de los caballos de Pueyrredón, pero su nomograma **RBM**, ondeaba sin elegancia ni heroísmo. El confaloniero que la portaba se hallaba demasiado ocupado en retroceder.

Los británicos fueron llegando al amparo de la edificación con el rostro desencajado, en su mayoría heridos o arrastrando compañeros, mientras cada húsar de Pueyrredón se dedicaba a perseguir a un enemigo y darle muerte. El propio Pueyrredón buscó el banderín del 71 y se lo arrebató a un gaitero, para luego lancearlo como a un jabalí. El emblema bordado en la tela de la insignia resultó inoportuno. Sobre el cardo y la rosa, símbolo del 71, aparecía el lema: “*Siempre vencedor, jamás vencido*”. Pero Pueyrredón arrastró el paño y lo humilló entre los vasos de su montura. Fue su afrenta personal al regimiento.

Con la bandera de España en alto, los húsares se adelantaron a menos de cincuenta metros de la línea inglesa e iniciaron una carga incongruente y alocada, pero efectiva. Dennis Pack esperó a sus hombres y retardó la orden lo más que pudo, hasta que la circunstancia fue más poderosa que su decisión. Debía comenzar a disparar:

—*Que Dios me perdone...* —invocó—. ***Cañones... ¡Fuego!***

La primera andanada resonó al pie de la Recova y los obuses de 6 y 8 libras se despojaron de su carga uno tras otro, en una cadena de explosiones que derribaron caballos y jinetes, y a los pocos soldados británicos fatalmente rezagados.

—***¡Carguen!*** —la orden de Pack fue innecesaria. Sus hombres deseaban sobrevivir y la única manera de hacerlo era saturar las armas con hierro y pólvora.

Un grupo de Pueyrredón se propuso atravesar el arco de los virreyes, único paso hacia la plaza del mercado, y romper así la barricada de Pack. Vencer a la Recova era poseer la llave de la victoria, pero la segunda descarga británica fue dirigida hacia ellos e impidió la acometida.

Una docena de caballos fueron derribados y yacían en el piso con los ojos dilatados y los cuellos alzados, víctimas del combate humano.

Los hombres de Pueyrredón cargaron nuevamente, pero otra vez fueron rechazados. Sólo al cabo de algunos intentos pudieron lograr su cometido, a medias. Fueron acortando distancias y la lucha se redujo a una confrontación de sables y bayonetas, de animales contra infantería. ***Pueyrredón no logró pasar al otro lado, pero toda una mitad de la Plaza Mayor volvió a ser española.***

Hippolyte Mordeille se había convertido en el dueño absoluto de la catedral y comandaba desde allí a sus partidas de corsarios. La casa de Azcuénaga, vecina al cementerio de la basílica, ofrecía reductos imponderables para fatigar a las secciones inglesas. Todo edificio, calle y santuario, fue tragado y vejado por la lucha que se consumaba a sus puertas. La retirada de Arbuthnot en la calle San Martín, y el descalabro producido por Pueyrredón, permitieron a la columna de Liniers avanzar hasta el borde de la Plaza Mayor. También Francisco Agustini y sus cañones acortaron distancias. El vendaval español fue adelantándose hasta hacer pie dentro de territorio enemigo y desde allí presentó lucha al racimo de británicos resistentes en los peldaños y las terrazas de la Recova.

Bajo las órdenes directas de Felipe de Sentenach, un grupo de catalanes se acuarteló en el pórtico de la catedral y así lograron intensificar el ataque hacia la Recova. Todos contra la Recova. Buenos Aires contra la Recova, a esa altura desbordada por la magnificencia del asalto. Todos los puntos cardinales desataron sus vientos para azotar a los británicos. Únicamente el este los eximió de luchar. A espaldas de William Beresford lo apoyaban algunas de sus guarniciones. Detrás del Fuerte, y más allá, el río negro y vasto. Los demás horizontes, norte, sur y oeste, se convirtieron en una tempestad de aceros y proyectiles que buscaban la carne inglesa y con frecuencia la hallaban.

El pirata Mordeille compartía con Sentenach las posiciones situadas al borde de la plaza. La calle lateral se había convertido en un corredor de atacantes por donde comenzaban a transitar los primeros cañones criollos que pisaban el lugar.

Demasiados británicos de la guarnición de Marina y del Regimiento 71 habían hallado el final en la puerta de la iglesia catedral. Trataron de resistirse a Mordeille ocultándose en la entrada principal del templo, pero la pieza de 35 libras no tuvo misericordia. Cada descarga destrozaba ladrillos y hombres con la misma facilidad. Ahora, los amos del enclave eran el corsario francés y el catalán Sentenach.

El Manco mostraba una ansiedad paroxística, una psicosis triunfal que lo obligaba a devorar terreno y concluir con la resistencia de Beresford. La valerosa contumacia del general inglés comenzaba a exasperarlo. William Beresford también mostraba temple y parecía tener nervios de hierro. En la espalda de Mordeille florecían restos de su casaca marinera que colgaban rotos, desgajados por una bayoneta enemiga que no penetró más allá de la tela.

El Manco llamó a Raymond, su lugarteniente:

–*Jean!* –gritó. *Envoie un piquet à la galerie* –la pistola de Mordeille dibujó el recorrido en el aire y ordenó tratar de subir a la Recova.

Jean Baptiste Raymond organizó un comando de quince corsarios y les indicó seguirlo. Se llevó a los más cercanos, a los que encaraban el fuego enemigo con la gelidez que sólo pueden dar las muchas guerras vividas. A Raymond lo escoltó un filibustero de nombre Marcel, seguido de otro robusto, barbado y tuerto llamado Hippolyte, como su comandante, al que distinguían con el apodo de *Le Borgne*, el Tuerto.

Al Tuerto le habían arrancado un ojo como escarmiento para el resto de la tripulación, culpado de amotinamiento en un barco turco, en 1800. Era un as con el alfanje y un demonio para arremeter contra el enemigo, cualquiera fuese, y por eso fue escogido para asaltar el enclave de Beresford.

Uno tras otro se encolumnaron detrás de Raymond para atacar el extremo norte de la Recova. Iba a ser una acción peligrosa, pero ninguno vaciló. Unos diez catalanes se colocaron detrás de los corsarios y marcharon adheridos al frente de las viviendas, bordeando la plaza hasta la casa de Azcuénaga, sobre la esquina de San Martín de Tours. Esa intersección ya no revestía ningún peligro, estaba totalmente tomada y compuesta por fuerzas propias. El extremo de la Recova estaba muy cerca, apenas a veinticinco o treinta metros, y en sus terrazas los tiradores ingleses se habían retrechado hacia el centro de la construcción. Buena parte de la Recova y sus escaleras estaban siendo abandonadas, por lo que Raymond propuso subirlas, a pesar de los incansables cañones y los fusiles de Pack.

El edificio de la Recova era el meridiano, la línea que partía la plaza en dos mitades. De un lado imperaba el infierno desatado, y del otro, una resistencia inglesa temerosa por un avance que tarde o temprano iba a suceder. Los franceses de Raymond se movieron sin defectos, con una exactitud matemática que les permitió llegar al pie mismo de la construcción sin sufrir ninguna baja. Se agazaparon en la

base, como si le rindieran tributo a los cimientos. La escalinata que conducía a la azotea norte se hallaba detrás de un recodo del muro, y por allí debían colarse.

Junto a los corsarios, se allegaron más catalanes, otros seis soldados de la infantería de Buenos Aires y Santiago De Garaz. Eran más de treinta los que iban a dar el salto hacia el corazón de la formación británica.

Raymond indicó al grupo que comenzara el ascenso por las escaleras. Cuatro de sus hombres, incluido el Tuerto, y algunos criollos, treparon los escalones y se guarnecieron detrás de las bocas de sus armas, dispuestos a descerrarlas si se topaban con alguna resistencia, la cual no tardaron mucho en encontrar. A mitad del recorrido, el primer descanso del peldaño se convirtió en un proscenio de sacrificios. Diez cazadores escoceses cumplían la misión de taponar la entrada a la terraza, y un pedido de refuerzos nació de alguna boca francesa.

–*Avancez vite... Avancez!* –Raymond convocó al resto.

La terraza de la Recova se encendió de mosquetes británicos que intentaron detener a los subidores que, en principio, fueron unos pocos arriscados, pero el número aumentó hasta una cifra incontenible y los oficiales de Beresford enloquecieron a la tropa con órdenes y gritos ensimismados que no surtieron ningún efecto. Los fusileros ingleses se alejaron al extremo opuesto de la terraza –más larga que ancha– y procuraron sistematizar la defensa. William Beresford estaba retrasando la retirada a un precio vil, lo estaba dando a cambio de nada.

Junto a los caídos, la terraza fue convirtiéndose en un almacén de armas tiradas, de cartucheras arrancadas con retazos de uniformes rojos. Toda la plaza vista desde lo alto, era un grabado imponente y traumático. Los corsarios de Mordeille disparaban a los ingleses que ofrecían la espalda por cargar a sus compañeros heridos hacia la seguridad del Fuerte.

–*Tirez sur les artilleurs!* –bramó Jean Raymond.

Señaló con su índice las piezas de artillería inglesa que custodiaban el frente de la sede virreinal. Esos cañones abrieron fuego contra la mitad de la Recova que estaba en poder español, y la estructura de la construcción volvió a sacudirse. Muchos proyectiles quedaban incrustados a medio camino del revoque y parecían agitar hasta la raíz del edificio. Una bala peregrina atravesó el barandal de hierro y el enrejado vibró con un sonido indescriptible. La balastrada metálica osciló en toda su extensión, y un corsario, Marcel Du Pont, murió antes de que pudiese advertir lo que pasaba.

Sobre el arco mayor, William Beresford organizó un grupo de tiradores para soportar un poco más la posición. El capitán Kenneth estaba con él, descompuesto de furia, tragándose la catástrofe al igual que todos. Arrodillado detrás de una prominencia, también él disparaba y mostraba buena parte del cuerpo cuando cargaba su fusil. Con cada recarga, brindaba una oportunidad de treinta segundos que Santiago

De Garaz se propuso aprovechar. Protegido detrás de una línea de tiradores, el joven De Garaz tomó posición y apuntó con cuidado hacia el arco mayor, bastante lejano. Sopesó que iba a ser difícil acertar desde tanta distancia. Además la munición perdía efectividad cuanto más lejos estuviese. Pero como si fuese una respuesta a su secreta oración, se escuchó una orden a lo largo de toda la terraza. Jean Raymond inició un avance de casi diez metros sobre la explanada, ante un repliegue sorpresivo de los fusileros del 20. Y ésa fue su oportunidad.

La silueta de George Kenneth cobró más nitidez. El oficial de Ingenieros capitaneaba una hilera de tiradores y marcaba la cadencia de tiro, disparando su mosquete como uno más. Kenneth mordió un cartucho, cargó la boca y baqueteó dos veces su fusil *Brown-Bess*. Durante la operación desplegó brazos y uniforme como una rosa bermellón que no puede dejar de verse. Tenía la casaca manchada de negro, desgarrada, marcada por el encuentro. Santiago, curiosamente, reparó en esos detalles al alinear sus pupilas sobre la bocarda del tromblón, directo a él.

–*Que tu rey te haga honores...* –conjuró antes de halar del gatillo, furioso consigo mismo y con Sophie Brouage. Odiando a Kenneth con todo su espíritu por haber seducido a su prometida.

Kenneth unió sus ojos con los de Santiago. Se identificaron mutuamente, sumergidos en aquel estrago de muertos y posiciones abandonadas. El inglés se aprestaba para disparar, junto con otros cinco de los suyos, pero el tiempo no le alcanzó. Santiago abrió fuego primero. Pedazos de metal penetraron debajo del corazón de Kenneth y destruyeron todo a su paso.

Un cazador escocés apostado en el llano de la plaza subió donde el general Beresford y le informó que Dennis Pack acababa de ser herido en la cabeza y que ya no podrían resistir mucho tiempo más. Para William Beresford había llegado el momento último, la hora de tomar la decisión que aborrecía mencionar. Estuvo a punto de disponer el repliegue de sus tropas, pero la herida terminal de su edecán Kenneth lo sustrajo del combate. El capitán de Ingenieros cayó detrás de la línea de tiradores, a varios metros de él, y a Beresford le bastó ver el abdomen abierto a través de la chaqueta destrozada para intuir el desenlace.

–*Dios... George* –balbució.

Corrió hacia él y apartó de mala manera a un soldado del 20 que trataba de arrstrar al herido hasta un sitio cubierto. La mirada zigzagueante de Kenneth insinuaba lo peor y Beresford le alzó la frente. El cuerpo del capitán comenzó a temblar de pies a cabeza, emblanquecido como una porcelana oriental. Quiso hablar, pero antes debió tragar su propia sangre.

–*William...* –susurró.

–*Cállate... Te llevarán al Fuerte* –dijo imperativo Beresford.

La mano del herido lo presionó con fuerza y el jefe lo observó con su rostro guiñado e impar.

–*William...¿sabes algo?*

Kenneth respiró con esfuerzo, tosió y el uniforme de Beresford se atomizó de pequeñas manchas.

–*Hay cosas... que no debemos invadir. Me equivoqué mucho... Perdóname* – dijo tenue.

La espalda de Kenneth se arqueó de dolor, o quizá por el último espasmo, y sus brazos bajaron a esa flojedad laxa que tantas veces Beresford había visto. Nadie escuchó el diálogo, tan sólo presenciaron el soliloquio de Kenneth, sin saber de qué hablaba. Beresford, en cambio, supo que hablaba de Sophie Brouage.

–*Llévenlo a la Fortaleza* –ordenó con esa invariabilidad de quien ya lidió con la muerte muchas veces–. ***¡Comandante Campbell!*** –gritó y se sacudió el duelo–. ***Ordene retirada... Y que el segundo batallón cubra y repliegue*** –lo instruyó. ***Que el mayor Foley cubra el flanco sur con dos secciones. Cuando pase nuestro último hombre, que los cañones mantengan el fuego sobre el paso de la Recova.***

Los oficiales pusieron en marcha el mecanismo de la retirada. Un método estudiado en las academias militares, destinado a evitar mayores bajas en esa tarea siempre penosa, de abandonar el campo de batalla. Una cascada de gritos convulsos fue dándole forma a la que sería la última acción bélica. Estaban derrotados.

Como fue dictado, las distintas secciones retrocedieron a la Real Fortaleza cubriendo los flancos y jamás dando la espalda al enemigo. De todas maneras, las descargas criollas se intensificaron y cobraron más vidas. El Regimiento 71 abandonó la Recova como pudo, procurando arrastrar a sus muertos. Los restos de Kenneth fueron llevados a grupa de un infante con piernas fuertes, como se carga a un cordero sacrificado. En tanto el Batallón de Santa Elena comenzó a repeler a algunas partidas de voluntarios que intentaron atacarlos por las callejuelas detrás del Fuerte. La plaza estaba siendo completamente rodeada.

El joven teniente Mitchell y un alférez de apellido Lucas, ambos del 71, perdieron la vida a último momento y sus cuerpos fueron recuperados por cuatro subalternos, que los arrastraron de los brazos por el lodo de la plaza. El puente levadizo de la sede comenzó a superpoblarse de soldados que debían esperar para ingresar con sus compañeros heridos. El capitán Alexander M'Kenzie, de los Marineros Reales, fue bayoneteado y baleado por un soldado del Fijo de Buenos Aires. También el teniente Murray, a cargo de una sección que debía cubrir el repliegue, fue alcanzado por dos disparos consecutivos de mosquete. El teniente artillero McDonald se iba en sangre y debió ser rápidamente cargado a intramuros.

En uno y otro bando la cosecha fue abundante. La matanza no respetó razas ni culturas, y se ensañó sin observar uniformes. Muy a pesar de las intenciones de

Beresford, fue imposible recuperar en la maniobra la totalidad de los caídos. Quedaron diseminados en la plaza, o tendidos fetalmente en las terrazas de la Recova y en algunas esquinas en donde el combate fue épico. El jefe británico dejaba tras de sí a más de trescientos enemigos arrasados. Pero también a casi cuatrocientos de sus hombres, soldados de Su Majestad que sucumbieron de la peor manera.

–*¡Retrocedan! ¡Mantengan formaciones!* –gritó al aire.

Sus últimas secciones postergaban el avance de los españoles que se aventuraban cada vez más. Beresford vio al mayor Foley arrastrar del uniforme a un fusilero del Santa Elena, cubierto de barro, apenas reconocible, que se negaba a retroceder, como si él solo pudiese contenerlos.

Los últimos hombres tardaron en desandar la plaza y Dennis Pack se quedó junto a ellos, aún estando herido. Un rebote de fusil le rasgó la cabeza durante la resistencia de la Recova, aunque con cierta fortuna. Pack tenía el rostro bañado en sangre, el cuello untuoso de transpiración y sus ropas eran una parodia del magnífico uniforme que fue.

–*Dennis...* –dijo Beresford, al reconocerlo en medio de la retirada.

–*¡Olvídate de mí! ¡Salgamos de este atolladero!* –lo azuzó Pack. Luego gritó a una sección del 71–: *¡Apuren, malditos! ¡Retrocedan!*

El sable brillaba en su puño, pero no para pelear, sino para exacerbar a su tropa en dirección a la muralla salvadora. Cada minuto que permanecían expuestos, las bajas se multiplicaban geométricamente. Tres baterías propias los cubrían, pero no por mucho tiempo. Fue necesario que una guarnición de infantes marinos también abriera fuego desde la Fortaleza. Para ello utilizaron otras dos piezas de 18, y así evitaron el desmesurado avance de criollos que estaba por producirse. El espacio intermedio entre la Recova y el Fuerte era cruzado por miles de proyectiles de todo tipo, de cualquier calibre y en todas direcciones. En esos momentos, dejar la vida allí era la regla y no la excepción.

Minutos después, durante los cuales reinó cierta anarquía y mucho desaliento, el último hombre inglés ingresó al Fuerte y el puente levadizo se irguió tras él. La conquista había quedado confinada a un simple rectángulo amurallado y asediado por miles.

Allí adentro, el espectáculo que Beresford presenció fue desolador, inimaginado días atrás. Su expedición era la alegoría perfecta del fracaso. Los hombres se hallaban recostados en donde encontraban un espacio libre, estaban abatidos y murmuraban lamentaciones dolorosas. Los cuerpos sin vida rescatados de la lucha se mezclaban con los soldados heridos, amputados y sableados. Parecía un ejército de condenados, y algunos gritaban incoherencias.

Precautoriamente, Beresford ordenó preparar una defensa interior, sospechando que ni siquiera allí adentro estaban seguros.

–*¡Ogilvie!* –lo llamó desde lejos–. *Quiero dos piezas detrás del portón... ¡Rápido! ¡Furriel de tropa!* –buscó a un secretario–. *Haga izar bandera de parlamento* –señaló el mástil mayor.

William Beresford sabía que el último recurso, en cualquier situación, puede bifurcarse en dos posibilidades: o se golpea sin piedad, o se negocia. Y a él sólo le restaba procurar una salida digna, sin más derramamiento de sangre. Poseía suficiente munición y piezas de grueso calibre como para preparar una nueva carnicería entre la manada de hombres allí afuera. Pero continuar la lucha iba a significar, a la postre, la aniquilación definitiva de su propio ejército.

El abandono completo de la Plaza Mayor produjo un sismo humano, un aluvión insaciado de reconquistadores que rodearon la Fortaleza y la foguearon sin reticencias. La multitud empujó todos los obuses, propios y enemigos, esparcidos en las esquinas o abandonados en el barro. Más de quince piezas fueron posicionadas frente a la entrada virreinal, para demolerla, si era necesario. Gutiérrez de la Concha aportó su artillería, la de mayor calibre, y se aprestó a batir piedra y muro. Nadie reparó en la bandera de parlamento izada, ni en la tregua obligada que las leyes de la guerra imponían. Al parecer, no bastaba la derrota formal. Ningún inglés debía salir vivo de allí.

El fuego se inició sin método alguno y sin que los británicos respondiesen al ataque. Cañones de toda especie dispararon contra la muralla y cada proyectil lograba herirla y arrancarle una porción. La violencia del momento llevó a la multitud a disparar sus arcabuces y mosquetes, insignificantes, ridículos para la roca que deseaban dañar. Solamente la victoria, la pasión de haberse rescatado a sí mismos, justificaba la demencia colectiva que llenó el lugar con un estruendo más intenso que antes. Un proyectil tras otro se incrustaba en la muralla, demoliendo fragmentos que cruzaban el aire. Por momentos parecía que la estructura iba a terminar cediendo, pedazo a pedazo. El puente levadizo perdió segmentos completos de madera, de remaches destruidos que cayeron al foso.

Toda la frustración silenciada durante la conquista estaba reunida allí y encontró su curso emancipador. En ese ejército improvisado había un tácito placer que consistía en imaginar, en suponer el terror de los sitiados, a merced de ellos.

Jean Raymond fue enviado al cuartel de Santiago de Liniers para informarle sobre la victoria conseguida. En el atrio de La Merced aún se conjeturaba sobre la resistencia de Beresford, debido a que el fondo de cañones hacía pensar en un duro combate, y no en la espectacular sed de persecución que se apoderó de los ánimos.

La bandera de parlamento que flameaba en el reducto inglés, debió haber significado un cese total de hostilidades, pero la insignia produjo el mismo efecto que un trapo secándose al sol. Raymond solicitó permiso para ir a parlamentar con

Beresford, pero Liniers comisionó a Hilarión de la Quintana, quien junto al corsario fue al encuentro del británico.

La plaza fue callando lentamente cuando el edecán de Liniers entró en ella con tambor batiente y bandera de diálogo desplegada. Se les unió Mordeille, Gutiérrez de la Concha y un teniente de navío llamado José Córdoba. Juntos se adentraron en el corazón del Fuerte para pedir la rendición total de las fuerzas de Beresford. Ni un solo cañón, ni propio ni enemigo, perturbó el acercamiento. Hasta que Hilarión ingresó, marcial y vencedor, a exigir la devolución de Buenos Aires.

En el interior de la Fortaleza, la mayoría de los oficiales británicos continuaron los aprestos para defenderla, echando mano a la tropa que se hallaba en condiciones de luchar. No deseaban hacerlo, pero el temor a ser aplastados era demasiado acuciante, concreto.

A poco de ingresar Hilarión de la Quintana, los cuatro mil criollos y españoles se abandonaron nuevamente al impulso ciego de atacar las murallas, aún con los emisarios de Liniers dentro. Parecía una cuestión insoluble, inmanejable. La psiquis colectiva de los atacantes había entrado en el cono oscuro de la locura, de una violenta sinrazón.

De la Quintana y su comitiva fueron recibidos con urgencia por un oficial que los condujo junto al general Beresford. El ayudante de campo de Liniers no prestó demasiada atención al guía. Sus ojos se distrajeron absorbiendo la escena en el interior de la sede. El lugar había sufrido una metamorfosis inesperada, dada la cantidad de heridos. Aunque el desorden allí dentro casi no dejaba apreciar cuán dañado se encontraba el ejército británico. Eran unos mil doscientos individuos acostados en la tierra de la plaza interna, o distribuidos en las almenas del muro, algunos en posturas de tiradores, cubriéndose detrás de su estructura. Hilarión podía sentir la vibración de la muralla azotada por la artillería. Producía un sonido ahogado, inquietante, como el chocar de una maza gigantesca sacudiendo los cimientos. Las órdenes abundaban y De la Quintana podría haber jurado que los invasores estaban divididos en dos bandos antagónicos: los que deseaban continuar la batalla y dislocar la horda a fuerza de cañones y los que mantenían a sus hombres, a veces bajo presión, quietos y serenos.

El mayor Thomas Foley pertenecía a esta última. Ya no deseaba continuar un combate que, de todos modos, estaba destinado a la esterilidad, al fracaso liso y llano. Esa ecuación iba a arrojar, en definitiva, un mayor número de muertos de ambos bandos. Todo iba a proseguir en un juego macabro e infinito, hasta que ya no quedase nadie digno de contar el suceso.

La embajada de Hilarión de la Quintana debió aguardar unos momentos a la espera de Beresford. Toda la tropa británica los observaba con odio, como a poderosos druidas capaces de desatar fuerzas ocultas. Hilarión pensó que los vencidos

siempre debían mirar de la misma manera a los vencedores. Hyppolite Mordeille y su cofrade Raymond disfrutaron del momento, lo paladearon de la manera más páfida y exquisita. Cada uno de ellos se alineó como pudo para el encuentro. Trataron de adecentar las ropas y el aspecto, pero las huellas de lo vivido estaban ahí, notorias, imposibles de disimular. Los uniformes rotos, las espadas manchadas de enemigos y la piel tiznosa relataban la intensidad de esa mañana sangrienta. Cuando apareció Beresford, lo acompañaban Dennis Pack y Campbell, con los rostros graves, y a la vez pudorosos, con un minorazgo difícil de esconder. La derrota fue aplastante, pero el hecho de capitular los abochornaba todavía más.

–*De la Cuintana...* –masculló Beresford, en pésimo español.

Hubo un intercambio de venias solemnes entre todos y el general extendió la mano. El edecán de Liniers pudo apreciar la mojadura inverosímil del uniforme inglés, rojinegro y transpirado. El ojo diamantino de Beresford ocupaba su lugar en el rostro. Lo devolvió allí para tratar de completar la dignidad de su aspecto. Todos estaban tensos y tenían las expresiones deformadas por la ansiedad de terminar con el embarazoso trámite de rendir el poder. Beresford comenzó a hablar en francés para que lo entendiesen, y el Manco Mordeille se dispuso a traducir.

–*El general Liniers me manda a preguntar la razón de su pedido de tregua...* – dijo Hilarión y Mordeille le tradujo a Beresford–. *Pero tenga en claro que mi comandante Liniers sólo aceptará de usted un cese a la más completa discreción. Su vida y la de su tropa quedarán garantizadas... Pero nada más* –El tono que utilizó Hilarión fue casi una amenaza.

Hilarión de la Quintana fue más allá de sus órdenes y esgrimió una audacia diplomática que resultó provechosa para los españoles. La misión que Santiago de Liniers le había encomendado fue, simplemente, averiguar el estado de cosas. Deseaba conocer la razón por la cual los británicos habían izado la bandera de parlamento. Pero Hilarión juzgó la escena, justipreció el clima de derrota que allí reinaba y forzó la circunstancia en beneficio propio. Al descalabro militar le añadió una puja moral, psicológica, con la cual acorraló a los perdedores. Fue su jaque mate propio, personal.

Antes de esbozar un razonamiento, William Beresford esperó a que la boca de Mordeille dijese la última palabra. Le pedían una rendición incondicional, humillante, pero no halló muchas otras opciones.

–*C'est bien...* –exhaló la respuesta. La ausencia de vigor en sus palabras fue, en sí, una señal de derrota.

–*E izen la bandera de Su Majestad Católica...* –exigió Hilarión– *pues no me comprometo a poder calmarlos.*

–*Non... Je veux parler avec le Commandant Liniers* –Beresford se negó en perfecto galo. Sabía que enarbolar la bandera de España significaba una entrega total,

un sometimiento implícito e indecoroso. Antes debía negociar algunas cuestiones con el vencedor.

–*En caso de que no lo hagan* –le advirtió Hilarión– *ni su propia vida estará segura, general. No dilatemos lo inevitable* –pronosticó fatídicamente.

La mirada de William Beresford se opacó y sus dientes mordieron el aire, se constriñeron en un bruxismo iracundo. Finalmente miró a Campbell y ordenó izar la divisa enemiga:

–*Do it... Haul up the Spanish flag.*

Del otro lado del murallón, las cosas discurrían de manera muy diferente. El avance de la tropa bordeaba el exterior de la Fortaleza y ya habían cruzado el foso. La multitud buscaba escalar la estructura, tomar el edificio, literalmente. La tarde estaba convirtiéndose en un asedio bárbaro, en un asalto medieval.

Adentro, el clima se enturbió. Hubo soldados ingleses que retomaron las armas para detener a la tromba, y ambos cañones emplazados frente al portón se aprestaron a disparar ante el menor indicio de ataque. Para los británicos, la tolerancia estaba llegando a puntos inadmisibles, y para los criollos, la espera también.

–*Don't fire...! Stop! Stand away!* –gritó Dennis Pack, al filo de la furia.

Detuvo a los soldados del 71 apostados en las almenas, a punto de responder la agresión. Los ánimos frisaban al margen de la indisciplina y una pestilencia de animales acorralados comenzó a flotar en el aire. Poco a poco, la tensión fue mutando en terror.

–*Where is the flag...?! Where is the flag?!* –Beresford pidió la insignia a los gritos. Alguien estaba buscando afanosamente el pabellón español, pero no lo hallaba. Las posibilidades del momento se estaban agotando y un desenlace nefasto fue tomando forma. Un simple objeto, tan trivial como un paño ribeteado, estaba a punto de provocar que miles de hombres se lanzaran a un exterminio absoluto.

El capitán Alexander Gillespie, a cargo de una pieza de 34 libras en el baluarte nordeste de la Fortaleza, quiso mirar con sus propios ojos hacia el otro lado y ver la masa gris que los asediaba. Asomó su cara, con poca prudencia, y una andanada de fusiles lo devolvió a resguardo. El aire a su alrededor se saturó de arenisca y repiqueteos balísticos, destinados a volarle la cabeza.

–*Fuck!* –los maldijo.

De inmediato, ordenó encender el cañón que comandaba, cargado con una pollada fragmentaria. La metralla le iba a permitir abarcar el mayor espectro de tiro, barrenar el apiñamiento de hombres frente a él. Gillespie se salió de sus cabales y todo se redujo a querer eliminarlos.

–*To hell with the truce!* –mandó la tregua al demonio. Pero William Beresford corrió hasta él y evitó la maniobra.

–*Gillespie!* –la garganta le rugió–. *Calm down!* –lo obligó a desistir.

El delgado cordel de la medida se afinaba minuto a minuto, y Gillespie parecía querer cortarlo de un solo golpe.

El resto de los oficiales ingleses presenciaron como Hilarión de la Quintana trepó hacia las alturas y realizó una proeza singular, un acto temerario que dejó perplejos a todos. Subió uno a uno los escalones que conducían a la muralla y mostró su cuerpo, a voluntad y libre albedrío de los atacantes. Se expuso a morir. Casi fuera de sí, abrió el chaleco de su uniforme y con el gesto desgarró la tela. Algunos botones de bronce cayeron al vacío. Le temblaron las manos y de un momento a otro aguardó el disparo ultimador o el cañón que lo destrozara. Extendió los brazos como un padre que todo lo cobija y esperó. Muy cerca de Hilarión, Beresford también ganó la altura y trató de hacerse entender.

–*Cease fire... ¡No mais fogo! ¡No mais fogo!* –varió del inglés al portugués. Todo servía con tal de llegar a un entendimiento.

Al verlos, la furia de los criollos perdió vivacidad y cedió hasta llegar a una calma total. Hilarión dominó a la masa como un pastor a su rebaño.

Un cabo de marina, tripulante de la goleta *Paz* en la expedición de Liniers, encontró el pabellón de España y sin demora lo adosaron al asta de la Fortaleza.

Los británicos sobrevivientes escucharon el rumor de los criollos al ver otra vez su bandera. Una ovación que hendió el aire de la plaza y traspasó el muro. El júbilo de los reconquistadores los hirió más que las armas. Habían aprendido a amar la tierra invadida y algunos lloraron.

Minutos más tarde, Santiago de Liniers se acercó hasta la explanada de la sede con la intención de ingresar, pero William Beresford se avino a salir, garantido de que sería respetado. Fue al encuentro del francés y acordaron los términos en soledad. Gutiérrez de la Concha y otros oficiales los acompañaron, pero solamente Hyppolite Mordeille comprendió el diálogo entre ambos jefes. Hablaron en francés, herméticamente, y nadie jamás sabría el contenido de esa conversación. Beresford insistió en que el izamiento de la bandera española había sido una cuestión fáctica, originada en la necesidad de calmar a las tropas ennegrecidas. Le recriminó a Liniers la ignorancia de sus hombres respecto de los más elementales códigos bélicos, y el haber desconocido el pedido de tregua. Santiago de Liniers le otorgó la razón y coincidió con él, pero no se responsabilizó por las fuerzas irregulares que participaron en el asalto. *La recuperación de Buenos Aires se debió, en gran medida, al vecindario, y nada sabía el pueblo de preceptos y estatutos de guerra.* Por fin acordaron los términos de una rendición digna para los ingleses, aunque desprovista de mayores derechos y sin condicionamiento para los vencedores; seguridad para sus hombres, honores militares, y nada más.

El general británico retornó solo al interior de la sede virreinal, donde lo aguardaban su ejército y sus oficiales. Compartía con ellos la consternación y el desaliento, y les debía unas palabras.

Las diferencias de escalafón, de cuna, desaparecieron entre los jefes y los soldados de Su Majestad. Los unos eran aristócratas, hijos de nobles; los otros, surgidos del vulgo británico. Pero todos, por igual, padecían la humillación que el momento les deparaba.

William Beresford penetró en el Fuerte y miró a cada uno del millar de sobrevivientes. Cada miembro de su ejército llevaba una herida distinta, del alma o del cuerpo. Para muchos de esos jóvenes, aquel revés era el bautismo, la primera derrota en su vida militar, y apenas lo toleraban.

Dennis Pack se hallaba cerca de su jefe, tranquilo porque ya conocía el rostro adverso de las batallas. Thomas Foley, en cambio, supo que había perdido algo más que una campaña. Cargaba sobre sí una íntima derrota que nadie conocía (su amor por Sabine Brouage). Los otros, Campbell, Lynch, Arbuthnot, Pococke, Sampson, Murray, Olgilvie, Patryck, Graham, McDonald, los tenientes bisoños, los sargentos veteranos, todos perdieron algún compañero apreciado o algún subordinado entrañable. Se leía en sus caras. William Beresford se adivinó en ese espejo y trató de componer su semblante. Recordó a George Kenneth, camarada fiel, con el que jamás volvería a compartir un trago de brandy: Y pensó en su prima Louise, en el pudor que el desastre de ese día le provocaría frente a ella. Pero no quiso flaquear, aunque el corazón le sangrara por todos lo que pudo ser y no fue. Estuvo a punto de arrebatarle a España media América para su nación, y se le escurrió entre los dedos.

Beresford percibió el respetuoso silencio de sus hombres y eso lo conmovió, experimentó con ellos una intimidad de familia. Era patético y hermoso a la vez, y les habló como a hermanos.

–Hijos de Inglaterra...! –los miró–. De hoy en más siempre serán dignos de ser llamados así. El Señor, que todo lo ve, ya sabe de vuestra fidelidad, de vuestra valentía. Volvería a luchar con ustedes y descansaría mi vida sobre sus hombros, porque sé que estaría segura. Lo han dado todo –alzó la voz–, aunque todo lo hayamos perdido. ¡Viva la Gran Bretaña! –rugió. ¡Y que Dios salve al Rey!

La carga emotiva del momento cerró las gargantas y un mutismo sepulcral magnificó el drama que estaban viviendo. William Beresford giró sobre sus talones y se dispuso a enfrentar a los ganadores, a quienes respetaba y reconocía el mérito del arrojo. Buenos Aires había edificado su propia epopeya a partir del fracaso, sin más fuerza que su propia decisión.

Eran casi las tres de la tarde de ese martes 12 de agosto de 1806. Hora sagrada, predestinada por los siglos. La misma hora en que Hernán Cortés entró en Tenochtitlán como un dios. A las tres de la tarde, el último emperador Constantino

cayó muerto defendiendo una de las puertas de Bizancio del asedio turco. A esa hora expiró el Cordero de Dios. Y a las tres estaba siendo recuperado, al fin, el virreinato del Río de la Plata y con él, la mitad del Nuevo Mundo.

Un gaitero del 71 comenzó a soplar y el pellejo del instrumento se hinchó, llenando el espacio con la música que guiaría a los invasores en su última marcha marcial.

El fin de los disparos puso en aviso a la capital entera que todo había terminado. La atmósfera recobró su vacío habitual y los pequeños sonidos fueron redescubiertos: el viento, el follaje, algún ladrido.

Los que combatieron y sobrevivieron se hallaban en la plaza observando la rendición de los británicos. Aquellos que no esgrimieron las armas también corrieron a ver el acto imperdible de la derrota ajena. Minutos antes, el convento de La Merced pertenecía a los esbirros de la guerra, y cada rincón de su estructura escondía a un soldado. Ahora se encontraba abandonado y semivacío, poblado apenas por un tendal de heridos en las galerías, que esperaban morir o ser sanados. Tan sólo unos pocos frailes, los siervos y los curadores permanecieron en su interior. Y también Annette Du Villé y Sabine Brouage.

Afuera, el espectro de la Victoria se paseó por las calles y acarició con sus palmas a cada hombre vencedor, vivo o muerto. La alegría del triunfo reverberaba por doquier, pero Ana Du Villé no participaba del momento. Sin Seamus O'Brien, se sentía íntimamente derrotada. Annette cumplió con Buenos Aires, pero la ciudad fue inexorable con ella.

–*Seamus, amor... ¿Por qué te fuiste?* –exclamó y hundió el rostro entre sus brazos sucios y pálidos.

–*Annette... Ana mía. Debemos ser fuertes* –la consoló Sabine. Sabía muy bien que para su prima comenzaba la ardua tarea de tratar de hallar toda la inocencia perdida, de encontrar lo que le fue arrancado en tan poco tiempo. Aún no cumplía sus catorce años.

El padre Banegas, algo distante, se clavó en su sitio y observó la escena sin animarse a interrumpirla. Estaba también sucio y se lo veía extrañamente cansado, como si las ropas civiles que vestía lo hubiesen agotado más de la cuenta. Llevaba el fusil del irlandés O'Brien, y Sabine se sorprendió al verlo. El mercedario se aproximó y rebajó su postura hasta el rostro de Ana, sentada en un peldaño que conducía a la ropería.

–*Mírame...* –le pidió, y la adolescente alzó los ojos. El fraile y la muchacha confundieron sus pupilas y permanecieron así unos instantes.

–*¿Sabes qué me dijo tu irlandés antes de partir a Perdriel?* –el rostro de Ana se abrió de expectación. Tuvo sed de unas palabras de Seamus.

–*¿Qué le dijo?*

–*Me dijo: “Si pasara algo allá, recuérdeme lo que una vez hablamos ella y yo”* – el fraile hizo una pausa– *“Dígale que la amo, que siempre lo haré, allí donde yo vaya. Y que se aleje de la lucha. La guerra es una calamidad muy grande... Recuérdesele”*.

A capricho de las brisas, traído desde la plaza, un rumor de ovación surcaba el aire y desentonaba con la imagen de leprosario que cargaba el interior del convento. La rendición de Beresford era festejada sin timidez.

Del lado exterior de La Merced el paisaje había sufrido una nueva transformación, de las tantas que padeció durante los tres últimos días. La calle San Martín de Tours, desierta, parecía un estercolero, un basural necrológico. La virulencia del combate se podía adivinar perfectamente en las marcas y en los desperdicios diseminados a cada paso. Aún no habían sido levantados tres cadáveres en la esquina del atrio, y cerca de la plaza se adivinaban uniformes británicos tendidos en el empedrado. En la plaza, la Infantería de Montevideo formaba un largo corredor de hombres, una barrera de contención que cruzaba desde la Fortaleza hasta el Cabildo. La hilera de soldados pasaba por debajo de la recova a lo largo de toda la Plaza Mayor, y entre ellos desfilaban los prisioneros británicos, protegidos así de una muchedumbre inhóspita. *Beresford ya había formalizado su derrota ante Liniers, y los generales se abrazaron, se estrecharon como viejos amigos y sellaron la paz con la dignidad que ambos poseían. Beresford ofrendó su sable, pero debió conservarlo. Las manos de Liniers se negaron a tomarlo para no humillarlo. Que Beresford devolviese la ciudad a sus antiguos dueños le bastó.*

Nadie molestaba a los británicos, que caminaban despacio, fatigosos. Cada uno llevaba su fusil listo para ponerlo en la pila de armas acumuladas frente al Cabildo. Casi todos lo habían hecho ya, e ingresaban al interior del edificio, en donde permanecerían custodiados. Más de mil soldados de la tropa rasa británica debían comenzar a habituarse a una estrechez espantosa, pues no había allí más lugar que para unos cientos. Pero los calabozos del Cabildo era lo único con que contaba Liniers por el momento. *El francés les permitió a los oficiales conservar su espada y seguir en libertad bajo juramento. Podrían continuar en sus alojamientos originales, si todavía eran bien recibidos.*

Del interior del Fuerte fueron desalojados todos aquellos que conservaban la capacidad de moverse por sí mismos. Por ello, la sede fue olvidada momentáneamente y el escenario se despejó. *La sede virreinal era presa de la anarquía más absoluta. Gente extraña transitaba los despachos y salones, revisando todo lo que oliera a pertenencia inglesa. Algunos no hacían distinción y todo entraba en la misma degradada categoría de despojable. Un simulacro de saqueo, discreto, gradual, comenzaba a gestarse.*

Unos pocos franceses del Manco Mordeille deambulaban excitados, volteando muebles, vaciando cajones y cofres. Conocían muy bien las reglas del botín: llegar primero para obtener lo mejor. Nada que tuviese aspecto británico merecía ser respetado, y así lo demostraban.

Los heridos ingleses fueron puestos en uno de los salones vacíos y austeros, pegados a la residencia del virrey. Eran vigilados por dos corsarios franceses y un Miñón de aspecto inverosímil. El soldado catalán parecía envenenado por no poder participar de la rapiña, por ver que se lo estaban llevando todo esos franceses filosos que debía tolerar.

Tres horas después de la rendición comenzaron a romper las ventanas de la casa De Garaz, pero el saqueo no tardó en degenerar en una destrucción insensata y total. Algunos muebles de don Hipólito fueron arrojados a la calle después de ser vaciados por los ocho Miñones que procuraban alzarse con todo lo que tuviese valor. El uniforme sin abotonar o la falta de correajes en algunos de los soldados ejemplificaban su estado de ánimo. Se hallaban fuera de toda regla y ya no aceptaban órdenes de ningún jefe, más que de la rapiña. Pero nadie se atrevía a decir nada. *Había sido parte del trato cuando embarcaron en la expedición de Liniers. Los términos fueron que, una vez derrotado el enemigo, el botín era para ellos y los franceses de Mordeille.* Quedó sin dilucidar cuáles eran las pertenencias que podían ser consideradas buena presa, pero ésta resultó ser una cuestión menor.

En Montevideo, y con autorización del gobernador Ruiz Huidobro, la fuerza reconquistadora confeccionó una lista, un registro negro con todos aquellos nombres que colaboraron con la ocupación británica. Tenían cuentas pendientes con la corona española y se las estaban cobrando con creces. Ya habían saqueado la casa de Pío White y la de un tal Romero. En esos mismos instantes estaban corriendo igual suerte la residencia Vivar y la casa de los Marcó del Pont.

Vecina a los De Garaz, la casa O'Gorman, donde vivía Ana Perichón de Vandeuil, era también saqueada por un grupo de los corsarios de Mordeille.

El clima de la ciudad ya no se podía definir. Por momentos cundía el terror, aunque en algunos sectores tomaban cuerpo los festejos, a pesar del gran número de mujeres e hijos que buscaban a sus muertos en las pilas de cadáveres diseminados en las esquinas.

Liniers apenas pudo contener al jefe de los Miñones en su intención de saquear los caudales de la Real Renta de Tabacos. Eran oro y plata españoles, tomados en su momento por Beresford. Pero la efímera pertenencia británica les creaba un conflicto de interpretaciones. Para Liniers eran bienes de España, y para los Miñones era oro inglés, y no deseaban perderse un céntimo de lo que consideraban suyo.

Buenos Aires, miércoles 13 de agosto de 1806 - El día siguiente a la reconquista.

Un día después de la victoria, Buenos Aires zozobró en una agonía colectiva, pero sectaria, sólo reservada para los que debían llorar a sus muertos. Los jefes de los distintos regimientos que recuperaron la ciudad, y el clero de todas las iglesias, trataron de organizar unas exequias masivas, desordenadas. Campanas mortuorias eran lo único que se elevaba al cielo, junto con los rezos en los camposantos. En todas las calles había víctimas, propias o ajenas, que eran llevadas en carretillas o con caballos, rumbo a los lugares de inhumación. Los invasores protestantes, a excepción de los tres oficiales caídos, fueron puestos en fosas comunes que se cavaron en las barrancas del Retiro y alrededor de la Fortaleza. Todo adquirió una identidad funeraria, por momentos siniestra. La visión de los despojos roídos por los perros durante la noche alcanzaba para odiar todo lo sucedido. Ni siquiera el triunfo podía enaltecer esa realidad.

El interior de la casa Brouage, en tanto, permanecía crispado por la inminencia de un saqueo que podía concretarse. A Antoine lo mortificaba la idea de que el libro con los juramentos de fidelidad al monarca inglés pudiese caer en manos de los hispanistas. Era una cuestión de tiempo. Tarde o temprano, el impredecible periplo que suelen tener los objetos, su errático vagabundear, llevaría el documento al lugar equivocado. Existía la posibilidad de que los ingleses lo hubiesen destruido, pero el francés no apostaba ese naípe. El registro era la prueba irrefutable de que el imperio británico contaba con aliados en la América española. Un volumen demasiado valioso para ser reducido a cenizas.

Algunos de los que festejaban el triunfo y que en esos mismos momentos recibían agasajos del Cabildo, figuraban allí. Ése iba a ser el escudo de Antoine, la treta salvadora, en caso de ser descubierto. Podía denunciarlos, pues había memorizado cada uno de los nombres que fueron escritos antes de su firma: una treintena de prestigiosos personajes, de los cuales ninguno iba a salir ileso.

Antes de la invasión, las distancias entre las hermanas Brouage fluctuaban de acuerdo al ánimo de Sophie. Pero ese miércoles, un día después de todo, los abismos se cerraron. Sophie y Sabine comenzaron a conectarse, quizá como nunca desde su nacimiento, tal vez igual que en el vientre materno. Juntas y solas en la habitación que les pertenecía, se miraron con la fraternidad que nunca debieron perder. El sufrimiento las introdujo en una comunión profunda, por momentos mística. Sophie había aprendido una lección abrumadora, avasallante, como lo es el amor sentido con dolor, en lo más profundo de la carne. Annette, dormida en el cuarto de huéspedes, de alguna manera también se hallaba presente en el nuevo equilibrio que parecía cobijar a esa parte de la casa.

–*Ayer saquearon la casa de Santiago...* –dijo Sabine.

–*Lo sé. Y lo lamento por ellos*

–No lo odies ...

–*Hasta el día de mi muerte voy a odiar a Santiago ... George era mío.*

–*Y tú eras de Santiago. Por Cristo que no lo defiende ... Pero él sufrió.*

–*Nada de esto debió ocurrir* –el rostro de Sophie se perdió entre las manos e ignoró todo lo que no fuese llorar a Kenneth.

Sabrine ofertó su mano mansa, pero un río de lágrimas la separaba de su hermana. Abrazó a su melliza y lloró también, por Aldao, sin decírselo, en secreto. Se abandonaron a exorcizar sus duelos de la única manera posible: sintiéndolos.

Antoine se sentía sucio, fracasado, agobiado y encerrado en un laberinto del cual jamás podría salir. Los pistolones que tenía escondidos en los sótanos lo llamaban y pronunciaban su nombre, como cadáveres enterrados, tentándolo a la locura, al atajo. Alguien golpeó el llamador de la puerta principal y lo rescató de sus propios pensamientos.

–*¿Atiendo amo?* –La negra Encarnación se aproximó para abrir.

–*Sí ... Pero ten cuidado.*

El rostro de Thomas Foley se enmarcó detrás del dintel y la negra le dio paso con respeto, pero con un dejo desdeñoso, tan sutil que casi no fue advertido por Foley. La negra se sintió más importante, más dueña de sí misma que el británico, al fin de cuentas, prisionero de todos ellos.

–*Pase...* –lo invitó con sequedad.

Thomas Foley transpuso la puerta y la ignoró. La esclava estuvo a punto de anunciarlo, pero la presencia de Sabine acertó los protocolos. La mirada de Foley había cambiado desde la última vez que se vieron, durante el fusilamiento de O'Brien. Un tinte a derrota, a contradicción, le restaba brillo.

Estaba demacrado, demolido por la batalla y las visiones acumuladas durante los días previos. Una levita color musgo le usurpó el lugar de la chaqueta roja de los cazadores escoceses, y la hispanidad del atuendo lo despojó de su representación invasora. Ahora parecía un hombre común y, tal vez, casi hermoso a los ojos de Sabine.

–*Es peligroso andar por la calle ... Sobre todo para usted* –le advirtió ella.

–*Si es por los Miñones, ya me han visto tres veces hoy ... No se preocupe* –la convenció–. *Por favor, salgamos.*

Bajaron por una calle sin pensar en el rumbo, y a poco se encontraron frente a la costa del río, a merced de una brisa fría, pero tersa, reposada.

–*Aldao no debió morir ...* –dijo ella.

–*Nosotros no debimos venir ...* –confesó él. *Su mulato peleó, mató y sucumbió. Fue su libre elección y debemos respetarlo por ello ... Ya nada podemos hacer.*

–*Usted pudo haber hecho algo* –lo acusó.

–*Mis órdenes fueron permanecer en la plaza. La vida de su esclavo estuvo a la deriva desde el mismo momento en que fue detenido. No me culpe. Además ...* –Foley trató de desentrañar un misterio, *¿lo amaba? ¿Amaba a un esclavo?*

Sabrina trató de mirarlo a los ojos, pero sus propias lágrimas formaron un caleidoscopio triste. Dijo que sí con un movimiento imperceptible. Thomas Foley, atribuyéndose un derecho, la abrazó con fuerza, le acarició los cabellos, los olió y guardó para sí ese perfume esperado.

–*Y yo te amo a ti* –susurró Foley–. *Pero un esclavo me robó lo mejor que encontré aquí ...* –se lamentó–. *Sentí que había algo entre tú y él. Lo supe, lo advertí en el Cabildo aquella tarde ...*

La joven Brouage escuchó cada palabra y dejó que los brazos de Foley la acariciaran, que la tocasen como nunca nadie lo había hecho; “con ternura de hombre”.

–*¿Dónde se aloja?* –se preocupó Sabrina.

–*Los Rubio de Velasco me seguirán dando hospedaje hasta que Liniers nos destine a otros lugares ... Se habla de llevarnos al interior.*

–*¿Adónde?*

–*Aún no lo sabemos, pero, de seguro, será lejos.*

Foley y la muchacha parecían estar acordando una separación. Ninguno de los dos deseaba irse de la cercanía del otro, pero el mayor era un prisionero de guerra y había prestado juramento de no huir ni rebelarse.

–*Vendrán más ... ¿No es así?* –preguntó ella.

Foley no respondió, o su respuesta fue ese beso profundo, desquitado, ansiado desde tiempo.

–*Thomas ... No es posible* –lo repelió con palabras, pero su boca buscó más de él. Un poco más de algo que después no volvería a tener, jamás.

---oooOooo---

BITÁCORA DE VIAJE

Myor. Thomas Foley
Fragata Ardent.
A 400 millas de Costa de Oro.

Ya hemos hecho escala en *Santa Elena*, pero aún faltan veinte días de navegación para avistar Inglaterra, tan lejana en mi recuerdo. Ayer perdimos contacto con el navío *Thisbe*, pero no es grave. En cambio el *Charwell*, el *Raissonable* y el *Belliqueux* siguen navegando junto a nosotros, con tiempo bueno y viento fuerte. Escribo estas líneas para compensar el tremendo tedio que me produce el mar siempre azul y el horizonte inabarcable. Cada milla ganada al océano me obliga a pensar y a recordar, cuando menos lo deseo. El nombre de *Sabrina* recurre a mi mente y apenas puedo separar los recuerdos de su imagen. Aquel perfume lo llevaré siempre conmigo, hasta el final, hasta el último día de mi existencia. Pienso, ahora, que hubiera sido mejor morir en esa tierra obstinada y evitar este tormento que me persigue, hora tras hora.

Los cuatro meses que permanecí prisionero en un sitio que llaman *Luxán*, cerca de *Buenos Aires*, recibí dos veces su visita. *Sabrina Brouage* fue mía, toda completamente. Aunque quisiera olvidarlo para no sucumbir a este remordimiento. Sólo al escribir estas palabras, el sentimiento criminal, la culpa homicida que me carcome y me quema la boca, cede.

Después que nos llevaron a un sitio llamado *Catamarca*, ya no volví a verla, pero presiento que alguien, algún día, sabrá la verdad a través de estos párrafos. Espero que esta secreta confesión alguna vez salga a la luz. Ruego a nuestro Señor que así sea.

Jamás debimos intentar las expediciones al *Río de la Plata*. El segundo intento, y en el cual por fortuna no participé, fue infinitamente más sangriento y acrecentó nuestro fracaso. Lo veo en los rostros de nuestros Jefes. *Samuel Auchmuty* se pasea por la cubierta como un perro enjaulado. Dicen que *John Whitelocke* habla de suicidarse. Sabe que deberá dar explicaciones al Gabinete y al War Office. Murieron miles de los nuestros en *Buenos Aires*, y aún en *Montevideo*, a pesar de que alcanzamos a ocuparla por más de seis meses.

Tal vez me retire del ejército. Ya no deseo servir de esta manera. Sé que pude haberme quedado en *Buenos Aires*, junto a ella, pero el secreto que arrastro me lo impidió. No tuve opción.

Cuando su esclavo me pidió el lazo, antes de la batalla, sospeché su intención, entreví su drama personal. Pero preferí desconocer que este mulato, *Aldao*, ya no

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

deseaba vivir. Tampoco yo lo deseaba; quería que muriese, que volviese al negro polvo de donde surgió, y por ello accedí a su pedido. Pude haberle evitado la muerte, pero no lo hice. Pude salvarlo y preferí condenarlo. Le di la cuerda, aún sabiendo que con él, moría una parte de *Sabrine*.

Que Dios se apiade de mi alma.

Jueves 18 de octubre de 1807
Océano Atlántico
16°30'' Long. Oeste y 5°54'' Lat. Sud

EPÍLOGO

Tras la derrota, Thomas Foley fue llevado prisionero a la villa de *Luxán* y ya no volvió a gozar de libertad en América, al igual que sus compañeros Highlanders. Compartió el lugar de confinamiento con William Beresford y otros oficiales, quienes se dedicaron a propiciar la fundación de dos logias masónicas: la *Southern Cross* y *Los Hijos de Hiram*, que posteriormente trabajaron en favor de la independencia de las colonias de España.

A partir del 5 de octubre de 1806, apenas dos meses después de la rendición británica, los refuerzos tan esperados llegaron desde Inglaterra al estuario del Río de la Plata, pero la nueva flota halló a la capital recuperada. Esta expedición salvadora, tan ansiada por Beresford, recibió, a su vez, nuevos refuerzos, y se acrecentó hasta llegar a los ***doce mil hombres***, con ***más de cien navíos de guerra***.

Al recibir la noticia de que habían llegado los refuerzos despachados desde Londres, William Beresford intentó escapar de su detención, y lo logró con ayuda de criollos simpatizantes. Huyó junto con Dennis Pack rumbo a la Banda Oriental, e hicieron contacto con la escuadra de su país el día 20 de enero de 1807. San Felipe de Montevideo estaba siendo sitiada por la armada inglesa y fue tomada el día 3 de febrero de 1807, después de una sangrienta resistencia.

William Beresford prosiguió viaje hacia Gran Bretaña, mientras que su amigo Pack engrosó el nuevo ejército al mando de un batallón. De esa manera rompió el solemne juramento hecho a Santiago de Liniers, de no volver a tomar las armas contra Buenos Aires.

Thomas Foley permaneció por más de un año hospedado en casas de distintas familias, hasta que fue canjeado por prisioneros españoles y embarcado de regreso a Gran Bretaña, a finales de 1807, de donde jamás regresó. Durante ese año, Sabine Brouage dio a luz un hijo natural, y por ello fue exiliada de su propia familia y de la sociedad, repudiada por sus padres. A partir de entonces, sus días transcurrieron sirviendo en el Hospital de Mujeres de San Miguel, de donde se marchó en 1838, durante una propagación de tifus. Nunca nadie volvió a saber de ella. Sólo Ana Du Villè conocía su paradero y mantuvo contacto con ella hasta su muerte.

En Inglaterra, el mayor Foley formó una familia que engendró dos vástagos, y aunque no volvió a pisar Sudamérica, sí lo hizo uno de sus hijos, Bartholomew, quien llegó a Buenos Aires en 1825.

Por encargo de su padre, Bartholomew visitó a los Rubio de Velasco, quienes tantas atenciones le prodigaron a Foley durante los días de sangre. Allí, el hijo del mayor conoció a Ventura Rubio de Velasco, nieta de la familia. Y once años más tarde se casó con ella, en 1836, en la catedral de Buenos Aires, allí donde su padre

había combatido treinta años atrás. Bartholomew Foley jamás conoció o supo de la existencia de su medio hermano, el hijo de Sabine.

Sophie Brouage se casó en 1811 con el hijo mayor del naviero Alaguirre, un joven avaro y ambicioso que amasó una gran riqueza gracias al contrabando con los británicos, después de los intentos militares. De esa manera, Antoine Brouage cumplió su cometido, y gracias a la unión marital, restableció su fortuna, poco antes de morir, en 1814.

Después de la recuperación de Buenos Aires, la joven Du Villè fue al encuentro de su madre Marie-Rose. Pero allí, en Montevideo, debió soportar junto a su familia adoptiva el sitio de la ciudad, atacada por Sir Samuel Auchmuty y la escuadra del comodoro Backhouse. A pesar de los esfuerzos de todos los habitantes, Montevideo cayó rendida en un encuentro memorable que costó la vida de ochocientos defensores, entre ellos Joaquín Funes, protector de Annette y su madre.

Santiago De Garaz vivió en el convento de La Merced a partir de 1806, y durante la segunda incursión británica, al año siguiente, luchó como teniente del Cuerpo de Infantería de Montañeses. Pero combatiendo a una columna inglesa del Regimiento 45, al mando del coronel Nicholls, que avanzaba desde el sur, una granada propia le seccionó tres dedos de la mano izquierda. Por su valor y por haber seguido en combate estando herido, obtuvo un reconocimiento del rey de España, Carlos IV.

Terminada la contienda, fray Aparicio lo invitó a tomar los hábitos en la orden mercedaria, y en 1812, el joven De Garaz recibió el Orden Sagrado, con el nombre de fray Santiago, haciendo votos de entregar su vida por la liberación de un cautivo, como todos los mercedarios. Tres años después, en 1815, pidió ser destinado a las misiones de la costa de occidental del norte de África, en Senegal, la tierra de la negra Consolación, esclava de la familia Brouage. Allí Santiago se familiarizó con la lengua *serere* y *mandingo* y permaneció misionado durante un año, hasta que en 1817 abandonó los votos sacerdotales. Decidió continuar a su manera, conviviendo con algunas tribus, a las cuales enseñó a evadir las incursiones negreras. Él mismo peleó contra las compañías traficantes de Holanda, Portugal y Gran Bretaña, con la colaboración de algunos frailes que, clandestinamente, lo ayudaron en su cometido. Trató de reivindicar a la estirpe de Consolación, tal vez como tributo a ella.

Finalmente fue capturado en una emboscada que le tendió una expedición de traficantes holandeses, en 1819. Como escarmiento, los negreros flamencos torturaron a Santiago sobre la cubierta de la fragata negrera *Wootle*, a la vista de la tripulación. Finalmente, lo cubrieron con brea y fue quemado vivo en un estuario de la costa africana. Sus huesos calcinados fueron esparcidos, como una represalia intimidatoria, en varias aldeas costeras senegalesas.

Los Funes, los abuelos adoptivos de Annette Du Villè, murieron en un confuso accidente marítimo ocurrido en 1819. A partir de entonces, la muchacha Du Villè se radicó en Buenos Aires con su madre. Ana contrajo matrimonio a los diecinueve años con un joven marino irlandés, que sirvió luego en la escuadra naval argentina formada a partir de 1814 por William Brown, otro irlandés, nacido en Foxford.

La hazaña de Seamus O'Brien durante los sucesos de 1806 fue conocida por unos pocos a través del epistolario que la misma Ana hizo circular en algunas tertulias, anónimamente, sin su nombre. Con los años, el romance del desertor británico con una joven criolla desconocida formó parte de la leyenda que cubrió los episodios de ese año. Ana Du Villè jamás dejó de visitar el lugar reservado a Seamus en el enterratorio de San Nicolás de Bari.

Gracias a la negra Tadea, Sabine Brouage pudo interpretar el mensaje que Aldao dejó en su celda, antes de morir. Ella tampoco faltó a la cruz con el nombre de Aldao, en La Merced.

George William Kenneth fue enterrado con honores militares el día 14 de agosto de 1806, junto al teniente Mitchell del 71 en el Parque de Artillería del Retiro. Desde entonces, jamás fue removido del lugar y los restos reposan allí, aunque la ubicación fue borrada por el tiempo y permanece desconocida. Los días 12 de cada mes y durante muchos años, la tumba del capitán Kenneth amaneció con una flor rota envuelta en un pañuelo, sin que nunca nadie supiese quién le rendía la ofrenda.

William Carr Beresford, al final vio cumplido su anhelo. Sobrevivió a todas las batallas y doblegó por su mano a muchos ejércitos, pero sin poder olvidar a su prima Louise. Después de marcharse para siempre de Buenos Aires, tomó la isla de Madeira a finales de 1807, y más tarde organizó el ejército de los portugueses, aliados de Inglaterra contra Napoleón. y como una paradoja del destino, también comandó a tropas españolas que buscaban restituir al trono a la Casa Borbón, usurpado por José Bonaparte (hermano de Napoleón Bonaparte) en la llamada *Farsa de Bayona*, en 1808. Años después Beresford fue elevado al rango nobiliario de vizconde y sirvió bajo las órdenes de Sir Arthur Wellesley, duque de Wellington, como miembro del gabinete inglés.

Pero en un día radiante, predestinado para William Beresford, su verdadero rival y enemigo invicto, el anticuario Thomas Hope, falleció. El 3 de febrero de 1831 liberó a Louise Beresford del matrimonio que compartieron durante veinticinco años, y William, que tanto supo esperar, realizó lo siempre sufrido, lo tanto postergado. Se casó con Louise en diciembre de 1832, cuando él contaba con sesenta y tres años de edad, sin haber contraído nupcias hasta entonces.

Dennis Pack volvió a empuñar las armas contra Buenos Aires en 1807, y fue duramente acorralado en el convento de Santo Domingo, cuando trataba de recuperar los trofeos de guerra y las banderas perdidas durante la Reconquista del año anterior.

Volvió a Inglaterra vencido, junto con el resto de la segunda expedición y los prisioneros de la primera.

Su regimiento, el 71 de Cazadores Escoceses, participó durante 1808 en la guerra peninsular, en España, nuevamente bajo sus órdenes. Al año siguiente, en 1809, William Beresford le pidió que lo acompañase en la campaña de Portugal y le confió el mando de una brigada lusitana, con la cual combatió en todos los grandes encuentros. La guerra contra Napoleón se prolongó otros seis años, hasta 1815, cuando Bonaparte fue definitivamente vencido por Wellington en la batalla de Waterloo, cerca de la ciudad de Bruselas. Pack comandó un batallón inglés y resultó herido por novena vez en su vida. En su servicio a la corona alcanzó el grado de mayor general y fue largamente reconocido.

Ya lejos de los escenarios cruentos, se casó más tarde con lady Elizabeth Beresford, hermana menor del padre de William Beresford. Los viejos camaradas unieron sus apellidos en una rama familiar, Pack-Beresford, que le dio a Inglaterra muchos jefes militares. Murió en Londres el 24 de julio de 1823, a los cuarenta y ocho años, y fue inhumado en el lugar más honorable para un oficial británico: en las criptas de la catedral londinense de Sain Paul. Sus restos yacen actualmente en la catedral de St. Canice, en Kilkenny, Irlanda.

El controvertido libro de Buenos Aires con los cincuenta y ocho traidores firmantes jamás salió a la luz. La identidad de los que abjuraron de España continúa aún en secreto. Alexander Gillespie ocultó el registro y pudo llevarlo a salvo hasta Londres, en donde lo entregó el 4 de septiembre de 1810 en las manos de William Hamilton, subsecretario del Foreign Office. El documento se encuentra allí, en algún archivo clasificado de la cancillería británica, sin que nadie haya podido acceder a él, a pesar de haberse intentado.

El 15 de octubre de 1807, cuando las fuerzas inglesas fueron definitivamente expulsadas del Río de la Plata, Santiago de Liniers, en nombre del rey Carlos IV, decretó mediante un Bando Real la liberación de sesenta esclavos que lucharon contra el ejército británico. El negro Basualdo fue uno de ellos, y tal vez Aldao lo hubiese sido si no hubiera preferido una libertad más perfecta y definitiva.

“En algún lugar te esperaré como un hombre libre” decía el mensaje en bantú grabado en el piso de tierra de su celda. Sin embargo, el hijo de Sabine jamás aprendió esa lengua, a pesar de haber sido bautizado con el nombre de Aldao.

ALEJO BRIGNOLE
*Buenos Aires, 25 de enero de
1997.*

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**

APÉNDICE I

LA HISTORIA DE DANA GABINA

La historia de Dana Gabina

Tadea era una esclava negra aún joven, de unos treinta y pocos años, nacida en América y que hasta los doce años sirvió en una misma familia, junto con su hermano. Pero cuando en 1782 éste fue muerto en un episodio sangriento que todos concían en Buenos Aires, Tadea fue criada en el convento de La Merced.

En ese año –según el relato de la negra– una muchacha de la ciudad, llamada Dana Gabina, hija de un tratante de esclavos, para vengarse de sus padres liberó un cargamento de negros zulúes proveniente de África. Los hombres, cazados y engrillados en la bodega del barco que los traía, al verse repentinamente libres, mataron a parte de la tripulación y tomaron rehenes con la idea de huir. Ayudados por algunos esclavos de la ciudad, lograron poner proa a las selvas de la Guayana, en el límite norte del Brasil. Entre los esclavos que ayudaron a la liberación de los zulúes se encontraba el hermano de Tadea, Abel, once años mayor, que murió con otros durante la rebelión.

Nunca nadie supo bien por qué, Dana Gabina, de sólo quince años, ocasionó semejante perjuicio a los suyos. También ella pereció ahogada en el río cuando quiso retornar a la costa desde el barco negrero, el cual se encontraba huyendo a toda vela.

Algunos dijeron que un familiar directo, hermano de su padre, la ultrajó, y que tanto éste como su madre soslayaron el incidente para evitar desavenencias comerciales con el tío, poderoso traficante de esclavos. En represalia, la muchacha propició la sangrienta revuelta de negros que frustró la esclavitud de un centenar y medio de africanos.

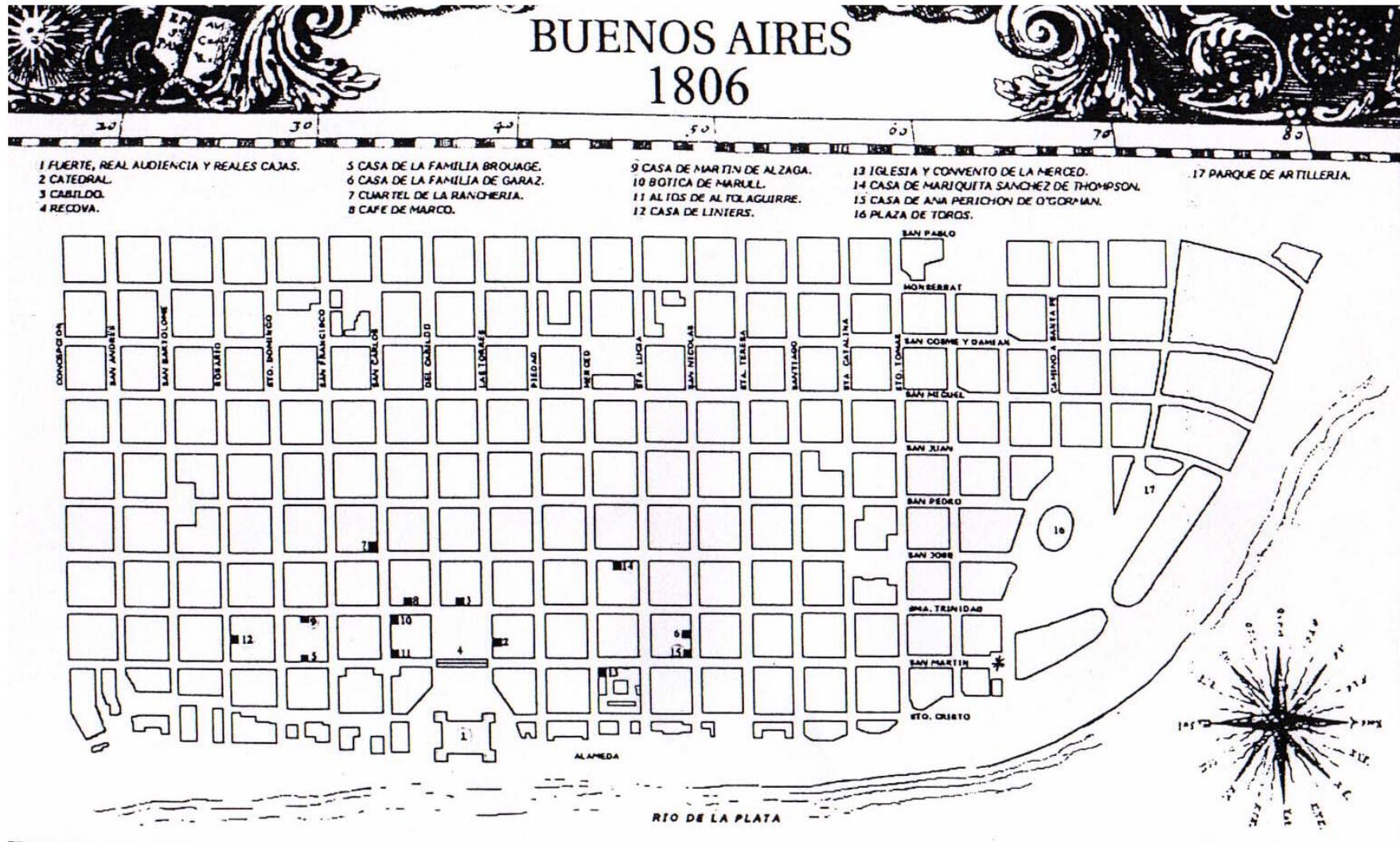
La historia de Dana Gabina creció y floreció con los años, como una suerte de estandarte; su nombre era muchas veces mencionado como símbolo de valor y decisión. Por ese motivo, el grupo de espías que colaboraban con los conjurados catalanes en contra de Beresford, halló adecuado el nombre de Dana Gabina como santo y seña para proteger, de los espías británicos, las informaciones que ellos transmitían a los conjurados.

Dana Gabina fue en esa época un nombre arquetípico y redentor.

APÉNDICE II

LÁMINAS Y TEXTOS ADICIONALES

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Plano del casco céntrico de Buenos Aires

(*) La calle San Martín de esa época es la actual calle Reconquista; estaba denominada así por San Martín de Tours, patrono de la Ciudad de Buenos Aires

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Rafael de Sobremonte, Núñez del Castillo, Angulo Bullón y Ramírez de Arellano

(Sevilla, 27 de noviembre de 1745 - Cádiz, 1827)

Tercer marqués de Sobremonte

Llegó a ser virrey del Río de la Plata.

Fue acusado de cobarde por el pueblo de Buenos Aires por haber abandonado esa ciudad al producirse las invasiones inglesas en 1806.

Sus padres fueron el marqués Raimundo de Sobremonte, militar y magistrado, caballero de la Orden de Carlos III y oidor de la audiencia de Sevilla; y María Ángela Núñez Angulo y Ramírez de Arellano.

A los catorce años de edad ingresó como cadete en el Regimiento de las Reales Guardias Españolas. Prestó servicios en distintos destinos, como Cartagena de Indias, Ceuta y Puerto Rico. En 1779 fue designado Secretario del virrey del Río de la Plata, Juan José de Vértiz, con el grado de teniente coronel. Continuó en su cargo con su sucesor, Nicolás del Campo.

Sobremonte estuvo casado en primeras nupcias con una dama argentina, Doña Juana María de Larrazábal, con quien tuvo doce hijos:

- Rafael de Sobremonte y Larrazábal, bautizado en Buenos Aires el 22 de octubre de 1783.
- Marcos José de Sobremonte, bautizado en Córdoba el 28 de agosto de 1785.
- Ramón María Agustín de Sobremonte, bautizado en Córdoba el 9 de octubre de 1786.
- José María de Sobremonte, bautizado en Córdoba el 4 de enero de 1790.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

- Manuel de Sobremonte, bautizado en Córdoba el 11 de agosto de 1792.
- María de las Mercedes de Sobremonte, bautizada en Córdoba el 31 de diciembre de 1793.
- Josefa Juana Nepomucena María del Carmen de Sobremonte, bautizada en Córdoba el 24 de abril de 1795.
- Juana de Sobremonte, bautizada en Córdoba el 19 de agosto de 1796.
- José María Ramón de Sobremonte, bautizado en Buenos Aires el 19 de enero de 1798.
- José María Agustín de Sobremonte, bautizado en Buenos Aires el 20 de abril de 1799.
- Ramón José Agustín de Sobremonte, bautizado en Montevideo el 4 de agosto de 1801.
- José Agustín María de Sobremonte, bautizado en Buenos Aires el 19 de abril de 1803.

Luego del fallecimiento de su primera esposa, contrajo matrimonio a los 75 años, con doña María Teresa Millán y Marlos, viuda de un sobrino de Baltasar Hidalgo de Cisneros, el último virrey del Río de la Plata.

Rafael de Sobremonte cumplió con diversos cargos en el Virreinato del Río de la Plata:

- Secretario del Virreinato, con el grado de teniente coronel, en la época del Virrey Vértiz (1779-1783).
- Gobernador Intendente de Córdoba del Tucumán (1783-1797).
- Sub-Inspector general de las tropas veteranas y milicias (1797-1804).
- Presidente de la Audiencia de Río de la Plata (1804).
- Virrey, Gobernador y Capitán General del Virreinato del Río de la Plata (1804-1807).

Desde 1784, y durante casi quince años, fue gobernador-intendente de Córdoba, destacándose como un excelente administrador: mandó limpiar y arreglar las calles de la ciudad, ordenó la construcción de la primera acequia que llevó agua corriente a Córdoba, proveniente del río Primero, y también la construcción de las defensas contra las crecientes del río, como asimismo el Paseo de la Alameda (hoy Paseo Sobremonte). Abrió la Escuela Gratuita y del Gobierno, mandó construir escuelas en la campaña, creó la Cátedra de Derecho Civil en la Universidad de San Carlos; mejoró administrativamente la atención del vecindario, dividiendo la ciudad en seis barrios; encargó el primer alumbrado público y fundó un hospital de mujeres. Mejoró la situación de la Justicia, muy descuidada por la distancia con Buenos Aires.

Durante su gestión mejoraron las condiciones de trabajo en las minerías, y dio impulso a las mismas en distintas provincias del país.

Creó fortines y poblados para lograr combatir a los malones indios: Río Cuarto, La Carlota, San Fernando, Santa Catalina, San Bernardo, San Rafael (Mendoza), Villa del Rosario, etc.

En 1797 fue nombrado inspector general del ejército del Virreinato. En ese cargo se esforzó en ponerlo en condiciones de resistir una invasión desde Brasil o Inglaterra, fortificando especialmente Montevideo y Colonia del Sacramento. Dirigió en Colonia una espectacular maniobra de todos los cuerpos militares disponibles, como entrenamiento para repeler una invasión inglesa a esa ciudad.

En abril de 1804, al producirse el fallecimiento del virrey Joaquín del Pino y Rozas, fue nombrado en su reemplazo Virrey del Río de la Plata.

En la misma época, Gran Bretaña y España entraban en guerra, con lo cual su sede de gobierno, Buenos Aires, quedaba expuesta a un ataque inglés en cualquier momento. Pidió auxilio a la corte española, pero el primer ministro Manuel Godoy le contestó que se defendiera como mejor pudiese.

Creyendo que el seguro ataque inglés se produciría en Montevideo, fortificó especialmente esa ciudad y envió allí a las mejores tropas. Era la decisión lógica, ya que si hubiesen logrado tomar ese puerto fortificado y fácilmente accesible, se hubieran fortificado y hubiera sido muy difícil expulsarlos de allí.

Los cuerpos militares del virreinato habían sufrido muchas bajas en los últimos tiempos, en particular, durante la sublevación indígena liderada por Tupac Amaru. Sin embargo, toda la ayuda

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA 1806

que recibió fueron unos cuantos cañones y la sugerencia de armar al pueblo para la defensa. Pero el virrey entendía que darle armas a los criollos — muchos de ellos influenciados por ideas revolucionarias — era una estrategia peligrosa para los intereses de la Corona. La historia le daría la razón (sólo seis años más tarde se iniciaba la independencia de la actual Argentina).

Los oficiales con que contaba eran pocos e incapaces, y la flota de guerra a su disposición era más reducida que nunca antes. Su ejército contaba con 2.500 hombres, casi todos novatos, que no sabían cargar un fusil.

Entre otras medidas, nombró al francés Santiago de Liniers comandante del puerto de Ensenada de Barragán, a unos 70 km al sur de Buenos Aires, con la misión de proteger la costa. Éste le envió varios avisos de que los ingleses estaban explorando el río de la Plata.

La primera invasión

A principios de junio se inició la primera de las llamadas invasiones inglesas. El 24 de junio de 1806, el virrey recibió el informe referente a la aparición de los barcos británicos mientras asistía con su familia a una función en el teatro: fue interrumpido por un oficial que le comunicó un amago de desembarco del enemigo en dicha localidad, que finalmente no se concretó. Un informe de Liniers le señalaba que se trataba de *despreciables corsarios, sin el valor y resolución de atacar*. A pesar de esto, Sobremonte se retiró antes de que terminara la función al Fuerte de Buenos Aires, donde redactó una orden para organizar la defensa.

A la mañana siguiente los barcos enemigos aparecieron frente a la costa de Buenos Aires y fueron bombardeados desde el fuerte, pero a las pocas horas pusieron rumbo a las costas del sur de la ciudad.

No estaba seguro de que se tratara de un verdadero ataque, por lo que envió al brigadier Arce a impedir un posible desembarco en la localidad de Quilmes. Éste, al frente de 500 hombres, los dejó desembarcar sin atacarlos, seguro de que no podrían cruzar los bañados que separaban (y separan aún) la playa de las barrancas. Pero los invasores cruzaron y los hombres de Arce huyeron, con lo que el 26 de junio los ingleses pudieron iniciar su marcha sobre la ciudad.

Se trataba de unos 1.560 invasores, comandados por William Carr Beresford, y embarcados en los buques al mando de Home Riggs Popham, autor del proyecto de invasión. El ataque se había producido sobre la misma capital, porque Popham se había enterado por medio de espías que en la ciudad se encontraba un tesoro conformado por una gran suma de dinero proveniente del interior del país, a la espera de poder ser trasladado a España.

Sobremonte dio una gran arenga, convocando a la población apta para el uso de armas a incorporarse a la milicia. Pero todo se hizo en el mayor de los desórdenes: no se entregaron todas las armas, y muchos voluntarios quedaron sin ninguna. Hubo fusiles que se entregaron sin piedras, sin balas o con balas del calibre equivocado; las espadas y sables estaban sin afilar. Sus propios oficiales lo acusaron de ese desorden, pero ellos no hicieron nada por remediarlo: el miedo y la excitación los dominaba.

El virrey ordenó quemar el puente llamado de Gálvez (situado donde actualmente se halla el puente Pueyrredón), sobre el Riachuelo, e intentó una defensa detrás del mismo. Contando con que los ingleses se verían obligados a cruzarlo aguas arriba, trasladó sus tropas hacia el oeste, para recibir el ataque en esa zona. Pero los invasores se apoderaron de las embarcaciones de cabotaje del Río de la Plata y de los botes del Riachuelo, con los cuales cruzaron a la otra orilla. Allí la defensa fracasó en su primer intento. El virrey dio algunas órdenes incoherentes, que fueron peor interpretadas aún.

La huida

Sobremonte se hallaba ya fuera de la ciudad, y decidió retirarse, trasladándose a Córdoba: desde la época de Vértiz existía una disposición que ordenaba que, si Buenos Aires era atacada por una fuerza extranjera y no se podía conservar la capital, debía hacerse un repliegue hacia el Interior y organizar la defensa en Córdoba. De esa manera se podía conservar el resto del Virreinato, y

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

reconquistar la capital con probabilidades de éxito. Sobre todo, ni el virrey ni su familia debían caer en manos de los invasores, para no ser obligado a firmar órdenes de rendición. Eso fue lo que hizo Sobremonte.

Su defensa no fue feliz, pero no huyó por cobardía, sino por salvar el Virreinato aunque cayera la capital. La acusación más absurda fue la de querer robarse el tesoro, cuando lo que hacía era salvarlo del enemigo, que había atacado la ciudad justamente por ese tesoro.

Buenos Aires representaba muy poco en la economía virreinal en aquella época, y Sobremonte apuntó a consolidar la posición militar en Córdoba, reunir las fuerzas necesarias y procurar la reconquista sobre bases militarmente sólidas, antes de que pudiesen llegar refuerzos desde Inglaterra.¹ Por otro lado, entendía que armar al pueblo para la defensa implicaba la entrega de poder a los criollos.²

Al frente de 2.000 hombres y llevando el tesoro real, el virrey se trasladó hacia Luján. Allí dejó el tesoro, que no podía transportar por el mal estado de los caminos en invierno, y siguió camino a Córdoba. Las milicias porteñas lo abandonaron en su mayor parte, negándose a abandonar sus hogares.

Una vez tomada oficialmente la ciudad de Buenos Aires por el jefe inglés, los comerciantes locales le ofrecieron los caudales públicos a cambio de la devolución de los barcos y lanchas que había tomado y de los capitales privados que se había llevado Sobremonte.³ Escribieron al virrey, pidiéndole la entrega del tesoro que se había llevado, y guiaron a los ingleses hasta el cabildo de Luján. Allí los invasores se apoderaron del tesoro, enviándolo inmediatamente a Londres, donde fue paseado en triunfo camino a las bóvedas de un banco (sin saber que ya hacía un mes que los porteños habían recuperado la ciudad).

La Reconquista y la deposición del Virrey

El 14 de julio, Sobremonte declaró a Córdoba capital provisoria del virreinato. Asimismo, instó a que se desobedecieran todas las órdenes provenientes de Buenos Aires mientras durara la ocupación. Reunió de inmediato a todas las tropas disponibles de esa provincia (que incluía a Cuyo) y de Salta (que incluía Tucumán y Santiago). A las pocas semanas ya avanzaba al frente de un ejército de 3.000 hombres de regreso hacia Buenos Aires.

Mientras tanto, Liniers había traído de Montevideo las tropas enviadas allí el año anterior por el Virrey, y las reunió con los voluntarios de Buenos Aires que entrenaban Juan Martín de Pueyrredón y Martín de Álzaga. Ese ejército se lanzó a reconquistar la ciudad sin esperar al virrey, lográndolo el 12 de agosto.

Inmediatamente después de la Reconquista, Álzaga reunió un cabildo abierto, por el que el pueblo de Buenos Aires impidió al Virrey reasumir el mando de la ciudad. Liniers fue nombrado comandante de la plaza, y el mando civil fue ejercido por la Real Audiencia. La medida era realmente revolucionaria, ya que impedía ejercer su mando a un representante de un Rey absoluto.

Se retiró a Montevideo con parte de sus tropas, a tratar de impedir la segunda invasión, sobre la que no cabían dudas que ocurriría: la flota inglesa nunca se había retirado del río de la Plata. Pero la población de Montevideo, influida por la actitud de la de Buenos Aires, se negó a combatir a los invasores a órdenes de Sobremonte. Éste salió de la ciudad a atacar a los ingleses cuando desembarcaban, pero sus tropas desertaron.

Cuando Montevideo cayó en poder de los ingleses, un cabildo abierto reunido en Buenos Aires lo depuso. En un régimen absolutista, era una verdadera revolución.

Lo reemplazó Liniers, cuyo papel en la defensa de la capital fue muy pobre; pero la ciudad se salvó gracias a la decisión de los porteños, que se defendieron valientemente bajo la dirección de Álzaga. La victoria justificó la deposición del Virrey, y la historia condenó a Sobremonte.

Regreso a España

Permaneció en Buenos Aires hasta 1809, año en el que regresó a España. Allí fue sometido a un consejo de guerra en Cádiz, en el que el mismo Liniers atestiguó (y mintió) en su favor. El juicio fue suspendido al estallar la guerra de independencia española, pero volvió a sustanciarse más tarde. En 1813 lo absolvió el tribunal presidido por el Capitán General de la provincia, Cayetano Valdez.

No cabe duda de que fue un juicio parcial, y sus adversarios afirmaron que se invalidaron los pocos testimonios en su contra presentados por quienes tenían conocimiento casual del juicio. Pero el juicio de los porteños que lo habían destituido también era completamente parcial, ya que lo habían juzgado por no defender su ciudad, aún a costa de arriesgar todo el Virreinato. Por otro lado, no podía esperarse un juicio adverso, cuando la ciudad que lo había depuesto lideraba la guerra de independencia contra España.

Recibió el pago de sus sueldos atrasados, fue ascendido a mariscal de campo y nombrado consejero de Indias.⁴ Más tarde cubrió puestos burocráticos en varios destinos del sur de la península.

En otro plano, después de llegar a España, Sobremonte se casó con una dama argentina: Juana María de Larrazábal. Después de enviudar, se desposó en segundas nupcias, a los 75 años, con María Teresa Millán y Marlos, viuda de un sobrino de Baltasar Hidalgo de Cisneros, el último virrey del Río de la Plata. La historia ha dejado documentada la oposición que este matrimonio tardío tuvo entre sus familiares, debido entre otras cosas a que se trataba de una mujer pobre y de unos 40 años.

Murió en enero de 1827, en Cádiz, empobrecido y sin haber podido recuperar el prestigio perdido.

Juicio histórico sobre la huida de Sobremonte

¿Ves aquel bulto lejano que se pierde atrás del monte? Es la carroza del miedo con el virrey Sobremonte.

Cuarteta producto del ingenio popular porteño que comenzó a circular luego de la Reconquista

Sobremonte sería recordado por los porteños como un funcionario inepto y cobarde. Sin embargo hay historiadores que lo han reivindicado: el virrey estaba al tanto de la existencia de grupos independentistas en Buenos Aires, también era consciente de la vulnerabilidad del Río de la Plata, ya que en numerosas ocasiones había solicitado refuerzos a España.

En cierto sentido, Sobremonte tuvo mala suerte, mientras que sus detractores fueron muy afortunados, empezando por Liniers y siguiendo por los que después liderarían la Revolución de Mayo. La historia contada por los porteños lo condena por su fracaso, y por haber preferido apoyarse en el interior antes que en Buenos Aires, confundiendo la historia Argentina con la de su capital. Y así, mientras en la provincia de Córdoba se lo recuerda dándole su nombre a calles, paseos y hasta a un departamento de dicha provincia, sin embargo no existe en Buenos Aires lugar que lo homenajee.

Bibliografía de referencia

1. A. J. Pérez Amuchastegui, en "Mas allá de la crónica", ed Codex, 1968, pág VII
2. Carlos Roberts(2000). *Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807) y la influencia inglesa en la independencia y organización de las provincias del Río de la Plata*
3. Carlos Roberts p.153.
4. Pigna, Felipe (2004). *Los mitos de la historia argentina. La construcción de un pasado como justificación del presente*. Grupo Editorial Norma. ISBN 987-545-149-5, p.188.

Bibliografía auxiliar]

- Scenna, Miguel Ángel, *Las brevas maduras*. Memorial de la Patria, Tomo I, Ed. La Bastilla, Bs. As., 1984.
- Garzón, Rafael, *Sobremonte, Córdoba y las invasiones inglesas*, Ed. Corregidor Austral, Córdoba, 2000.

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**

- Bischoff, Efraín, *Historia de Córdoba*, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1989.
- Ruiz Moreno, Isidoro J., *Campañas militares argentinas*, Tomos I y II, Ed. Emecé, Bs. As., 2004-2006.
- Lozier Almazán, Bernardo, *Martín de Álzaga*, Ed. Ciudad Argentina, Bs. As., 1998.
- Wiñazki, Miguel. "Sobremonte. Una historia de Codicia Argentina". Ed. Sudamericana. Bs. As. 2001
- *Crónica Histórica Argentina*, Tomo I, Ed. CODEX, Bs. As., 1968.

Predecesor: Joaquín del Pino y Rozas	Virrey del Río de la Plata 1804 - 1807	Sucesor: Santiago de Liniers
--	--	--

Obtenido de "http://es.wikipedia.org/wiki/Rafael_de_Sobremonte"

Categorías: Nacidos en 1745 | Fallecidos en 1827 | Virreyes del Río de la Plata |

EL TEATRO EN BUENOS AIRES DURANTE EL VIRREYNATO

Teatro de óperas y comedias. Fue construido en 1757 por un músico italiano, el flautista Domingo Saccomano, en sociedad con un zapatero de alta costura, el español Pedro Aguiar. Fue el primer teatro que tuvo Buenos Aires. Brillaron en él las óperas del maestro italiano residente don Bartolomé Massa, quien estrenó también en Chile y en Perú. Este teatro cerró en 1759, cuando Massa y Saccomano se instalaron en Lima.

Durante más de veinte años no hubo teatro en la aldea.

Casa de Comedias, conocido también como el **Teatro de la Ranchería**. Fue fundado en 1783, a una cuadra de distancia del anterior. Fue creado por disposición del Virrey Vértiz, quien le otorgó la concesión al empresario y actor español Francisco Velarde. Al frente de la orquesta se contrató al maestro español Antonio Aranaz. Una vez a la semana "la parte más sana del vecindario", como definía el Cabildo a los propietarios porteños, concurría al teatro para asistir a paquetas veladas de ópera y a disfrutar de las obras de Manuel de Labardén. El 15 de agosto de 1792 un cohete volador disparado desde la iglesia de San Juan Bautista, situada a dos cuadras, cayó sobre el techo de paja del teatro causando la destrucción total del edificio. Desde que la inaugurara el Virrey Vértiz en 1783 hasta su incendio en 1792, la **Casa de Comedias** se transformó en el centro de la actividad lírica y teatral de Buenos Aires.

Coliseo provisional de Comedias de Buenos Aires. El cafetero Ramón Aignase y el cómico José Speciali, obtuvieron permiso para construir este teatro frente a la Iglesia de la Merced. Fue inaugurado en 1804. El director de la orquesta era el maestro español Blas Parera. Lo inauguró la Compañía Cómica de Luis Ambrosio Morante.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Capitán de Navío don Santiago de Liniers y Bremond

Grabado original de la época,
Copia al óleo de R. Zamorano
Museo Histórico de Montevideo

Sus nombres y apellidos completos fueron
Jacques Antoine Marie de Liniers et Bremond.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Lord William Carr Beresford
de G. Paronn

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Doctor Manuel Belgrano
Miniatura de Joseph Boichard
1793

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



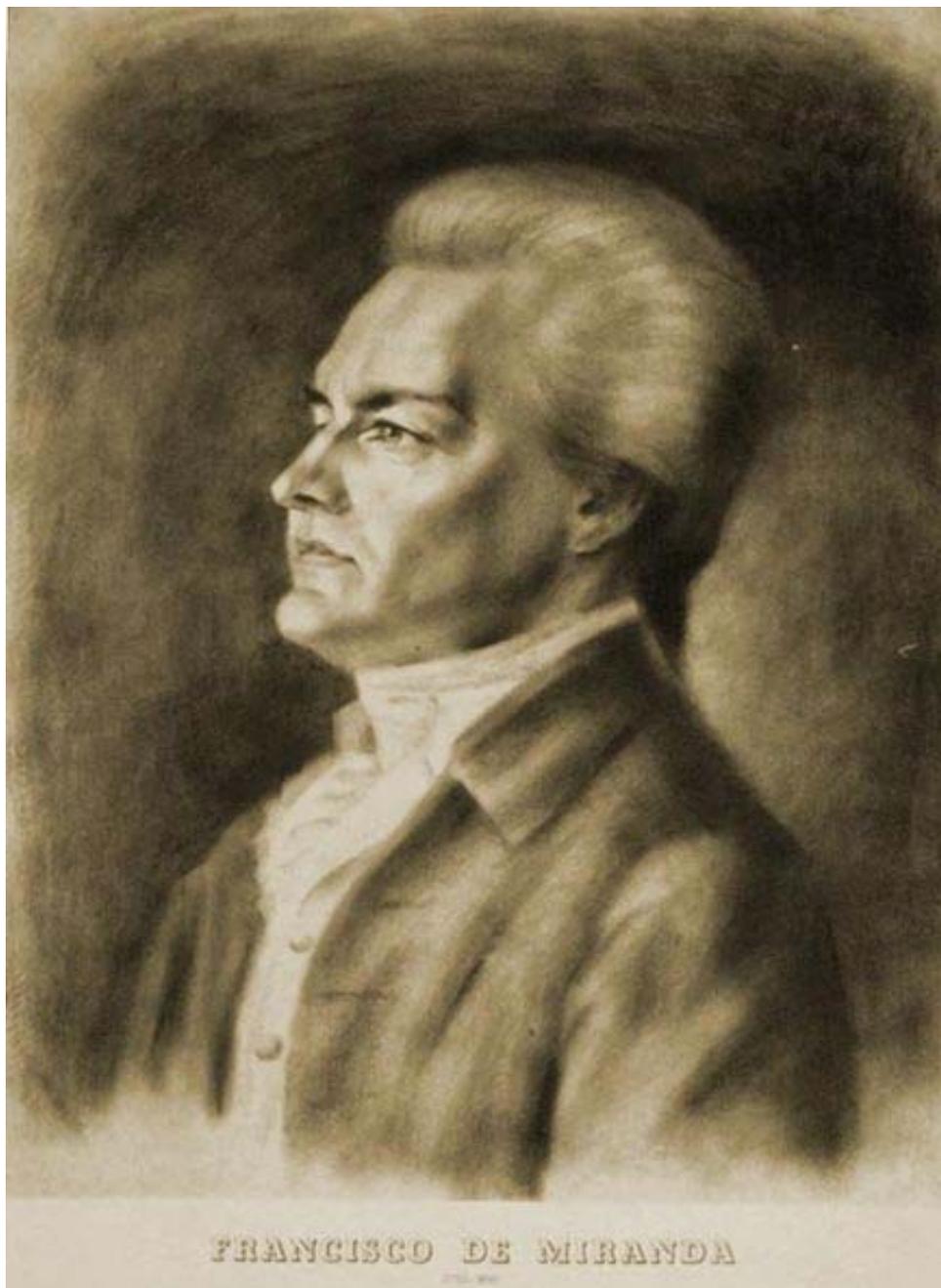
Manuel Belgrano

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



General don Francisco de Miranda
Por Georges Rouget
Museo Nacional de Versailles

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Capitán de Navío don Santiago de Liniers y Bremond

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



General don Juan Martín de Pueyrredón
De una miniatura que perteneció a su sobrino nieto, Doctor Julio Pueyrredón
Hecha por Momponesqui en 1806

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Juan Martín de Pueyrredón
Líder del primer escuadrón de Húsares
Más tarde sería designado Director Supremo
de las Provincias Unidas del Río de la Plata



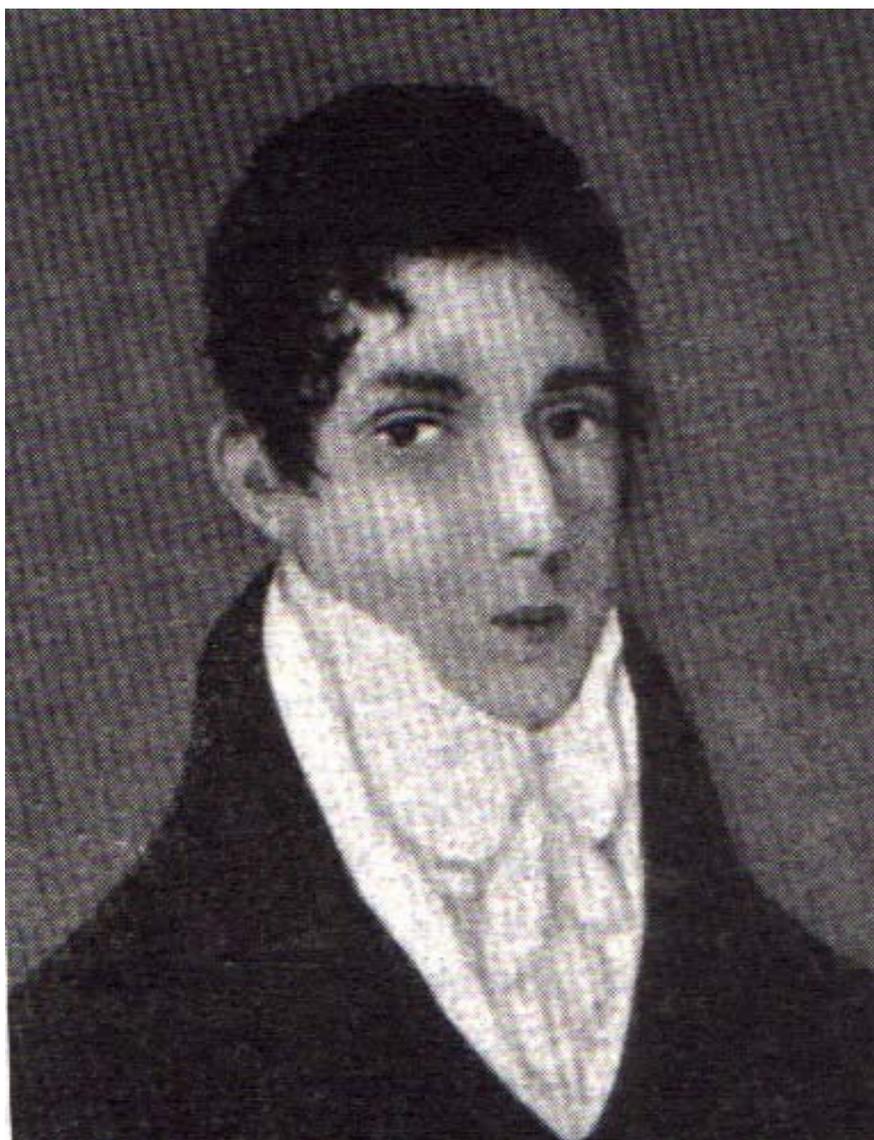
Trofeo de la Reconquista
Guión del Regimiento 71,
tomado por Juan Martín de Pueyrredón en la primera invasión inglesa (1806).

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Capitán de Navío don Juan Gutiérrez de la Concha

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Don Martín de Álzaga

Martín de Álzaga era un poderoso comerciante miembro del Cabildo y del Consulado.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

Jueves, 01.07.1806

En retribución por la devolución de las embarcaciones de cabotaje tomadas por Beresford para el cruce del Riachuelo por sus tropas, los comerciantes porteños ofrecieron al invasor un banquete de agradecimiento. El agasajo se realizó el 1° de julio de 1806, en la casa de **don Martín Simón de Sarratea** (*), ubicada frente a la Iglesia de Santo Domingo. **Beresford, Dennis Pack** y otros oficiales británicos concurren al agasajo, al que también fueron invitados los más caracterizados vecinos de la ciudad. Entre los invitados estaba **Santiago de Liniers** (yerno de Sarratea), quien de regreso a Buenos Aires habiendo planificado de reconquista, pudo estimar en persona la posición de los invasores.

(* **Martín Simón de Sarratea** (suegro de Liniers) era gerente y socio de la **Compañía de Filipinas** dedicada al tráfico de esclavos negros.

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



Manuel de Sarratea (1774-1849)

Hijo de Martín Simón de Sarratea. Nació en Buenos Aires y murió en Francia. Figura política, militar y diplomática de la época de la independencia. Se educó en Europa. Regresó a Buenos Aires para participar en la infructuosa misión a Río de Janeiro con el fin de asegurar un ventajoso acuerdo mutuo entre el gobierno portugués y la Junta de Buenos Aires.

Fue elegido miembro del Primer Triunvirato (1811) y luego lo enviaron a comandar las tropas patriotas en la Banda Oriental (Uruguay). En ese mismo año, negoció un armisticio con el marqués de Casa Irujo del Brasil. En lugar de conciliarse con Artigas, como se le había ordenado, se enfrentó a él, pero sus tropas se sublevaron y lo expulsaron, en gran parte por su falta de experiencia militar, siendo reemplazado por José Rondeau, a quien Sarratea había designado comandante de la vanguardia.

Volvió a Buenos Aires y lo enviaron como representante diplomático a Londres y Madrid en 1814, con el fin de obtener el apoyo inglés para establecer una monarquía constitucional con un príncipe legítimo. La misión terminó en el fracaso debido a los críticos acontecimientos de 1814 a 1815, tales como la restauración de Fernando VII en el trono español y la derrota de Napoleón en Waterloo. Sarratea regresó a Buenos Aires y ocupó el cargo de ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores bajo el mandato del director supremo Pueyrredón. Renunció por razones de salud. En 1818 lo acusaron de conspiración pero fue absuelto rápidamente.

El 16 de febrero de 1820, cuando la anarquía y la guerra civil cundían en todas las provincias, Sarratea fue elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires. Unos días después, firmó el Tratado del Pilar con Francisco Ramírez y Estanislao López para terminar con la guerra civil. Una revolución popular lo destituyó del poder pues los porteños no vieron con agrado lo resuelto. Pasó a Entre Ríos, donde se radicó hasta que Rivadavia lo designó ministro ante Gran Bretaña en 1826 y en 1839 cumplió una misión especial en Río de Janeiro.

En 1840 fue a Francia como ministro plenipotenciario. Sus restos fueron traídos a Buenos Aires.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



María Josepha Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velazco

Mariquita Sánchez o *Mariquita Sánchez de Thompson - Mariquita Sánchez de Mendeville*
(Buenos Aires, 1 de noviembre de 1786 – Buenos Aires, 23 de octubre de 1868)
Patriota argentina. Esposa de Martín Jacobo Thompson y luego de Juan Washington de Mendeville.
En su hogar se cantó por primera vez el Himno Nacional Argentino. Ella fue quien interpretó las primeras estrofas del Himno.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Mariquita Sánchez de Thompson

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



**Martín Jacobo Thompson
1771-1819**

Nació en Buenos Aires y murió regresando a Buenos Aires.

Oficial naval y líder patriótico. Fue cadete de la Escuela Naval en España. Luchó en la batalla de Trafalgar. A su regreso a Buenos Aires, se inició en la vida pública. Combatió con vigor durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807 en Montevideo, donde fue herido, y en el Río de la Plata, donde capturó varios bergantines enemigos.

Martín Thompson perteneció al grupo patriota integrado por Rodríguez Peña, Castelli y Cornelio de Saavedra y como miembro del cabildo abierto apoyó a la Revolución de Mayo. La primera Junta lo nombró capitán del puerto de Buenos Aires para que protegiera a la ciudad de cualquier ataque proveniente del río. Su hogar se convirtió en el lugar de reunión de los líderes patriotas, presidido por su alegre y popular esposa, María Sanchez conocida en la sociedad porteña por Mariquita, hija del acaudalado español Cesáreo Sánchez de Velasco, y allí fue donde se cantó el Himno Nacional por primera vez.

El 8 de enero de 1756 las autoridades españolas establecieron la "Capitanía de Puerto". El primer Piloto Práctico Mayor del Río de la Plata fue Juan Antonio Guerreros.

El 1 de julio de 1805 el alférez de fragata de la armada española Matín Jacobo Thompson fue designado Ayudante de la Capitanía de Puertos. Posteriormente quedó a cargo de la Capitanía del Puerto de Buenos Aires.

El 30 de junio de 1810, por decreto de la Primera Junta de Gobierno, Thompson fue nombrado Primer Capitán de Puertos de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

El 29 de octubre de 1896 fue sancionada la ley N°3445 de creación de la Prefectura Naval Argentina y en ese mismo año fue sancionada la ley N°18398 que define la misión y competencias que el Estado confía a la Prefectura Naval.

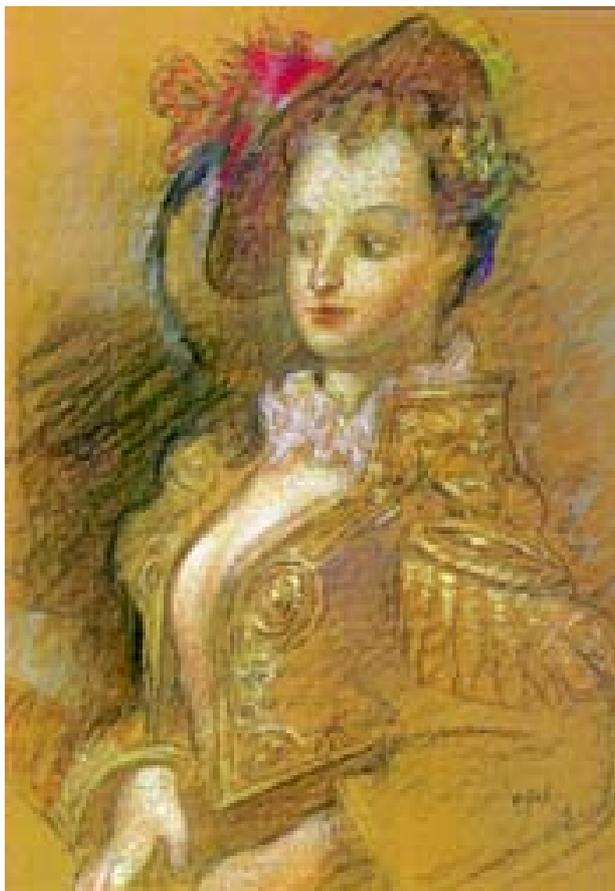
En la actualidad existen 198 Prefecturas Operativas en el territorio Argentino.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Coronel Martín Jacobo Thompson

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Ana Perichón

Fue apodada como "La Perichona", "Madame Perichon", la Maga, y mucho después la Mata-Hari de América. Tuvo una agitada vida social y política. Se dice que fue amante del Virrey Santiago de Liniers, espía de los británicos, de los portugueses, de los franceses, protectora de contrabandistas y gestora de negocios turbios, tanto en Buenos Aires como en Brasil. Hija de Esteban Armando Périchon de Vandeuil (Caballero, empleado de la Compañía de Indias, natural de París) y de Juana Magdalena Abeille. Nacida aproximadamente en 1775, en la entonces Isla de Borbón (ahora La Reunión) una de las que conforman el archipiélago de las Islas Mascareñas. Contrajo nupcias con el irlandés Thomas O'Gorman en Ville de Port-Louis, en la Isla Borbón (ahora La Reunión), el 12 de febrero de 1792. Arribó al Río de la Plata junto a sus padres, hermanos y esposo en 1797, a bordo de la fragata francesa "María Eugenia". Falleció en Buenos Aires, el 1 de diciembre de 1847, a los 72 años.

Thomas O'Gorman y O'Gorman. Nació en Enecif, Co. Clare, Irlanda. Hijo de John O'Gorman y de Ellen O'Gorman. Posiblemente sobrino del 1er O'Gorman que llegó al Río de la Plata: Michael O'Gorman y Baria. Falleció antes de 1847. Casado en matrimonio el 12.2.1792 Ville de Port-Louis, en la Isla Borbón (1) con Marie Anne "Anita" Perichon de Vandeuil y D'Abeille "La Pericon", nacida en 1775 en Francia, en la Isla de Borbón (ahora La Reunión, departamento de ultramar de Francia, situado en el Océano Índico, al este de Madagascar, con quien conforma el archipiélago de las Islas Mascareñas), arriba al Río de la Plata junto a sus padres, hermanos y esposo en 1797, a bordo de la fragata francesa "María Eugenia", fallecida el 2.12.1847 en su Chacra en el Pdo. de La Matanza, PBsAs, hija de Armand Etienne Perichon de Vandeuil y de Montice (casado el 9.7.1770, hijo de Esteban Guillermo Perichón de Vandeuil y Barroy y de Avoye Constanza Armanda de Montice) y de Jeanne Magdalaine d'Abeille. Su hermano Jean Batist Perichon de Vandeuil y de Montice estaba casado con María del Carmen Liniers y Sarratea, hija del Virrey Santiago de Liniers y Bremond y de María Martina de Sarratea y Altolaquirre.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



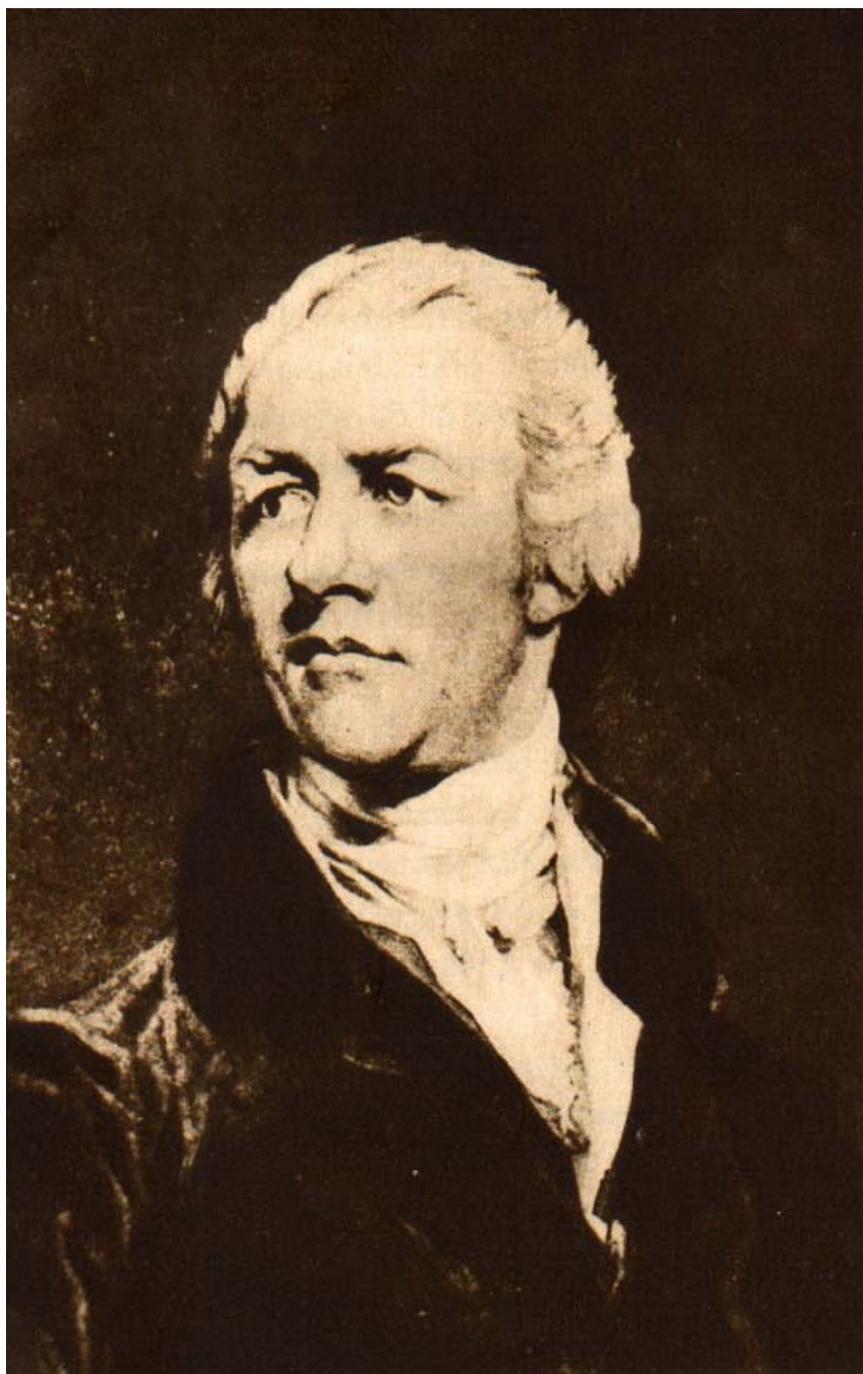
Ana Perichón de O'Gorman

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Sir William Pitt
Primer Ministro del Reino Unido

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Sir William Pitt
Por Sir Thomas Lawrence
National Gallery
Londres

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



General William Carr Beresford
Óleo de Sir William Beechey de 1805,
exhibido en la Royal Academy en 1806

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Teniente Coronel Sir Denis Pack

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Comodoro Sir Home Riggs Popham

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



William Pío White

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Coronel James Florence Burke
Espía británico

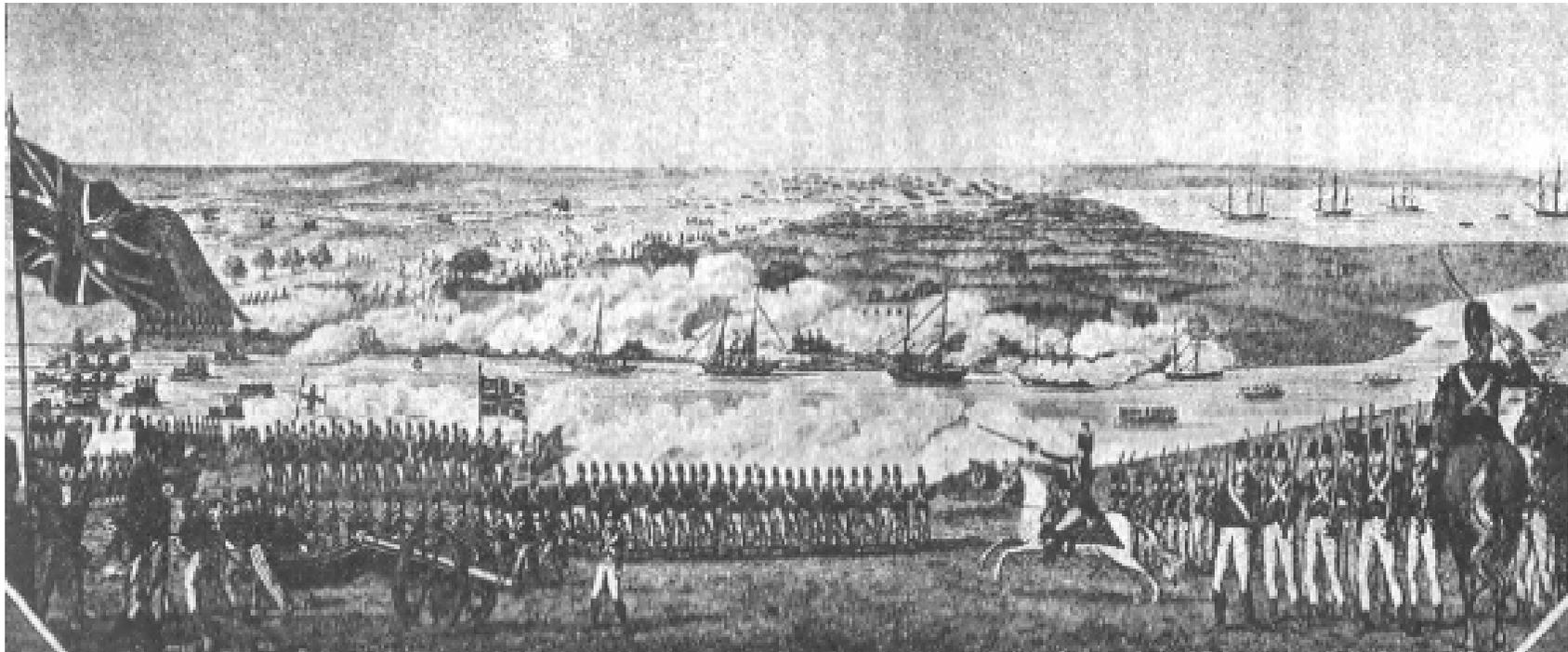
Con el grado de capitán, Burke recibió el mandato de Federico Augusto de Hannover, Duque de York y comandante en jefe británico, de trasladarse encubierto al Río de la Plata e informarse sobre las opiniones de la población y establecer contactos ante una posible futura intervención británica. Esos contactos debían privilegiar no sólo a aquellos ligados al comercio clandestino con Gran Bretaña sino principalmente a los criollos del partido de la independencia.

Estos revolucionarios, entre los que destacaban los hermanos Nicolás y Saturnino Rodríguez Peña, Hipólito Vieytes, Juan José Castelli y Manuel Belgrano, habían sido contactados por el emisario Mariano Castilla y Ramos que hacia 1803 habría transmitido el interés de independizar a América del Sur a lord William Grenville y al almirante Sir Sidney Smith, quienes junto al chileno Eugenio Cortés y Azúa sometieron a su vez esa propuesta a lord Castlereagh y a William Pitt, lo que dio impulso a la misión de Burke.

Haciéndose pasar por militar prusiano, llegó a Buenos Aires a mediados de 1804 junto al comerciante irlandés Tomás O'Gorman, esposo de Ana Perichón de Vandeuil, a quien convertiría en su amante, y el sobrino de aquel, Edmund Lawton O'Gorman. Aunque no hay evidencia directa de que el mismo O'Gorman actuara como agente inglés, indudablemente proveyó a Burke de información acerca de las condiciones en el Río de la Plata y, más importante aún, fácil acceso a la sociedad porteña, especialmente entre aquellos más dispuestos a la independencia.

Se alojó en la *Posada de los Tres Reyes*, en la calle del Santo Cristo, actual 25 de Mayo, en las inmediaciones del Fuerte. Burke apoyándose en el círculo de O'Gorman, principalmente Guillermo Pío White y los hermanos Liniers, especialmente Santiago de Liniers, cumplió rápidamente sus objetivos: "...fundó centros de captación y espionaje en casa del comerciante norteamericano Guillermo Pío White, del irlandés Edmundo O'Gorman,... y en la Posada de los Tres Reyes, ..., en la que creó con el portugués Juan Silva Cordeiro una logia masónica.¹ El núcleo más importante es la casa de O'Gorman en la calle de la Merced, cuya bella esposa Ana Perichón de Vandeuil, subvencionada por Burke, resultó un excelente cebo para conseguir informaciones y manejar voluntades." De ese núcleo participaron también los iniciados en la logia Manuel Arroyo Pinedo (empleado de la Aduana) y Gregorio Gómez (de la Renta de Tabacos) y los jóvenes de la Sociedad Patriótica y Literaria fundada por Francisco Cabello y Mesa (Juan José Castelli y Miguel de Azcuénaga).

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Cruce del Riachuelo por las fuerzas de Beresford el 27 de junio de 1806
Publicado por J. Ryland , 83 Cannon Street, Londres

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Soldados ingleses cargando el tesoro que Sobremonte trasladó a Luján para impedir su captura

Del español Francisco Fortuna.
Archivo General de la Nación.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Grabado que representa el ataque de los ingleses a Buenos Aires en 1806, pero en realidad son las fuerzas de Liniers en búsqueda de la Reconquista.
Además es considerado inexacto, ya que las fuerzas entraron por el norte de la ciudad.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



La Recova vieja

Dividía la actual Plaza de Mayo en correspondencia de la calle Reconquista.

Óleo de Léonie Matthis "25 de Mayo de 1810".

Aquí se produjo el asalto final de las fuerzas de Liniers en la Reconquista de Buenos Aires (1806).

La Recova fue demolida en el año 1883.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Ataque de las milicias de Buenos Aires al fuerte ocupado por los ingleses

En pocas horas fueron obligados a enarbolar banderas de parlamento y rendirse
Los trofeos tomados al enemigo se encuentran depositados en la Basílica de Santo Domingo (Avenida Belgrano y Defensa),
junto a Nuestra Señora del Rosario de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



La Reconquista de Buenos Aires

Cuadro de Charles Fouqueray, la *Reconquista de Buenos Aires*, pintado en 1909.

Ilustra el momento en que Beresford entregó su espada.

Ocupa un lugar importante en la iconografía nacional argentina.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



La Reconquista de Buenos Aires

Cuadro de Charles Fouqueray, la *Reconquista de Buenos Aires*, pintado en 1909.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Fusil de Chispa Tower
(Inv. 1144)

Mosquetón Inglés Brown Bress, denominado TOWER por su sello de fabricación en la Torre de Londres, capturado durante la Reconquista de la Ciudad de Buenos Aires en 1806, luego de la Primera Invasión Inglesa.

Se capturaron 1600 fusiles que luego fueron la base de la defensa de la ciudad en 1807 ante la Segunda Invasión Inglesa.

Arma de carga frontal (Avantcarga) comenzada a fabricar en 1722.

Calibre 19 mm.

También fue utilizado por las tropas nacionales hasta 1850 aproximadamente

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Fusil de Chispa Tower
(Inv. 1144)

Mosquetón Inglés Brown Bress, denominado TOWER por su sello de fabricación en la Torre de Londres, capturado durante la Reconquista de la Ciudad de Buenos Aires en 1806, luego de la Primera Invasión Inglesa.

Se capturaron 1600 fusiles que luego fueron la base de la defensa de la ciudad en 1807 ante la Segunda Invasión Inglesa.

Arma de carga frontal (Avantcarga) comenzada a fabricar en 1722.

Calibre 19 mm.

También fue utilizado por las tropas nacionales hasta 1850 aproximadamente

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Casa de Don Santiago de Liniers y Bremond

penúltimo virrey del Río de La Plata desde 1805 hasta fines de agosto de 1809

Esta casa se encuentra en la calle **Venezuela 469**, entre *Defensa* y *Bolívar*, en el barrio que antiguamente se conocía como Bajada de los Dominicos, por hallarse en sus proximidades el convento de Santo Domingo, en Buenos Aires

De la construcción original sólo se conservan la fachada y unas pocas paredes.

Su primer propietario fue Martín Simón de Sarraatea, suegro de Santiago de Liniers y penúltimo Virrey del Río de la Plata.

Aquí se trataron los términos de la capitulación del general inglés Beresford.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



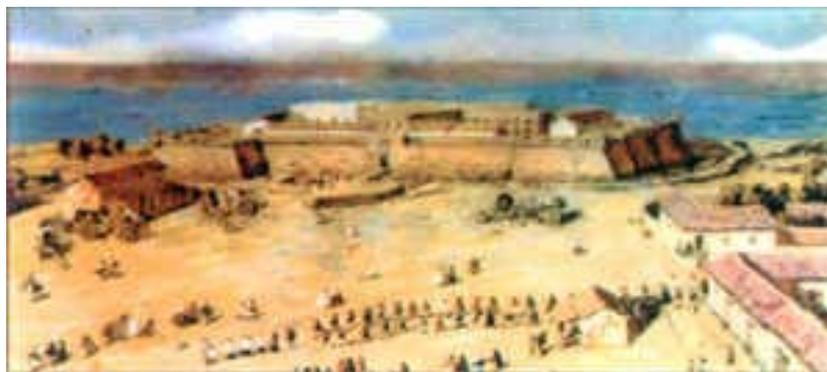
Miranda en la Prisión de la Carraca – España

Por Arturo Michelena

Museo Indígena – Caracas

El precursor fue llevado a los calabozos de Puerto Cabello, de allí al morro de Puerto Rico, después a Cádiz, adonde lo encerraron en el castillo de las cuatro torres del arsenal de la Carraca. Murió en prisión, triste y solitario el 14 de julio de 1816.

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**

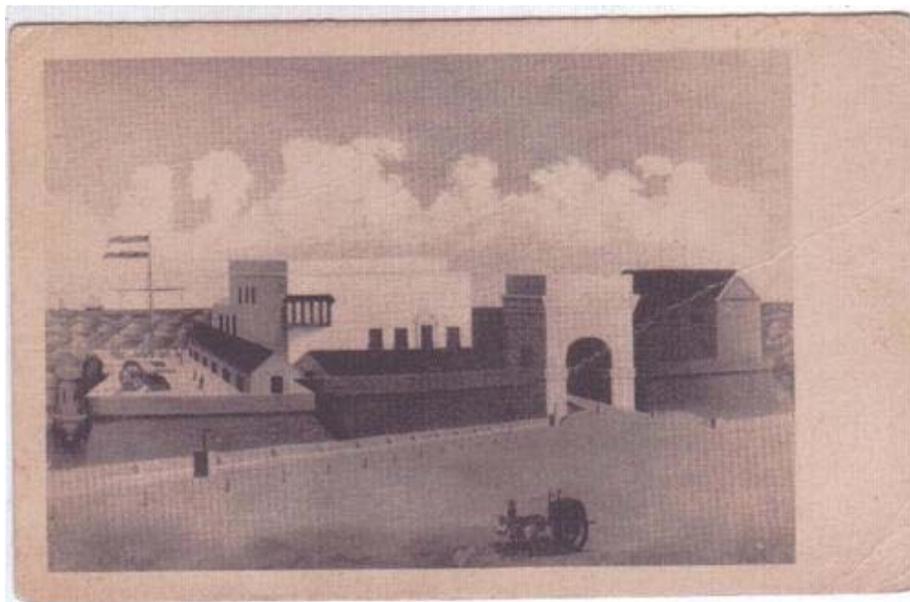


El Fuerte hacia mediados del siglo XVIII

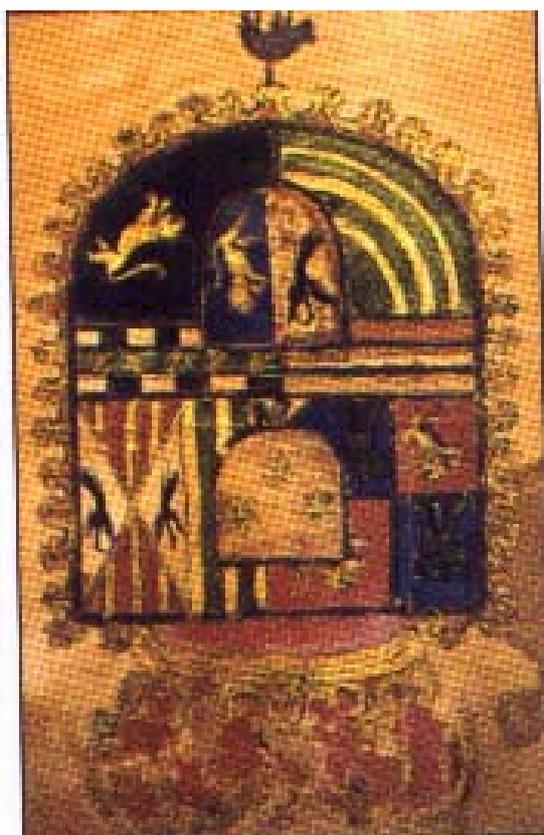


Fuerte de Buenos Aires
Acuarela de Charles Henri Pellegrini, 1829

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



Entrada del Fuerte
Postal histórica



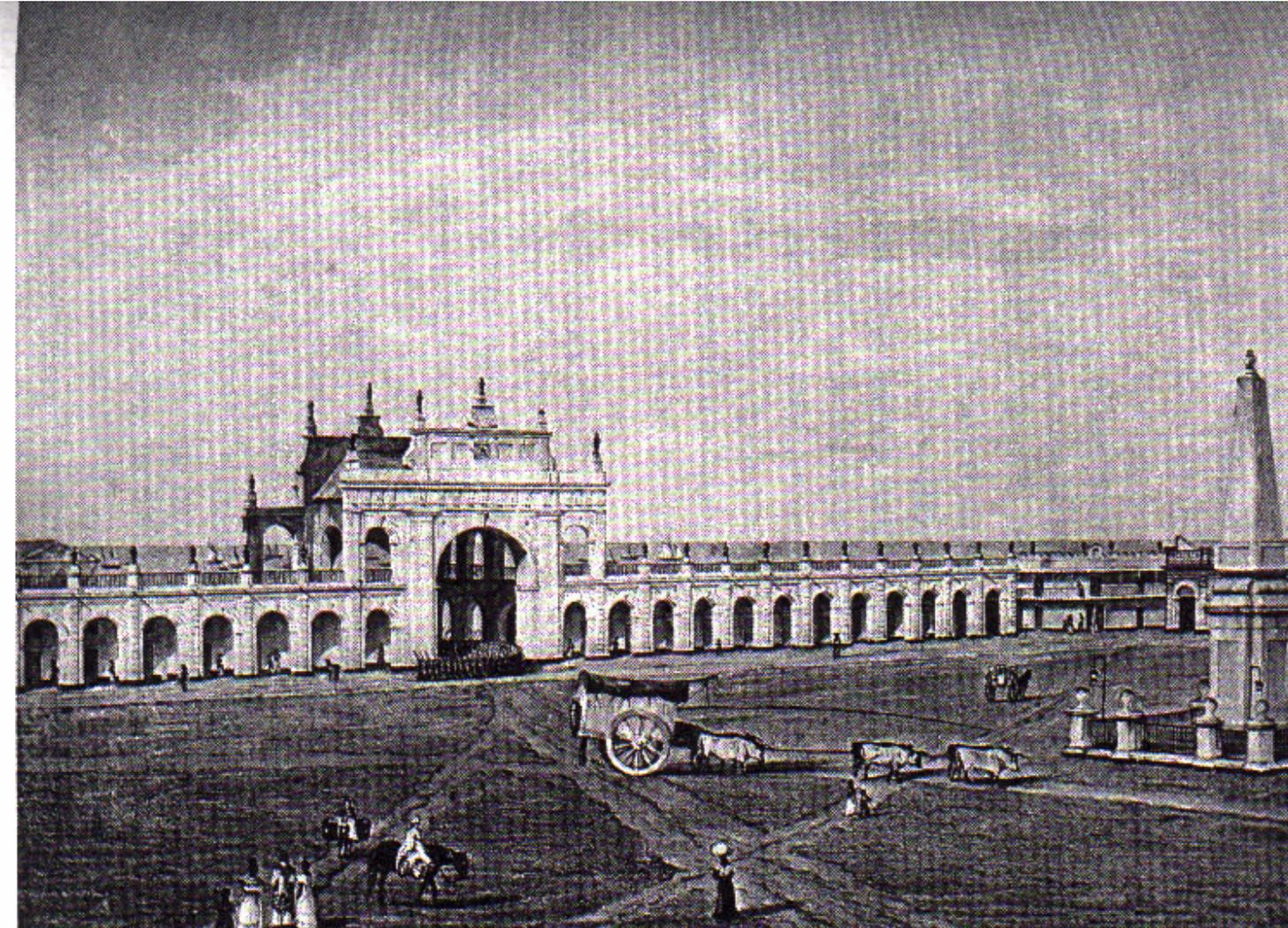
Escudo del Fuerte de Buenos Aires
Museo Histórico Nacional

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Maqueta de la Plaza de Mayo hacia 1810
El cabildo, la Catedral, la Recova Vieja y el Fuerte

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



La Recova Vieja
Aguada de Charles Henri Pellegrini, 1829

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



El Cabildo de Buenos Aires

EL RETIRO

El origen de nombre de esta zona, centrada en la actual Plaza San Martín, se remonta al periodo de la dominación española. En aquella época el perímetro más poblado de la de Buenos Aires se hallaba en los alrededores de la Plaza Mayor (actual Plaza de Mayo), lo que significaba que la traza de la ciudad estaba alejada de la barranca de la Plaza San Martín. Sobre dicha barranca existió una pequeña ermita llamada de San Sebastián, primera construcción que registra la historia en esa zona. La cruz de la ermita era el mojón del ejido (espacio de tierra que rodeaba la traza y la separaba de las quintas destinadas para el uso común del pueblo). En el mes de abril de 1691 llegó a Buenos Aires el nuevo gobernador don Agustín de Robles, quien estuvo estrechamente vinculado con don Miguel de Riblos, caballero nacido en Navarra que se encontraba en la ciudad y llegó a reunir una importante fortuna a través de las actividades mercantiles que desarrolló.

Las leyes de Indias prohibían a los gobernadores adquirir bienes raíces en el territorio sometido a su mando, pero no a los vecinos amigos de los gobernadores. En virtud de la ampliación de la traza, el 6 de diciembre de 1692 la mitad de la Plaza San Martín fueron adjudicadas a don Miguel de Riblos.

El plazo al que debía sujetar su mandato el gobernador Robles era de cinco años a contar desde la fecha de la asunción del cargo. El astuto Robles concibió entonces otro ingenioso ardid para levantar una casa de campo en las tierras adjudicadas a Riblos. Vencido el término legal de su mandato los gobernadores estaban obligados a permanecer en el sitio durante el tiempo necesario para substanciar el **juicio de residencia** que debía seguirse contra todos los altos funcionarios para juzgar la conducta que habían observado en el ejercicio del gobierno.

Robles calculó que su plazo duraría por lo menos dos años. Fue así que se dirigió al virrey del Perú, de quien dependía jerárquicamente, solicitándole permiso para construir una casa de campo en las tierras compradas por Riblos a fin de retirarse a ella después de la finalización de su mandato, todo mientras se tramitase el juicio de residencia. Robles bautizó la casa de campo con el nombre de "EL RETIRO". El paraje se llamó El Retiro simplemente porque ese fue el nombre con que Agustín de Robles bautizó su casa de campo, primera construcción levantada en el lugar.

Robles se instaló en su casa de El Retiro y uno de los cargos que se le formularon en el juicio de residencia fue haber construido la casa a pesar de la prohibición legal; pero el gobernador exhibió la autorización del virrey del Perú que provisoriamente había gestionado y fue absuelto del cargo.

Antes de partir para España intentó vender la casa de El Retiro a los representantes de la **Compañía francesa de Guinea** que habían llegado para explotar el negocio de la trata de esclavos negros. Pero Robles no logró ponerse de acuerdo con los franceses.

En octubre de 1703 transfirió la propiedad de la casa a Riblos quien en lugar de vender, alquiló en el año 1704 a la compañía de Guinea el Mesón de El Retiro, quienes la utilizaron para alojar a los esclavos hasta 1806.

En 1718 el gobierno confiscó los bienes y se quedó con la casa del Retiro y vendió la propiedad a la **Compañía inglesa del Mar del Sur**, que había reemplazado a la francesa en la explotación de la trata de esclavos.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

La casa de Riblos fue transformada en lugar de cautiverio de esclavos negros. El tráfico negrero en el Río de la Plata se desarrolló en la primera mitad del siglo XVIII con la actividad de la *Compañía francesa de la Guinea* y luego de la *Compañía inglesa de Mar del Sur*.

La *Compañía de la Guinea* introdujo no menos de 3.500 negros que redujeron a 2.800 piezas de indias (como se llamaba a la unidad de esclavos considerados útiles, dentro de las condiciones del asiento).

Desde el 1 de abril de 1704 hasta el mismo día de 1706 la *Compañía de Guinea* alojó a los negros en la casa de El Retiro que había alquilado a Don Miguel de Riblos. Pero después de la ruptura de relaciones entre las partes los retiró y estableció el cautiverio en el sur de la ciudad.

Cuando comenzaron a llegar a Buenos Aires los barcos de la compañía de Mar del Sur, cargados de esclavos, los ingleses compraron la casa de El Retiro y establecieron nuevamente en la casa el centro principal de su actividad, manteniendo además el lugar de cautiverio en el sur de la ciudad. La *Compañía del Mar del Sur* dio renovado impulso a la trata de negros.

El Asiento de los ingleses fue muy accidentado, frecuentemente interrumpido por incidencias y guerras que se produjeron entre España e Inglaterra. En represalia el gobierno español embargó y devolvió alternativamente los bienes de la Compañía, entre ellos la casa de El Retiro. Finalmente el asiento fue abolido en 1750.

Después que se retiraron los ingleses, la introducción de negros esclavos quedó en manos de los comerciantes españoles residentes en la ciudad.

Varios años después en 1787 se autorizó a la ***Compañía de Filipinas*** a ejercer el tráfico negrero. El apoderado de la Compañía, **don Martín de Sarratea**, compró entonces la huerta de El Retiro y comenzó las excavaciones para establecer los cimientos de un edificio, pero el cabildo se opuso alegando que la amplitud de la edificación cerraba varias calles de acceso a la ciudad y que un asiento de tal naturaleza perjudicaría a los terrenos adyacentes por la mala vecindad y también perjudicaría a la salud pública. El proyecto fue definitivamente abandonado y así terminó la historia de los negros en el primer siglo de El Retiro.

Nota: El primer deporte británico practicado en Buenos Aires fue el "cricket". Durante la primera invasión inglesa los oficiales del general Beresford lo jugaron en la meseta de *EL RETIRO*. No obstante, debieron pasar algunos años para que se lo aceptara y en 1861 se fundó el *Buenos Aires Cricket Club*.

LOS CUARTELES DEL RETIRO

En los primeros meses del año 1772, en el lugar de la fortaleza que se había pensado construir, el gobernador de Buenos Aires Vértiz y Salcedo hizo instalar en el bajo del Retiro, al pie de la barranca, una batería para la escuela práctica de artillería.

Alrededor del año 1792 se construyeron dos cuerpos de edificios, uno para **cuartel de artillería** y otro para **cuartel de presidiarios**. La construcción del cuartel de artillería fue concluida en el mismo año. El cuartel destinado a los presidiarios fue edificado en el Retiro entre los años 1794 y 1795, a poca distancia del cuartel de artillería.

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**

El destino de este nuevo cuartel fue objetado por Martínez de Cáceres quien se dirigió al virrey Vértiz señalando la inconveniente ubicación del presidio por estar demasiado distante del centro del pueblo y no ser posible muchas veces en invierno que salgan los presidiarios para hacer sus trabajos en la ciudad. Martínez de Cáceres opinó que el nuevo edificio, por su situación inmediata al cuartel de artillería, capacidad y disposición, era muy a propósito para servir de almacén y colocar los efectos de artillería con la debida separación, orden y arreglo, quitándole algunas paredes divisorias y mudando dos de sus rejas cuadradas a los lados opuestos para mayor ventilación.

Este proyecto fue objetado por el comandante de artillería, general Sebastián Pizarro, quien consideró reducidas las dimensiones del nuevo cuartel para el fin al que sería destinado. Martínez de Cáceres y Pizarro llegaron a la conclusión de que el proyecto podía aceptarse siempre que, entre el cuartel de artillería y el nuevo cuartel, fuese levantado un tinglado para cubrir el espacio abierto existente. Este cuartel del siglo XVIII se transformó en los cuarteles del Retiro.

LA PLAZA DE TOROS

Las primeras corridas se hicieron en la Plaza Mayor, hoy Plaza de Mayo. La actividad pronto iba a resultar molesta y conflictiva, ya que el entorno de la plaza era el sector más poblado y además había desfiles, música y otros entretenimientos. Este y otros motivos llevaron a que la primera Plaza de Toros propiamente dicha se levantara en otro lugar de la ciudad, en la manzana formada por las calles Belgrano, Bernardo de Irigoyen, Moreno y Lima, cercana a la Iglesia de Montserrat. De todos modos se repitieron los disturbios por el amontonamiento de gente que se producía y los vecinos de la Iglesia solicitaron al Virrey el traslado de la Plaza de Toros a un lugar que estuviera fuera de la ciudad. Así es como se elige El Retiro para instalar la nueva Plaza de Toros en lo que sería la extensión de las actuales calles Santa Fe y Marcelo T. de Alvear, entre Esmeralda y Florida, se iba a construir la que fue la más grande y famosa Plaza de Toros de Buenos Aires.

El Retiro se iría así transformando en un centro de entretenimiento para la ciudad de aquellos años.

Esta Plaza, inaugurada el 14 de octubre de 1801, podía contener más de 10.000 personas. Era de forma octogonal, estilo morisco, con ladrillos a la vista por fuera. El interior redondo contenía una doble galería de palcos y gradas de madera. Para facilitar el acceso se empedraron las calles Florida y Maipú.

PLAZA DE MARTE

Producida la Revolución de mayo se cambió nuevamente la nomenclatura de las calles y lugares de la ciudad. Se dijo entonces que los nombres impuestos en 1807 después de las invasiones inglesas habían premiado exclusivamente los méritos de los españoles peninsulares. El espacio abierto en El Retiro dejó de llamarse Campo de la Gloria. Recibió el nombre de Plaza de Marte por la proximidad de los cuartes

El día 21 de marzo de 1812 San Martín solicitó y obtuvo permiso para instalar a sus granaderos en el cuartel del Retiro. El día 17 de septiembre de 1813 San Martín pidió que le fuese entregada la Plaza de Toros para poner los caballos. Y así cada uno estuvo en su lugar: Los soldados y los oficiales en el cuartel; el espacio abierto, para hacer los ejercicios; la Plaza de Toros para guardar los caballos.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA 1806

Con el tiempo, el ámbito del Retiro sufrió grandes modificaciones. La Plaza de Toros, que había soportado el duro combate de 1807 y servido de cuadra a los caballos de los granaderos en 1813, fue demolida en el mes de enero de 1819. Los ladrillos fueron utilizados en diversas obras y en las construcciones que se levantaron en los cuarteles. También fue demolida la casa del gobernador Robles.

LA ÉPOCA DE ROSAS

Juan Manuel de Rosas fue gobernador de Buenos Aires inicialmente entre 1829 y 1832, y luego, desde 1835 hasta 1852, año en el que fue vencido por el ejército de Urquiza en la Batalla de Caseros.

En Retiro siguieron funcionando los cuarteles con algunas ampliaciones, ya que en 1834 se construyó un nuevo edificio adyacente al que fuera sede del Regimiento de Granaderos a Caballo, con una serie de arcos característicos, y que puede verse en la litografía de Charles Henri Pellegrini. En ellos tendrán asiento por esa época varios cuerpos militares, como el de la Guardia Argentina o el de Celadores.

DESPUÉS DE LA BATALLA DE CASEROS

Luego de la caída de Rosas, que se produce como consecuencia de la Batalla de Caseros en 1852, comienza un período de grandes transformaciones para la ciudad de Buenos Aires, no solamente en el plano político-institucional, sino en lo referido a su fisonomía urbana.

En Retiro seguían funcionando los cuarteles, que van a ser asiento de las Tropas de Urquiza, instaladas en Buenos Aires luego de la Batalla de Caseros.

En las cercanías de la Plaza también se van manifestando cambios, puesto que las antiguas quintas que la rodeaban habían ido fraccionándose poco a poco, dando paso a algunas construcciones a tono con el tan anhelado progreso. Una de éstas, muy comentada en su momento, fue la carpintería metálica propiedad del ingeniero Emilio Landois que se instaló en lo que es hoy la calle Arenales en su intersección con la bajada de Maipú, siendo inaugurada en 1857 por el gobernador Valentín Alsina.

Poco tiempo después, en la esquina de las actuales Juncal y Esmeralda, por entonces propiedad de Emilio Bieckert, se instaló la primera fábrica de cerveza de nuestro país.

Otro establecimiento importante de la zona fue la tintorería industrial Prat, ubicada en la actual Avenida del Libertador al 200, en el predio donde hoy funciona una escuela industrial.

Pero el símbolo más representativo de los nuevos tiempos va a darse en el bajo del Retiro, lugar en el que hasta comienzos de la década de 1850 estacionaban las carretas provenientes del interior en larga fila que llegaba a Recoleta. Es que el río, que años atrás alcanzaba la barranca misma de la Plaza, se había alejado un poco por razones naturales llegando hasta la actual Avenida Madero. Esto permitió la instalación en sus riberas hacia 1856 del llamado Paseo de la Guardia Nacional, en cuya parte posterior habrá de ubicarse en ese mismo año, el aludido símbolo del progreso: **la Fábrica de Gas**, de origen inglés. Sus elevadas chimeneas son sin duda la expresión acabada de aquellos tiempos. La fábrica con la entrada por la calle Reconquista, funcionó en ese predio durante más de 50 años, hasta que en 1909 la Municipalidad de Buenos Aires se hizo cargo del terreno, que se transformó luego en la Plaza Británica.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



El Cuartel del Retiro

Tal como se conservaba en 1880
Estaba ubicado frente a la actual Plaza San Martín

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



La Plaza de Toros en el Retiro

Londres, 1820

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Puente de Barracas

Conocido como Puente de Galvez.
Acuarela de Charles Henri Pellegrini.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Plaza del Mercado de Buenos Aires
(Espacio comprendido entre el Fuerte y la Recova Vieja)
Aguafuerte coloreada, copia de la acuarela de Emeric Essex Vidal

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Iglesia y Convento de La Merced
Ubicado en la calle Reconquista 269, Buenos Aires

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Iglesia de Santo Domingo
Gouache sobre cartón de Leonie Mathis
Museo Provincial "Enrique Udaondo" de Luján

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



CASA DEL VIRREY SOBREMONTES. XVIII
Avenida de Nuestra Señora de Luján esquina Lavalle.

En esta casa se alojó el Marqués de Sobremonte durante la primera Invasión Inglesa, mientras huía a Córdoba tratando de resguardar los caudales del Virreinato, que en Luján pasaron a poder del enemigo. Oficiales y tropas británicas ocuparon la casa durante cinco días. En distintas épocas, sirvió como prisión para los Generales Beresford, José María Paz y Bartolomé Mitre. Contigua al Cabildo, la casa fue construida por el Maestre de Campo Manuel Pinazo, con una sola planta de paredes de ladrillos asentados en barro, techo a dos aguas cubierto de tejas "musleras", ventanas con rejas y puertas de tableros salientes. Un altillo abalconado, sobre el zaguán de entrada, es el único elemento que rompe el simple volumen prismático de la casa. Testigo de su antigüedad, la esquina aún conserva su puerta "geminada", típica de los comercios de la época, con dos hojas en ángulo recto separadas por un poste de madera dura. Hacia 1803, esta casa funcionaba como "Estanco de Tabaco y Naipes". La distribución interna es la corriente en la arquitectura doméstica del siglo XVIII, con las habitaciones principales rodeando un primer patio, el único que se conserva. En 1923, el arquitecto Martín Noël restauró esta casa junto con el Cabildo, y también aquí imprimió rasgos neocoloniales en el frente del edificio abierto hacia la plaza.

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



CASA DEL VIRREY SOBREMONT Medios del S.XVIII
Calle Rosario de Santa Fe N° 218, esquina Ituzaingó.

Cuando en 1744 doña Felipa Ladrón de Guevara se casó con el acaudalado comerciante don José Rodríguez, aportó como dote un solar en el que su esposo construyó la vivienda, combinación de casa solariega y de comercio, con capilla, patio de honor y los dormitorios en la planta alta. Entre 1783 y 1796 vivió allí, en calidad de inquilino, don Rafael Núñez, Marqués de Sobre Monte, primer Gobernador Intendente de Córdoba del Tucumán. Según Martín S. Noel, se trata de una de aquellas "hidalgas casonas donde están patentes los signos de ese barroquismo mudéjar, noble y sencillo en su escueta fisonomía criolla". El sector más significativo y difundido de la casa es su esquina, en la que un pilar de ángulo divide la doble entrada, a la que corona un balcón volado con baranda de hierro artesanal, cubierto a su vez por un tejado colonial al que sostienen ménsulas de madera. El portal de entrada presenta una ornamentación muy simple, apenas enmarcado bajo un balcón. La bóveda del zaguán está revocada con relieves decorativos, y permite el acceso al hermoso patio principal. Actualmente es sede del Museo Histórico Provincial. Cuando en 1744 doña Felipa Ladrón de Guevara se casó con el acaudalado comerciante don José Rodríguez, aportó como dote un solar en el que su esposo construyó la vivienda, combinación de casa solariega y de comercio, con capilla, patio de honor y los dormitorios en la planta alta. Entre 1783 y 1796 vivió allí, en calidad de inquilino, don Rafael Núñez, Marqués de Sobre Monte, primer Gobernador Intendente de Córdoba del Tucumán. Según Martín S. Noel, se trata de una de aquellas "hidalgas casonas donde están patentes los signos de ese barroquismo mudéjar, noble y sencillo en su escueta fisonomía criolla". El sector más significativo y difundido de la casa es su esquina, en la que un pilar de ángulo divide la doble entrada, a la que corona un balcón volado con baranda de hierro artesanal, cubierto a su vez por un tejado colonial al que sostienen ménsulas de madera. El portal de entrada presenta una ornamentación muy simple, apenas enmarcado bajo un balcón. La bóveda del zaguán está revocada con relieves decorativos, y permite el acceso al hermoso patio principal. Actualmente es sede del Museo Histórico Provincial.

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



Casa de Esteban de Luca
Calle Carlos Calvo 383

Esta casa fue vivienda del soldado y periodista Esteban de Luca, quien durante las Invasiones Inglesas actuó en la defensa de Buenos Aires como subteniente en un batallón de Patricios. En los días previos a la Revolución de Mayo esta casa fue escenario de las reuniones de patriotas. Poco después, de Luca fue ascendido a capitán por la Primera Junta. Iniciado en la fabricación de armas por un técnico español, dirigió entre 1816 y 1822 la Fábrica de Armas del antiguo Parque de Artillería. Integró la lista de fundadores de la Sociedad Literaria, y desde las páginas de la Gaceta de Buenos Aires contó los triunfos criollos en las luchas por la Independencia. Cultivó el género literario de la canción heroica, y fue autor del primer himno a la libertad, titulado "Una canción patriótica". Sus trabajos periodísticos fueron recopilados en la "La Lira Argentina" y en la "Colección de poesías patrióticas". La casa que le perteneciera, construida en la época colonial, tenía dos habitaciones y un pequeño patio. En 1982 se restauraron su fachada y techo de tejas. El interior fue alterado largo tiempo atrás.

*2006 - Bicentenario de la Creación del
Regimiento de Infantería 1 "Patricios" - 2006*

El Regimiento de Infantería 1 "PATRICIOS" nació el 15 de Septiembre de 1806, con motivo de la primera invasión inglesa al Río de la Plata, respondiendo a la proclama del Virrey Santiago de Liniers, que convocaba a todos los ciudadanos a armarse contra el enemigo. Tuvo su bautismo de fuego el 5 de Julio de 1807 defendiendo Buenos Aires durante la segunda invasión.

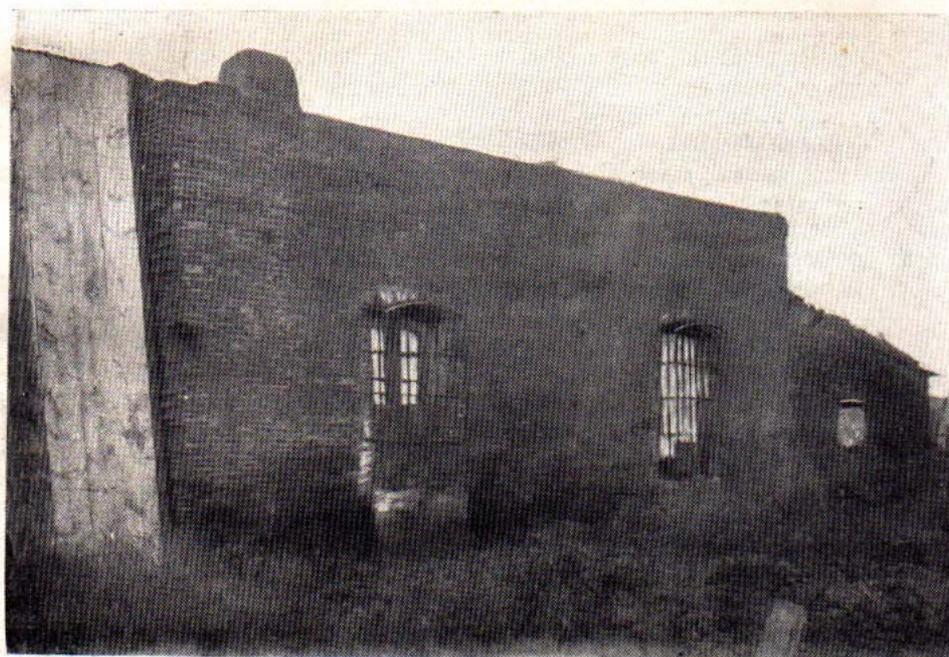


PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Fot. Museo Histórico.

FRENTE



Fot. Museo Histórico.

FONDO

Casa de la quinta de White, cuartel general de Witelocke en 1807,
tal como se conservaba en 1894.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



**El mayor Manuel Belgrano en el combate de la calle Defensa
Segunda invasión inglesa
1807**

Óleo sobre tela de Tomás del Villar
Museo Provincial "Enrique Udaondo" de Luján.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

REFERENCIAS

- Roberts, Carlos "Las Invasiones Inglesas", Emecé Editores, Argentina, ISBN 950-04-2021-X.
- Pillado José A. "Buenos Aires Colonial", Volumen I, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910.
- Gillespie, Alexander "Buenos Aires y el interior", Editorial Argentina.
- Livermore, H. V. 'Captain Gillespie and the 58 anglophiles of Buenos Aires'. *Hispanic American Historical Review*, 60 (1980), 69-78. Publisher: Duke University Press. ISSN 00182168. ISSN (electronic) 15271900.
- Internet Diversas páginas.

APÉNDICE III

COMBATE DE PERDRIEL

1 de agosto de 1806

Durante la primer Invasión Inglesa, el Regimiento 71 de Highlanders derrotó a tropas virreinales dirigidas por el General Juan Martín de Pueyrredón y el comandante de fronteras Don Antonio Olavarría en el combate que tuvo lugar en la chacra de Perdriel.

No obstante la brevedad del combate, se produjeron en él dos hechos heroicos: Uno protagonizado por Juan Martín de Pueyrredón; otro por el alcalde de Pilar Lorenzo López Camelo Illescas. Ambos hechos han quedado grabados en nuestra historia.

COMBATE DE PERDRIEL (1806)

Ante la toma de Buenos Aires por parte del ejército inglés, es el comerciante Juan Martín de Pueyrredón el encargado de organizar la peonada y juntar la caballada para apoyar al Capitán de Navío Santiago de Liniers, que llegaría con tropas desde la Banda Oriental.

Luján sería el centro de reunión de paisanos y peones de San Isidro, Pilar, Morón, Navarro, Exaltación de la Cruz, y otras poblaciones de la zona. Luego se trasladarían a la Chacra de Perdriel (*) — actual Museo Histórico José Hernández — Chacra Pueyrredón, en la localidad de Villa Ballester, elegida como campamento por su posición estratégica (cerca de Buenos Aires, pero también de Olivos y Las Conchas, que eran los lugares donde Liniers podía desembarcar).

El día 1º de agosto de 1806, el comandante inglés William Carr Beresford decide atacar a Pueyrredón y sus hombres en la misma chacra. Éstos, mal armados y peor preparados, enfrentaron al experimentado Regimiento de Infantería 71 "Highlanders". Juan Martín, junto a otros, se internó en la retaguardia británica y sustrajo un carro de municiones. Su caballo fue muerto por una bala de cañón y hubiese perecido bajo el fuego enemigo si no fuera por la valiente intervención del Alcalde de Pilar, Capitán Lorenzo López, que lo salvó a la grupa de su cabalgadura.

En este breve combate se demostró a los ingleses que en estas tierras no se aceptaba su dominio.

Muchos de los paisanos se dispersaron ante el avance invasor, y luego se reunieron en la Chacra de Márquez (actual Boulogne Sur Mer), donde colaborarían con Liniers en la Reconquista y posteriormente formaron parte del Regimiento de Caballería "Húsares de Pueyrredón".

Desde hace varios años, la comunidad del Partido de General San Martín recuerda a los caídos en Perdriel cada 1º de agosto en los actos conmemorativos que se realizan en el Museo Histórico José Hernández - Chacra Pueyrredón. En ese mismo lugar está instalado el monolito que lo consagra, Hito Número 1 de la Argentinidad.

Ref.: Municipalidad de General San Martín - Calle 52. Belgrano 3747. General San Martín. Provincia de Buenos Aires. República Argentina.

(*) **La chacra de Perdriel** pertenecía a don Domingo Belgrano, padre de Manuel Belgrano, y quedaba a 20 kilómetros al ONO de Buenos Aires en línea recta, a 13 kilómetros de la punta de Olivos y a 15 kilómetros del puerto de Las Conchas, y sobre la barranca que limita el valle del Arroyo Las Conchas en su margen derecha. Perteneció ahora a la familia Lynch Pueyrredón y queda a 2000 metros al ONO del actual Colegio Militar de San Martín y a 2000 metros al SOE de la estación Villa Ballester.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

Indicaciones para llegar al Museo Histórico José Hernández — ex Chacra Pueyrredón

Obtenido con un sistema GPS

IDA Desde la Avenida del Libertador General San Martín, Ciudad Autónoma de Buenos Aires		REGRESO Hasta la Avenida del Libertador General San Martín, Ciudad Autónoma de Buenos Aires	
1.	Keep left onto Av. Libertador General San Martín.	1.	MUSEO PUEYRRREDÓN.
2.	Exit right onto ramp onto I-001 Av. General Paz.	2.	Get on 120 Balcarce and drive west.
3.	Exit right onto ramp onto I-001 Av. General Paz.	3.	Turn right onto 122 Gral. Roca
4.	Keep left onto I-001 Ramp. Av. General Paz.	4.	Turn right onto 109 1 de Agosto de 1806.
5.	Exit right onto ramp onto Av. General Paz Pcia.	5.	Turn right onto 118 Martin Fierro.
6.	Turn right onto 85 Av. Libertador San Martin.	6.	Turn left onto Rn 8 101 Diag.
7.	Turn left onto 42 Av. Perdriel.	7.	Turn left onto 38 Hipólito Yrigoyen.
8.	Turn right onto 01 Av. Dr. R. Balbin.	8.	Turn right onto 101 Av. Iturraspe
9.	Keep left onto 101 Diag. Rn 8.	9.	Turn left onto 10 Av. Guido Y Spano
10.	Turn right onto 118 Martin Fierro.	10.	Turn right onto 85 Av. Libertador General San Martín .
11.	Turn left onto 120 Balcarce.	11.	Turn left onto Av. General Paz.
12.	MUSEO PUEYRRREDÓN.	12.	Take left ramp onto I-001 Av. General Paz.
		13.	Exit right onto ramp onto Av. Libertador General San Martín.

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Fachada del Museo
Ex Chacra Pueyrredón



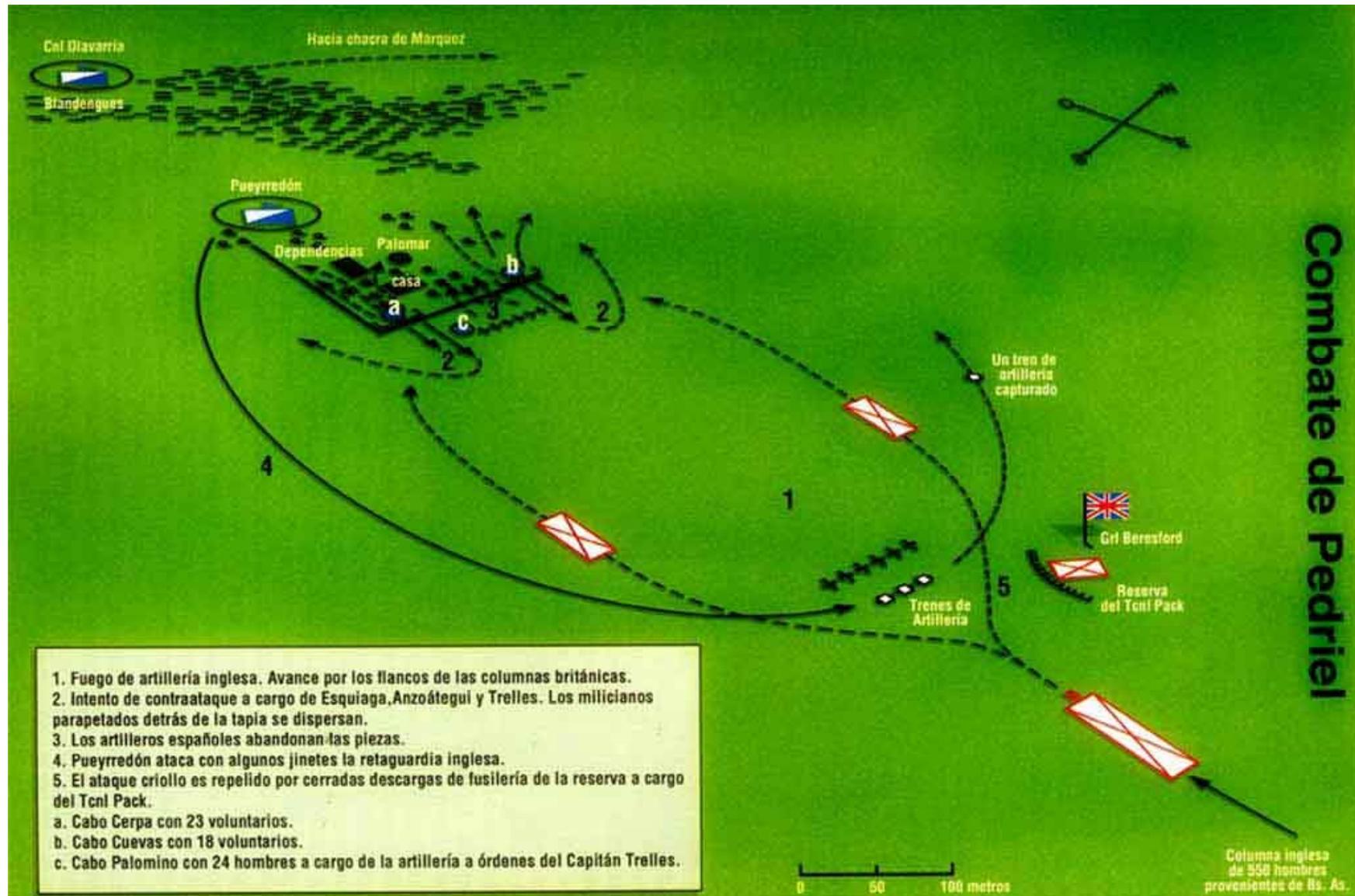
Placa de Bienvenida al Museo Histórico José Hernández – Chacra Pueyrredón

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

EL CAMINO DE LA RECONQUISTA



PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

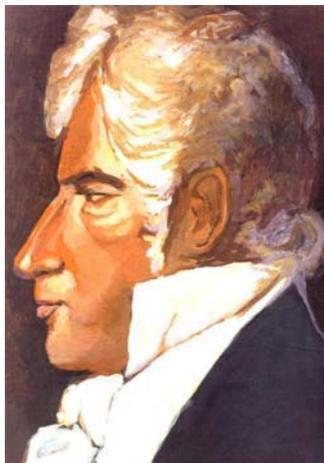


Combate de perdriel

Pueyrredon es rescatado por el Alcalde de Pilar Lorenzo López Camelo Illescas

Biografía del Alcalde Lorenzo López Camelo Illescas

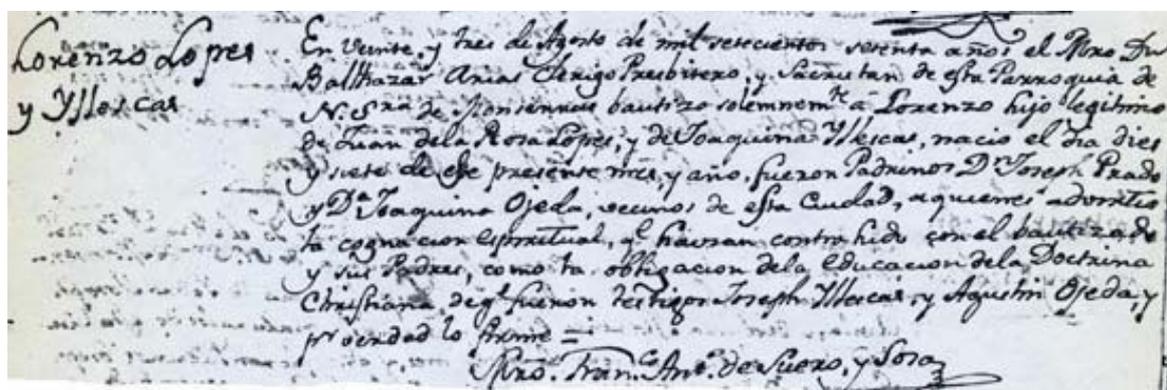
Su relación con Juan Martín de Pueyrredón – Participación en las primeras invasiones inglesas – Héroe de la batalla de Perdriel en cuya contienda salva la vida de Pueyrredón – Reconocimiento del Cabildo - Entrega del Escudo y medalla de Perdriel por su valor y patriotismo.



Lorenzo López Camelo Illescas

Retrato realizado en acrílico sobre madera por Germán Isla, julio 2005

Nació en Buenos Aires el 17 de agosto de 1770, fecha inolvidable para los argentinos, pues ochenta años después fallecería el Padre de la Patria general don José de San Martín. El día 23 de agosto de ese año, Lorenzo fue bautizado por el maestro presbítero don Baltasar Arias, en la iglesia porteña de Nuestra Señora de Montserrat, actuando como padrinos don José Prado y doña Joaquina Ojeda siendo confirmado un año después, el 25 de julio de 1771, por el Ilustrísimo Obispo de Buenos Aires don Manuel Antonio de la Torre.



Copia de la partida de bautismo de Lorenzo López Illescas

Fue hijo legítimo de don Juan de Santa Rosa López Camelo y de doña Joaquina Tadea Illescas. Lorenzo fue el menor de los seis hijos de ese matrimonio, todos los cuales al morir sus padres, en 1773 y 1774 quedaron huérfanos de corta edad, y es casi seguro que fueron criados por sus parientes don Miguel García de Tagle y su esposa doña Cayetana Josefa San Román e Illescas, progenitores éstos de los Doctores don Gregorio Antonio García de Tagle (abogado-político) y de don Luis Antonio García de Tagle, Cura Vicario de la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar desde 1784 hasta 1805.

Es probable también que luego de haber estudiado sus primeras letras en la ciudad y siendo ya adolescente se radicara en el Pilar, atraído por su primo el cura Tagle. Allí Lorenzo López se fue vinculando con las familias más destacadas del lugar y zonas aledañas, iniciándose en las

actividades rurales, donde comienza a consolidar su posición económica con los negocios de tierras y ganados.

Hacia 1793 contrae su primer matrimonio con doña María Lucía de la Madrid, hija legítima de don Manuel de la Madrid y de doña María Teresa Morales, vecinos del reducido poblado formado alrededor de la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, donde un año después bautizarían a su hija llamada María Luisa López Camelo.

El 1º de enero de 1794 donó a Su Majestad, el Rey de España, un real como contribución a los gastos de la guerra contra Francia y el 8 de octubre de 1797, es uno de los firmantes del petitorio elevado al virrey, donde los vecinos moradores del partido del Pilar solicitaban el traslado de la parroquia y el pueblo desde su anterior asentamiento al actual.

María Lucía de la Madrid fallece el 12 de marzo de 1803 y Lorenzo López contrae segundas nupcias el 18 de diciembre de ese año en la parroquia del Pilar, con su prima tercera doña María Antonia López Camelo y Ramírez de Velasco, hermana de su homónimo, del cual resultó ahora su cuñado, aportando a su nuevo matrimonio la suma de dos mil pesos en una pulpería.

Su condición de hacendado hace que participe activamente con parientes y lugareños de viejo arraigo en la zona, en defensa de los intereses ganaderos, logrando alcanzar cierta injerencia y reputación en el cuerpo comunal del Cabildo de la villa de Luján, el cual, en fecha 16 de enero de 1806, lo designa "**Alcalde de la Santa Hermandad del Partido del Pilar**", cargo equivalente al actual de intendente.

En la Villa de Nra. S. de Lujan a Dios y S. de Enero
de mil ochocientos y seis años. Citando el Cav. Just. y Reg.
Junco y Congregado en su Sala de acuerdos como lo ha de
costumbre a Saver los ss. d.º Jph. Lino Sambora, Alc.º Ord.
y Presid.º D.º Valentin Olivares, Alg.º Mayor, y d.º Fran.
Gonz. Reg.º Defensor g.ºal. de Pob.º. En este estado se hizo
presente D.º Lorenzo Lopez, Confiado p.º S.º Ep.º para
Alc.º de la Hermandad del Partido del Pilar, quien para
ponerlo en posesion, citando en pie, el S.º Alc.º con la Real
cédula de Just.º en la mano, le recibió jurament.º segun d.º d.º.
por el que prometio a Dios y al Rey, huir a bien y fiel
mente del tal empleo a su local Saver y entender, en
cuya virtud lo posesiono entregandole la insignia de
un boton, y dio a reconocer al Citado d.º Lorenzo dep.
por Alc.º de la S.º Hermandad del Partido del Pilar
quien prometio obedecer todas las ordenes sueltas
que por este Cav.º y suag.º se le imp.º, y lo firmo con
V.º de que dan fe #
Valentino Olivares
Lorenzo Lopez
Jose Lino de Samborombá
Juan González

Copia del nombramiento de Lorenzo López como Alcalde de la Santa Hermandad del Partido del Pilar

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806

En el desempeño de sus funciones trabó relación con don Juan Martín de Pueyrredón, cuando éste acudió a Luján a reclutar voluntarios para intentar la recuperación de la ciudad, que en esos momentos se hallaba dominada por los británicos. Sus cualidades personales y de mando hicieron que Pueyrredón lo convirtiera en uno de sus principales colaboradores.

Es así que, en ese año de 1806, transcurridas las primeras invasiones inglesas demostró su patriotismo, figurando entre los pocos ciudadanos que organizaron la resistencia contra los usurpadores. En esa ocasión pasó a la Banda Oriental para alistar tropas, con la cuales desembarcó en el puerto de Las Conchas (hoy Tigre). Fue uno de los héroes de la batalla de Perdriel el 1° de agosto de 1806, salvando en esa contienda la vida de Pueyrredón. El resultado desfavorable y los sucesos acaecidos en ese combate están reflejados ampliamente en las páginas de nuestra historia.

Por el parte del resultado de la acción, elaborado por el mismo Pueyrredón, nos enteramos: que en pleno fragor de la lucha, una bala de cañón destroza su caballo, cayendo al piso y quedando a merced de los ingleses que lo rodean amenazantes. Cuando éstos creen ya cierta su presa, Lorenzo López atropella cuanto encuentra a su paso llegando hasta su jefe, quien de un ágil salto, se sienta en la grupa y parten al galope para asombro de sus adversarios.



**El Alcalde del Pilar don Lorenzo López salva la vida del General don Juan Martín de Pueyrredón
en el combate de Perdriel
1806**

Oleo sobre tela. J. Villar Matthis.
Sala Invasiones Inglesas 1ra. y 2da.
Museo del Cabildo de Luján

Sobre este acto de arrojo que constituyó un rasgo de abnegación y heroísmo en la vida de nuestro prohombre, son varias las versiones acerca de quien fue realmente el valiente jinete que

recató a Pueyrredón en la emergencia. El historiador Gammalsson, que se ocupó del tema, relato el momento crucial de la batalla de esta forma:

*"Pueyrredón con sólo cuarenta y cinco voluntarios de caballería se corrió por el flanco derecho para copar la retaguardia y silenciar los cañones, penetrando profundamente hasta donde se hallaba la reserva y los jefes ingleses, abatiendo personalmente a un artillero [...] En el entrevero consiguiente, a Don Juan Martín le mataron el caballo con una bala rasa de cañón, quedando de pie y rodeado por la oficialidad británica. [...] **En tal instante Lorenzo López, perteneciente a una acaudalada familia de estancieros del Pilar, o su sobrino Bernabé Márquez, o acaso Francisco de Horma, pues no hay certeza en el nombre,** advertido de lo que sucedía, atropelló al galope el ruedo de soldados y oficiales enemigos, logrando romperlo y llegar a donde estaba su jefe. Pueyrredón de un salto montó en ancas y ante el asombro de los ingleses, que no atinaron ni a tirotearlos, dado lo instantáneo de la acción, desaparecieron tras la loma..."*

Resulta por demás llamativa la incorporación de Bernabé Márquez en la batalla, al cual Pueyrredón no menciona, e inobjetable la participación de Lorenzo López en el hecho. Convendría fijar una posición definitiva en el asunto para disipar las dudas, nada mejor que remitirnos para ello al texto de la certificación de los servicios prestados por Pueyrredón, expedido por el Cabildo en su Sala Capitular de Buenos Aires, el 25 de octubre de 1806:

"El Cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Buenos Aires, capital del virreinato del Río de la Plata, certifica que don Juan Martín de Pueyrredón, natural de esta ciudad, después de tomada la plaza por las armas británicas el día 27 de junio último, no dispensó gasto, fatiga, ni trabajo para preparar y disponer por su parte la reconquista: emprendió viaje a Montevideo, de donde regresó habiendo antes acordado con el señor gobernador de aquella plaza la reunión de gentes que debería haber en ésta para incorporarse con la que se allí viniese. Recorrió por sí estas campañas, convocó las milicias, junto voluntarios que lo siguieron pagando a aquellas de su peculio soldada diaria de cuatro reales, y pasando a estos ración abundante de todo lo necesario; con el auxilio de dos compañeros que se le agregaron a este fin. Llegado con la gente al caserío de Perdriel, distante cuatro o cinco leguas de esta ciudad, la noche del 31 de julio, sin haber tenido tiempo para coordinar la defensa de aquel puerto, fueron atacados a la mañana siguiente por un trozo de seiscientos setenta ingleses, con un famoso tren de artillería volante, y después de haber sostenido el fuego por espacio de una hora, se arrojó este valeroso patriota con unos pocos que le siguieron sobre el enemigo, logrando matarle algunos artilleros y quitarle un carro cubierto de municiones, que salvó por entre los fuegos de fusil y con inminente riesgo de su vida, la cual hubiere perdido sin duda por haberle muerto el caballo, si la generosa valentía de don Lorenzo López no lo hubiese libertado alzándolo a las ancas del suyo..."

La actuación militar de Lorenzo López y otros voluntarios en las múltiples acciones por la reconquista de Buenos Aires, fue destacada también en su momento por el Cabildo porteño, cuando al hacer referencia a este tema dejó constancia:

"Hizo presente don Juan Martín de Pueyrredón la lista de los individuos que lo acompañaron a reclutar gentes por la campaña para la reconquista, que se hallaron en la acción de Perdriel, emprendieron viajes a la otra banda y concurrieron al acto de la reconquista el día doce de agosto y son los siguientes: don Manuel Andrés de Pinedo y Arroyo, don Diego Herrera, don Martín Rodríguez, don Miguel Mejía Mármol, don Francisco Trelles, don Francisco Mariano de Horma, don Mariano Renovales, don Cornelio Zelaya, don Mariano Pizarro, don Lucas Obes, don Antonio José del Tejo, don Martín Rivero, don Pedro Mauricio Muñoz, don José de Oyuela, don José Albadea, don Juan de la Cruz Brizuela, don José Pueyrredón, don Juan Andrés Pueyrredón, don Juan Pablo Rodríguez, don José Bernaldes, don Manuel Antonio Bas, don Diego Alvarez

Baragaña, muerto en la acción del doce de agosto, don Diego Belgrano; ídem, don Francisco Cabral; ídem, y don Lorenzo López, cuyos individuos habiéndose sostenido a su costa en todos los relacionados servicios, no han querido en obsequio a la Patria recibir gratificación alguna. Y los S.S. con esta consideración y advirtiendo ser la necesidad se haga alguna demostración de gratitud con tan buenos Patricios y fieles vasallos, que no indicando interés les manifieste el reconocimiento en que le está la Patria, por su heroicidad y patriotismo, y los estimule al propio tiempo a no decaer de tan plausibles ideas; acordaron se graben unas medallas de poco valor con las armas de la ciudad y se les entreguen por distintivo de sus heroicas acciones, precediendo para todo el permiso del Excelentísimo Señor Virrey, a quien deberá ocurrirse por oficio para impetrarlo; con reserva de lo que corresponda en orden a los que murieron. Con lo que se concluyó este acuerdo que firmaron dichos SS. De que doy fe. Francisco Lezica, Anselmo Sáenz Valiente, Manuel Mansilla, José Santos Incháurregui, Jerónimo Merino, Francisco Antonio Herrero, Manuel José de Ocampo, Francisco Belgrano, Martín Gregorio Yáñez, Licenciado don Justo José Núñez - Escribano público y de Cabildo".



Foto de la medalla Perdriel

Esta condecoración conocida con el nombre de "**Escudo de Perdriel**", les fue entregada en una ceremonia especial realizada en la sede del Cabildo el 23 de diciembre de 1806. Un cronista de aquella época que estuvo presente en el acto registro en su diario:

"Por la tarde hubo en el Cabildo repartimiento de medallas de oro con el gravamen de las armas de esta M. N [Muy Noble] y M. L. [Muy Leal] ciudad de Buenos Aires, con la inscripción del día de la reconquista. Se han repartido a los

sujetos que se han singularizado en ella y la llevan en el brazo izquierdo. Parece que a recaído en ello toda la felicidad del nombre del buen guerrero y aplaudido principalmente de la ciudad de Buenos Aires".



Escudo por la acción de Perdriel

De oro con las armas de la ciudad de Buenos Aires en relieve y lema: V.o T.s R. C.o q.s T.d.s de B.s A.s = (Voluntarios Reconquistadores de Buenos Aires). 12 de agosto de 1806. Figura oblonga; peso: media onza. A usarse en el brazo izquierdo; surmontado de una cinta en la que está grabado a mano el lema (Ref.: Reseña Histórica y Orgánica del Ejército Argentino, Círculo Militar, Buenos Aires, 1972, Tomo III, p. 229).

El 9 de septiembre de 1806, el Cabildo de Buenos Aires lo designó "*Administrador del Abasto Público de Ganados del Corral de Santo Domingo*", por renuncia de Luciano Gaete. Este matadero funcionaba al sur de la ciudad en terrenos pertenecientes a la orden del convento de Santo Domingo, el interés y la honradez puesta de manifiesto por don Lorenzo López en su gestión, hizo que en el término de un año se duplicaran las ganancias que el establecimiento dejaba al fisco. Por tal motivo solicita un incremento en sus magros treinta pesos de sueldo, pedido que fundamenta en un extenso memorial y la forma en que administró los fondos provenientes del faenamiento de ganado.

Atendiendo a su pedido el Síndico Procurador General resolvió favorablemente la elevación a cincuenta pesos, expresando entre otras consideraciones "*la pureza con que se ha manejado el administrador don Lorenzo López, desde que se hizo cargo de la comisión, esta bien patente del considerable aumento que ha recibido los propios en el ramo de su administración*".

"El síndico está persuadido que desde el establecimiento de este ramo jamás rindió iguales productos con muy notable diferencia y aún está en el entender que ninguno de los otros corrales lo han rendido".

En idéntica forma se expidió el cabildo de Buenos Aires, quien en los fundamentos de su resolución dejó constancia que la elevación del sueldo se efectuó..."en atención al considerable aumento que ha proporcionado a este ramo su buena Administración y no poder atender a sus obligaciones probadas con la asignación que tenía hasta aquí..."

Si esta era la opinión de las autoridades de la capital virreinal, no pensaban lo mismo los abastecedores de carne que vieron cercenadas sus posibilidades de sobornar al inquebrantable don

Lorenzo López. Así los vemos solicitar al cabildo la separación del nuevo administrador tratando de demostrar un comportamiento por parte de aquel, que más que afectarlo lo honra, toda vez que entre los cargos formulados se hizo referencia a que: "*se maneja en el desempeño de su administración figurándose entre tener sobre nosotros un ascendiente, por lo cual nos hayamos de ver obligados a tributarle toda sumisión y acatamiento...*", agregando más adelante..."*en las ocasiones que necesitamos su intervención y despacho para el ejercicio manifiesta genio adusto, acre y tan majestuoso que aún no lo tendremos a uso con nuestros esclavos...*"

Como vemos la honradez de López no era del agrado de los hasta entonces aprovechados traficantes.

Con fecha 20 de junio de 1807, temiendo una nueva invasión inglesa a Buenos Aires, ofreció al Cabildo un plan para la evacuación del ganado, fuera del alcance del enemigo y a un punto desde donde se aseguraría el abastecimiento del ejército y de la ciudad.

Su identificación con la causa criolla en los sucesos que culminaron el 25 de mayo de 1810, se desprende de la lectura de un cronista y actor de estos episodios, cuando al mencionar las diversas reuniones secretas en las que se complotaba contra las autoridades virreinales, dejó escrito:

"Asistí a otra, a cuatro millas de la ciudad que solía durar dos y tres días y que era la más libre contra la autoridad, donde se reunían el coronel don Celestino Vidal, coronel mayor don Manuel Pintos, coronel don José Millán, general don Enrique Martínez, presbítero don Ignacio Grela, coronel don Vicente Dupuy, coronel don Ambrosio de Pinedo, general don Domingo French, capitán don Diego Saavedra, capitán don José Cipriano Pueyrredón, don Lorenzo López"

Como bien dice el autor de la nota, esta reunión fue la que más firmemente apoyó la idea de la independencia y el nucleamiento de los partidarios de Pueyrredón.

El 18 de junio de 1810, el primer gobierno patrio lo propuso para desempeñarse como jefe de la cuarta compañía del segundo batallón del regimiento "La Estrella", que comandaba el general don Domingo French. La intención no llegó a concretarse por no haberse integrado el mencionado escuadrón.

La Gaceta de Buenos Aires, en su edición del jueves 26 de julio de ese año, publica en sus páginas las contribuciones recibidas para solventar la expedición de unión de las provincias del interior, donando Lorenzo López en la oportunidad, una onza de oro.

Atendiendo sus méritos y servicios, el 14 de septiembre de 1810, la Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, le confiere el cargo militar de "**Capitán del Ejército**". Firman el despacho del nombramiento, el coronel don Cornelio de Saavedra, presbítero doctor don Manuel Alberti, don Domingo Matheu, don Juan Larrea y el doctor don Mariano Moreno.

En 1811 fue candidato para integrar el Cabildo de Buenos Aires, no resultando electo en esa oportunidad.

Con motivo de la creación del célebre cuerpo de granaderos, su nombre volvió a ser noticia:

"El coronel del Regimiento de Granaderos a Caballo don José de San Martín, en oficio de 25 de octubre de 1813, dio cuenta al Supremo Gobierno del donativo de 50 caballos hecho por don Lorenzo López, para el servicio del Estado en el predicho regimiento. Nada más justo que recomendar a la pública gratitud los distinguidos esfuerzos de los beneméritos ciudadanos: por esta consideración el Supremo Gobierno, después de dadas a tan digno Americano por conducto de aquel jefe las debidas gracias a nombre de la Patria, ha acordado se publique en la Gaceta Ministerial tan generosa donación."

Vemos como la historia recoge respetuosamente el nombre y la recomendación, como ejemplos del exaltado culto a la patria de uno y de la moral y justicia del otro.

Por otro testimonio nos enteramos de que con anterioridad a esta donación, había cedido cuatro equinos para el mismo fin y dos años más tarde lo encontramos en un listado de vecinos del partido del Pilar, colaborando con otros dos caballos para el servicio de la patria.

Su única hija, doña María Luisa López Camelo, contrae enlace en 1813 con don José Luciano Domínguez.

Yo D. Lorenzo López Capitán de la Junta Provisional Subordinada de las Provincias del Río de la Plata a nombre del Sr. D. Juan Manuel de Rosas.

Despacho en Esmerito. Atendiendo a las necesidades y servicios de la Junta de Esmerito. D. Lorenzo López, ha venido a la Junta conforme el empleo de Capitán de Esmerito concediéndole las gracias especiales y prerrogativas que por este título le corresponden. En tanto mandado y ordenado, se le haya, tenga y goce como si lo fuese tal Capitán de Esmerito por lo que le hizo expedir el poder del pacto, firmado y respaldado del infrascripto Secretario, del qual se toma una copia en la Comandancia de Esmerito, y en la general de Esmerito y Real Hacienda de este Virreynato.

Dado en la Ciudad de Córdoba a trece de Septiembre de mil ochocientos...

Francisco de Sureda y J. Man. Alberti
Joaquín Matheu Juan Llanusa

Segun esta cilla = D. Esteban Chacabarro: Secor.

El: conforme el empleo de Capitán de Esmerito a D. Lorenzo López

Copia del despacho de Capitán

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



María Luisa López Camelo (1794-1831)

Oleo colección particular de D. José Cossio (inérita)

Este cuadro fue conservado por sus descendientes

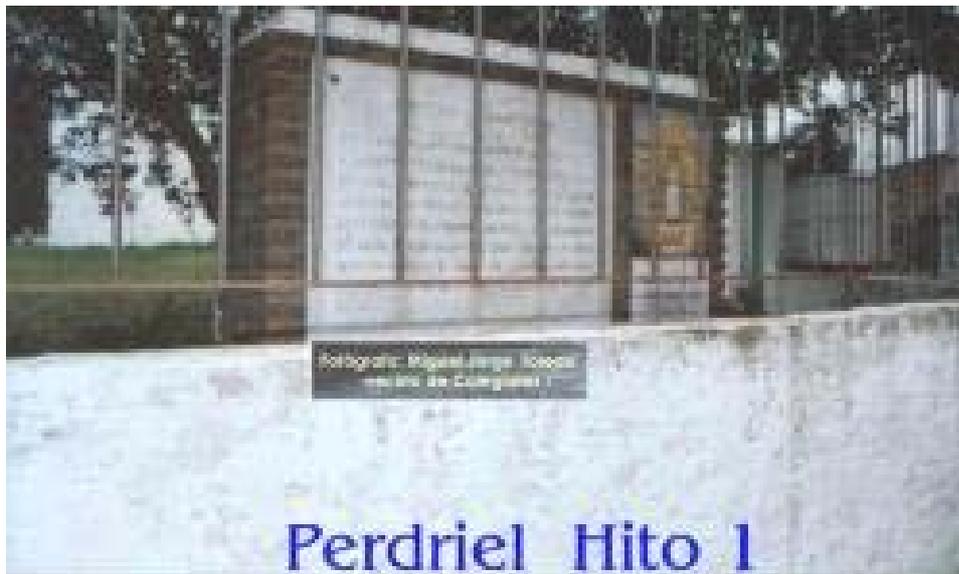
En su testamento ella dejaba constancia: "ruego que a Pepito se le entregue mi retrato"
(se refería a su hijo José Trifón Domínguez)

EL CAMINO DE LA RECONQUISTA



Luján

El Presbítero Carballo bendijo las cintas blanco y celeste
(medían 38 cm. de largo, que es la altura de la Virgen de Luján)
Las llevaron los gauchos que lucharon en PERDRIEL



Perdriel

1 de Agosto 1806 derrota

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



San isidro

Frente a la Catedral

En la reconquista, la posta que estaba en este lugar cumpliendo su misión específica albergó parte de las fuerzas militares y gauchescas que reconquistaron Buenos Aires aquel glorioso 12 de agosto de 1806. Entre las fuerzas gauchescas estaban los mozos a caballo de san isidro reclutados por Pueyrredón.

1806 - 29 DE OCTUBRE DE 1996

MELCHOR ÁNGEL POSSE

INTENDENTE - MUNICIPALIDAD DE SAN ISIDRO



San Isidro

Hito 2A

Frente al Hipódromo

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



Fotografía: Miguel Jorge Toranzo
— vecino de Colegiales —

Chacra de Marquez
Dedicado a Miguel Martín de Güemes



Carapachay
Paso de las tropas

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Pilar



Salto
Blandengues de Olavaria

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Baradero
Bernabé San Martín



Vicente López

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



Boulogne

Hito de la Reconquista

De este lugar que fue la chacra de los Marquez salió Santiago de Liniers el 9 de Agosto de 1806 para Reconquistar Buenos Aires con los gauchos de la Sublevación de la campaña de las Cuarenta leguas realizada por el General Pueyrredón.

1806 12 de Agosto 1984



Florida

El 9 de Agosto de 1806 pasaron por este camino del fondo de la legua Liniers, Pueyrredón, Güemes, Azopardo, Martín Rodríguez, Francisco Trilles, Marquez, Lorenzo López, y otros héroes en marcha gloriosa hacia la reconquista

**PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806**



Villa Martelli

El 9 de agosto de 1806 pasaron por lo que es hoy nuestra ciudad de Vicente López las fuerzas que al mando de Santiago de Liniers atravesaron Tigre, San Fernando, San Isidro, parte de San Martín y Vicente López, para llevar a cabo la reconquista de la ciudad de Buenos Aires ocupada por una expedición militar Británica.

Homenaje al Bicentenario de la Reconquista

1806 - 2006

Intendente Ricardo García



Chacarita

Misa de Campaña y reunión de las Tropas

PRIMERA INVASIÓN INGLESA AL RÍO DE LA PLATA
1806



Plaza Miserere
Último campamento de las Tropas



Cuartel del Retiro
Punto de reunión de las tropas antes del Asalto

APÉNDICE IV

1805

**LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD**

La batalla de Trafalgar, entre la flota combinada franco-española y la flota británica, tuvo lugar el 21 de octubre del año del Señor de 1805. Esta fue la última y más sangrienta batalla naval de la época de la vela. Tuvo lugar en el Cabo de Trafalgar, ubicado en la costa Sud Oeste de España.

Baltasar Hidalgo de Cisneros y la Torre Ceijas y Jofré, caballero de la orden del rey Carlos III de España fue el jefe de la escuadra española, y enarboló su insignia en el *Santísima Trinidad*.

El *Santísima Trinidad* (*) fue en su tiempo el buque de guerra más grande del mundo, *la joya de la armada de Su Majestad*, con sus 1.900 Toneladas, sus 4 puentes, sus 61 metros de eslora, sus costados de caoba de 2 pies de espesor y sus 1.200 tripulantes. Con él se enfrentó Cisneros al gran almirante Horacio Nelson. Los capitanes y marineros de esa época consideraban al *Santísima Trinidad* como el navío de guerra más temible que estuvo presente en la batalla.

En ese día aciago de muerte y espanto, bajo el estruendo de la artillería, soportando el poder destructivo de la metralla inglesa, con superior poder de fuego, Cisneros cruzó el Santísima Trinidad, y el *Victory*, el buque del almirante Nelson, no pasó. Todo el orgullo de la Reina de los Mares se clavó en la quilla de la fortaleza flotante española, causando grandes daños y pérdidas, pero el *Victory* no pasó.

La batalla fue tremenda para ambos bandos y su recuerdo pasó a la historia, aunque la gloria quedó para el vencedor de ese día. Una bala francesa disparada desde el *Redoubtable* abatió al Almirante inglés, a quien Cisneros admiró a pesar de ser su enemigo; pero a las dos de la tarde la batalla estaba irremediablemente perdida para la causa franco-española.

Luego del choque el *Santísima Trinidad* resistió cuatro horas bajo el fuego inglés: había perdido entonces la mitad de sus hombres. Un indicador de su poder como instrumento bélico es el destino que tuvo luego de ser capturado por los ingleses durante la batalla. Temerosos de que el poderoso navío fuera recapturado por el resto de la flota en retirada, e imposibilitados de remolcarlo luego de los daños sufridos, los ingleses lo barrenaron y hundieron dos días después de la batalla

Gravemente herido, más muerto que vivo, aterido de frío, Cisneros permaneció largo tiempo en el mar aferrado a un madero. Entonces, por primera vez conoció el rostro de la muerte. Su cuerpo era un mapa vivo de las heridas recibidas en este y en otros combates. Los ingleses lo rescataron de tan difícil situación y fue llevado prisionero a Gibraltar. De allí lo devolvieron con todos los honores a su amada España. Desde entonces lo llamaron *El sordo de Trafalgar*, apodo que llevó con orgullo porque fue el testimonio elocuente de aquella batalla, donde por el ruido atroz de los cañones perdió la audición. Fue ascendido a **Teniente General de la Real Armada**, el grado más alto de la marina española. Luego se retiró a Cartagena, su ciudad natal, por invalidez y con el cargo de **Capitán General**. Allí lo sorprendió el nombramiento para ocupar el sitial de **Virrey del Río de la Plata**. Los objetivos de su misión fueron encargados la Suprema Junta de Sevilla y estaban contenidos en las instrucciones reservadas que le entregaron antes de partir: *ordenar la administración, disolver los grupos facciosos y alejar el peligro que representaban Liniers y sus secuaces*.

(*) **Most Holy Trinity** en idioma inglés.



Cabo de Trafalgar, España

El **cabo de Trafalgar** (del árabe: *Taraf al Ghar*, el cabo de la cueva) es un cabo español perteneciente al término municipal de Barbate, situado en la costa atlántica de la provincia de Cádiz, en Andalucía. Se trata de un pequeño islote situado entre las ensenadas de Conil y Barbate unido al continente por un doble tómbolo de arena, que se considera el extremo noroccidental del estrecho de Gibraltar. En él hay un faro y restos arqueológicos de una factoría romana de salazones y de un asentamiento hispano-musulmán.

En sus inmediaciones tuvo lugar el 21 de octubre de 1805 la célebre batalla de Trafalgar, en la que la escuadra franco-española fue derrotada por la inglesa al mando del almirante Nelson. Forma parte de la Red de Espacios Naturales Protegidos de Andalucía (RENPA), con la categoría de monumento natural y bajo el nombre de *Tómbolo de Trafalgar*.

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Faro en el Cabo de Trafalgar



Teniente General Federico Graviña y Nápoli
Estuvo al frente de los navíos españoles en el Príncipe de Asturias

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Jefe de Escuadra Ignacio María de Álava
Segundo al mando de la escuadra española en el Santa Ana

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Jefe de Escuadra Baltasar Hidalgo de Cisneros
Comandante del Santísima Trinidad

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Brigadier Cosme Damián Churruca
Al mando del San Juan Nepomuceno

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Baltasar Hidalgo de Cisneros y la Torre Ceijas y Jofré
Caballero de la orden del rey Carlos III de España
Comandante del Santísima Trinidad y más tarde último virrey del Río de la Plata

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



SANTÍSIMA TRINIDAD

Nave insignia de la escuadra española en la batalla de Trafalgar

Pintura contemporánea de Don Alejandro Berlinguero de la Marca y Gallego – Museo Naval de Madrid

Esta batalla entre la flota franco-española y la flota inglesa tuvo lugar el 21 de octubre de 1805 en el Cabo de Trafalgar, al Sud Oeste de España. El comandante de la nave insignia de la escuadra española fue el Almirante Baltasar Hidalgo de Cisneros y la Torre Ceijas y Jofré, caballero de la orden de Carlos III. Con esta nave formidable se enfrentó Cisneros al gran almirante Horacio Nelson. La nave insignia de Nelson, el *Victory*, se estrelló contra el *Santísima Trinidad*, y ..., el *Victory* no pasó. El *Santísima Trinidad* fue construido en Cuba y era el buque de guerra más grande y poderoso de la época. Sus costados eran de caoba, de dos pies de espesor, y su armamento era atroz. No obstante, la gloria fue para el vencedor de ese día. Cisneros fue devuelto por los ingleses a España, *con todos los honores*. Debido al pavoroso estruendo de los cañones, Cisneros perdió la audición y desde entonces recibió el apodo de “el sordo de Trafalgar”, que él llevó con orgullo durante el resto de su vida. Su cuerpo era un mapa viviente de las heridas recibidas en ese y en otros encuentros. Ascendido a **Teniente General de la Real Armada**, el grado más alto de la marina española, pasó a retiro y fue designado **Capitán General de Cartagena**, su ciudad natal. Allí lo sorprendió el nombramiento para ocupar el sitial de **Virrey del Río de la Plata**.

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



EL SANTÍSIMA TRINIDAD

140 piezas de artillería

Nota aclaratoria.

La nave de Guerra utilizada hasta fines del Siglo XVI fue la **galera**. Este tipo de nave era propulsada por medio de velas y de remos. Durante la Edad Media la galera dominó los encuentros bélicos que tuvieron lugar en el Mar Mediterráneo.

La batalla de Lepanto (1571), en la que la flota combinada de España y otras potencias europeas derrotó a la flota turca en las afueras de la costa de Grecia, fue el último gran encuentro naval entre galeras.

No obstante su importancia histórica, la galera no era un tipo de nave adecuado para navegar en mar abierto y mucho menos para realizar el cruce del Océano Atlántico.

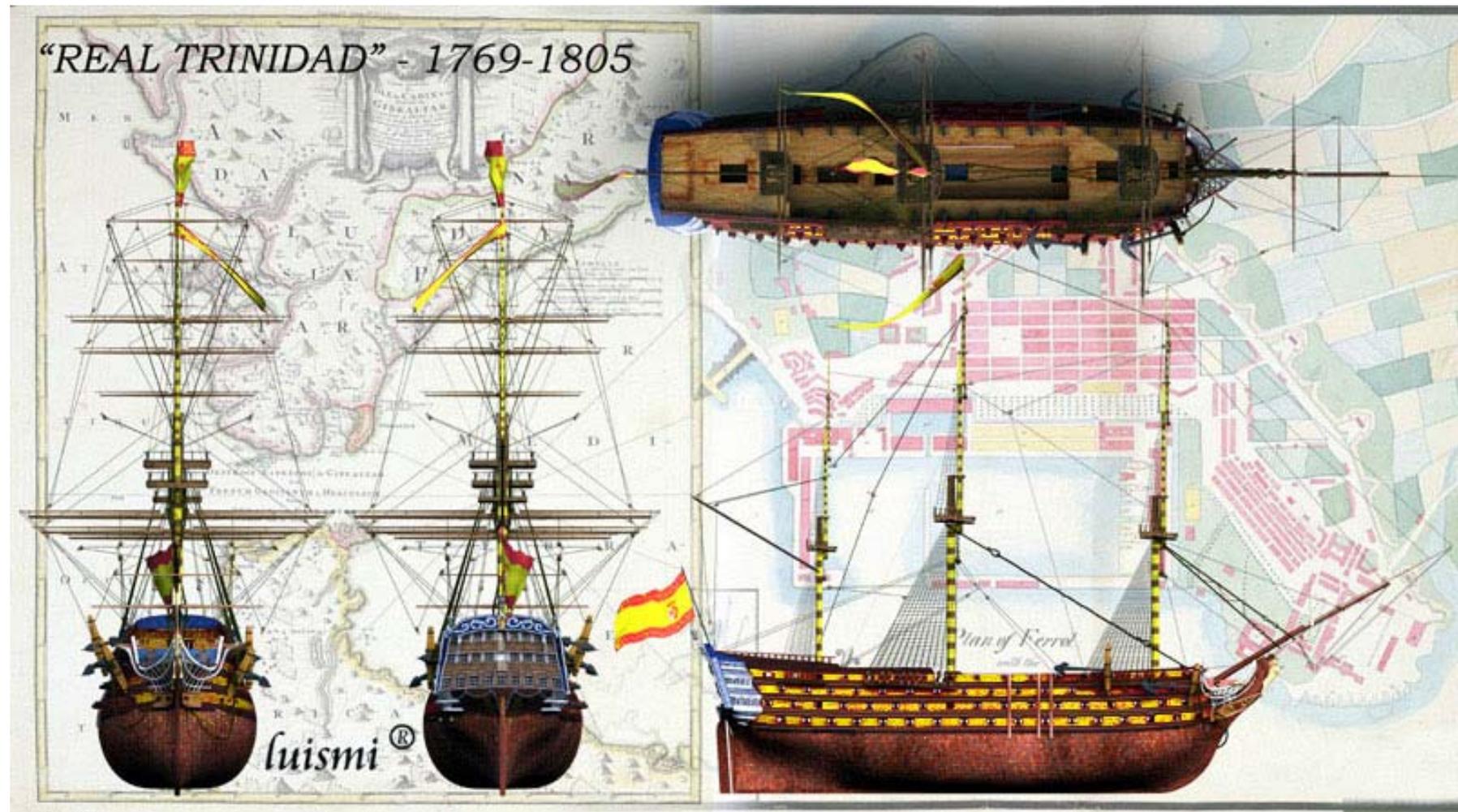
Para hacer posible la navegación oceánica surgió el diseño de nave denominado **de casco redondo**, en dos versiones:

- la destinada al transporte, denominada **galeón**,
- la de uso militar, denominada **navío** (o buque de línea de batalla:: line-of-battle-ship).

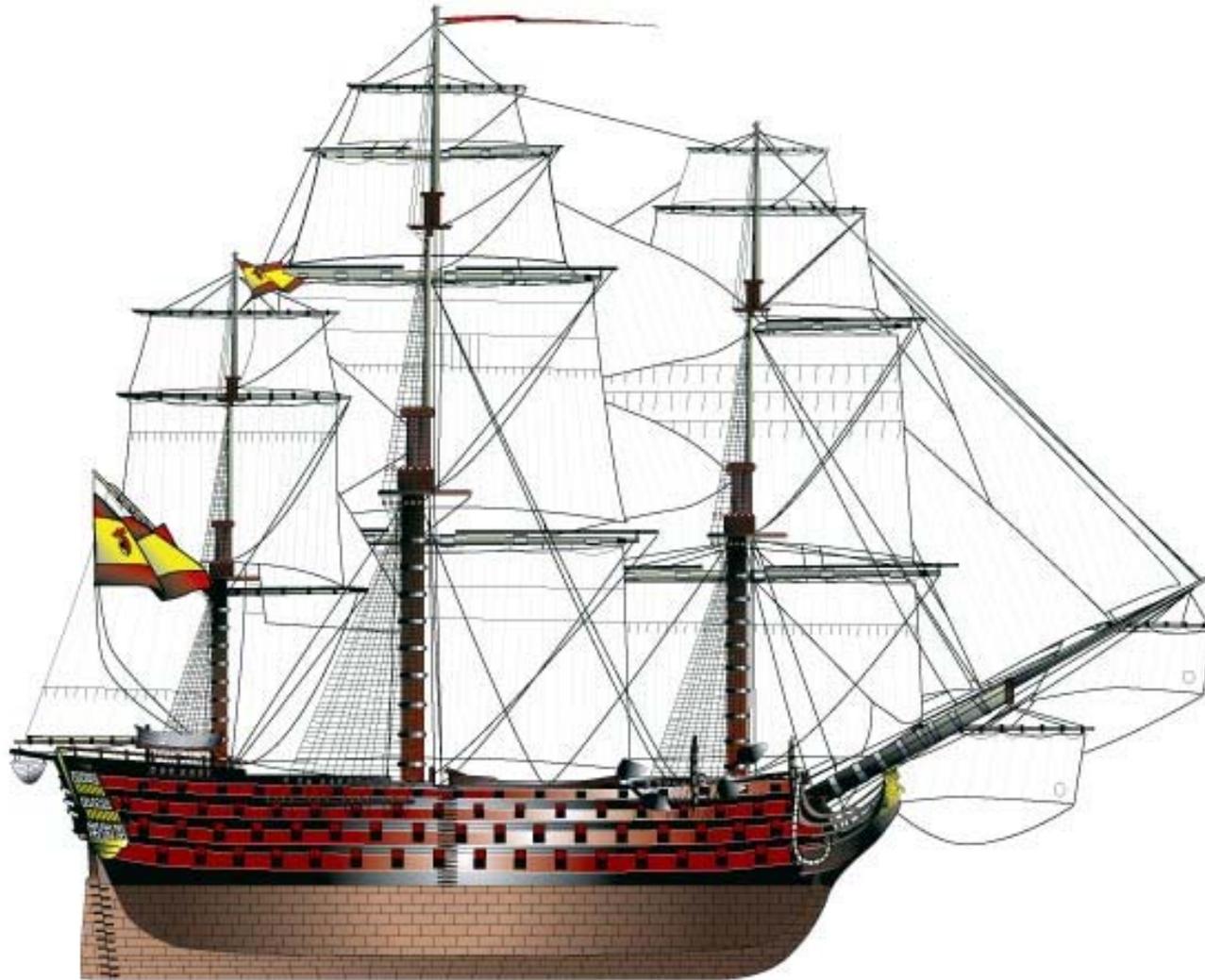
Las naves de guerra eran clasificadas según su tamaño y armamento (ver láminas en las dos páginas siguientes).

El *Santísima Trinidad* era un navío impresionante. Había sido construido en Cuba y portaba un armamento atroz para la época. El nivel de artesanía de los astilleros españoles era increíble. Las naves españolas eran superiores a las inglesas en cuanto a su construcción y a su artesanía. Los ingleses empleaban el roble para sus naves debido a que no disponían de la caoba cubana que utilizaban los españoles. No obstante, las tripulaciones de las naves inglesas estaban mejor seleccionadas y mucho mejor entrenadas y disciplinadas que las españolas. También tenían un mejor manejo de la artillería. Otra ventaja que tenía la armada inglesa sobre la española era que habían aprendido a prevenir el *escorbuto* (*) haciendo beber jugo de lima a los tripulantes y manteniendo una dieta adecuada de legumbres y frutas. El célebre Capitán Cook fue uno de los primeros observadores de esta enfermedad y uno de los propulsores de este método para prevenirla.

(*) **Escorbuto:** Enfermedad causada por la falta de vitamina C.



1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



SANTÍSIMA TRINIDAD

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



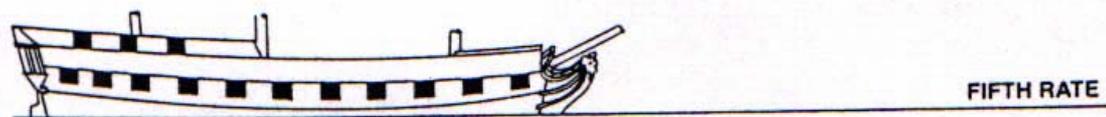
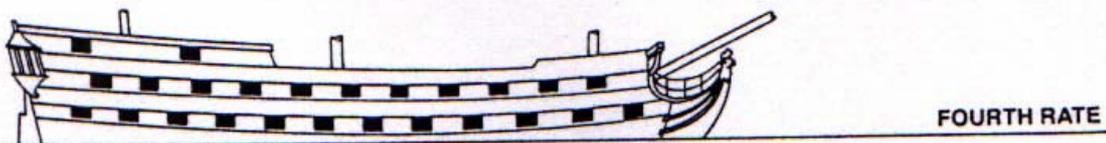
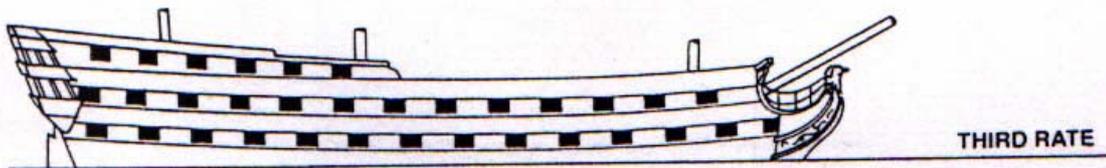
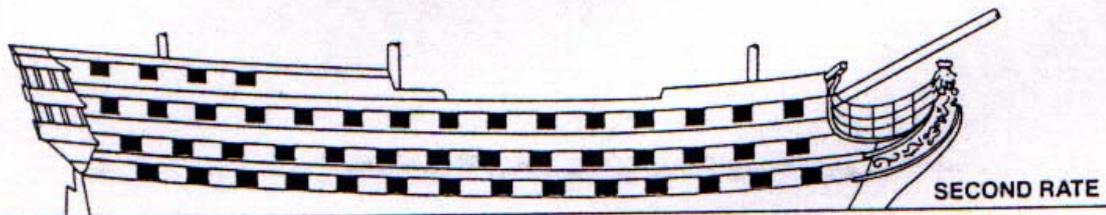
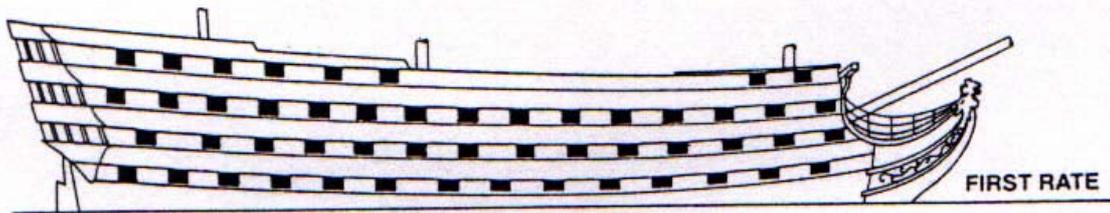
Plano dibujado y adaptado por Carlos Parrilla para Todo a Babor. www.todoababor.es

SANTÍSIMA TRINIDAD

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



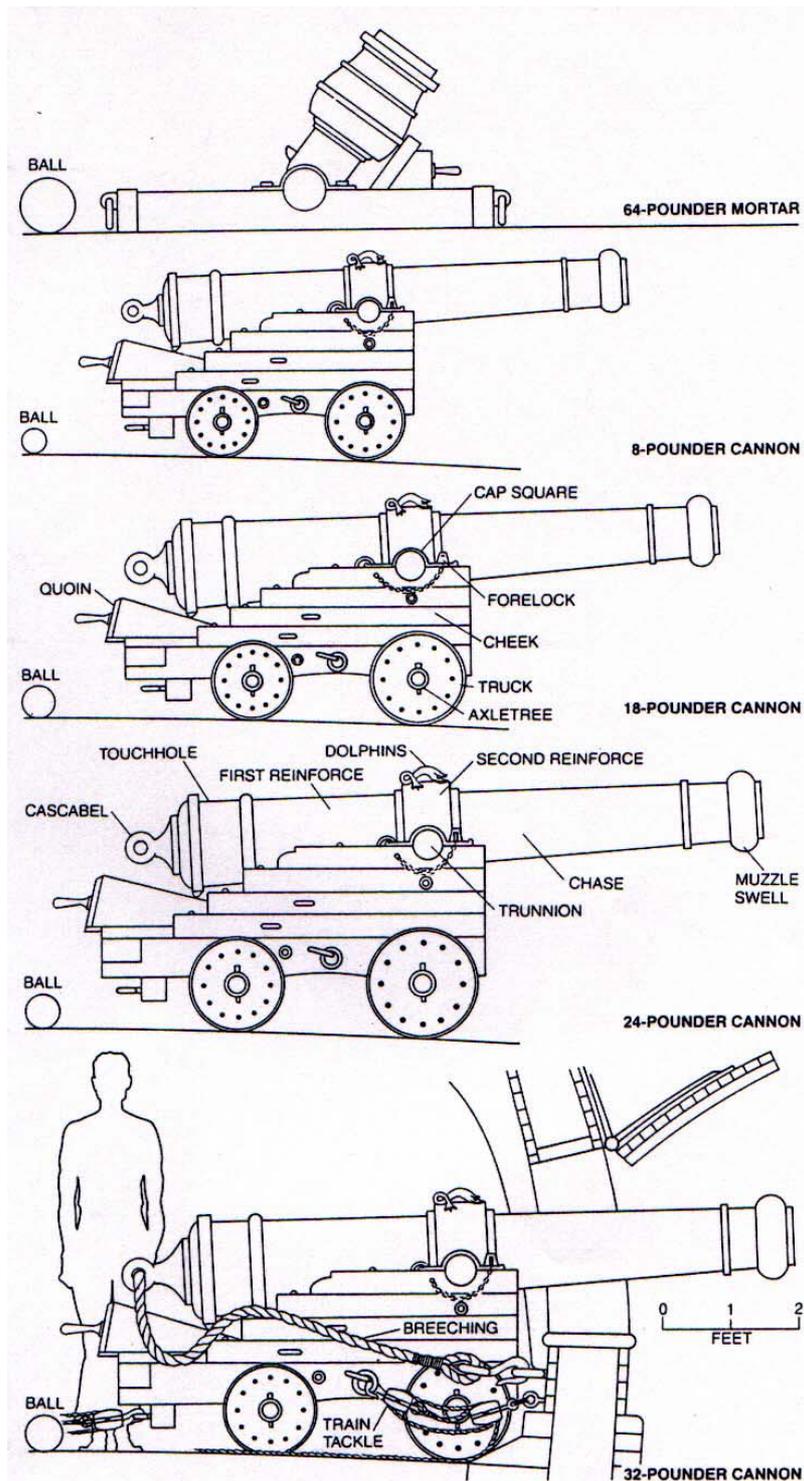
Réplica del Santísima Trinidad en el Puerto de Málaga



RATINGS OF SHIPS were based largely on the number of guns and the number of gun decks. First rates were the most powerful warships; most of them carried from 80 to 110 cannons on three gun decks. Second rates carried 80 to 98 cannons on three decks, and third rates carried 74 to 80 cannons on two decks. Only the first, second and third rates were designated ships of the line. Fourth, fifth and sixth rates were lighter and therefore faster ships that served as cruisers and couriers. Fourth rates mounted 50 to 60 cannons on two decks, fifth rates had 32 to 44 cannons on a single deck and sixth rates had no more than 20 to 28 cannons on a single deck.

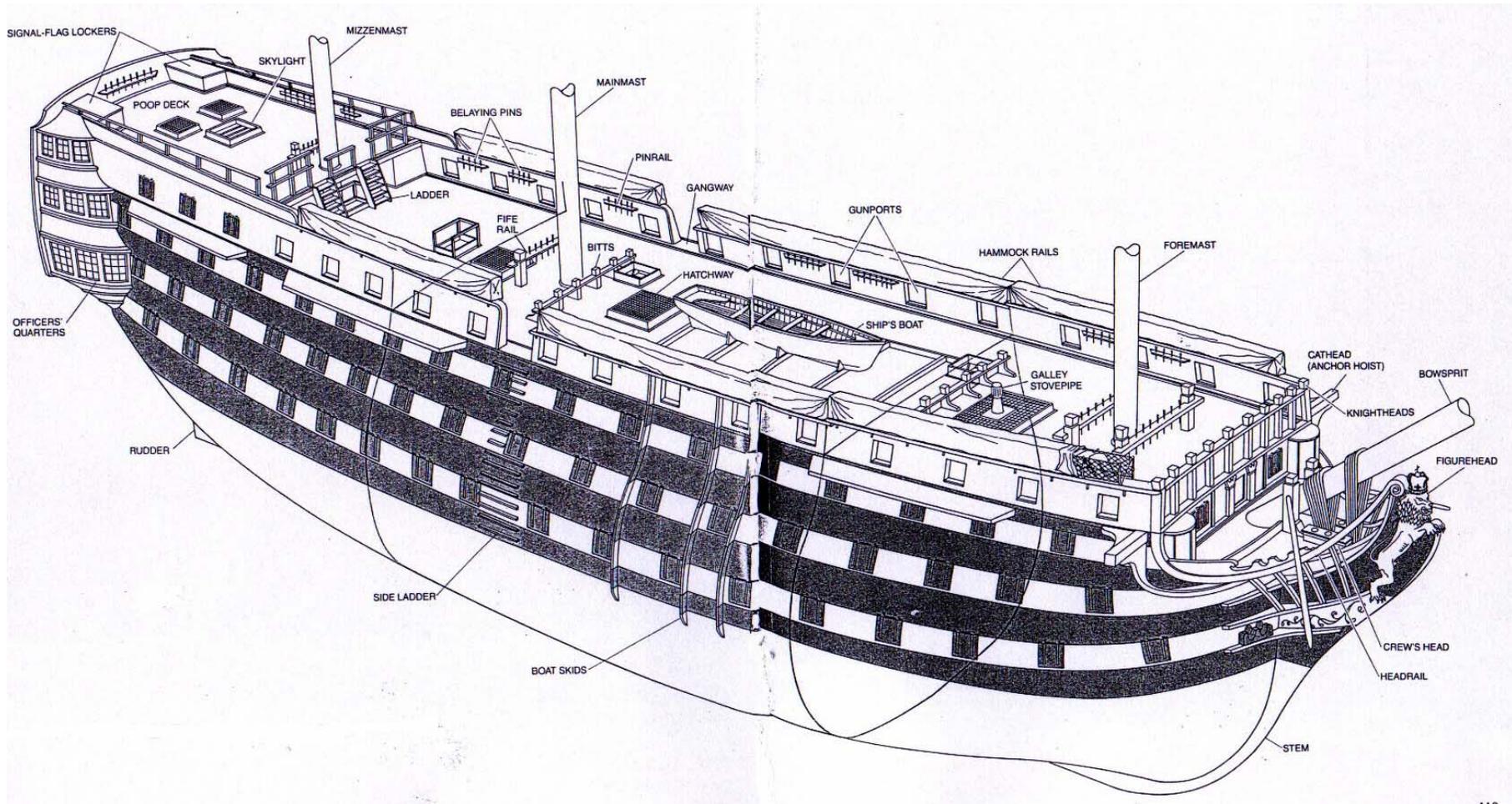
Ref.: Scientific American, Dec. 1984.

1805
 LA BATALLA DE TRAFALGAR,
 EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



CANNONS AND MORTARS carried by 18th-century warships are shown. On its lower gun deck the *Santísima Trinidad* carried 30 32-pounders, so named for the weight of the cannonball that was ordinarily fired. The 32-pounders were the largest cannons in naval service at the end of the 18th century; they were 10 feet long and could occasionally hit a target a mile and a half away. The middle gun deck of *Santísima Trinidad* carried 32 24-pounders, and the upper gun deck carried a mixture of 32 18-pounders and 26 eight-pounders, as well as mortars. When the fourth gun deck was added, the number of cannons aboard was increased from 120 to 144. Rigging used for moving the guns into place is shown schematically for the 32-pounder.

Ref.: Scientific American, Dec. 1984.

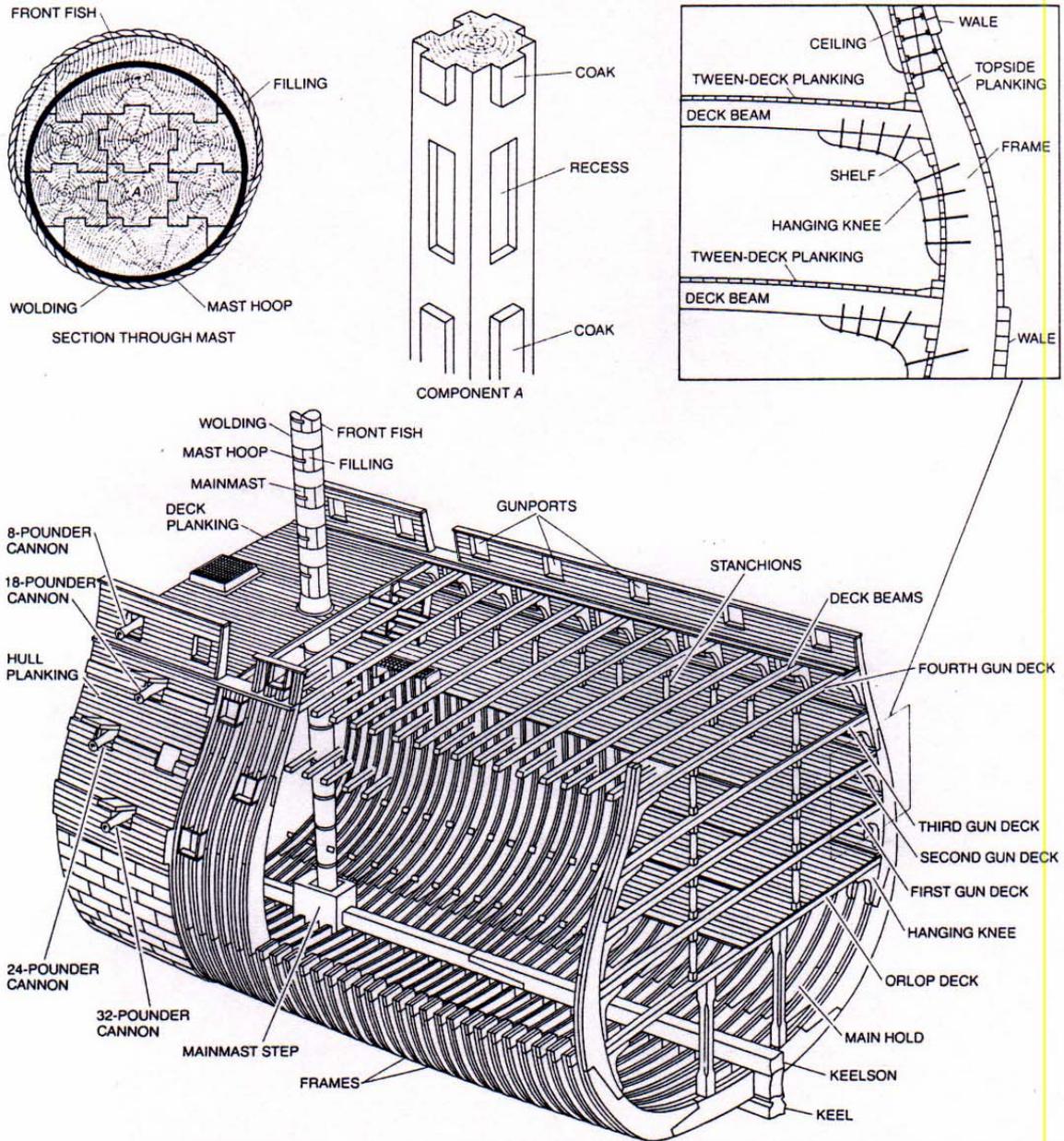


Schematic reconstruction of the Santísima Trinidad on a rendering by Don Rafael Berenguer Moreno Guerra of the administrative branch of the Spanish Navy (a rendering that was in turn based on contemporary descriptions).

The ship was 204,5 feet from bow to stern and weighed some 1900 tons.

After the fourth gun deck was added the vessel may have carried as many as 144 cannons, more than any other warship.

Ref.: Scientific American, Dec. 1984.



CUTAWAY VIEW of the *Santísima Trinidad* shows the framework and deck arrangement amidships, exposed along the planes indicated by the lines in color in the illustration on pages 118 and 119. Construction was begun by laying the keel and the keelson; the frames were then added to the keel and keelson and held in place by stanchions, deck beams and wales. Most of the supplies for a voyage were

stored in the main hold. The orlop, or overlap, deck housed the surgeon's facilities and a changing magazine, which stored premeasured powder charges for the guns. The largest and heaviest cannons were mounted on the lower gun deck, immediately above the orlop deck. Living quarters for the crew were primarily on the middle and upper gun decks; the men slung the hammocks between the cannons.

Ref.: Scientific American, Dec. 1984.

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



HMS VICTORY en 1884
Nave insignia de Nelson en Trafalgar

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



HMS VICTORY
Nave insignia de Nelson en Trafalgar



HMS VICTORY



VICTORY's Upper Gun Deck

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



68 pound Carronade on Victory's Forecastle

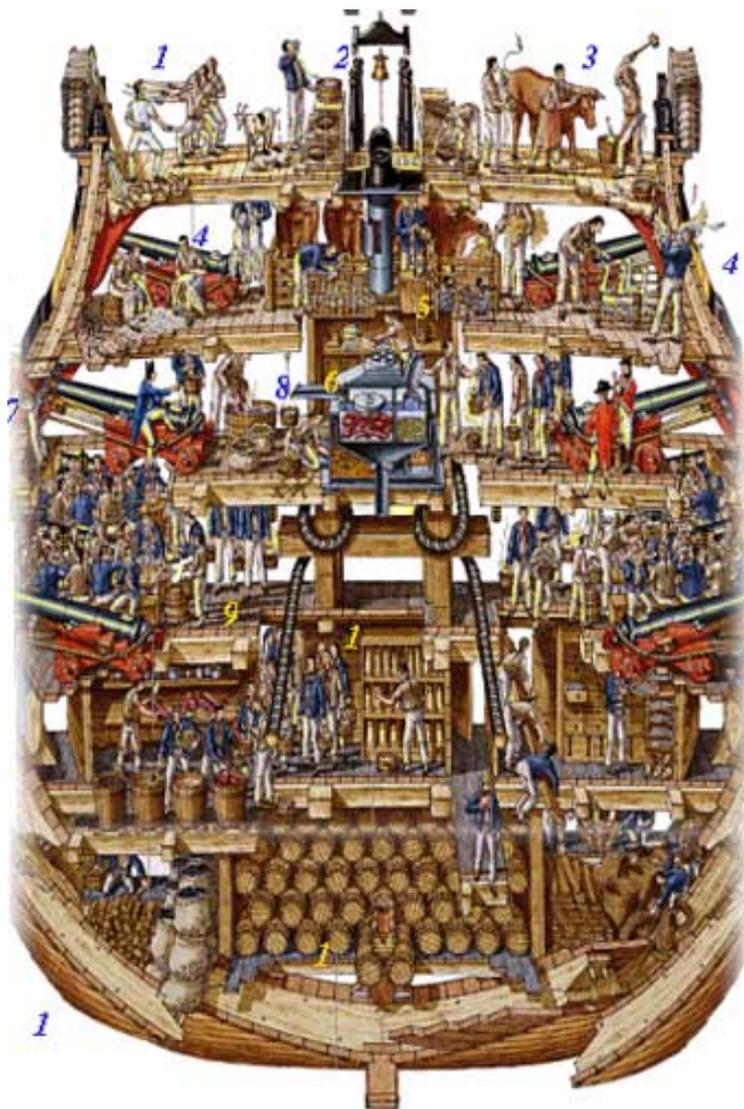
1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Cat o'Nine Tails

"Gato de nueve colas"

Látigo utilizado en las naves británicas para azotar a los marineros castigados.



1. - *Adiestramiento de armas*
2. - *Barril de agua*
3. - *Matanza de buey*
4. - *Matanza y desplume de ocas*
5. - *Medición del tiempo*
6. - *Cocina de a bordo*
7. - *Basuras*
8. - *Barreño de remojo*
9. - *Pañol del camarero*
10. - *Estantería de quesos*
11. - *Bodega de combustible*
12. - *Agua y cerveza*

Corte transversal del Victory



Vice-Admiral Pierre-Charles-Jean-Baptiste-Silvestre de Villeneuve

Comandante de la escuadra combinada Franco Española
Artífice de la catástrofe aliada y comandante en jefe de la flota combinada en Trafalgar
Fue apresado y conducido a Londres
Ya liberado se suicidó en Rennes, camino a París, aunque se cree que pudo ser asesinado
por orden del Emperador Napoleón Bonaparte.

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Contralmirante Charles René Magon de Médine
por Maurin, 1835

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Vice Admiral Horatio Lord Nelson
by Lemuel Francis Abbott
Comandante de la escuadra Inglesa en Trafalgar

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



A Horatio Lord Nelson

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Almirante Cuthbert Collingwood, Baron Collingwood
by Henry Howard

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD

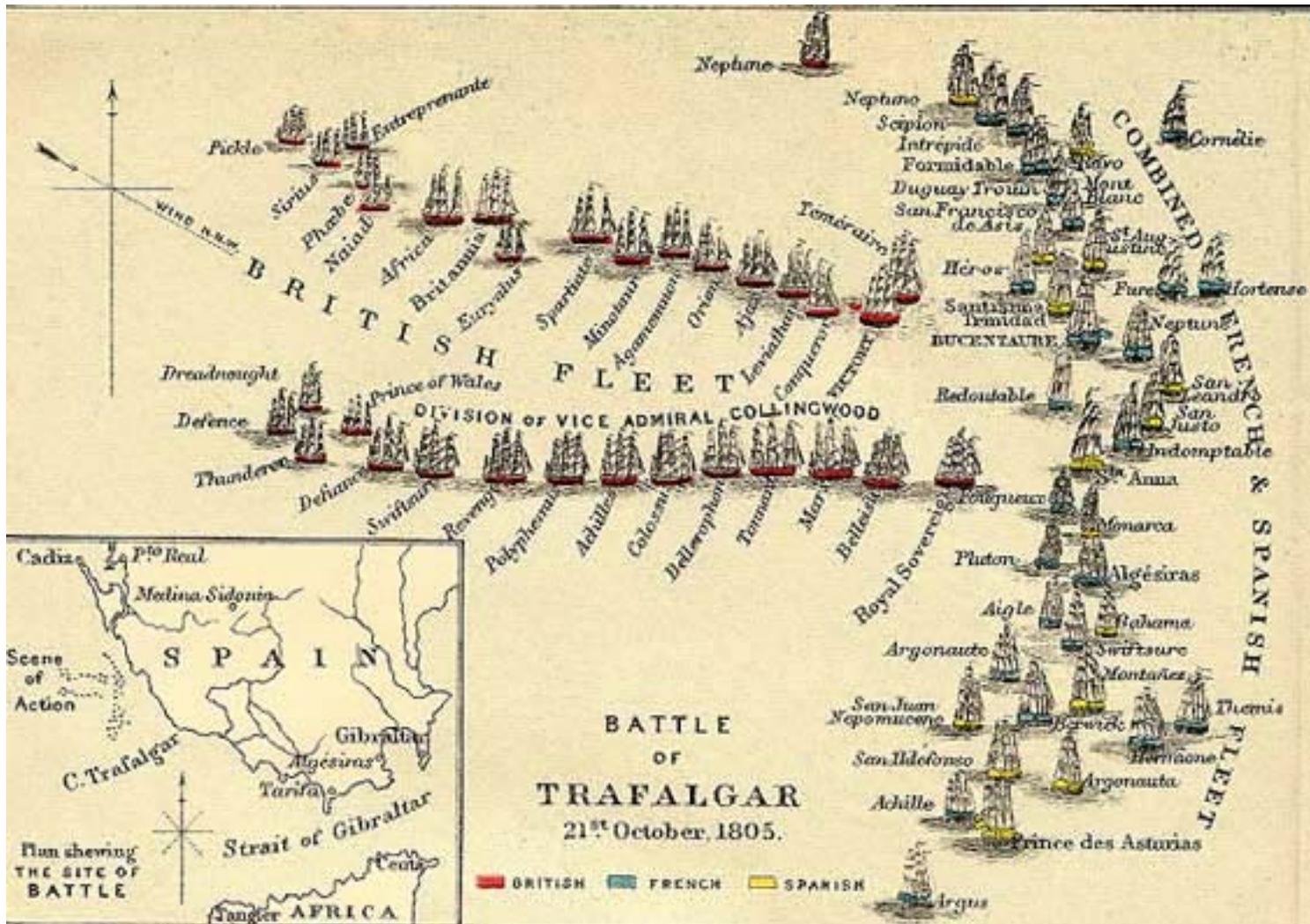
Flota española		
- Neptuno (80)	1795	10
- Rayo (100)	1748	57
- San Francisco de Asis (74)	1767	38
- San Augustin (74)	1766	39
- Santísima Trinidad (140)	1769	36
- San Leandro (64)	1787	18
- San Justo (74)	1779	26
- Santa Ana (112)	1784	21
- Monarca (74)	1794	11
- Bahama (74)	1788	17
- Montanés (74)	1794	11
- Argonauta (80)	1796	9
- San Ildefonso (74)	1785	20
- Príncipe de Asturias (112)	1794	11
- San Juan Nepomuceno (74)	1766	39
Media de años de la flota española		24,2 años
Flota francesa		
- Scipion (74)	1801	4
- Formidable (80)	1795	10
- Duguay-Trouin (74)	1800	5
- Mont-Blanc (74)	1791	14
- Intrépide (74) (exespañol)(1)	1790	15
- Indomptable (80)	1790	15
- Fougueux (74)	1785	20
- Pluton (74)	1805	0
- Héros (74)	1801	4
- Bucentaure (80)	1804	1
- eviatá (80)	1803	2
- Redoutable (74)	1791	14
- Aigle (74)	1800	5
- eviatán (74)	1804	1
- Swift-sure (74) (exinglés) (2)	1787	18
- Argonaute (74)	1798	7
- Achille (74)	1803	2
- Berwick (74) (exinglés) (2)	1775	30
Media de años de la flota francesa		9,2 años
Notas:		
(1) El 'Intrépide' fue el español 'Intrepido' y era uno de los seis navíos transferidos a Francia a principios del XIX para ayudarlos a colmar las fuertes pérdidas de los franceses de navíos frente a los británicos.		
(2) El 'Swift sure' y el 'Berwick' habían sido navíos ingleses que después fueron capturados por los franceses		

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD

Flota británica		
Navío (cañones)	Año de construcción y baja	Años hasta Trafalgar
- Victory (104)	1765- --	40
- Temeraire (98)	1798-1838	7
- eviatá (98)	1797-1818	8
- Conqueror (74)	1800-1822	5
- eviatán (74)	1789-1848	16
- Britannia (100)	1762-1825	43
- Ajax (74)	1798-1807	7
- Orion (74)	1787-1814	18
- Agamemnon (64)	1781-1809	24
- Minotaur (74)	1793-1810	12
- Spartiate (74) (exfrancés)(1)	1793-1857	12
- Africa (64)	1781-1814	24
- Royal Sovereign (104)	1787-1849	18
- Belleisle (74) (exfrancés)(1)	1793-1814	12
- Tonnant (80) (exfrancés) (1)	1791-1821	14
- Mars (74)	1794-1823	11
- Bellerophon (74)	1786-1815	19
- Colossus (74)	1803-1826	2
- Achilles (74)	1798-1865	7
- Revenge (74)	1805-1849	0
- Defiance (74)	1783-1813	22
- Swiftsure (74)	1804-1830	1
- Thunderer (74)	1783-1814	22
- Defense (74)	1763-1811	42
- Dreadnought (98)	1801-1857	4
- Polyphemus (64)	1782-1813	23
- Prince (98)	1788-1837	17
Media de años de la flota británica		15,3 años
<p>(1) El 'Spartiate', 'Belle isle' y el 'Tonnant' fueron en su origen navíos franceses, pero fueron capturados por los ingleses. - En los navíos británicos consta también el año de baja, ya sea por diferentes causas (vendidos, desguazados, hundidos o quemados).</p>		



Nelson explica su plan de ataque a los oficiales
16 de Septiembre de 1805



La disposición británica de dos columnas atacando el centro de la línea enemiga

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



The Battle of Trafalgar, as Seen from the Mizen Starboard Shrouds of the Victory
Oil on canvas. Tate Gallery, London, UK.

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Batalla de Trafalgar

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



Nelson is shot on the quarterdeck of *Victory*

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



La muerte de Nelson
1805
Cuadro de David Maelise. R.A.

1805
LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD



El Redoutable y el *HMS Temeraire* se batan en *Trafalgar*,
Óleo de Auguste Mayer.

1805
**LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD**



El Victory tras la batalla

Pintura de Constable

A babor del navío de Nelson se encuentra el también británico Temeraire, que acabó también en maltrechas condiciones.

1805
**LA BATALLA DE TRAFALGAR,
EL VIRREY CISNEROS, Y EL SANTÍSIMA TRINIDAD**



El Victory remolcado a Gibraltar por el Neptune

Pintura de Clarkson Stanfield. National Maritime Museum, London.

Este navío quedó tan maltrecho que se tuvo que someter en Chatham entre marzo y mayo de 1806 a exhaustivas reparaciones.

REFERENCIAS DEL APÉNDICE IV.

HARBRON, J. D. – The Spanish Ship of the Line “*Santísima Trinidad*”, Scientific American, Dec. 1984.

HIGA, Jorge – “Jaque al Virrey” - La trama secreta de la Revolución de Mayo, Editorial Sudamericana, 2000.

INTERNET – Diversas páginas consultadas.

APÉNDICE V

1769 – 1816 . . .

Qué sucedía en Europa mientras nosotros recién comenzábamos

Extracto de

**CRONOLOGÍA DE LOS DESCUBRIMIENTOS, INVENTOS Y REALIZACIONES DE INGENIERÍA
DESDE LA EDAD DE PIEDRA HASTA FINES DEL SIGLO XIX**

de

Aristides Bryan Domínguez

Mientras nuestra nación nacía, Inglaterra se encontraba en plena Revolución Industrial y en Europa se producían importantes descubrimientos y se realizaban grandes obras de ingeniería.

AÑO	ACONTECIMIENTOS
1769	<p style="text-align: center;">INGLATERRA – COMIENZO DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL</p> <p>WATT, James (1736-1819), mecánico escocés. Fabricó la primera máquina a vapor eficiente (mucho más eficiente que todas las predecesoras, incluida la máquina de Newcomen, construida en 1712). Este hecho es adoptado como indicador del comienzo de la Revolución Industrial.</p> <p>ARKWRIGHT, Sir Richard (1732-1792), industrial textil e inventor inglés. Con la <i>lanzadera automática</i> de John Kay (1733) el hilo se consumía mucho más rápidamente de lo que podía ser fabricado. Para obviar este inconveniente Arkwright patentó una máquina que al girar hilaba y trenzaba la fibra de algodón, reproduciendo por medios mecánicos los movimientos que de ordinario efectúa la mano. Esta máquina era accionada por una rueda hidráulica y se la conoce como water frame (bastidor hidráulico de hilar). Produjo hilo de algodón más resistente que el obtenido con la spinning jenny de Hargreaves (ver 1765-1767). Arkwright estableció plantas en el norte de Inglaterra que realizaban todas las fases de la industria textil, desde el cardado hasta el ovillado. Sus demandas de ser reconocido como el inventor de estos dispositivos fueron rechazadas por una corte en el año 1785.</p> <p>CUGNOT, Nicolas-Joseph (1725-1804), ingeniero militar francés. Construyó dos tractores a vapor para arrastrar cañones, el primero en 1769 y el segundo en 1770. Solamente se conserva el segundo de ellos en el <i>National Conservatory of Arts and Crafts</i> de París. El vehículo tiene tres ruedas. La rueda delantera cumple la doble función de propulsión y dirección. Para construir el motor a vapor de dos cilindros de este tractor, Cugnot se basó en las descripciones teóricas del físico francés Denis Papin. El diseño del motor fue realizado en forma independiente de los realizados por Thomas Newcomen y James Watt. El motor de Cugnot fue el primero que empleó vapor a alta presión, con expansión y condensación.</p>
1770	<p>PRIESTLEY, Joseph (1733-1804), clérigo, político y científico inglés. Hacia 1770 había recogido y estudiado los gases solubles en agua: amoníaco, dióxido de azufre y cloruro de hidrógeno.</p>
1771	<p>INGLATERRA. Aparece la Enciclopedia Británica.</p> <p>Aparece el Sextante (ver 1731)</p> <p>MESSIER, Charles (1730-1817), astrónomo francés. Descubrió 21 cometas. En 1771 publicó una lista de 45 nebulosas descubiertas por él. En años posteriores este número que fue aumentando hasta 103. Además, descubrió numerosos conglomerados de estrellas y galaxias lejanas.</p> <p>PRIESTLEY, Joseph (1733-1804), clérigo, político y científico inglés. Mediante experimentos comprobó que algún componente del aire hacía posible la combustión y la vida animal. El <i>dióxido de carbono</i>, producto de esa combustión y de la respiración animal, era reconvertido nuevamente en <i>oxígeno</i> por los vegetales (ver Scheele, 1772 y Priestley, 1774). Éste fue el primer indicio de que plantas y animales formaban un equilibrio químico que hacía respirable la atmósfera de la Tierra.</p>
1772	<p>SCHEELE, Karl (o Carl) Wilhelm (1742-1786), químico sueco. Aisló numerosas sustancias químicas, incluidos los ácidos láctico y úrico, el sulfuro de hidrógeno, el cianuro de hidrógeno y varios elementos químicos nuevos. Descubrió el oxígeno dos años antes que Priestley (ver 1774), pero la publicación del descubrimiento se retrasó debido a la negligencia del editor, y Scheele perdió la prioridad. A pesar de su pobreza y falta de medios, su record como descubridor de nuevas sustancias fue inigualado. En 1775 fue elegido Miembro de la <i>Real Academia de Ciencias</i>. En 1777 publicó su único libro, titulado: “Chemical Observations and Experiments on Air and Fire”.</p> <p>INGLATERRA. Extensión del puente-canal James Briendley hasta el Río Mersey. Quedó establecida así la conexión con Liverpool. El éxito de esta obra desencadenó la construcción extensiva de canales.</p> <p>RUTHERFORD, Daniel (1749-1819), químico británico. Siendo alumno de Joseph Black (ver 1762), identificó el nitrógeno en el aire (<i>Nitrógeno</i> deriva del griego y significa “productor de nitro”. El <i>nitro</i>, o más precisamente el <i>nitrato potásico</i>, contiene nitrógeno).</p>

<p>1772</p>	<p>PRIESTLEY, Joseph (1733-1804), clérigo, político y científico inglés. En <i>Philosophical Transactions</i> publicó la descripción de sus experimentos con gases bajo el título <i>On Different Kinds of Airs</i>. Este trabajo atrajo la atención del químico francés Antoine-Laurent de Lavoisier, quien le dió sustento teórico. En ese mismo año, Priestley publicó una contribución original a la óptica, titulada <i>History and Present State of Discoveries Relating to Vision, Light and Colour</i>. La publicación de esta obra hizo que recibiera una invitación para participar como astrónomo en el segundo viaje de exploración del capitán James Cook (realizado entre 1773-1775), pero se vio obligado a declinar esta invitación debido a la oposición generada por sus opiniones sobre temas relacionados con la religión (ver 1773).</p> <p>LAVOISIER, Antoine-Laurent de (1743-1794), químico francés, padre de la química moderna. No creía en la teoría del flogisto, postulada por el químico alemán Georg Ernst Stahl (ver 1700). Por este motivo comenzó a estudiar la combustión en forma científica. De sus experimentos, Lavoisier concluyó que la combustión no se producía por la pérdida de flogisto, sino por la combinación de la sustancia que ardía con alguna parte del aire.</p> <p>Nota.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Según la teoría de Stahl, “el combustible perdía flogisto durante la combustión”, y si quedaba algún residuo se debía a que no contenía cantidad suficiente de este elemento. • En 1772, Lavoisier y algunos otros químicos adquirieron un diamante. Lo colocaron en un recipiente cerrado e hicieron converger sobre él la luz solar a través de una lupa. El diamante comenzó a calentarse y cuando alcanzó la temperatura adecuada desapareció, y en el interior del recipiente apareció dióxido de carbono. Concluyeron que el diamante consistía en carbono y que, a pesar de las apariencias, estaba químicamente muy próximo al carbón. <p>BODE, Johann Elert (1747-1826), astrónomo alemán. Popularizó la serie sobre las distancias de los diferentes planetas al Sol sugerida por su colega y compatriota Johann Daniel Tietz en 1766. Se la conoció desde entonces como ley de Bode. (ver también Tietz, 1766, Bode, 1772, Piazzzi, 1801, Olbers, 1804 y Hencke, 1845 y 1847).</p> <p>Nota.</p> <ul style="list-style-type: none"> • La ley de Bode no tuvo trascendencia hasta 1781, año en que se descubrió el planeta Urano. Esta ley predecía que en ese lugar debía haber un planeta (Urano). Predecía también que en el espacio comprendido entre Marte y Júpiter también debía existir un planeta. Ese planeta por el momento era desconocido, aunque también podía suceder que fuese muy pequeño y que hubiera pasado inadvertido. • Heinrich Wilhelm Mattäus Olbers (1758-1840), astrónomo alemán. Por la razón anterior, Olbers organizó un grupo que investigaría distintas regiones del cielo en busca de cualquier objeto móvil que pudiera ser el planeta cuya existencia predecía la ley de Bode. • Giuseppe Piazzzi (1746-1826), astrónomo italiano. Mientras Olbers desarrollaban los preparativos para la búsqueda, Piazzzi, que no estaba buscando el planeta en cuestión, dio con él desde un observatorio de Sicilia, (ver Piazzzi, 1801 y Herschel, 1781).
<p>1773</p>	<p>COOK, James (más conocido como “capitán Cook”) (1728-1779), navegante inglés. En su segundo viaje por el Pacífico, cruzó el Círculo polar Antártico.</p> <p>PRIESTLEY, Joseph (1733-1804), clérigo, político y científico inglés. Fue galardonado con la <i>Medalla Copley</i> de la Royal Society of London por sus experimentos con gases, sobre los cuales continuó produciendo informes titulados <i>Experiments and Observations on Different Kinds of Air</i>, publicados en 6 volúmenes entre 1774 y 1786. También realizó una observación de gran significación científica acerca de la importancia de la luz en el crecimiento de las plantas y que las plantas verdes producían “aire sin flogisto” (se estaba refiriendo al oxígeno, gas que descubriera en 1774). Esta observación fue fundamental para la investigación de la fotosíntesis realizada por el médico holandés Jan Ingenhousz (ver 1772, 1774 y 1779).</p> <p>MULLER, Otto Friedrich (1730-1784), biólogo danés. Dividió las bacterias en categorías. Éstas habían sido descubiertas por Anton van Leewenhoek en 1676. Muller fue el primero que clasificó los microorganismos en géneros, a la manera de Linneo (ver 1735).</p> <p>LAPLACE, Pierre-Simon (1749-1827), matemático, astrónomo y físico francés. Comenzó el mayor trabajo de investigación de su vida acerca de la estabilidad del sistema solar. Lo hizo mediante la aplicación de la teoría de la gravitación universal de Newton. Ello le valió el reconocimiento de la <i>Academia de Ciencias</i>, que lo incorporó como miembro.</p>
<p>1774</p>	<p>PRIESTLEY, Joseph (1733-1804), clérigo, político y científico inglés. Descubrió y estudió el oxígeno. Priestley se sintió revitalizado cuando lo respiró. Descubrió además que en presencia de este gas los</p>

1774	<p>combustibles se consumían más rápidamente y con llama más brillante que en el aire (ver Scheele, 1771).</p> <p>LAVOISIER, Antoine Laurent de (1743-1794), químico francés, padre de la química moderna. Introdujo métodos cuantitativos en la química y demostró la ley de conservación de la masa en las reacciones químicas: <i>la masa no cambia perceptiblemente en el curso de las reacciones químicas</i>. Al enterarse de los experimentos de Priestley con el oxígeno y de Rutherford con el nitrógeno, que Lavoisier denominó ázoe (de las palabras griegas que significan “sin vida”), y a la luz de sus propias experiencias, comprendió que el aire era una mezcla de gases. Una quinta parte estaba formada por el gas de Priestley, que Lavoisier denominó oxígeno (del griego: <i>productor de ácido</i>). Determinó la composición de la atmósfera y explicó de manera adecuada la combustión como una combinación química con el oxígeno.</p> <p>SCHEELE, Karl (o Carl) Wilhelm (1742-1786), químico sueco. Había descubierto el oxígeno dos años antes que Priestley (ver Scheele, 1772). Descubrió muchos compuestos simples de vegetales y animales, además de gases venenosos (como el fluoruro de hidrógeno, el sulfuro de hidrógeno y el cianuro de hidrógeno). Hacia 1774 había realizado la mayor parte de las tareas preliminares que conducirían al descubrimiento del manganeso por su amigo y compatriota Johan Gottlieb GAHN (ver 1774). Aisló el gas cloro (del griego: <i>verde</i>), pero no lo consideró como un nuevo elemento sino como una combinación de alguna sustancia con oxígeno.</p> <p>GAHN, Johan Gottlieb (1745-1818), mineralogista y cristalógrafo sueco. Amigo y compatriota de Scheele, fue quien logró culminar el descubrimiento del manganeso.</p> <p>MESMER, Franz Anton (1734-1815), médico y místico alemán. Aplicó ondas magnéticas a sus pacientes. Debido a sus experiencias con sus pacientes fue expulsado de Viena y luego debió también abandonar París. Sus métodos fueron examinados por Franklin y Lavoisier. Mesmer estaba tratando <i>enfermedades psicosomáticas</i> en las que a menudo el paciente cree que va a ser curado, y luego realmente se cura. Los métodos de Mesmer, perfeccionados y liberados de lo que pudieran tener de farsa, ganaron respetabilidad medio siglo más tarde (<i>como el hipnotismo</i>), y algunos de ellos se incorporaron al psicoanálisis.</p>
1775	<p>WILKINSON, John (conocido como “the great Staffordshire ironmaster”) (1728-1808), industrial británico. Inventó una máquina perforadora horizontal de precisión. Este invento hizo posible fabricar los cilindros de las máquinas a vapor de Watt (y de otras posteriores) con mayor precisión, evitando las pérdidas de vapor. Construyó gran parte de las piezas de hierro utilizadas por Abraham Darby III en la construcción de un famoso puente sobre el río Severn, en Broseley (ver 1779).</p> <p>WITHERING, William (1741-1799), médico inglés. Utilizó el jugo de la planta dedalera para el tratamiento del edema causado por un funcionamiento deficiente del corazón (hidropesía). Incorporó así la droga digital a la farmacopea.</p> <p>TRESAGUET, Pierre-Marie-Jerome (1716-1796), ingeniero civil francés. En una memoria presentada al “Corps des Ponts et Chaussées”, describe un método para construir caminos con piedra partida similar pero anterior al del ingeniero escocés Thomas Telford (ver 1794).</p>
1776	<p>ESPAÑA. Creación del Virreynato del Río de la Plata por el rey Carlos III (1716-1788).</p> <p>BLUMENBACH, Johan Friedrich (1752-1840), antropólogo alemán. Dividió la especie humana en cinco razas (caucásica, mongola, malaya, etíope y americana). Esta clasificación era generalizadora y simplista.</p>
1777	<p>INGLATERRA. Apertura del “Grand Trunk Canal”. Esta vía acuática atraviesa Inglaterra y conecta el Río Mersey con el Trent, vinculando el Midland industrial con los puertos de Bristol, Liverpool y Hull.</p> <p>COULOMB, Charles-Augustin de (1736-1806), físico francés. Inventó la balanza de torsión (ver también 1785).</p>
1779	<p>INGLATERRA. Automatización del proceso textil. Comienza a funcionar la primera tejeduría de algodón accionada por un motor a vapor conocido como “<i>la mula Crompton</i>”. Este motor es una combinación de las máquinas de Hargreaves y de Arkwright. El proceso textil quedó así totalmente automatizado.</p>

1779	<p>DARBY III, Abraham (1750-1791), industrial metalúrgico británico (hijo de Abraham Darby II - ver 1758). En los talleres metalúrgicos <i>Coalbrookdale Works</i> construyó uno de los primeros puentes de hierro fundido del mundo (de gran significación histórica), a través del río Severn, en Brosley. Gran parte de las piezas de hierro fundido fueron realizadas por John Wilkinson (ver 1775). Construyó para Robert Trevithick (ver 1801), una locomotora a vapor (diseñada por Trevithick), que fue la primera que funcionó con una caldera de alta presión.</p> <p>SPELLANZANI, Lazzaro (1729-1794), científico italiano. Demostró que la fertilización no se producía a menos que las células espermáticas del semen entraran realmente en contacto físico con los folículos.</p> <p>INGENHOUSZ, Jan (1730-1799), médico holandés. Repitió los experimentos que había realizado Priestley en 1771, confirmó los resultados y además descubrió que los vegetales absorbían anhídrido carbónico, liberaban oxígeno y reunían las complejas sustancias que constituyen el tejido vegetal sólo cuando recibían luz. En la oscuridad, los vegetales, lo mismo que los animales, consumían oxígeno y producían anhídrido carbónico. Debido a la importancia de la luz, a este proceso se lo llamó fotosíntesis (de las palabras griegas que significan "juntar por la luz").</p>
1780	<p>GALVANI, Luigi (1737-1798), anatomista italiano. Descubrió que los músculos de las patas de ranas diseccionadas experimentaban sacudidas espasmódicas cuando se descargaba sobre ellas una chispa procedente de una botella de Leyden.</p>
1781	<p>WATT, James (1736-1819), mecánico escocés. Inventó un mecanismo que convertía el movimiento rectilíneo alternativo de un pistón en movimiento rotatorio, que era transmitido a una rueda. Con ello transformó la máquina a vapor en un motor flexible y de aplicación general. En 1800 ya funcionaban en Gran Bretaña unos quinientos de estos motores a vapor (ver Murdock, 1784).</p> <p>HERSCHEL, William (1738-1822), astrónomo británico (nacido en Hannover). Sacudió al mundo con el descubrimiento del planeta Urano. Sus observaciones en la década de 1790 demostraron la existencia de estrellas dobles o binarias, que se movían en torno a un centro de gravedad, de acuerdo con la ley de gravitación universal de Newton. También demostró que el Sol no era el centro del universo, sino que se movía en relación a las estrellas. De este modo el Sol perdía su situación central, como antes la había perdido la Tierra. Sugirió que se llamaran asteroides (de la palabra griega que significa "semejante a una estrella") a aquellos planetas que en el telescopio parecían simples puntos luminosos más bien que esferas. Con el tiempo se comprobó que entre las órbitas de Marte y Júpiter existían tal vez unos cien mil de ellos. Esta región se llamaría más tarde cinturón de asteroides (Ceres era el mayor de los asteroides de esa región).</p> <p>HAÜY, René-Just (1743-1822), mineralogista francés. Descubrió que los crisales de calcita tenían forma romboidal. Sugirió que cada cristal estaba formado por sucesivas adiciones de lo que hoy se denomina una célula unitaria (forma geométrica simple con ángulos constantes).</p> <p>HERSCHEL, William (1738-1822), astrónomo británico (nacido en Hannover). Calculó la inclinación del eje de rotación del planeta Marte con respecto a la recta perpendicular al plano de su órbita.</p> <p>HJELM, Jacob (1746-1813), químico sueco. Se le reconoce como autor de la observación de que el arrabio obtenido a partir de un mineral de hierro que contuviera manganeso, frecuentemente producía un acero de mejor calidad (ver 1782).</p>
1782	<p>HJELM, Jacob (1746-1813), químico sueco. Se le reconoce el descubrimiento del molibdeno (ver 1781).</p> <p>GOODRICKE, John (1764-1786), astrónomo británico (sordomudo). Estudió la estrella de luminosidad variable Algol. Para explicar la regularidad de las variaciones de luminosidad, sugirió que "Algol" podría tener una compañera de brillo tenue que girase en torno a ella en nuestra línea de visión, y que periódicamente la eclipsaba, ocultando la mayor parte de su luz. Estaba completamente en lo cierto.</p>
1783	<p>MONTGOLFIER, Joseph-Michel (1740-1810) y su hermano Jacques-Étienne MONTGOLFIER (1745-1799) desarrollaron en Francia un globo de aire caliente. El 5 de junio de 1783, en su pequeña ciudad natal, elevaron el primer globo. En noviembre hicieron una demostración de una versión más perfeccionada</p>

1783	<p>en París, ante una multitud entre la que se encontraban el rey y la reina, así como Benjamín Franklin.</p> <p>PILATRE de ROZIER, François, físico francés. Fue la primera persona que viajó en el globo de los hermanos Montgolfier. Se convirtió en aeronauta el 10 de noviembre de 1783. También fue el primero en morir en un accidente aéreo el 15 de junio de 1785.</p> <p>CHARLES, Jaques-Alexandre-César (1746-1823), matemático, físico e inventor francés. Junto con los hermanos Robert (<i>Nicolás y Anne-Jean</i>) construyó uno de los primeros globos de hidrógeno. El 27 de agosto de 1783 se elevó a más de una milla. Fueron los primeros en utilizar hidrógeno en lugar de aire caliente.</p> <p>MEUSNIER, Jean-Baptiste-Marie (1754-1793), General del Cuerpo de Ingenieros del Ejército Francés. Dio pasos muy importantes en el proceso de transformación de los globos aerostáticos en artefactos voladores autopropulsados. En 1783 había concretado en el papel la mayor parte de las ideas necesarias para construir una aeronave, pero se había adelantado enormemente a su tiempo y aún no disponía de una planta motriz adecuada. Murió antes de poder llevar a la práctica su proyecto (ver Cayley, 1809).</p> <p>HERSCHEL, William (1738-1822), astrónomo británico (nacido en Hannover). Descubrió que en una dirección del cielo las estrellas se movían separándose, mientras que en la dirección opuesta se movían aproximándose entre sí. Concluyó que el propio Sol se movía hacia el mismo punto en el que las estrellas convergían o divergían. Este punto se denomina APEX.</p> <p>LAVOISIER, Antoine Laurent de (1743-1794), químico francés, padre de la química moderna. En colaboración con Pierre-Simon de Laplace (1749-1827), científico francés, demostraron que la respiración animal es una forma de combustión, que está regida por las mismas leyes que gobiernan la combustión de cualquier combustible.</p> <p>ELHUYAR, Fausto de (1755-1833), mineralogista español. Analizó un mineral llamado <i>wolframita</i> que había obtenido en una mina de estaño y obtuvo de él un nuevo metal que llamó wolframio. Este metal se denomina también tungsteno (del sueco: <i>pedra pesada</i>).</p>
1784	<p>CAVENDISH, Henry (1731-1810), físico y químico inglés. Demostró que el hidrógeno formaba agua al entrar en combustión (<i>Hidrógeno deriva del griego y significa generador de agua</i>).</p> <p>FRANKLIN, Benjamin (1706-1790), inventor y científico estadounidense. A edad avanzada y debido a la incomodidad que le ocasionaba el tener que cambiar de anteojos para leer, ideó los lentes bifocales.</p> <p>HERSCHEL, William (1738-1822), astrónomo británico (nacido en Hannover). Descubrió los casquetes helados en las regiones polares del planeta Marte.</p> <p>MULLER, Franz Joseph (1740-1825), mineralogista austríaco. Descubrió una sustancia que creyó podía ser un nuevo elemento hasta el momento desconocido, el teluro.</p> <p>KLAPROTH, Martin Heirich (1743-1817), químico alemán. Confirmó que la sustancia descubierta por Muller (quien se la había enviado en carácter de consulta) era un nuevo elemento, al que llamó teluro (del latín: <i>tierra</i>). Klaproth se ocupó de que todo el mérito del descubrimiento fuese atribuido a Muller.</p> <p>MURDOCK, William (1754-1819), inventor escocés (asistente de James Watt). En 1777 ingresó a la firma de ingeniería de Mathew Bolton y James Watt, en Birmingham. Fue el primero en diseñar una máquina a vapor de cilindro oscilante, de la cual construyó un modelo en 1784. También se le otorga el mérito de haber diseñado el mecanismo con un engranaje central y planetarios para convertir el movimiento rectilíneo alternativo de los motores a vapor en un movimiento de rotación de un eje con un volante de inercia. No obstante, Watt patentó este mecanismo en 1781.</p> <p>ARGAND, Aimé (1755-1803), físico y químico suizo. Mejoró notablemente la lámpara de aceite. Inventó una lámpara de aceite que tenía una "chimenea" de vidrio y una mecha cilíndrica hueca. Al ascender el aire por el hueco interior de la mecha, el aceite ardía con mayor eficiencia y producía una llama mucho más brillante. Esta lámpara, patentada en Inglaterra en 1784, fue utilizada durante más de cien años para iluminar teatros y y también en los faros de la costa que sirven de guía a las naves. Emitía 10 veces más luz que la antigua lámpara de aceite y la llama era más limpia, pero el consumo de aceite era mayor.</p>

1785	<p>FRANCIA. Crece el sentimiento antimonárquico. La desaparición de un valiosísimo collar de diamantes adquirido por María Antonieta provoca el escándalo del collar de la reina.</p> <p>BLANCHARD, Jean-Pierre-François (1753-1809), aeronauta (balonista) francés. Junto con el físico norteamericano John Jeffries (1745-1819) que había huido de Gran Bretaña tras la Revolución, realizaron el primer cruce del Canal de la Mancha en globo. Durante un ascenso realizado en 1785, arrojó un perro en un <i>paracaídas experimental</i>. Es considerado el inventor del paracaídas.</p> <p>COULOMB, Charles-Augustin de (1736-1806), físico francés. Vivió nueve años en las Indias Orientales donde trabajó como ingeniero militar miembro del Corps du Genie. Regresó a Francia con la salud resentida. Hacia el comienzo de la Revolución Francesa se trasladó a una pequeña propiedad ubicada en Blois y se dedicó a la investigación científica. Coulomb es más conocido por la formulación de la ley que lleva su nombre, que establece que <i>la intensidad de las fuerzas de atracción o de repulsión entre dos cargas eléctricas es directamente proporcional al producto de dichas cargas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que las separa</i>. Llegó a la formulación de esta ley como resultado de sus investigaciones sobre la ley de repulsión eléctrica formulada por Priestley en Inglaterra (ver Priestley, 1766). Desarrolló un aparato de gran sensibilidad para medir la intensidad de las fuerzas eléctricas involucradas en la ley de Priestley y publicó sus resultados entre 1785 y 1789. También <i>extendió la aplicación de su ley a las fuerzas de atracción y repulsión de masas magnéticas</i>. Ésta última constituyó la base de la teoría matemática de las fuerzas magnéticas desarrollada por Siméon-Denis Poisson. Coulomb fue también un notable especialista en mecánica de las estructuras.</p>
1786	<p>ARKWRIGHT, Sir Richard (1732-1792), industrial textil e inventor inglés. Instaló una máquina de Watt en la tejeduría de algodón de Albion, en Blackfriars Bridge, Londres. Hasta ese momento las máquinas de hilar producían una cantidad muy grande de hilo, que no podía ser consumido por los telares con la suficiente rapidez. El equilibrio se restableció cuando Arkwright construyó el primer telar accionado por un motor a vapor.</p> <p>MURDOCK, William (1754-1819), inventor escocés (asistente de James Watt). Desarrolló una locomotora para carretera (carruaje a vapor).</p> <p>FULTON, Robert (1765-1815), talentoso inventor estadounidense (nacido y educado en Pennsylvania). En sus inicios fue aprendiz de joyero. Estudió pintura y llegó a ser un pintor profesional de retratos y de paisajes. En 1786 se trasladó a Londres llevando consigo una carta de presentación de su amigo Benjamin Franklin. Expuso sus pinturas en la Royal Academy. Allí se interesó por la ingeniería naval y construyó una draga que fue utilizada para construir canales (ver también 1796, 1797, 1801, 1803 y 1807).</p>
1787	<p>WILKINSON, John (1728-1808), industrial británico (conocido como "the great Staffordshire ironmaster"). Construyó una barcaza con casco de hierro para transportar una pesada carga de piezas de hierro encargadas por el gobierno. Esta barcaza metálica causó sensación en esa época. Enseñó a los franceses a perforar cañones de cilindros sólidos. Realizó la fundición de todos los tubos y otras piezas de hierro utilizadas en la construcción de las obras de abastecimiento de agua de la ciudad de París. A su muerte, fue enterrado en un ataúd de hierro fundido que él mismo había diseñado.</p> <p>CARTWRIGHT, Edmund (1743-1823), inventor inglés. Inspirado en la máquina de Sir Richard Arkwright, inventó la primera máquina peinadora de lana (1785) y en 1887 construyó un telar accionado por un motor a vapor, predecesor del moderno "power loom". En 1792 inventó una máquina para fabricar sogas y una máquina a vapor que funcionaba con alcohol en lugar de agua. En 1809, la Cámara de los Comunes le asignó la suma de £ 10.000 en reconocimiento por los beneficios que obtuvo Inglaterra por su invento del power loom (<i>loom</i>: telar, máquina para hilar; <i>loom shuttle</i>: lanzadera mecánica).</p> <p>EVANS, Oliver (1755-1819), inventor estadounidense. Construyó las primeras máquinas a vapor eficaces. Estados Unidos entra así en la Revolución Industrial y se independiza económicamente de Gran Bretaña.</p> <p>CHARLES, Jaques-Alexandre-César (1746-1823), matemático, físico e inventor francés. Descubrió la forma en que el volumen de un gas cambia con la temperatura (Ley de Charles). Esta ley fue redescubierta cinco años más tarde por el químico francés Joseph-Louis Gay-Lussac (1778-1850), y algunos la llaman ley de Charles y otros la llaman ley de Gay-Lussac. En realidad, esta ley ya había sido descubierta en 1699 por el físico francés Guillaume Amontons (1633-1705). Charles indicó también la posible existencia</p>

1787	<p>de un cero absoluto de temperatura. Realizó experimentos con la electricidad, inventó el hidrómetro, el galvanómetro de reflexión, mejoró el heliostato de gravedad y el aerómetro de Fahrenheit. Sus trabajos impresos fueron sobre temas de matemática.</p> <p>LAVOISIER, Antoine Laurent de (1743-1794), químico francés, padre de la química moderna. Junto con varios de sus colaboradores elaboró el moderno sistema de nomenclatura química, que publicaron en un libro titulado El método de la nomenclatura química.</p> <p>Nota: La generalización más importante que introdujo en ese libro fue la ley de conservación de la masa: “En cualquier sistema cerrado (*) su masa total permanece invariable, con independencia de los cambios físicos químicos a que éste sea sometido” (ver 1774).</p> <p>(*) Sistema cerrado: Sistema que no puede intercambiar masa con su medio externo.</p> <p>FITCH, John (1743-1798), inventor estadounidense. Construyó el primer barco a vapor utilizable y navegó con él por primera vez por el río Delaware.</p>
1788	<p>LAGRANGE, Joseph-Louis (1736-1813), matemático francés. Publicó su Mecánica Analítica. Esta es una formulación más abstracta de la mecánica, que emplea magnitudes generalizadas (coordinadas, velocidades, aceleraciones, fuerzas e impulsos generalizados). Este libro se convirtió en un clásico de ciencia.</p>
1789	<p>PARÍS. Comienzo de la Revolución Francesa. Las turbas tomaron la Bastilla (ver 1794, Antoine Laurent de LAVOISIER).</p> <p>INGLATERRA. Construcción del “Canal Támesis-Severn”. Esta vía acuática vincula el Río Támesis con el Bristol Channel.</p> <p>SLATER, Samuel (1768-1835), ingeniero británico. Trabajó como aprendiz con Richard Arkwright. Emigró de Inglaterra hacia norteamérica disfrazado de granjero, reteniendo en su memoria todos los detalles de la maquinaria textil de Arkwright.</p> <p>KLAPROTH, Martin Heirich (1743-1817), químico alemán. Fue el primero de su país que aceptó la “nueva química” de Lavoisier. Trabajando con un mineral pesado llamado <i>pechblenda</i>, obtuvo un compuesto amarillo, en el cual descubrió un nuevo metal, desconocido hasta entonces. Klaproth lo llamó uranio (nombre derivado del planeta <i>Urano</i> descubierto por Herschel en 1781). Ese mismo año Klaproth obtuvo un nuevo óxido de la piedra semipreciosa llamada <i>circón</i>, y llamó circonio al metal contenido en ese óxido (ver Klaproth, 1784).</p> <p>JUSSIEU, Antoine-Laurent de (1748-1836), botánico francés. Modificó la clasificación de los vegetales realizada por Linneo, basándose en divisiones más naturalmente fisiológicas. Su sistema se utiliza desde entonces.</p> <p>BERTHOLET, Claude-Louis (1748-1822), químico francés. Demostró que el ácido cianhídrico y el ácido sulfhídrico no contenían oxígeno.</p>
1790	<p>FRANCIA. Creación del Sistema Métrico Decimal. Con el fin de estimular el comercio y la industria, los revolucionarios franceses decidieron reemplazar el anticuado sistema de pesas y medidas por otro más regular y sencillo. A partir de 1790, una comisión elaboró el “sistema métrico decimal”, un grupo de medidas que aumentaban y disminuían en múltiplos de 10.</p> <p>ARKWRIGHT, Sir Richard (1732-1792), industrial textil e inventor inglés. Utilizó la máquina a vapor para mover la maquinaria textil. Empleó a miles de obreros y se convirtió en el primer “capitalista” de la nueva era industrial.</p> <p>SLATER, Samuel (1768-1835), ingeniero británico. En Pawtucket, Rhode Island (EEUU), supervisó la construcción de molinos textiles que empleaban la maquinaria de Arkwright que él reprodujo. Así, la Revolución Industrial llegó a los Estados Unidos.</p> <p>INGLATERRA. Inicio de la “Fabricación en Serie”. Hombres, mujeres y niños se trasladan desde las granjas a los molinos.</p>

1791	<p>GALVANI, Luigi (1737-1798), importante científico italiano. Experimentando con electricidad estática acumulada en botellas de Leyden, descubrió que los músculos de una rana, recién arrancados del animal, se sacudían bruscamente cuando los tocaba una chispa eléctrica. Este fue el primer indicio de una interrelación de la vida y la electricidad. Demostró también que los músculos experimentaban idéntica sacudida cuando entraban en contacto simultáneo con dos metales diferentes, como cobre y hierro.</p> <p>GREGOR, William (1761-1817), clérigo inglés. Interesado por la mineralogía, aisló una sustancia de uno de los minerales que analizó. Consideró que esta sustancia podía ser un nuevo elemento químico. Cuatro años más tarde Klaproth (ver 1789) lo denominó titanio.</p>
1792	<p>MURDOCK, William (1754-1839), inventor escocés (asistente de James Watt). Descubrió que los gases desprendidos de la destilación de la madera, la turba y la hulla eran inflamables. Iluminó su casa y su oficina con gas obtenido del carbón. En 1799 perfeccionó el método para obtener, purificar y almacenar este gas.</p>
1793	<p>WHITNEY, Eli (1765-1825), inventor estadounidense (natural de Massachusetts). Construyó una máquina desmotadora de algodón, que arrancaba mecánicamente las semillas de las fibras. Con esta máquina la producción se incrementó cincuenta veces. Fue patentada el 4 de marzo de 1794 bajo el nombre de cotton gin (gin: abreviatura de "engine", que significa máquina). El cultivo de algodón se hizo lucrativo y reavivó la esclavitud.</p> <p>PINEL, Philippe (1745-1826), médico francés. Fue nombrado director de un manicomio y por primera vez adoptó métodos humanos para tratar a los enfermos mentales. Los liberó de sus cadenas y llevó cuidadosos historiales clínicos.</p> <p>DALTON, John (1766-1844), químico y físico británico. Publicó su obra Meteorological Observations and Essays (ver 1784, 1808, 1826).</p>
1794	<p>FRANCIA. Fundación de la "Ecole Polytechnique" por Napoleón Bonaparte.</p> <p>RICHE, Gaspard-Francois-Clair, baron de PRONY (1755-1839), ingeniero francés graduado en la "Ecole des Ponts et Chaussées". En 1794, al fundarse "L'Ecole Polytechnique", fue nombrado profesor y en 1796 sucedió a Chezy al frente de esta escuela (ver 1826).</p> <p>LAVOISIER, Antoine Laurent de (1743-1794), químico francés, padre de la química moderna. Fue ejecutado el 8 de mayo de 1794 en el apogeo del Terror de la Revolución Francesa.</p> <p>TELFORD, Thomas (1757-1834), destacado y versátil ingeniero escocés. Construyó dos grandes acueductos de hierro sobre los valles Dee y Cierog. Estos dos acueductos le dieron fama nacional (ver 1803).</p> <p>GADOLIN, Johan (1760-1852), químico finlandés. Estudió un mineral que había obtenido de una cantera de Ytterby (cerca de Estocolmo). Éste resultó ser una tierra diferente de las conocidas hasta ese momento. La llamó tierra rara. En ésta y en otras tierra raras parecidas se descubrieron con el tiempo ciertos elementos metálicos cuyas propiedades químicas también eran parecidas (ver Marignac, 1880).</p> <p>Nota: El término tierra rara se aplicaba en esa época a cualquier óxido que fuera insoluble en agua y resistente a la acción del calor.</p> <p>DALTON, John (1766-1844), químico y físico británico. Publicó un ensayo titulado Extraordinary Facts Relating the Vision and Colours (ver 1783, 1808, 1826).</p>
1796	<p>LAPLACE, Pierre-Simon (1749-1827), matemático, astrónomo y físico francés. Publicó un libro de astronomía para el público en general (sin emplear las matemáticas), titulado Exposition du système du monde (El sistema del mundo).</p> <p>GAUSS, Carl Friedrich (1775-1855), matemático alemán. Ideó un método para construir, con regla y compás, un polígono con 17 lados iguales: el heptadécágono equilátero. Gauss demostró además que</p>

1796	<p>sólo los polígonos con un cierto número de lados podían ser contruidos empleando únicamente la regla y el compás. En cambio, por ejemplo, no podía ser contruido de ese modo un <i>heptágono equilátero</i> (polígono de siete lados iguales).</p> <p>JENNER, Edward (1749-1823), médico británico. Demostró claramente que la inoculación de vacuna de viruela induce una enfermedad benigna que produce inmunidad, no sólo a sucesivos ataques de la <i>vacuna</i> propiamente dicha, sino a la peligrosísima y temida <i>viruela</i>. Transcurrido un año, las muertes por viruela descendieron con rapidez. La vacunación fue la primera victoria real obtenida por la medicina sobre esta enfermedad infecciosa.</p> <p>Observaciones.</p> <ul style="list-style-type: none"> • La viruela mataba a grandes cantidades de personas, entre ellas al rey Luis XV de Francia, y muy a menudo desfiguraba a las que sobrevivían. • La vacuna era una enfermedad muy benigna, común entre las vacas, que guardaba alguna relación con la viruela. Las ordeñadoras contraían casi invariablemente la <i>vacuna</i> en edad temprana, pero luego nunca contraían la <i>viruela</i>. • Jenner dio el nombre de vacuna a la técnica consistente en inocular esta enfermedad a fin de crear inmunidad. • A pesar de que la inoculación se venía empleando desde hacían menos de 80 años (ver 1713), y no dejaba de ser peligrosa, se considera a Jenner el fundador de la inmunología. <p>FULTON, Robert (1765-1815), inventor estadounidense (nacido y educado en Pennsylvania). Publicó una obra titulada Tratado para mejorar la navegación en canales (ver 1786, 1797, 1801, 1803 y 1807).</p>
1797	<p>FULTON, Robert (1765-1815), inventor estadounidense (nacido y educado en Pennsylvania). Se radicó en París, Francia. Allí dedicó los siguientes cuatro años a proyectar submarinos. Con apoyo del embajador de los Estados Unidos Robert Livingston (1747-1813), trató de persuadir a Napoleón Bonaparte de que el submarino era la respuesta que Francia debía dar a Inglaterra por el dominio de los mares (ver 1786, 1796, 1801, 1803 y 1807).</p> <p>VAUQUELIN, Louis-Nicolas (1763-1829), químico francés. Trabajando con un mineral de Siberia, aisló de él un nuevo elemento que denominó chromo (de la palabra griega que significa <i>color</i>).</p> <p>GARNERIN, André-Jacques (1769-1809), aeronauta francés. Fue el primer hombre que se lanzó en paracaídas, desde 1785, en que Jean-Pierre-François Blanchard lanzara un perro con el primer paracaídas experimental.</p>
1798	<p>EGIPTO. Campaña de Napoleón Bonaparte. A su regreso de Italia se encomendó a Napoleón la jefatura del ejército contra Inglaterra. En febrero de 1798 fue al noroeste de Francia en visita de inspección a las tropas y naves reunidas en los puertos del Canal. Napoleón estudió cuidadosamente la situación. Observó que la mayoría de la tropa estaba integrada por nuevos reclutas, y que los dirigían oficiales sin experiencia. Había escasez de naves y equipos. El año anterior los ingleses habían destruido las flotas de España y Holanda, aliadas de Francia, y mantenían la supremacía indiscutida de los mares. Además, dos meses antes su general Hoche no había conseguido desembarcar una fuerza expedicionaria en Irlanda, que tenía solamente un ejército de 15.000 hombres. Napoleón dijo a su secretario Bourrienne "Demasiado arriesgado, no deseo jugarme la hermosa Francia a una tirada de dados" y desestimó la idea de invadir Inglaterra. Napoleón decidió en cambio acometer otra empresa, una invasión que asestaría a Inglaterra un golpe casi tan duro como el desembarco en la costa de Sussex, invadiría Egipto. Pero ésta no sólo sería una expedición de conquista militar sino de descubrimiento científico, ya que explorarían, dibujarían mapas, observarían y registrarían los fenómenos naturales. El 18 de mayo de 1798, Napoleón, que aún no había cumplido los 30 años de edad, partió con una flota de casi 400 naves y una fuerza de 55.000 soldados. El 9 de junio llegó frente a Malta, que en ese entonces pertenecía a la autónoma Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén. Su capital, Valetta, rodeada por muros de tres metros de espesor y defendida por mil cañones, era el lugar mejor fortificado del mundo, pero en realidad era un verdadero fósil. Tres días después de la llegada de la flota francesa y sin necesidad de disparar un solo tiro, los caballeros cedieron Malta a la República Francesa.</p> <p>Durante la noche del 22 de junio la flota francesa y la inglesa, se cruzaron sin avistarse debido a la oscuridad y al cielo nublado. Finalmente, el 30 de junio, después de seis semanas de navegación, la flota de Napoleón divisó la costa egipcia.</p> <p>La batalla de las Pirámides contra la infantería egipcia duró sólo dos horas, y fue una de las victorias más decisivas de Napoleón. Con la pérdida de 200 hombres destruyó o capturó prácticamente a todo el ejército enemigo de 24.000 hombres y tomó posesión del bajo Egipto.</p> <p>El 1 de agosto de 1798 la flota británica al mando del almirante Horatio Nelson (1758-1805) localizó las 17 naves francesas que Napoleón había dejado ancladas en la bahía de Abukir y las destruyó en la batalla del Nilo. Napoleón y sus 55.000 hombres quedaron aislados en Egipto. En esas circunstancias debió entregar la pedra de Rosetta a los ingleses, que la llevaron a Londres.</p> <p>Nota.</p>

1798

- En la campaña de Egipto Napoleón llevó consigo un batallón de científicos, artistas y escritores. Entre ellos se encontraban: el naturalista y zoólogo de 26 años **Geoffroy SAINT-HILAIRE**, que había fundado el zoológico en los jardines botánicos de París y que gracias a sus estudios sobre anatomía comparada confirió precisión a la teoría de la evolución de Lamarck y preparó el camino a Darwin, el especialista en aerostatos **Nicolás CONTÉ**, el mineralogista **Gratet de DOLOMIEU**, inventor del lápiz de plomo, que dio su nombre a las montañas Dolomitas, el joven y brillante matemático especializado en el estudio del calor **Jean-Baptiste FOURIER**, el talentoso dibujante y grabador **Vivant DENON**, el pintor floral **REDOUTÉ**, el poeta **PARSEVAL-GRANDMAISON**, el músico **VILLOTEAU**, el médico **LARREY**, el matemático **Gaspard MONGE**, conde de Péluse (ver 1799), figura fundamental en el desarrollo de la geometría descriptiva, el químico **Claude-Louis BERTHOLET** (ver 1789), que había complementado la fundición de bronce de MONGE con la producción de pólvora. Un mes después de su llegada a El Cairo, Napoleón **fundó un Instituto** con el propósito de organizar la investigación de sus eruditos. Designó presidente a Monge y él mismo fue su vicepresidente.
- Napoleón comprendió que si deseaba conocer profundamente a los egipcios tenía que estudiar su historia. Pero ésta era tanto para los europeos como para los mismos egipcios un libro caso completamente cerrado. Envío entonces a Vivant Denon a explorar las antigüedades del Alto Egipto. Napoleón también alentó el estudio de los jeroglíficos. Los franceses copiaron exactamente las inscripciones de los principales monumentos hasta que se les agotaron los lápices. Conté tuvo que improvisar lápices fundiendo balas de plomo en dentro de juncos extraídos del Nilo. Pero no consiguieron descifrar las extrañas inscripciones. Creyeron equivocadamente que los jeroglíficos eran todos signos figurativos y que el egipcio era esencialmente un lenguaje semejante al chino. La verdad fue revelada de una manera dramática gracias a un acontecimiento inesperado. Durante la campaña, un soldado francés encontró una gran piedra negra rota, una losa de basalto de 1,12 metros de longitud y 0,72 metros de ancho, con un texto escrito en tres escrituras diferentes: jeroglífico, demótico (el lenguaje del Egipto moderno) y griego, que databa del año 197 a. J.C. La halló cerca de la ciudad de Rosetta, y por eso se la conoce como la **pedra de Rosetta**. En 1799, durante una sesión del Instituto – la más importante celebrada durante la dirección de Napoleón – se leyó un trabajo de Lancret, que anunciaba el descubrimiento en Rosetta de ciertas inscripciones que podrían resultar muy interesantes. Lancret sabía leer griego y el texto escrito era **un decreto que conmemoraba el ascenso de Ptolomeo V Epifanes al trono de Egipto en 197-196 a.J.C. y que enumeraba los beneficios que había otorgado a los sacerdotes**. Contenía al parecer la misma inscripción en griego y en cada una de las dos formas de jeroglíficos egipcios. Cuando se comparó el griego con los jeroglíficos, pudo identificarse el signo que significaba Ptolomeo y por lo tanto los valores de **p, o y l**. Con el tiempo, el griego sirvió de clave para comprender la lengua egipcia, y eso hizo posible leer muchas de las antiguas inscripciones aún existentes (ver 1822, **Jean-François CHAMPOLLION**). La piedra de Rosetta fue el descubrimiento más importante de la expedición de Napoleón a Egipto. Revelaría no sólo el misterio de los jeroglíficos sino el mundo desconocido de la historia egipcia. Esto infundió en los egipcios la conciencia de que eran un gran pueblo con un gran pasado.
- Como comandante en jefe del ejército de ocupación y responsable del gobierno de Egipto, Napoleón emitió una serie de decretos por los cuales:
 1. Creó el primer sistema postal regular de Egipto,
 2. Estableció un servicio de diligencias entre El Cairo y Alejandría.
 3. Fundó una Casa de Moneda para convertir el oro de los mamelucos en escudos franceses.
 4. Construyó molinos de viento para elevar el agua y moler el trigo.
 5. Comenzó el trazado de mapas de Egipto, de El Cairo y Alejandría.
 6. Instaló las primeras lámparas de alumbrado en las calles principales de El Cairo con una separación de diez metros.
 7. Comenzó las obras de un hospital de 300 camas para los necesitados.
 8. Organizó cuatro centros de cuarentena para controlar la peste bubónica, una de las enfermedades que azotaban Egipto, transmitida por la pulga de las ratas.
 9. Con un juego de tipos de imprenta que había requisado a una organización papal llamada la Propagación de la Fé, produjo los primeros libros impresos de Egipto, con una explicación de la oftálmica, y manuales acerca del modo de tratar la peste bubónica y la viruela.
 10. Encomendó al ingeniero **Le PÉRE** la misión de relevar el istmo de Suez y estudiar el canal que antiguamente había unido el mar Mediterráneo y el mar Rojo. El detallado informe de **Le PÉRE** sería uno de los documentos fundamentales de la decisión, adoptada muchos años después, de construir un nuevo canal en el istmo de Suez. El actual Canal de Suez fue abierto a la navegación el 17 de Noviembre de 1869 (ver 1869, Canal de Suez).

WHITNEY, Eli (1765-1825), inventor estadounidense (natural de Massachusetts). Suscribió un contrato de U\$S 134.000 con el gobierno de los Estados Unidos para fabricar 10.000 mosquetes para el ejército. Aplicó el **sistema uniforme de producción de piezas intercambiables**. Demostró que las piezas componentes de un mosquete podían ser fabricadas con una gran precisión en grandes cantidades, luego ser elegidas al azar y ensambladas hasta formar un mosquete completo. Whitney diseñó y construyó completamente solo todas las máquinas necesarias para fabricar las armas antes de que ingresara un solo operario a la fábrica.

MURDOCK, William (1754-1819), inventor escocés (asistente de James Watt). Inventó la **válvula deslizando** para los motores a vapor alternativos.

1798	<p>CAVENDISH, Henry (1731-1810), físico y químico inglés. Fue el primero en proponer una cifra (bien calculada) de la <i>masa de la Tierra</i>.</p> <p>VAUQUELIN, Louis-Nicolas (1763-1829), químico francés. Abandonó Francia durante la época del Terror y regresó tras la ejecución de Robespierre. En las gemas llamadas <i>berilo</i> y en las <i>esmeraldas</i> descubrió un nuevo elemento químico que denominó <i>berilio</i>.</p> <p>CUVIER, Georges-Léopold (1769-1832), anatomista francés. Estudió la anatomía de varios animales, a fin de mostrar cómo compararlos con otros. En 1798 Publicó un libro con sus observaciones. Es considerado el fundador de la <i>anatomía comparada</i>.</p> <p>GUYTON de MORVEAU, Louis-Bernard (1737-1816), químico francés. Fue el primero que <i>logró licuar el gas amoníaco</i> a -33°C. Para ello enfrió a -44°C una mezcla de <i>agua y hielo</i>, a la que añadió <i>cloruro de calcio</i>.</p> <p>MALTHUS, Thomas Robert (1766-1834), economista británico. Publicó un libro titulado <i>Essay on Population</i> (Ensayo acerca de la Población), en el que señalaba que <i>la población tendía a crecer en progresión geométrica</i>, mientras que <i>el suministro de alimentos tendía a aumentar en progresión aritmética</i>. Como resultado de ello, la población siempre rebasaría el suministro de alimentos, con independencia de lo que sucediera, y el exceso de personas pereciera de hambre o a causa de la guerra o la enfermedad. Esto confería al desastre y la miseria cierto carácter de inevitable, que sólo podría ser superado haciendo descender la tasa de natalidad.</p> <p>Nota: Malthus escribió en una época en que la Revolución Industrial estaba en sus primeras etapas y no llegó a comprender el papel que el avance tecnológico podía desempeñar en evitar el desastre.</p>
1799	<p>PROUST, Joseph-Louis (1754-1826), químico francés. Realizó la distinción entre <i>mezclas</i> (en las que los elementos componentes pueden existir en proporciones arbitrarias) y <i>compuestos</i> (en los que los diferentes elementos componentes se combinan en proporciones definidas y no en otras). Enunció así la <i>ley de las proporciones definidas</i> (conocida también como <i>ley de Proust</i>).</p> <p>LAPLACE, Pierre-Simon (1749-1827), matemático, astrónomo y físico francés. Entre 1799 y 1827 publicó un libro titulado <i>Traité de mécanique celeste</i>. Este libro hizo de él una celebridad. El primer tomo apareció en 1799.</p> <p>SMITH, William (1769-1839), geólogo inglés. Trabajando en la construcción de canales observó que:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Las rocas se disponían en estratos (palabra que en latín significa <i>capas</i>). • Cada estrato presentaba su propio contenido de fósiles, y que este contenido que lo caracterizaba no se hallaba en los otros estratos. • Los fósiles de un estrato particular seguían en ese estrato, independientemente de su inclinación o de su plegamiento, e incluso cuando el estrato desaparecía de la vista y resurgía a una cierta distancia. <p>Concluyó que:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Un estrato podía ser identificado por su contenido de fósiles. • Un estrato más próximo a la superficie era más joven que otro más profundo. • Los estratos ofrecían un método para reconstruir la historia ordenada de la vida en la Tierra. <p>MONGE, Gaspard, conde de Péluse (1746-1818), matemático francés. Inventó la geometría descriptiva, escribió un texto titulado <i>Géométrie Descriptive</i>, y fue un pionero en el desarrollo de la geometría analítica. Fue una figura prominente en la Revolución francesa, al colaborar para establecer el sistema métrico decimal y fundar la "École Polytechnique" (en 1795).</p> <p>Nota: Gaspard Monge era un hombre perteneciente a la clase trabajadora (su padre había sido afilador de cuchillos). A los catorce años de edad había inventado un coche de bomberos y a los veintisiete había salvado a Francia con una nueva técnica para convertir en cañones las campanas de las iglesias. Un año después de la llegada al Cairo en la expedición a Egipto, Napoleón fundó un instituto con el propósito de organizar los trabajos de investigación de los científicos que llevó con él, y designó presidente a Monge y él mismo fue su vicepresidente.</p>
1800	<p>FRANCIA. Regreso de Napoleón Bonaparte. Derribó el Directorio, tomó el poder y creó un Consulado integrado por tres hombres.</p> <p>MAUDSLAY, Henry (1771-1831), ingeniero e inventor inglés. Trabajó como aprendiz en el taller de</p>

<p>1800</p>	<p>Joseph Bramha, fabricante de cerraduras. Construyó máquinas para la fábrica de bloques de poleas de barco, de Sir Marc Isambard Brunel. Inventó máquinas de importancia fundamental en la Revolución Industrial. Inventó métodos para estampar telas de percal y para desalinizar el agua de mar para las calderas de los barcos. Construyó el primer torno de precisión para fabricar tornillos y perfeccionó el micrómetro (dispositivo para medir con una precisión de 0,0001 de pulgada). Diseñó y construyó un gran número de motores a vapor, estacionarios y marinos. Varios de los más destacados y brillantes ingenieros británicos de la época Victoriana, entre ellos James Nasmyth y Joseph Whitworth, aprendieron su profesión en los talleres de Maudslay.</p> <p>BICHAT, Marie-François-Xavier (1771-1802), médico francés. Realizando autopsias observó que los órganos estaban formados por delicadas estructuras delgadas a las que denominó tejidos. Publicó un libro titulado Tratado de las membranas. Es considerado como el fundador de la histología.</p> <p>CUVIER, Georges-Léopold (1769-1832), biólogo francés. Fue probablemente el más notable biólogo de su tiempo. Fue el primero que clasificó los fósiles, los cuales, cuando vivían, se integraban en los mismos grupos que las actuales formas de vida. Fundó la ciencia de la paleontología (estudio de las formas de vida extinguidas).</p> <p>VOLTA, Alessandro Giuseppe (1745-1827), físico italiano. Volta descubrió que la reacción química producida entre el cobre y el cinc o entre el cobre y el estaño, en contacto con una solución salina, podía producir una corriente eléctrica. Este dispositivo es conocido como pila eléctrica Volta.</p> <p>NICHOLSON, William (1753-1815), químico inglés. Dos meses después del experimento de Volta, Nicholson construyó su propia pila y estableció una corriente eléctrica a través de agua ligeramente acidulada, produciendo burbujas de Hidrógeno y de Oxígeno. En este proceso, conocido como electrólisis, el agua se descompone en los dos elementos que se habían combinado en su formación.</p> <p>RITTER, Johann Wilhelm (1776-1810), físico alemán. Con posterioridad al experimento de Nicholson, consiguió que el oxígeno y el hidrógeno, formados mediante la electrólisis del agua, pasaran a recipientes separados. Además hizo pasar una corriente eléctrica a través de una solución de sulfato de cobre y el cobre apareció adherido a la superficie del electrodo negativo. Este proceso se conoce como galvanización.</p> <p>MURDOCK, William (1754-1839), inventor británico (asistente de James Watt). Puso en funcionamiento una lámpara para iluminación mediante gas de hulla.</p> <p>DAVY, Humphry Sir (1778-1829), químico británico. Descubrió el óxido nitroso (<i>gas hilarante</i>) y observó que éste podía ser utilizado como anestésico. También descubrió el arco eléctrico.</p> <p>WOLLASTON, William Hyde (1766-1828), químico británico. Descubrió la forma de trabajar y dar forma al platino, metal inerte con un elevado punto de fusión, ideal para trabajos de laboratorio. Descubrió el paladio y el rodio, dos metales con propiedades parecidas a las del platino.</p> <p>HERSCHEL, William (1738-1822), astrónomo británico (nacido en Hannover). Descubrió la radiación infrarroja.</p>
<p>1801</p>	<p>TRATADO LUNEVILLE. Finalizada la guerra de Napoleón contra Austria, ésta devolvió Italia a Francia. Francia se anexionó todo el territorio al oeste del Rin, y de hecho acabó con el Sacro Imperio Romano. Napoleón arrastró a Carlos IV y a su primer ministro Godoy a concertar un segundo tratado de San Ildelfonso (1801), que obligaba a España a una alianza con Francia en contra de Inglaterra.</p> <p>FULTON, Robert (1765-1815), inventor estadounidense (nacido y educado en Pennsylvania). El gobierno francés (Napoleón Bonaparte) otorgó a Fulton una garantía para construir un prototipo. Éste fue bautizado con el nombre Nautilus. Esta revolucionaria nave, para navegar en la superficie, era propulsada por una vela que se izaba en un mástil rebatible; para navegar sumergida era propulsada por una hélice que se hacía girar por medio de una manivela accionada a mano. En la demostración realizada en el muelle de Brest para los oficiales del ministerio de guerra de Napoleón, Fulton sumergió el Nautilus por debajo de una vieja goleta, a 7 metros de profundidad, y fijó una carga explosiva al casco. La explosión hizo que la goleta volara en astillas. A pesar del éxito de esta demostración, los oficiales del ministerio no quedaron impresionados. Frustrado y disgustado, Fulton viajó a Inglaterra para interesar al Almirantazgo Británico. El resultado de la entrevista fue similar al que obtuvo en Francia: una total falta de interés. Durante su</p>

<p>1801</p>	<p>permanencia en Inglaterra, Fulton viajó a Escocia, donde conoció a William Symington, quien lo invitó como huésped a bordo del vapor Charlotte Dundas, en su viaje inaugural. Para Fulton, ésta fue una experiencia memorable (ver 1786, 1796, 1797, 1803 y 1807).</p> <p>CABELLO y MESA, Francisco Antonio (1764-1824). Fundó en Buenos Aires “El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata”. Apareció en Buenos Aires el 1° de abril de 1801. El término telégrafo se refiere al telégrafo visual de semáforos.</p> <p>JACQUARD, Joseph-Marie (1752-1834), inventor francés. Inventó un telar gobernado por una serie de tarjetas perforadas. Éstas permitían o impedían el paso de unas varillas, según ciertas pautas fijadas en un diseño modelo. El telar reproducía en el tejido el dibujo del modelo. Para cambiar el dibujo bastaba con diseñar una nueva tarjeta perforada. En cierto sentido, éste fue el paso más primitivo hacia los ordenadores. Los telares Jacquard se extendieron con rapidez por Francia y luego llegaron a Inglaterra.</p> <p>TREVITHICK, Richard (1771-1833), ingeniero e inventor británico. Diseñó y expuso una locomotora a vapor, que fue la primera que funcionó con una caldera de alta presión. La locomotora fue construida en la fábrica <i>Coalbrookdale Works</i>, de Abraham Darby (III) (ver 1779).</p> <p>LAMARCK, Jean-Baptiste de (1744-1829), naturalista francés. Fue el primero en utilizar los términos vertebrado e invertebrado y popularizó el término biología. Dividió a los invertebrados en grupos. Fundó la zoología de los invertebrados.</p> <p>RITTER, Johann Wilhelm (1776-1810), físico alemán. Descubrió los rayos ultravioleta.</p> <p>YOUNG, Thomas (1773-1829), físico inglés. Descubrió la interferencia de la luz. Afirmó que la luz era un fenómeno ondulatorio y que los diferentes colores del espectro eran el resultado de ondas luminosas de distinta longitud. No obstante, Young se equivocó al pensar que la luz consistía en ondas longitudinales (más tarde se probó que consistía de ondas transversales).</p> <p>HATCHETT, Charles (1765-1847), químico inglés. Descubrió un nuevo elemento químico, el niobio (originalmente lo denominó <i>columbio</i>).</p> <p>PIAZZI, Giuseppe (1746-1826), astrónomo italiano. El 1° de enero de 1801, desde un observatorio de Sicilia, halló el planeta (asteroide) cuya existencia en el espacio comprendido entre Marte y Júpiter predecía la ley de Bode (ver Bode, 1772). Era un objeto tenue, apenas visible a simple vista, que cambiaba de posición de una noche a otra. Puesto que se movía más rápidamente que Júpiter y más lentamente que Marte, su órbita debía encontrarse entre las de esos dos planetas. Como era mucho más apagado que ellos, debía también ser menor en tamaño. Hoy se sabe que tiene unos 1.000 kilómetros de diámetro (menor que Mercurio, el más pequeño de los planetas de nuestro sistema solar). Piazzi lo denominó Ceres (nombre de la diosa romana más íntimamente vinculada a Sicilia).</p> <p>YOUNG, Thomas (1773-1829), médico y físico inglés. Descubrió la causa del astigmatismo y en ese mismo año comenzó a realizar estudios sobre la luz. Estableció el principio de interferencia de la luz y estableció su naturaleza ondulatoria (ver 1817).</p> <p>Nota: Siendo estudiante de medicina había descubierto la forma en que la lente del ojo modifica su forma para enfocar objetos ubicados a diferentes distancias.</p>
<p>1802</p>	<p>PAZ DE AMIENS. Fin de la guerra en Europa. Inglaterra aceptó a regañadientes el cese de las hostilidades. Napoleón aprovechó la oportunidad que le brinda la paz para proclamarse primer cónsul vitalicio, fundó la Legión de Honor y restableció la esclavitud en las Indias occidentales.</p> <p>GAY-LUSSAC, Joseph-Louis (1778-1850), químico y físico francés. En su primer trabajo científico de envergadura, sobre la expansión térmica de los gases, descubrió que para el mismo incremento de temperatura, todos los gases se expanden en una misma fracción de su volumen. Definió así el coeficiente de expansión térmica de los gases a presión constante. La existencia de este coeficiente, común a todos los gases, hizo posible que Sir William Thomson (más tarde Lord Kelvin) definiera una nueva escala de temperaturas, de profunda significación termodinámica.</p> <p>EKEBERG, Anders Gustav (1767-1813), químico sueco. Descubrió un nuevo metal que denominó tantalio.</p>

1802	<p>OLBERS, Heinrich Wilhelm Mattäus (1758-1840), astrónomo alemán. Luego del descubrimiento de Ceres por Piazzi en 1801, Olbers y su grupo hallaron otro planeta entre Marte y Júpiter, y lo denominaron Palas (uno de los nombres de la diosa Atenea) (ver también Bode, 1772, Piazzi, 1801, Olbers, 1804 y Hencke, 1845 y 1847).</p>
1803	<p>BIOT, Jean-Baptiste (1774-1812), físico francés. Señaló que sobre la Tierra caen meteoritos, y que la información sobre tales sucesos no se reducía a fantasías.</p> <p>MURDOCK, William (1754-1819), inventor escocés (discípulo de James Watt). Experimentó con aire comprimido y en 1803 diseñó y construyó un cañón accionado a vapor.</p> <p>TELFORD, Thomas (1757-1834), destacado y versátil ingeniero escocés. Empleado por el gobierno, inició la construcción del Caledonian Canal (que atraviesa Escocia vía el Great Glen). Fue terminado en 1822. También realizó la construcción de 1450 km de caminos y dos famosos puentes colgantes, uno sobre el río Conway y el otro sobre el estrecho de Menai. Construyó varios canales importantes así como túneles, muelles y puentes, en Escocia y en Londres. También tuvo a su cargo la construcción del canal Götha en Suecia. Fue el primer presidente del Institution of Civil Engineers de Gran Bretaña (fundado en 1818).</p> <p>DALTON, John (1766-1844), químico inglés. Enunció su Teoría Atómica. En 1808 publicó un libro titulado New System of Chemical Philosophy.</p> <p>BERZELIUS, Jöns Jakob (1799-1848), químico sueco, y Wilhelm Hisinger (1766-1852), mineralogista sueco. Descubrieron el cerio (por el recientemente descubierto asteroide Ceres).</p> <p>TENNANT, Smithson (1761-1815), químico británico. Descubrió el osmio (de la palabra griega que significa "olor") y el iridio (de la palabra griega que significa "arco iris").</p> <p>FULTON, Robert (1765-1815), inventor estadounidense (nacido y educado en Pennsylvania). En Francia construyó su primer barco a vapor y navegó lentamente por el Sena, mientras el embajador estadounidense Robert Livingston, por encargo del presidente Thomas Jefferson, negociaba con éxito la compra de Louisiana (*) a Napoleón Bonaparte (ver 1786, 1796, 1797, 1801 y 1807).</p> <p>(*) Con esta compra, Estados Unidos incrementó el área de su territorio en 130 % y quedó formado por los estados de Louisiana, Arkansas, Colorado, Dakota, Iowa, Kansas, Minnesota, Missouri, Montana, Nebraska, New Mexico, Oklahoma, Texas y Wyoming. El resto del Sur y Oeste siguió en poder de España.</p>
1804	<p>PARÍS. Autocoronación de Napoleón Bonaparte como emperador de Francia (domingo 2 de diciembre de 1804). En ese momento Napoleón tenía 35 años de edad. Impulsó el desarrollo de la ciencia la tecnología y promulgó el Código Civil francés.</p> <p>GAY-LUSSAC, Joseph-Louis (1778-1850), químico y físico francés, y Jean-Baptiste Biot (1774-1812), físico francés. Realizaron un ascenso en un globo de hidrógeno hasta una altura de unos 6.500 m para estudiar la composición del aire y variación del campo magnético de la Tierra con la altura.</p> <p>CAYLEY, Sir George (1773-1857), científico británico. Fue el primero en considerar los principios que mantenían los cuerpos en el aire. Imaginó artefactos voladores de alas fijas, con superficies adecuadas, colas con superficies controlables para permitir el giro y el frenado, y mecanismos de propulsión. Describió estos aparatos en publicaciones que aparecieron a partir de 1809. Fue el fundador de la ciencia de la aerodinámica (ver Meusnier, 1783) y pionero en la navegación aérea. Construyó el primer prototipo de planeador tripulado que voló exitosamente (ver Cayley, 1809).</p> <p>TREVITHICK, Richard (1771-1833), ingeniero e inventor británico. Una de sus locomotoras arrastró cinco vagones cargados en un trayecto de 15 km a una velocidad aproximada de 8 km/hora. No obstante, Trevithick no logró éxito comercial con sus locomotoras.</p> <p>OLBERS, Heinrich Wilhelm Mattäus (1758-1840), astrónomo alemán. Olbers y su grupo hallaron otro planeta (en realidad un asteroide) entre Marte y Júpiter, y lo denominaron Vesta (uno de dos hermanos de Júpiter) (ver también Bode, 1772, Piazzi, 1801, Olbers, 1807 y Hencke, 1845 y 1847).</p>
1805	<p>BATALLA DE TRAFALGAR (21 de octubre de 1805). La flota combinada franco-española fue derrotada</p>

	<p>por la flota inglesa al mando del gran almirante Horatio Nelson. Baltasar Hidalgo de Cisneros y la Torre Ceijas y Jofré, caballero de la orden del rey Carlos III de España, era el comandante del <i>Santísima Trinidad</i>, nave insignia de la armada española. Después de Trafalgar, Cisneros fue designado Virrey en las Colonias españolas del Río de la Plata, e Inglaterra puso en marcha sus planes para despojar a España de todas sus colonias.</p> <p>TRATADO DE FONTAINEBLEAU. Después del desastre de Trafalgar, Napoleón impuso a España el tratado de Fontainebleau (1807), por el que ambos países invadirían Portugal, aliado de Gran Bretaña. El tratado establecía que Portugal sería dividido en dos reinos, uno de los cuales sería entregado a Godoy.</p> <p>SERTURNER, Friedrich Wilhelm Adam Ferdinand (1783-1841), químico alemán. Aisló del <i>láudano</i> un producto químico que resultó ser su ingrediente activo. Descubrió su eficacia como lenitivo del dolor y como inductor del sueño. Más tarde se le dio el nombre de <i>morfina</i>.</p> <p>Nota: Este descubrimiento inició el estudio de los <i>alcaloides</i> (productos vegetales con un gran contenido de nitrógeno y que dan lugar a importantes efectos fisiológicos, incluso en pequeñas dosis).</p> <p>CAYLEY, Sir George (1773-1857), científico británico. Fundador de la ciencia <i>aerodinámica</i> y pionero en la navegación aérea. Inventó la precesora de la rueda de rayos para bicicleta y el motor de aire caliente (ver también Cayley, 1825).</p>
1806	<p>BUENOS AIRES. Primera invasión inglesa a las colonias españolas del Río de la Plata. Las fuerzas invasoras provenientes de Ciudad del Cabo estaban al mando del General William Carr Beresford. Después de casi cincuenta días de ocupación, y tras cruenta lucha, las fuerzas inglesas fueron derrotadas por las fuerzas comandadas por el capitán de navío Santiago de Liniers y Bremond y la ciudad de Buenos Aires fue reconquistada.</p> <p>ARGAND, Jean Robert (), matemático suizo. Ideó la representación gráfica de los números complejos en un plano definido por un par de ejes ortogonales (diagrama de Argand, también conocido como diagrama de Gauss-Argand). Cada punto de este plano corresponde a un número complejo $a + bi$, cuya parte real es a y cuya parte imaginaria es b, siendo i la unidad imaginaria ($i = \sqrt{-1}$). El eje de abscisas es el correspondiente a los números reales y el eje de ordenadas es el correspondiente a los números imaginarios puros.</p>
1807	<p>BUENOS AIRES. Segunda invasión inglesa a las colonias españolas del Río de la Plata. Las fuerzas invasoras, al mando del General White Locke, fueron derrotadas por el capitán de navío Santiago de Liniers y Bremond después de intensos combates.</p> <p>INGLATERRA. Abolición de la esclavitud.</p> <p>INGLATERRA. Primer sistema de alumbrado a gas en Londres.</p> <p>FULTON, Robert (1765-1815), inventor estadounidense (nacido y educado en Pennsylvania). En 1806, habiéndose radicado nuevamente en los Estados Unidos, trató de interesar a la Marina de los Estados Unidos en su submarino, pero el resultado fue negativo. Decidió entonces abandonar el diseño de submarinos. Inspirado en el <i>Charlotte Dundas</i>, Fulton construyó el <i>Clermont</i>, barco de madera de 40 m de eslora, propulsado por un motor a vapor. Este motor, construido en la fábrica de <i>Boulton & Watt</i> e importado desde Inglaterra, accionaba dos ruedas laterales a paletas. Entró en servicio en 1807 y Fulton navegó con el <i>Clermont</i> por el Río Hudson, desde Nueva York hasta Albany (distante 300 km), llevando 30 pasajeros a bordo. Navegó contra la corriente a una velocidad de 5 nudos (*). Este viaje es considerado el primer servicio de navegación a vapor comercialmente rentable. El <i>Clermont</i> fue construido, botado y puesto en servicio en 1807. Fulton contrajo matrimonio con la hija de Robert Livingston. Con él construyeron varios barcos fluviales a vapor que operaron comercialmente con éxito. Obtuvieron una concesión de exclusividad para navegar por el río Hudson. Esta concesión fue combatida ferozmente por los empresarios navieros Cornelius Vanderbilt y Thomas Gibbons, que tenían sus propios barcos a vapor. Esto motivó un largo juicio que llegó a la Suprema Corte de Justicia, y la exclusividad caducó. El éxito logrado con el <i>Clermont</i> animó a Fulton a diseñar y construir el primer buque de guerra con un motor a vapor: el <i>USS Demologos</i>. Este barco de madera, de 38 toneladas, propulsado por una rueda de paletas central y armado con 24 cañones de 32 libras, se adelantó a su época y tuvo, como los submarinos, muy poca aceptación.</p>

1807	<p>(*) 1 nudo = 1 milla náutica / h = 1852 m / h = 1,852 km / h.</p> <p>DAVY, Humphry Sir (1778-1829), químico británico. Descubrió el potasio, el sodio, el estroncio, el calcio y el magnesio (ver 1800).</p> <p>OLBERS, Heinrich Wilhelm Mattäus (1758-1840), astrónomo alemán. Olbers y su grupo hallaron otro planeta (asteroide) entre Marte y Júpiter, y lo denominaron Juno (uno de los hermanos de Júpiter) (ver también Bode, 1772, Piazzzi, 1801, Olbers, 1804 y Hencke, 1845 y 1847).</p>
1808	<p>ESPAÑA. Invasión por tropas de Napoleón. Con la excusa de cumplir lo establecido en el tratado de Fontainebleau, 100.000 soldados franceses penetraron en España. Los reyes trataron de abandonar la corte y estalló el motín de Aranjuez (19 de marzo de 1808), provocando la caída del Primer Ministro Godoy y la abdicación del rey Carlos IV a favor de su hijo Fernando. Napoleón los atrajo a Bayona y les expuso su propósito de desposeer a ambos del reino. Los mantuvo prisioneros y nombró rey de España a su hermano José Bonaparte. Inglaterra envió a España fuerzas al mando del duque de Wellington (*) para combatir a Napoleón. El 19 de julio de 1808 un ejército francés fue derrotado en la batalla de Bailén.</p> <p>(*) Al producirse la invasión de España por tropas de Napoleón, las fuerzas británicas al mando del general Arthur Wellesley (más tarde duque de Wellington), estaban embarcadas y listas para partir con destino a Buenos Aires. Iban a realizar la tercera invasión a las colonias españolas del Río de la Plata. Esta tercera invasión no llegó a producirse.</p> <p>ESTADOS UNIDOS. Prohibición de importar esclavos.</p> <p>MALUS, Étienne-Louis (1775-1812), físico francés. Descubrió la luz polarizada. Esto obligó a considerar que la luz estaba formada por ondas transversales que se mueven formando ángulos rectos con la dirección del rayo de luz. En 1811 recibió una medalla británica por sus trabajos (pese a que Gran Bretaña y Francia estaban en guerra).</p> <p>DALTON, John (1766-1844), químico y físico británico (ver 1803). Publicó una obra titulada New System of Chemical Philosophy (Parte I en 1808 y Parte II en 1810) en la cual ponía de manifiesto el pensamiento atomista, incluyendo particularmente la ley de las proporciones definidas (ley de Proust), y sus propias investigaciones acerca del comportamiento de los gases (ver 1783, 1784, 1817).</p> <p>Nota.</p> <ul style="list-style-type: none"> • En 1817 fue designado Presidente de la Sociedad, cargo honorífico que mantuvo hasta su muerte. • Gran parte de los documentos escritos de Dalton fueron destruidos durante los bombardeos de la II Guerra Mundial. • Fue miembro de la Royal Society y en 1826 recibió la medalla de oro y fue designado miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Francia. Fue cofundador de la British Association for the Advancement of Science.
1809	<p>GAY-LUSSAC, Joseph-Louis (1778-1850), químico y físico francés. Demostró que los gases se combinan en razones a sus volúmenes, los que podían ser expresadas en números enteros bajos. Este enunciado, conocido como ley de la combinación de volúmenes, es conocido también como ley de Charles y como ley de Boyle. Esto dio un sólido apoyo a la teoría atómica de la materia que se estaba elaborando en Gran Bretaña.</p> <p>CHEVREUL, Michel-Eugène (1786-1889), químico francés (vivió más de cien años). Estudió la química de las grasas y aisló los ácidos grasos.</p> <p>LAMARCK, Jean-Baptiste de (1744-1829), naturalista francés. Fue el primero en sugerir un mecanismo para la evolución biológica, el cual dependía de la "herencia de las características adquiridas". Así, una criatura que alargara el cuello para alcanzar las hojas, transmitiría un cuello largo a su descendencia. <i>No obstante estar equivocada, esta teoría estimuló la reflexión sobre el tema.</i></p> <p>CAYLEY, Sir George (1773-1857), científico británico. Publicó las primeras investigaciones sobre aerodinámica, que constituyeron la base de la moderna aeronáutica (ver Cayley, 1853).</p>
1810	<p>BUENOS AIRES. Revolución de Mayo. El 25 de mayo de 1810 fue derrocado Baltasar Hidalgo de Cisneros, último virrey de España en el Río de la Plata.</p> <p>BUENOS AIRES. El 7 de junio de 1810 apareció el primer número de "La Gazeta de Buenos Aires", redactado, entre otros, por los doctores Mariano Moreno y Manuel Belgrano.</p>

1810	<p>APPERT, Nicolas (1750-1841), chef y destilador francés. En 1795 comenzó una experimentación, que culminó con el desarrollo de un método para conservar los alimentos. Calentaba los alimentos hasta matar todos los microorganismos que contenían, y a continuación cerraba herméticamente el envase. Esto despertó el interés de Napoleón, ya que era algo que necesitaba para alimentar a sus ejércitos. Appert publicó su método en 1810, después que Napoleón lo premiara con 12.000 francos.</p> <p>GALL, Franz Joseph (1758-1828), médico alemán. Publicó el primer tomo de un tratado en cuatro tomos acerca del sistema nervioso. Sostenía que la materia gris de la superficie del cerebro y del interior de la médula espinal era parte activa y esencial, y que la materia blanca, situada a mayor profundidad en el cerebro y en la superficie de la médula espinal, era una materia de conexión. Esto marcó el comienzo de la frenología (de las palabras griegas que significan <i>estudio de la mente</i>).</p>
1811	<p>INGLATERRA. Huelgas Luditas (Luddite riots). Entre 1811 y 1815 obreros ingleses atacaron las fábricas y destruyeron las máquinas porque consideraban que iban a ser reemplazados por ellas.</p> <p>COURTOIS, Bernard (1777-1838), químico francés. Descubrió el yodo (nombre derivado de la palabra griega que significa <i>violeta</i>).</p> <p>AVOGADRO, Amadeo (1776-1856), físico italiano. Formuló un enunciado que más tarde se denominó hipótesis de Avogadro: <i>Todos los gases, a igual volumen, presión y temperatura, están constituidos por el mismo número de partículas.</i></p> <p>Nota: Al referirse a las <i>partículas</i>, Avogadro distinguió entre átomos individuales, y aquellas combinaciones de átomos que constituían las partículas de los compuestos, a las que llamó moléculas (palabra latina que significa <i>pequeñas masas</i>).</p> <p>POISSON, Siméon-Denis (1781-1840), matemático francés. Reconocido por sus trabajos sobre integrales definidas, teoría electromagnética, probabilidad, mecánica y mecánica celeste. Publicó su Traité de mécanique (Tratado de Mecánica) en 1811 y 1833. Esta obra fue el texto de mecánica utilizado durante muchos años (ver 1831).</p> <p>Nota: Poisson contribuyó al desarrollo de la mecánica celeste extendiendo el trabajo de Lagrange y Laplace sobre la estabilidad de las órbitas planetarias y por calcular la atracción gravitatoria ejercida por cuerpos esféricos y elipsoidales. Su expresión de la fuerza gravitatoria en términos de la distribución de masa en un planeta fue utilizada hacia fines del siglo XX para deducir detalles de la forma de la Tierra a partir de mediciones muy precisas de las trayectorias de los satélites artificiales.</p>
1812	<p>RUSIA. Retirada de Napoleón Bonaparte de Moscú.</p> <p>ESPAÑA. Batalla de Talavera. El duque de Wellington derrotó a José Bonaparte y tomó Madrid. Con ello facilitó el retorno de Fernando VII al trono de España.</p> <p>FRANCIA. CONCEPCIÓN MECANICISTA DEL UNIVERSO (Ver Laplace, 1812).</p> <p>LAPLACE, Pierre-Simon (1749-1827), matemático, astrónomo y físico francés. Sugirió que si la masa, posición y velocidad de cada partícula del Universo fueran conocidas, sería posible calcular tanto el pasado como el futuro del Universo. Esta concepción mecanicista del Universo dominó el pensamiento científico por más de un siglo. Con el tiempo quedó claro que el Universo era más complejo que lo que esta concepción suponía, y que sólo era previsible en un sentido estadístico.</p> <p>CUVIER, Georges (1769-1832), anatomista francés. Descubrió los restos fósiles de una criatura que debió tener alas que le permitirían volar, pero cuyo esqueleto demostraba que se trataba de un reptil. Se lo denominó pterodáctilo.</p> <p>KIRCHHOFF, Gottlieb Segismund Constantin (1764-1833), químico ruso (de origen alemán). Descubrió la glucosa y al hacerlo puso en evidencia el fenómeno de la catálisis.</p> <p>Catalizador: Sustancia que puede determinar un cambio sin ser consumida ella misma en un proceso químico.</p> <p>BUSHNELL, David (1742-1824), inventor estadounidense. Ideó unos submarinos sencillos que fueron utilizados sin éxito contra los buques británicos anclados en los puertos, durante la guerra revolucionaria y</p>

1812	en el conflicto de 1812 (ver Drebbel 1620-1624 y Lake 1898).
1813	<p>ARGENTINA. Abolición de la esclavitud por la Asamblea del año 1813.</p> <p>INGLATERRA. “The Times” de Londres instaló un motor a vapor para accionar su imprenta. Con la incorporación de este motor la velocidad de impresión pasó de 300 a 1200 hojas por hora.</p> <p>BERZELIUS, Jöns Jakob (1779-1848), químico sueco. Basándose en las nociones de átomo y molécula propuestas por Avogadro, avanzó en un sistema de notación química para representar los elementos simples y compuestos. Con el tiempo este sistema fue adoptado universalmente.</p> <p>CANDOLLE, Augustin-Pyrame de (1778-1841), botánico francés. Inició la redacción de una enciclopedia de la vida vegetal. A su muerte, sólo 7 de los 21 tomos fueron publicados. Su sistema de clasificación vegetal era mucho más científico que el de Linneo y se lo sigue utilizando. Empleó por primera vez el término taxonomía para designar la clasificación de las especies.</p>
1814	<p>FRANCIA. Abdicación de Napoleón Bonaparte. Fernando VII recupera el trono de España.</p> <p>LAPLACE, Pierre-Simon (1749-1827), matemático, astrónomo y físico francés. Publicó un libro titulado Essai philosophique sur les probabilités.</p> <p>FRAUNHOFER, Joseph von (1787-1826), físico alemán, constructor de los mejores lentes y prismas hasta entonces logrados. Probando uno de sus lentes, haciendo pasar la luz del Sol primero por una estrecha ranura y luego por un prisma, descubrió en el espectro de la luz solar unas líneas oscuras. Estas son conocidas como líneas espectrales o líneas de Fraunhofer.</p> <p>YOUNG, Thomas (1773-1829), médico y físico inglés. Fue también un gran egiptólogo y colaboró para descifrar la Piedra de Rosetta (ver 1801, 1817).</p>
1815	<p>BÉLGICA. Batalla de Waterloo. Derrota final de Napoleón Bonaparte por el duque de Wellington.</p> <p>Waterloo: Localidad situada pocos kilómetros al sur de Bruselas, Bélgica.</p> <p>ESTADOS UNIDOS. Batalla de Nueva Orleans. Las fuerzas inglesas fueron derrotadas y con ello quedó asegurada la independencia de los Estados Unidos.</p> <p>McADAM, John Loudon (1756-1836), ingeniero y hombre de negocios escocés. Inventó el sistema de pavimentación de carreteras que lleva su nombre: macadam. Su método se extendió primero por toda Gran Bretaña y luego por otros países.</p> <p>BIOT, Jean-Baptiste (1774-1812), físico francés. Demostró que las soluciones de determinadas sustancias orgánicas pueden afectar la luz polarizada en ambos sentidos. Esto condujo al desarrollo de nuevos métodos de análisis químico.</p> <p>CHEVREUL, Michel-Eugène (1786-1889) (vivió más de cien años). Identificó el azúcar de la orina de los diabéticos como glucosa.</p> <p>GAY-LUSSAC, Joseph-Louis (1778-1850), químico y físico francés. Trabajó con el ácido cianhídrico (gas venenoso denominado también ácido prúsico). Descubrió también el cianógeno (otro gas venenoso relacionado con el anterior). Demostró que la combinación carbono-nitrógeno (grupo ciano) era muy estable, ya que en los cambios químicos, los dos átomos unidos tendían a ser transferidos como una unidad química.</p> <p>Nota: Las unidades químicas que se presentan lo bastante agrupadas como para mantener su integridad a través de varios cambios químicos, se denominan radicales orgánicos.</p> <p>MAGENDIE, François (1783-1855), fisiólogo experimental francés. Francia estaba escasa de alimentos después de un cuarto de siglo de revolución y guerra. Magendie intentó obtener alimento de la gelatina de las sobras de la carne. Demostró que los animales no podrían mantenerse vivos si la gelatina fuese la única proteína que los alimentara. Este alimento podía tener buen sabor y aparentemente podía satisfacer,</p>

1815	<p>pero no resultaba nutritivo y no conservaba la vida. Magendie puso los cimientos para la moderna ciencia de la nutrición.</p> <p>PROUT, William (1785-1850), químico inglés. Sugirió que el átomo de hidrógeno era el átomo fundamental (hipótesis de Prout).</p>
1816	<p>ARGENTINA. Declaración de la Independencia (Tucumán, 9 de julio de 1816).</p> <p>LEANNEC, René-Thèophhile-Hyacinthe (1781-1826), médico francés. Utilizó un cuaderno enrollado para auscultar a una joven paciente y comprobó que los latidos eran más audibles. Al hacer esta auscultación inventó el estetoscopio.</p> <p>DAVY, Humphry (1778-1829), químico británico. Observó que la combustión de ciertos gases inflamables parecía acelerarse en presencia de platino.</p>
1817	<p>PELLETIER, Pierre-Joseph (1788-1842) y Joseph-Bienaimé CAVENTOU (1795-1877), químicos franceses. Trabajando juntos aislaron numerosos alcaloides (<i>brucina, cinconina, quinina y estricnina</i>). En 1817 aislaron la clorofila. Este compuesto, además de dar el color verde a las plantas, era el que captaba la energía de la luz y convertía en dióxido de carbono y el agua en tejido vegetal.</p> <p>Alcaloides: Productos vegetales con un gran contenido de nitrógeno y que dan lugar a importantes efectos fisiológicos, incluso en pequeñas dosis (ver Serturmer, 1805).</p> <p>STROHMEYER, Friedrich (1776-1835), químico alemán. Descubrió el cadmio (del nombre latino que significa "un mineral de cinc").</p> <p>ARFWEDSON, Johan August (1792-1841), químico sueco. Descubrió el litio (de la palabra griega que significa "piedra").</p> <p>BERZELIUS, Jöns Jakob (1799-1848), químico sueco. Descubrió el selenio (de la palabra griega que significa "luna").</p> <p>YOUNG, Thomas (1773-1829), médico y físico inglés. Utilizó su teoría ondulatoria de la luz para explicar los colores de películas finas como las pompas de jabón y relacionó los colores con longitudes de onda. Calculó las longitudes de onda aproximadas de siete colores identificados por Newton. Señaló que las ondas de luz eran transversales, y así pudo explicar la polarización de la luz (alineación de las ondas de luz para que vibren en el mismo plano). Su teoría se oponía a la de Newton y por ello no encontró acogida en Inglaterra. En cambio, luego de los trabajos de los físicos franceses Augustin J. Fresnel (ver 1818) y François Arago (1820), la teoría ondulatoria de Young fue finalmente aceptada. Estudió la percepción de los colores por el ojo humano y sostuvo que el ojo no necesitaba un mecanismo separado para distinguir cada uno de los colores, sino que era suficiente que distinguiera tres (azul, verde y rojo). Esta teoría, desarrollada posteriormente por el físico alemán German L. F. von Helmholtz, es conocida como la teoría de Young-Helmholtz de los tres colores.</p> <p>Young también dedicó su atención a medir el tamaño de las moléculas y a determinar la tensión superficial en los líquidos. También estudió la elasticidad de los sólidos, y el nombre del módulo de Young (módulo de elasticidad) fue dado en su honor. Young fue el primero en dar un significado científico a la palabra energía.</p>
1818	<p>WHITNEY, Eli (1765-1825), inventor estadounidense (natural de Massachusetts). Inventó la máquina fresadora.</p> <p>BLANCHARD, Thomas (1788-1864), inventor estadounidense. Siendo empleado del Arsenal de Springfield, Massachusetts, inventó un torno copiador que fue utilizado para aumentar el stock de rifles. Este torno fue un paso esencial en el desarrollo de métodos de producción masiva de piezas.</p> <p>FRESNEL, Agustin-Jean (1788-1827), físico francés. Elaboró las bases matemáticas de las ondas transversales de luz polarizada descubiertas por Étienne-Louis Malus en 1808.</p> <p>THENARD, Louis-Jacques (1777-1848), químico francés. Escribió un texto de 4 Tomos sobre Química teórica y práctica. Realizó notables investigaciones con su amigo Gay-Lussac. Descubrió el agua oxigenada (peróxido de hidrógeno).</p>

1818	<p>ENCKE, Johann Franz (1791-1865), astrónomo alemán. Determinó la órbita de un cometa observado el año anterior por el astrónomo francés Jean-Louis Pons (1761-1831). Este es el segundo cometa del que pudo conocerse su órbita.</p> <p>BERZELIUS, Jöns Jakob (1799-1848), químico sueco. Trabajó en la determinación de los pesos atómicos de muchos elementos químicos y los pesos moleculares de varias sustancias.</p>
1819	<p>ESTADOS UNIDOS. Compra la península de la Florida a España.</p> <p>COLOMBIA. Triunfo de Simón Bolívar en Boyacá. Se consolidó la independencia de Colombia.</p> <p>VELERO "SAVANNAH". Partió de Savannah (Estados Unidos) el 24 de mayo de 1819, cruzó el Atlántico y arribó a Liverpool (Inglaterra) el 20 de junio de 1819. En el trayecto navegó a vela y solamente durante 85 horas utilizó un motor a vapor de 90 caballos.</p> <p>TELFORD, Thomas (1757-1834), destacado y versátil ingeniero escocés. Entre 1819 y 1826 proyectó y construyó el puente colgante sobre el estrecho de Menai, entre Gales y Anglesey.</p> <p>DULONG, Pierre-Louis (1785-1838) y Alexis-Thérèse PETIT (1791-1820), químicos franceses. Demostraron que: el calor específico de un elemento es inversamente proporcional a su peso atómico (ley de Dulong-Petit).</p>
1820	<p>MÉXICO. Abolición del "Tribunal de la Inquisición" (31 de mayo de 1820).</p> <p>ØRSTED, Hans Christian (1777-1851), físico danés. Investigando la posible existencia de una relación entre la electricidad y el magnetismo, realizó un experimento colocando una brújula cerca de un alambre por el que pasaba una corriente eléctrica. La aguja dio una sacudida y se orientó en la dirección perpendicular al alambre. Demostró así que una corriente eléctrica podía producir un efecto magnético.</p> <p>AMPÈRE, André-Marie (1775-1836), físico francés. Descubrió que cuando dos alambres paralelos transportaban corrientes eléctricas en el mismo sentido, ambos se atraían en forma clara. Si los sentidos de las dos corrientes eran opuestos, ambos se repelían. En este último caso, si uno de los conductores quedaba libre para girar, éste rotaba hasta que las dos corrientes fluían en el mismo sentido. Descubrió también que cuando una corriente fluía por un alambre enrollado en forma helicoidal, el efecto magnético era reforzado con cada vuelta del alambre, y el conjunto actuaba como un imán (ver también Faraday, 1821).</p> <p>ARAGO, François (1786-1853), físico francés. Demostró que si una corriente eléctrica recorría un alambre de cobre, podía atraer limaduras de hierro como si fuera un imán de ferrita.</p> <p>SCHWEIGGER, Johann Salomo Christoph (1779-1857), físico alemán. Comprobó que la desviación de la aguja imantada del experimento de Ørsted podía emplearse para medir la intensidad de la corriente eléctrica. De acuerdo a este principio construyó el primer galvanómetro.</p> <p>BRACONNOT, Henri (1781-1855), naturalista francés. Fue uno de los científicos que más se interesaron en el proceso denominado hidrólisis (del griego "perder por el agua"). Mediante la hidrólisis es posible aislar los constituyentes simples de compuestos complejos. Kirchhoff había logrado aislar glucosa a partir del almidón (ver 1812). Braconnot logró obtener glucosa de las virutas de madera, del lino, de la corteza de árboles y de otros productos vegetales.</p> <p>FRAUNHOFER, Joseph von (1787-1826), físico alemán. Fue el primero en crear una red de difracción, especie de enrejado de alambres delgados con muy poca separación entre ellos. La red de difracción sustituyó a los prismas de cristal en el estudio de los espectros de la luz.</p>
1821	<p>ISLA SANTA ELENA. Muerte de Napoleón Bonaparte (5 de mayo de 1821).</p> <p>ARGENTINA. Fundación de la Universidad de Buenos Aires (9 de agosto de 1821) durante la Presidencia de Bernardino Rivadavia. Su primer Rector fue Antonio Saenz.</p>

1821	<p>FARADAY, Michael (1791-1867), físico y químico inglés. Logró producir una cupla de fuerzas (*) de origen electromagnético. Estas fuerzas se generan haciendo interactuar la corriente eléctrica que circula por una espira de alambre de cobre con el campo magnético de un imán. Sobre este fenómeno se basa el funcionamiento del motor eléctrico. La rotación del eje es producida por las cuplas de fuerzas que actúan sobre las espiras de alambre de cobre que forman las bobinas del rotor. Faraday descubrió la inducción electromagnética e introdujo el concepto de líneas de fuerza (ver también Ampère, 1820).</p> <p>(*) Cupla de fuerzas: Sistema de fuerzas cuya resultante es nula, pero cuyo <i>momento</i> resultante con respecto a un punto cualquiera del espacio no es nulo.</p> <p>SEEBECK, Thomas Johann (1770-1831), físico alemán (nacido en Rusia). Descubrió que si dos metales distintos se unían por dos puntos, formando un circuito, y los dos puntos de unión se mantenían a temperaturas diferentes, en el circuito se establecía una corriente eléctrica. Este fenómeno se denominó efecto Seebeck, quien descubrió así la termoelectricidad.</p> <p>BOUVARD, Alexis (1767-1843), astrónomo francés. Demostró que la posición del planeta Urano en el firmamento (ver Herschel, 1781) se había desplazado algo con respecto a la que hubiera cabido esperar si se hubiera tomado en cuenta la influencia gravitatoria del Sol y los otros planetas. Una posibilidad para explicar esta diferencia era la existencia de un planeta desconocido, situado más allá de Urano, cuya influencia gravitatoria no había sido considerada (ver Adams, 1843).</p> <p>CAUCHY, Augustin-Louis, Baron (1789-1857), matemático francés. Publicó el primero de sus tres grandes tratados: Cours d'analyse de l'École Royale Polytechnique (ver Cauchy 1823, 1826-28).</p> <p>NAVIER, Claude-Louis-Henri (1785-1836), renombrado ingeniero francés. Desarrolló las famosas ecuaciones de la cantidad de movimiento para los fluidos viscosos incompresibles, conocidas hoy como ecuaciones de Navier-Stokes. Debe mencionarse que obtuvo estas ecuaciones sin tener claro el concepto de las tensiones tangenciales o de corte en los fluidos, y que las obtuvo modificando las ecuaciones de Euler para fluidos no viscosos para tomar en cuenta las fuerzas entre las moléculas del fluido (ver Navier, 1824, 1830 y 1831).</p> <p>Nota.</p> <ul style="list-style-type: none"> • El padre de Navier era abogado y fue miembro de la Asamblea Nacional en París en la época de la Revolución Francesa. Falleció en 1793, cuando Navier sólo tenía ocho años de edad. En esa época la familia vivía en París, pero después del fallecimiento del padre, la madre de Navier regresó a su ciudad de origen, Chalon-sur-Saône, y dejó a Navier en París al cuidado de Emiliand Gauthery, tío de ella. • Emiliand Gauthery era ingeniero civil y trabajaba en el <i>Corps des Ponts et Chaussées</i>, en París. Era considerado en ese momento el más destacado ingeniero civil de Francia, e indujo en Navier un gran interés por la ingeniería. Pero más allá de animarlo a ingresar a la <i>École Polytechnique</i>, no parece que Gauthery hubiera tenido éxito en prepararlo para su ingreso a la <i>École Polytechnique</i>, a la cual ingresó en 1802 en casi el último puesto en orden a su calificación. No obstante, en el primer año realizó tal progreso que pasó a ocupar uno de los diez primeros lugares, y a fin de ese año fue elegido para realizar un trabajo especial de campo en Bolonia en el segundo año. Durante el primer año en la <i>École Polytechnique</i> tuvo a Fourier como profesor de análisis matemático. Fourier tuvo una notable influencia sobre Navier, fue su amigo de toda la vida y desde ese momento tomó un gran interés en la carrera de Navier. • En 1804 Navier ingresó a la <i>École des Ponts et Chaussées</i> y dos años más tarde se graduó como uno de los mejores alumnos. Poco después de su graduación falleció tío abuelo Emiliand Gauthery, y Navier, que había dejado París para realizar trabajos de campo como ingeniero, debió regresar a París por requerimiento del <i>Corps des Ponts et Chaussées</i>, para realizar la tarea de editar los trabajos de Gauthery. A lo largo de los 13 años siguientes, Navier editó los trabajos de su tío abuelo, los cuales representaban el enfoque empírico tradicional que se daba a las numerosas aplicaciones en la ingeniería civil. En este proceso, y basándose en sus propias investigaciones sobre mecánica teórica, Navier incorporó a los trabajos de Gauthery el contenido analítico que les faltaba. Esto en combinación con los textos que Navier había escrito para enseñanza de los ingenieros, le permitieron introducir los principios básicos de la ciencia de la ingeniería en un campo que había sido hasta ese momento casi totalmente empírico. • En 1819 Navier tomó a su cargo los cursos de Mecánica Aplicada en la <i>École des Ponts et Chaussées</i>, y en 1830 fue designado profesor en esa escuela de ingeniería. Llevó a cabo la enseñanza de un modo no tradicional poniendo mucho mayor énfasis en los contenidos físicos y matemáticos. • En 1831 reemplazó a Cauchy como profesor de la <i>École Polytechnique</i>. Poco después de su designación se involucró en una disputa con Poisson acerca de la enseñanza de la teoría del calor de Fourier. • Como especialista en la construcción de puentes y caminos, Navier fue el primero en desarrollar una teoría de la estabilidad de los puentes colgantes, cuyo cálculo se basaba hasta ese momento sobre principios empíricos.
------	---